MONTSE DE PAZ

LA SOMBRA DEL LABERINTO

PLAZA JANÉS

MONTSE DE PAZ

LA SOMBRA DEL LABERINTO

PLAZA JANÉS

A mi padre, Ángel, que despertó en mí el amor
por la Antigua Grecia, su historia y sus mitos

PONTO EUXINO
BÓSFORO
TRACIA
MACEDONIA
ILIRIA
SAMOTRACIA
HELESPONTO
LEMNOS
Troya
PENÍNSULA ITÁLICA
MAR EGEO
IMPERIO HITITA
LESBOS
JONIA
Yolcos
ÉPIRO
TESALIA
QUÍOS
EUBEA
FÓCIDA
Gla
Tebas
Delfos
SAMOS
MAR JÓNICO
BEOCIA
ÁTICA
Maratón
ANDROS
CARIA
Megara
Atenas
CEOS
Corinto
SALAMINA
Micenas
EGINA
NAXOS
Epidauro
DELOS
COS
Argos
Tirinto
Trecén
Olimpia
PELOPONESO
ANAFE
RODAS
Pilo
MELOS
THERA
SICILIA
Siracusa
Cnosos
CRETA
Festo
MAR MEDITERRÁNEO

Cidonia
MONTAÑAS BLANCAS
Amnisos
Cnosos
CUEVA ILITIA
Matalá
MONTE IDA
YUKTAS
CRETA
CUEVA KAMARÉS
Gortina
Festo
Gurnia
Mojlos
Zakro
MAR MEDITERRÁNEO

La sombra en la cuna

Creen que, como no hablo, no puedo pensar, pero están equivocados. Pienso más que todos ellos. Y tengo memoria desde el primer instante en que vi la luz de este mundo. Nadie recuerda tanto como yo.

Y tengo todo el tiempo de mi vida para pensar. Soy más inteligente que ellos, aunque no lo saben. Sé todo lo que ocurre en su interior. Conozco sus pensamientos, me basta con mirarlos a los ojos.

El primer rostro que vi, apenas nacer, fue el de Ella. Se inclinó sobre mí y la miré a los ojos. Vi en ellos dolor y algo que, con el paso del tiempo, he sabido que llaman amor. Esa honda pasión, mezcla de miedo y ternura, volcada sobre un ser viviente y que puede tornarse violenta. Ella me miraba así. Sé que me amaba, al menos en mis primeros años de vida.

Recuerdo bien su seno, la suave calidez de su piel envolviendo mi cabeza y el sabor agridulce de la leche que manaba de Ella. Era mi alimento, mi deleite y toda mi vida. Mis primeros días fueron una sucesión de luz y tinieblas. En la oscuridad dormía y tuve mis primeros sueños. Cuando volvía la luz, la veía a Ella. Sentía cómo sus manos acariciaban mi cuerpo y distinguía sus ojos en aquel rostro, que fue el primero que vi y que jamás se borrará de mi memoria mientras viva.

Después vi más rostros y descifré otras miradas. Junto a mi cuna se agolpaban los otros. Los primeros que recuerdo fueron los de las niñas.

Una tenía los ojos negros. Me miraba con una mezcla de temor y curiosidad, pero intuí en ella algo parecido al amor. Y era bonita. Tan bonita que con el tiempo deseé que fuera mía. En secreto me prometí que algún día lo sería. No sabía cómo, pero lo conseguiría. Por eso la llamé Mía.

La otra miraba distinto. Era astuta y percibí en ella un sentimiento extraño que tardé en descifrar. No tenía miedo, alargó una mano blanca y me tocó. Yo pataleé en la cuna y los otros se agitaron. Alguien la reprendió.

A esta no la amo como a Mía. Desconfío de ella. Tiene una mirada penetrante que destila poder. A veces temo que sea como yo, que leo los pensamientos. La llamo Ojos Verdes.

También había dos niños. Uno me miró con extrañeza y apenas lo vi una o dos veces. El otro se asustó. El Pequeño es débil y habla, ríe o llora para llamar la atención. Unas veces pienso que es estúpido y otras cavilo que quizá sea más inteligente de lo que parece. Hace lo que quiere y consigue lo que desea de los demás. Me teme mucho, pero no sabe que jamás le haré daño. Simplemente porque no me interesan los seres como él.

Más tarde conocí al Alto. También vino a asomarse a mi cuna. Su cuerpo era fornido y todos se apartaban a su paso. Cuando sentí su mirada, algo se agitó dentro de mí. Fue el primer hombre a quien tuve miedo. Su mirada rezumaba desprecio y otro sentimiento que he aprendido a reconocer muy bien. Era odio.

El Alto habla con voz potente e imperiosa. A Ella la agarra por la cintura y a veces la besa en la boca. Es el único que no la respeta ni la obedece. Sé que a Ella no le gusta. Lo sé. Por eso, muy pronto yo lo odié también.

Yo tampoco obedezco a nadie. Contengo mis emociones porque no quiero que me hieran. Nadie sabe lo que pienso. Pero… no estoy diciendo la verdad. Hay alguien que sí lo sabe, y es Ella. Ella es la única a la que obedezco. Una mirada suya y hago lo que me dice.

Crecí muy pronto, la cuna se quedó estrecha y me fabricaron otra nueva, pero yo comencé a saltar fuera. El pavimento del palacio era duro y frío, las habitaciones eran oscuras y yo buscaba la luz. Empecé a gatear y a trotar por los pasillos y galerías, siempre en busca del sol. Las sirvientas y las niñas se alarmaban cuando me veían rondar por sus estancias. Los criados me perseguían y yo me divertía esquivándolos entre las columnas, dándoles cabezazos en las piernas o escapando por las escaleras oscuras. Más de una vez caí rodando, pero nunca me hice daño.

Un día, Ella decidió llevarme fuera de palacio. La acompañaban las niñas, el Pequeño y los otros. Los otros eran criados, palafreneros, aurigas. Fuimos a los establos y allí vi, por primera vez, a los caballos. Salté de los brazos de Ella y corrí hacia ellos, alborozado. Pero los caballos se encabritaron al verme. Dos criados me agarraron y me devolvieron a la fuerza junto a Ella.

Entonces hicieron algo que detesté con todo mi ser. Tuvieron que agarrarme entre cuatro mientras un quinto me sujetaba con cuerdas. Odié el tacto áspero de la soga al hincárseme en la piel. Protesté con toda la potencia de mi garganta, revolviéndome y clavándoles puntapiés. Entonces Ella gritó, callé y me quedé inmóvil.

Así me subieron al carro, tirado por yeguas. Ella volvió a sujetarme contra su falda, irguiéndome para que pudiera ver el mundo a mi alrededor.

¡Y vi el mundo! Vi los campos extenderse más allá del camino, tan árido, tan recto, tan cruel. Vi árboles y bosques, pájaros volando sobre nosotros, un monte lejano coronado de nieve.

Ella descendió junto a un trigal. Era primavera y las espigas estaban verdes. Desligó las cuerdas que me ataban y me dejó caminar a su lado. Entonces me enderecé. Mis piernas me sostenían, eran fuertes y ágiles, y mis pies se hundían en la tierra, tan tierna, tan cálida, tan diferente al duro alabastro del palacio.

Me adentré en aquel mar de espigas y sentí un placer indescriptible cuando los tallos verdes me rozaron la piel. Mordí las hierbas, alcé el rostro hacia el cielo y bramé, feliz como nunca, bajo el sol. Aquel día supe de dónde venía la luz y mis ojos se embriagaron de aquella catarata luminosa, más brillante que el oro y el fuego.

Eché a trotar. Crucé el trigal y me adentré en un campo donde crecían las encinas. Ella me seguía a distancia. También los otros. Pero me olvidé de todos ellos. Si el vientre de mi madre fue mi primer encierro, el palacio era el segundo. Aquel día nací por segunda vez. Troté por el campo, me froté el cuerpo contra la corteza de los árboles, mastiqué hojas tiernas, devoré hierba y los crujientes insectos que cayeron en mi boca.

Cuando Ella decidió regresar tuvieron que atarme de nuevo. Gemí con desesperación, pues sentí que, si me retornaban a palacio, moriría asfixiado. Uno de los criados me golpeó, perdí el sentido y así fue como me redujeron. Sé que Ella lo riñó, pero no lo castigó con dureza, porque volví a verlo muchas veces. A ese también lo odié.

Concebí un plan. Me escaparía de palacio. Huiría al campo y correría hasta llegar al monte. Hasta la misma nieve. Nadie me buscaría allí. Eso pensaba, era muy joven e ingenuo. Pero ¿cómo salir de palacio? Me perdía entre pasadizos, patios y

muros. Y en las puertas siempre estaban aquellos otros, armados y con escudos de piel moteada.

Desde que los conocí, los llamé las Púas. Con sus lanzas podían pinchar, herir y hasta matar. Lo sabía, por eso me mantenía lejos de ellos. A las Púas también las odiaba con todas mis fuerzas.

Descubrí que mi libertad estaba contada, racionada como el alimento que me daban y siempre al arbitrio de Ella. Cuando Ella lo decidía, me llevaban al campo. Cuando Ella me llamaba, yo regresaba, obediente. Siempre atado con sogas.

Yo crecía y comprendía cada vez mejor cómo funcionaba el mundo de los otros. Ella tenía poder y me amaba. El Alto también tenía poder. Los dos regían desde el palacio y todos les obedecían. Pero a mí no me gustaba ese mundo. Solo deseaba escapar, y Ella no quería dejarme. Por eso comenzó a crecer dentro de mí otro sentimiento poderoso. Se trenzó con el amor que le profesaba, igual que las hiedras enzarzan los tallos y las hojas en el tronco de los árboles. Desde aquel día, también comencé a odiarla.

Trecén

Teseo subió hasta lo alto del acantilado, se irguió, estirando los brazos, y se zambulló de cabeza en las aguas. Tras él cuatro adolescentes se lanzaron al mar, algunos dejándose caer con torpeza. Mientras chapoteaban cerca de las rocas, Teseo nadó mar adentro.

Se alejó de la orilla, el cuerpo ágil hendiendo las olas, hasta llegar allí donde el agua se volvía negra como el azabache. Entonces se detuvo a tomar aliento y contempló la costa lejana, los peñascos, la playa pedregosa y, tierra adentro, los trigales y los montes cubiertos de robles.

Un cuerpo liso se deslizó a su lado, rozándolo bajo el agua. Teseo vio la sombra blanca y después un par de delfines que emergían, sonriéndole con sus hocicos brillantes. Nadaban a su alrededor. Uno saltó, y Teseo flotó de espaldas mientras lanzaba un grito alborozado.

—¡Gracias, padre!

Regresó nadando sin prisa hasta la playa rocosa. Sus compañeros lo estaban esperando y lo miraban con una mezcla de admiración y desconfianza.

—¿Por qué no me habéis seguido?

—Nadas demasiado lejos.

—¡Cobardes! He nadado entre delfines.

—Tus hermanos —dijo uno de los muchachos, sin ocultar su desdén.

—Sí, ¡son mis hermanos! Mi padre es el Señor del Mar.

—¿Cómo puedes creer eso?

—¿No has contemplado jamás su furia en las tormentas? En cambio, a mí siempre me acoge con benevolencia.

—Dices eso porque no conoces a tu padre verdadero.

Teseo irguió el pecho todavía húmedo, ensanchando los hombros esculpidos que envidiaban sus compañeros.

—Mi madre es la sacerdotisa de la Triple Diosa. Ella me contó quién es mi padre, ¡y ella no miente!

Los otros jóvenes se miraron entre sí; el provocador esbozó una sonrisa maliciosa.

—Todos sabemos qué hace la sacerdotisa con sus doncellas, cada año, en el festival de la Diosa.

Teseo se abalanzó contra él clavándole el puño en el vientre y ambos se enzarzaron en una pelea.

—¡No ofendas a mi madre! ¡Jamás!

—Ni siquiera ella sabe quién fue tu padre… —replicó el otro, revolviéndose y masticando sangre.

Los demás los jaleaban. Pero Teseo siempre vencía. A menudo era el provocador y el vencedor. También era el único de ellos que disfrutaba de tiempo libre para entrenar durante horas y dedicarse a la lucha. Los otros tenían tierras que labrar, ganado que atender o barcas en las que salir a pescar.

Al atardecer Teseo regresó a su casa. Era la mansión del sabio Piteo, el magnate de Trecén. Construida a las afueras del pueblo, sobre una colina, dominaba una amplia finca donde crecían el trigo, las viñas y los olivos. También poseía rebaños de ovejas y cabras, una piara y un establo con varios caballos. Piteo no era rey, pero en una ciudad pequeña, como Trecén, era el juez y señor. Y su hija Aetra, sacerdotisa de la Triple Diosa, era venerada como una reina.

Al llegar, Teseo vio un carro desconocido junto a la casa y a Conidas, el mayordomo, dando instrucciones a los criados.

—¿Quién ha llegado?

—Tu tío Heracles ha venido de visita —repuso Conidas.

—¡Heracles!

Teseo se precipitó a la casa, cruzó el vestíbulo y llegó al patio. Allí se habían reunido su abuelo, Aetra y el héroe de la Argólida, su tío admirado. Detrás de él, un poco apartado, Teseo vio a un muchacho espigado y de aspecto tímido.

Heracles era un hombre de más de siete pies de alto, hombros fornidos y estrecha cintura, con un par de piernas recias como columnas. Lucía una larga cabellera oscura que le caía en bucles sobre la capa, de la que jamás se desprendía: una tupida piel de león.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Mi sobrino favorito!

—¡Tu *único* sobrino, aquí en Trecén!

Heracles le palmeó la espalda mientras observaba con admiración.

—¡Has crecido, muchacho!

—Hace mucho que no venías a visitarnos. ¡Ya tengo dieciséis años!

Heracles palpó los bíceps del joven con gesto aprobador.

—¿Y ese moratón?

—Una pelea. La he ganado.

—Pero te has dejado golpear. ¿Qué le has hecho al otro?

—Le he partido un diente y le he dado el doble de puñetazos que he recibido.

Heracles se echó a reír, pero Piteo movió la cabeza en señal de reproche.

—Tío, sigo todos tus consejos. Cada día me entreno. Puños, patadas y saltos. Subo y bajo una montaña corriendo. Y no hay quien me gane en las peleas en todo Trecén.

—Bah. Trecén es un rincón del mundo. ¡Espera a salir de

aquí y verás!

Aetra se acercó sonriente, su cuerpo cimbreando bajo la airosa túnica blanca, y posó la mano sobre el brazo de Heracles.

—Tiempo tendrá de salir. No lo incites.

El anciano Piteo añadió:

—Y será pronto.

Teseo miró a los tres.

—¿Por qué has venido, tío? ¿Traes noticias?

—Tengo ciertos asuntos que consultar a tu abuelo. He de emprender un viaje y necesito el consejo de un sabio.

—¡Un viaje! ¿Adónde? ¿Puedo ir contigo?

Heracles rio de nuevo ante la impaciencia del joven.

—No, no puedes acompañarme. Tú tienes tu propio camino.

Entonces Teseo señaló al muchacho tímido que los observaba con atención.

—¿Y ese?

—Es Yolao, hijo de mi hermana. Acércate, Yolao. Este es Teseo. Sois primos.

Los dos jóvenes se dieron la mano con cautela.

—¿Acompañas a nuestro tío? —preguntó Teseo.

—Sí. Voy a ir con él de viaje —repuso el chico, alzando el mentón.

Teseo se indignó.

—¡Tío! Te lo llevas a él y a mí no.

De nuevo intervino Aetra.

—Heracles te lo ha dicho. Y yo también, hijo: tú tienes otro camino que recorrer.

—Y ¿cuál es mi camino? ¿Quedarme siempre en Trecén, entre pescadores y cabreros? ¿Pudrirme aquí?

Su abuelo Piteo lo reprendió.

—Basta, Teseo. Si quieres demostrar tu hombría, demuestra también dominio sobre tu genio.

Él calló, conteniendo su malhumor. Entonces Aetra batió palmas para llamar a las criadas.

—¡Vamos! Tenemos una buena cena que preparar. ¡Y un baño para nuestros huéspedes! ¡Apresuraos!

La cena se prolongó hasta muy entrada la noche. Acudieron los principales cabezas de familia de Trecén y ocuparon sus divanes alrededor del patio. Presidían el sabio Piteo y Heracles; Aetra destinó otro diván para Teseo y el joven Yolao, aun viendo que no se profesaban simpatía. Ella ocupó uno sola, vestida con su peplo y con su diadema de oro, como ama de la casa, y dirigía a los sirvientes que iban trayendo las viandas. Obsequiaron a Heracles con un cabrito asado y se escanció vino abundante. También acudieron los músicos, un arpista y un pastor que tocaba la flauta. Teseo envidió a Yolao cuando este le explicó adónde viajaría con su tío.

—Navegaremos hasta Tarsis, ¡en el confín del mundo!

—¿Dónde está eso?

—Hacia poniente. Es la última tierra. Más allá, el mar se desploma en el abismo.

Teseo apretó los puños para reprimir los celos.

—¿Y qué diablos vais a hacer allí?

—El rey Euristeo le ha encargado a mi tío que le traiga unos toros. Allí se crían los mejores del mundo, según le han dicho.

—¿Y te ha enseñado a pelear *tu* tío, como a mí?

Yolao fue parco.

—Algo me ha enseñado.

—Si no sabes luchar, ¿de qué le servirás?

—Le cargo la maza allí donde va.

La maza de Heracles era una clava tan alta como un hombre, de bronce macizo y tan pesada que solo él la podía manejar. En sus brazos poderosos se movía como una pluma, pero su golpe

era mortal.

Teseo se burló y pellizcó el delgado bíceps de su primo.

—Al menos te servirá para fortalecer la espalda, ¿no?

Yolao, lejos de enojarse, dibujó media sonrisa.

—Eso dice él.

—Yo quiero tener una maza como la suya —dijo Teseo—. Pero Heracles afirma que cada hombre debe encontrar su arma predilecta.

Yolao asintió y murmuró:

—Tu arma es como una mujer. Si te es fiel, no te fallará nunca.

—¡Eso mismo me enseñó a mí!

Teseo alargó su brazo a un criado para que le llenara el cáliz de vino. Invitó a su primo y ambos bebieron. El hielo se iba rompiendo entre los dos.

—¿Cuál crees que será tu arma? —preguntó Yolao.

—No lo sé. Quizá… una espada. Aunque tío Heracles dice que mi fuerza está en las piernas, más que en los brazos.

Estiró la rodilla para comparar su muslo con las piernas, mucho más flacas, de Yolao.

—¿Dónde está tu fuerza? —preguntó Teseo.

Yolao se apartó un mechón de cabello de la frente.

—Tío Heracles dice que está en el corazón.

—¿En el corazón?

—Sí. Tú me ves delgado y crees que no tengo fuerza. Pero déjame correr y prueba a alcanzarme. Corro más veloz que una liebre.

Teseo se echó a reír.

—¡Más que una liebre! Eso lo veremos. Mañana me gustará competir contigo.

La noche avanzaba y los dos jóvenes, cansados, se recostaron en el diván mientras escuchaban las andanzas de Heracles y las trifulcas entre el rey de Argos, Euristeo, y los señores de la

región.

Teseo no tuvo ocasión de competir con su primo, porque Heracles y el joven se despidieron al día siguiente muy temprano. Partieron en su carro, tirado por dos yeguas, y se alejaron por el camino hacia el sur. Teseo avanzó un trecho para ver cómo se alejaban. Heracles no miraba atrás y la cola del león se balanceaba a su espalda. Yolao lo saludó una última vez, agitando el brazo.

Cuando dio media vuelta para regresar a casa, se encontró con su madre y su abuelo, que lo miraban con gravedad.

—Madre, ¿quién era mi padre?

—Te lo he dicho muchas veces. Tu padre es el Señor del Mar. Por eso amas tanto el agua y te acompañan los delfines cuando nadas.

—Eso podías decírmelo cuando era niño, pero ya no.

—¿No me crees?

—Los dioses no caminan sobre la tierra ni se dejan ver por los mortales.

—¿Cómo lo sabes, hijo?

—¿Has visto tú alguno?

Aetra desvió la mirada hacia el lejano mar y sonrió sin responder.

Entonces fue el anciano Piteo quien habló.

—Tu madre y yo te hemos enseñado todo cuanto podíamos. Yo te he revelado el saber de los hombres y de la tierra; tu madre te ha enseñado los misterios de los dioses y del cielo. Tu tío Heracles te ha adiestrado en las artes del guerrero, y Conidas, en las artes del labrador. Pero ahora ha llegado el momento de que aprendas por ti mismo.

—¿Qué debo aprender por mí mismo?

—Tu camino. Has cumplido dieciséis años. Ha llegado el

momento de presentarte ante el dios del Sol y ofrecerle tus votos. Él te revelará tu destino.

Teseo se animó de pronto.

—¡Delfos! ¿Iremos a Delfos?

—Irás a Delfos —rectificó Piteo—. Nadie te acompañará. Es un camino que debes recorrer tú solo.

Cnosos

Ariadna se sumergió por última vez, buceando bajo las aguas prístinas. Eran tan claras que podía ver los corales y los peces deslizándose entre las algas, sobre el fondo arenoso. Cuando emergió, sintió el calor del sol sobre la piel. Era primavera y el mar todavía estaba frío, pero ella amaba la sensación de la piel ardiente contra el agua gélida.

En la playa, su hermana Fedra y dos amigas, Iría y Selene, jugaban a pelota. Pero cuando ella salió, impulsándose sobre una ola, habían abandonado el juego y tenían la vista fija en el horizonte.

El aya se acercó para cubrirla con un lienzo de lino.

—¿Qué ocurre?

—Mi princesa, tenemos que regresar. Llegan naves aqueas.

Fedra señalaba hacia el mar, donde Ariadna divisó el oscuro perfil de las velas. No eran claras ni rayadas, como las de la flota cretense o los barcos fenicios. Eran dos y se acercaban hacia el puerto de Amnisos, a poca distancia de la playa donde se encontraban.

El aya las obligó a vestirse aprisa ciñéndose sus faldas y jubones. Junto a los carros, los aurigas las esperaban.

—Me gustaría verlas llegar —dijo Ariadna—. Oh, ¡vayamos en carro hasta Amnisos! ¡Quiero verlos!

El aya la reprendió.

—Esos apestosos aqueos. Una horda de piratas y alborotadores. ¡Traen problemas allí donde van! Vuestra madre querrá que volváis pronto a palacio.

—Yo también quiero verlos —dijo entonces Fedra. Era un año menor que su hermana, pero muy femenina y desarrollada. Sus ojos verdes escrutaban el horizonte.

—Los aqueos son gente de guerra. ¿Qué creéis que hacen con las doncellas como vosotras? ¡Las raptan y las convierten en esclavas!

—¿También a las princesas? —preguntó Iría con gesto atemorizado.

—¿Qué saben ellos de reinas y princesas? Solo ven hembras —dijo el aya, con gesto amenazador—. Los aqueos no respetan ni a sus propias mujeres. ¡Son gente perversa!

Ariadna y Fedra cruzaron miradas. A menudo oían hablar de los aqueos y sabían que no solo eran piratas. También eran osados guerreros que no temían a dioses ni a hombres.

—Algunos son aliados de papá —replicó Ariadna—. Hace dos años pactó con Jasón de Argos para que librara de piratas todas las islas…

—Ah, vuestro padre es muy inteligente. ¡Más vale enemigo aliado que enfrentado! Y no hay mejor azote, para los piratas, que uno de los suyos. Pero lo que hizo fue repartir el mar: ellos al norte, nosotros al sur. Y envió a tu tío Sarpedón a Rodas, con una parte de la flota, para asegurarse de que cumplían el trato.

—Nuestra isla está protegida —dijo Ariadna, ciñéndose el cinturón con hilo de oro—. Jamás hemos sufrido guerra ni hemos pasado hambre. La Diosa nos protege.

El aya le acarició la mejilla.

—Pero ellos también tienen sus dioses. Y, aunque no los han protegido de la guerra, les han dado una fuerza mayor.

—¿Mayor que la nuestra? ¡Mira sus naves! Oscuras y feas,

con velas andrajosas. ¡Nosotros somos más fuertes!

—Son pobres —dijo Selene—. Y huelen a cabra y a estiércol.

El aya contempló a las cuatro muchachas con tristeza.

—Nunca subestiméis al enemigo. Temed al hombre que sale de su casa empujado por el hambre.

Los carros trotaron veloces por el camino hacia el interior de la isla hasta llegar al amplio valle donde se extendía la ciudad de Cnosos. El recinto palacial se levantaba sobre una suave loma y era tan extenso como la población.

Al llegar a palacio, las princesas y sus compañeras fueron conducidas por el aya y media docena de criadas hasta la sala del baño. Allí se sumergieron en la piscina para quitarse la sal del mar. Después se reunieron en la habitación de Ariadna y Fedra, donde las peinaron y les ungieron la piel con aceite perfumado en canela. Mientras se dejaban acicalar, las cuatro jovencitas charlaban animadamente con las sirvientas. Eran sus momentos preferidos para enterarse de los comadreos de palacio, criticar y burlarse de todos.

Fedra poseía una curiosidad insaciable y a menudo intervenía con ocurrencias que las hacían reír. Así estaban cuando de pronto llegó la mayordoma, una mujer gruesa de carnes blancas y gesto severo, y todas callaron.

—La reina quiere que las princesas estén con ella en el salón de trono. Va a recibir a los aqueos recién llegados.

Ariadna se irguió de inmediato.

—¿Vamos a estar en la recepción? ¡Entonces tenéis que maquillarnos! ¡Buscad también las joyas!

Y las pacientes criadas trajeron las paletas de maquillaje, los afeites y el polvo de azafrán. El aya acercó un gran espejo de obsidiana bruñida y lo colocó sobre el tocador.

—¿Necesitan maquillarse dos niñas? ¡Mirad qué piel tan

lozana, qué ojos tan brillantes! ¿Para qué pintaros con tintes y cremas?

Ariadna y Fedra se miraron al espejo. El rostro de Ariadna era suavemente bronceado, de rasgos delicados y ojos negros; la piel de Fedra era más clara y rosada; sus ojos lucían, verdes y enigmáticos, bajo dos arcos de espesas pestañas.

—No somos niñas —murmuró Ariadna—. Las dos hemos tenido el sangrado.

Fedra sonrió con malicia.

—Mis senos son más grandes que los tuyos.

—Pero yo soy más alta que tú.

—¿De qué te sirve eso?

—Y más esbelta. Y mi cabello es más rizado.

El aya intervino.

—Si decís que no sois niñas, ¡no deberíais pelearos como dos crías!

—Es ella, que siempre empieza —replicó Ariadna.

—Oh, yo no empiezo nada. Solo comentaba.

Iría y Selene contenían la risa.

—¿Estará papá en la recepción? —preguntó Ariadna.

La mayordoma movió la cabeza.

—El rey está de caza y no volverá en días.

En el salón de trono Pasífae ocupó su asiento de piedra, flanqueada por dos grifos rampantes pintados al fresco en la pared. La reina de Creta era una mujer alta, de cintura estrecha, ojos penetrantes y curvas generosas. Vestía falda fruncida con volantes y un jubón de seda azul, y sobre la melena rizada lucía una diadema coronada por una serpiente de oro. A su derecha se situaron las dos princesas y la mayordoma; a su izquierda, el intendente, el escriba y el jefe de los eunucos. La guardia de palacio, ocho hombres con lanza y

escudo, acompañó a los recién llegados, que ascendieron la escalinata de acceso y fueron guiados por los pasadizos hasta el salón real.

Ariadna observó con atención a los visitantes. Eran el capitán del navío, un hombre con barba vestido con túnica larga y un joven de unos dieciocho años, atlético y extraordinariamente apuesto.

Todos se inclinaron ante la reina, quien les hizo un gesto para que se acercaran.

—Mi señora, venimos de Atenas —dijo el capitán—. Traemos lana y aceite para comerciar. Y a este hombre, como rehén, para que permanezca en vuestra corte.

—No nos falta lana —repuso Pasífae—, pero apreciamos vuestro aceite. ¿Quién es él?

Se adelantó el hombre de la túnica larga y habló con voz profunda y serena.

—Mi reina, soy Dédalo, pariente del rey Egeo, de Atenas. Por aciagas circunstancias me veo obligado a abandonar mi hogar. Si puedo seros de utilidad en vuestra corte, estoy aquí para serviros.

—¿De qué circunstancias hablas? —inquirió Pasífae—. ¿Has caído en desgracia ante tu rey?

Dédalo aguzó la vista.

—Mi señora, soy un hombre honesto. Pero maté, por accidente, a un muchacho, también de sangre real. Por eso me veo obligado a exiliarme de mi tierra materna.

La reina asintió y se volvió hacia el joven.

—¿Es tu hijo?

—No, mi señora —explicó Dédalo—. Aunque también es pariente lejano. Pertenece a nuestra familia, los erecteidas, el clan de la serpiente. Ha venido acompañándonos para conocer mundo y adiestrarse en el arte de la navegación.

El joven se inclinó ante la reina.

—¿Cómo te llamas?

—Menesteo, mi señora. Os saludo en mi nombre y en el de toda mi familia.

—Nos honra tu visita. Durante vuestra estancia aquí serás dignamente alojado en palacio.

Ariadna no apartaba sus ojos del muchacho. Viéndola enrojecer, Fedra sonrió entre dientes.

—Y ahora dime, Dédalo —continuó la reina—. ¿En qué puedes servirme? ¿Cuál es tu ciencia, arte o conocimiento?

Dédalo meditó unos instantes. Sus ojos grises se posaron en los frescos de la pared, después volvió a fijarlos en la reina.

—Mi señora, soy un inventor. Puedo fabricar herramientas, máquinas de guerra, velas de barco que giran, torres, norias o mazmorras. Lo que mi mente imagina, mis manos pueden construirlo.

La reina cruzó miradas con sus consejeros.

—¿Puedes construir una casa para una bestia? —preguntó Pasífae.

—¿Para una bestia, mi señora? ¿Qué clase de bestia?

—Una como jamás la has visto. Muy pronto te la mostraré.

La sombra del dios

«Eres mi hijo, yo te he engendrado». Esas eran las palabras de Ella, cuando todavía me tomaba en brazos y me acariciaba.

Cuando empecé a crecer, y yo crecía muy aprisa, dejó de acariciarme. Dejó de darme el pecho y me alimentaban con marmitas llenas de otra leche. Era mantecosa y dulce, pero no era la suya. Las primeras veces la rechacé y volqué los cuencos. Solo bajo su mirada acepté tomar aquella leche. También empezaron a darme tortas de trigo y pedazos de carne. A veces me traían obleas con miel y me aficioné al dulce.

Pero nadie me volvió a tocar si no era para lavarme o atarme. Nadie volvió a prodigarme una caricia. Tampoco Ella. Y yo veía que, en cambio, acariciaba a los otros, que no crecían tan aprisa. Habían nacido antes que yo y todavía eran niños.

Los otros eran hijos del Alto, eso lo sabía bien. Pero ¿quién era mi padre? Un día escuché a Ella y al Alto discutiendo. Yo aparentaba dormir en mi cuna, en la oscura alcoba. Era la tercera que me fabricaban y tenía tablones de madera cruzados, como una jaula.

Yo era hijo de un dios. Eso decía Ella. De modo que mi padre era más importante que el Alto. Era poderoso e inmortal. El Alto también era poderoso. Pero, un día, la muerte lo arrebataría y se convertiría en polvo.

Recuerdo bien el día que aprendí qué era la muerte. Fue la única ocasión en que presencié una fiesta.

Ella sabía que las multitudes me excitaban y procuraba evitar que saliera de mi aposento cuando se reunían cientos, quizá miles de gentes, en el patio de palacio. Echaban el cerrojo a mi puerta y sé que había alguien, quizá una de las odiosas Púas, al otro lado, vigilando con su lanza y su escudo. Pero yo oía la música, los tambores, las voces, y quería salir.

Y una vez Ella decidió llevarme. Fue un tiempo después del día en que me permitió ver el mundo.

Primero me dieron de beber. Yo siempre bebía leche, pero aquel día era distinta. Estaba mezclada con miel y algo amargo, no supe qué era. Después llegaría a conocer aquel sabor. Era amapola, la semilla que hace dormir. Me dieron aquel brebaje para sedarme.

Me ataron con sogas y no protesté.

«Deja que te aten», me dijo Ella. «Y te llevaré adonde quieras». Entendí que, si quería salir, tenía que dejarme atar. Y me sometí dócilmente a las sogas. Me ataron entre cuatro Púas y me custodiaron. Yo seguía a mi madre.

En el patio vi a la multitud, agolpada alrededor de una gran pista de arena. No me excité porque la leche con amapola había comenzado a surtir efecto, el cuerpo me pesaba y me sentía aletargado. Pero de pronto se alzó un clamor. Algo sucedía. Las gentes se apartaban y salieron varios danzarines desnudos. Algunos eran machos, otros eran hembras. Todos eran hermosos. Ellas se parecían a Mía.

Después, jamás olvidaré aquel día, entraron los animales. Cuando los vi, la somnolencia se disipó en mí y me enderecé, con todos los músculos tensos, junto a Ella, que ocupaba un trono. Se levantó y alzó los brazos. Dos serpientes de oro se

enroscaban en ellos, ciñendo su piel untada con aceite. Pero apenas la miré, porque toda mi atención se volcó en ellos. En los toros.

Eran dos, de piel castaña y negra, con cimbreantes astas y pezuñas poderosas que batían la tierra, levantando polvo al trotar. Sus lomos se arqueaban y dieron varias vueltas. La gente gritaba y se agitaba como las espigas del trigal cuando lo bate el viento. ¡Frágiles y ruidosas! Pero ellos, los toros, ignoraban a la multitud. Cuando se detuvieron uno mugió, alzando la testuz hacia lo alto. Yo jamás había visto algo tan hermoso.

Sentí un impulso irreprimible y quise saltar adelante. Pero detrás de mí estaban las Púas, siempre alerta, y noté la presión de la soga en el cuello, en las manos y en los pies. Tuve que detenerme para no caer de bruces, humillado. La mirada de Ella se clavó en mí, la sentí como dardos de fuego en la espalda.

Cerré los puños y mis pies, que cada día se endurecían más, golpearon impacientes el pavimento. Quería liberarme, quería estar allí, en medio de la arena. Quería acariciarles la piel y correr con ellos. Entonces vi a los danzarines que se acercaban y a un hombre odioso, una de las Púas, con un par de antorchas. Eché a temblar de ira y de pronto comprendí que los toros eran tan esclavos como yo.

Y eran hermosos, mucho más fuertes que los humanos. Si quisieran, podrían embestirlos con los cuernos y matarlos a todos. Pero no lo hacían.

Los danzantes corrían alrededor de los toros. Los desconcertaban. Después empezaron a saltar. Y lo que vi, aunque me encolerizaba, también era hermoso. Saltaban y giraban en el aire, imitando a los pájaros. No eran aves, pero sus cuerpos livianos volaban. El gentío los aclamaba con fervor. Y se me heló la sangre cuando me volví y las distinguí a ellas. La voz que me dolió más era la suya. Era Mía.

Cuando terminaron su danza, la multitud aplaudió y el griterío ensordecedor me sumió en la tristeza. Abatido, contemplé cómo se llevaban a los toros. Ellos seguían a las Púas, dóciles, sumisos como yo.

Los danzantes se acercaron a recibir los honores. Uno avanzó hasta los pies del trono. Levantándose, Ella tomó una guirnalda de hojas de hiedra, lirios y amapolas, y se la colgó al cuello.

¿Por qué lo hacía? Mía y Ojos Verdes se acercaron y lo tomaron de la mano. Él las besó a las dos. ¿Quién era?

El Alto lo abrazó, ofreciéndole asiento a su lado. Escuché su nombre. Lo oiría más veces. Era el hijo mayor de Ella. El primero y su verdadero favorito. Grácil, fuerte y bello. Lo envidié y lo maldije desde lo más hondo de mi ser.

Al día siguiente hubo sacrificios en el patio. *Sacrificio*. Esta palabra, que entonces aprendí, me hiere. Ella me permitió asistir, drogado con aquella leche infame y atado. Trajeron a uno de los toros, el negro. También estaba atado y quizá adormecido, como yo. Siete hombres extraños, con voz de mujer y vestidos de blanco, cantaban y tocaban flautas y liras. Las Púas echaron al toro sobre un altar de piedra, que los hombres blancos cubrieron de espigas y flores; uno vertió aceite, otro, vino. Entonces Ella se acercó, con su falda de volantes y su jubón púrpura. Lucía una corona donde se había posado una paloma de oro y en la mano sostenía aquel objeto letal y sagrado, al que llaman labrys. Acercándose al toro, enarboló la azuela y lo degolló.

Entonces me volví loco.

Sentí la vida del toro saliendo del cuerpo; era una ráfaga violenta, llena de ira y de dolor. Me azotó como un látigo y salté, intentando liberarme. Las Púas me sujetaron, pero yo me revolví. Caí de bruces y, alzando la mirada al cielo, bramé con

todas mis fuerzas.

Nunca más volví a presenciar una fiesta.

Alguien me golpeó y perdí la consciencia. Cuando desperté, estaba en un lugar oscuro. Tan oscuro que no sabía si era de día o de noche. Por un instante creí que me había vuelto ciego. Sentía el pavimento duro bajo el cuerpo. Me agité y entonces noté un peso frío alrededor del cuello, brazos y tobillos. Al incorporarme, escuché el chirrido del metal. Las sogas habían desaparecido. Ahora estaba encadenado.

Pasó el tiempo. No oía ni veía hasta que una rendija de luz me indicó dónde estaba la puerta. Cuando oí el cerrojo y la luz se ensanchó, atisbé una sombra. Era una Púa y quise saltar hacia él. Pero detrás venía Ella. La reconocí por su olor antes de verla.

—No te resistas. Sé dócil.

Cuando vi su sombra ante mí, me postré derramando lágrimas. Nadie las vio, pero resbalaron cálidas por mi rostro y gotearon sobre aquel duro y odioso pavimento.

—Ven conmigo.

La seguí arrastrando las cadenas. Afuera la luz me cegaba. Apenas veía. Solo sabía que me conducían. ¿Adónde?

Me taparon la cabeza con un lienzo negro. Sé que me guiaron por pasadizos y escaleras. Noté el calor y la luz del día, y escuché el trinar de las golondrinas. Vi una hilera de hormigas, íbamos por un camino de tierra. Después me subieron a un carro. ¿Adónde me llevaban?

Por un instante abrigué una loca esperanza: tal vez me soltarían en el monte y me dejarían en libertad.

Cuando me quitaron el trapo negro, vi que estaba en medio de un recinto circular abierto al cielo. Las paredes eran de estacas, pero el suelo, al menos, era de tierra. La pisé con los

pies descalzos. No me habían quitado las cadenas. Podía caminar, pero no correr. Podía mover los brazos, arrastrando los grilletes. Podía girar el cuello, siempre sintiendo la punzante caricia del metal. Mugí con desesperación.

Ella se acercó. «Aquí estarás bien. Aquí nadie te hará daño. Este es tu lugar. Te darán buena comida. Podrás moverte. Todo para ti».

Cerraron la puerta con cerrojo y me quedé solo.

¿Puede un dios estar encadenado? ¿Puede un dios vivir prisionero? Era el dios de un pequeño mundo, redondo, cerrado. Todo para mí.

¿Era realmente un dios? Una noche apenas pude dormir. Me dolían las sienes, con un dolor agudo y sostenido. Desesperado, me llevé las manos a la cabeza. Allí, bajo el pelo, crecía algo. Algo duro y redondo, algo que quería salir de mí, reventándome el cráneo.

El dolor era insoportable y comencé a gemir. Las Púas que me trajeron la comida me observaban de lejos. ¡Odiosas miradas! Señalaron algo. Dejaron la marmita de leche, las tortas de trigo y las obleas. Pero el dolor era tan intenso que mi apetito desapareció.

Duró varios días. Solo podía dar vueltas, agitarme y mugir. Al final comencé a golpearme la cabeza contra el muro de estacas. Aquello que salía de mí era duro y afilado porque dejó la madera hendida.

Entonces acaricié despacio las dos protuberancias que me emergían de la sien.

El dolor empezó a remitir y una certeza poderosa se fue abriendo paso en mí.

Sí, era un dios. La fuerza de la vida salía de mí, como dos rayos potentes encarnados en recio marfil. Era un dios, y no un

hombre. Era poderoso e inmortal. Era infinitamente más grande que todos aquellos humanos, estridentes, vacilantes como espigas bajo el viento, habladores y asustadizos, que necesitaban púas y escudos para protegerse. Necesitaban ser una multitud. Yo estaba solo y no temía a nadie, eran ellos quienes me temían a mí. ¡Yo era un dios! Aunque estuviera encadenado.

Delfos

Si el Olimpo era la corona del mundo, Delfos era su ombligo. Hasta allí había llegado el dios del Sol, a lomos de delfines. Abandonando el mar, se había adentrado en la tierra profunda, entre montes que hendían el cielo. Y allí había instaurado su oráculo bajo la oscuridad subterránea, lejos de la luz. Porque la luz de la sabiduría arcana brilla en lo oculto, y las tinieblas son la madre del amanecer.

Así se lo había explicado su madre, Aetra, desde que tenía memoria. Y así lo recordó Teseo cuando abandonó el sendero que cruzaba la llanura y comenzó a subir los montes. La tierra se encrespaba en gigantescas olas de roca. En las vaguadas la sombra de los robles disipaba el calor del sol.

Siete días habían transcurrido desde que abandonara Trecén. Había salido como viajero solitario, con su jabalina, una daga corta, una capa y su morral. Con un odre de agua y provisiones para tres días. Cuando terminó el pan y los higos, tuvo que cazar liebres y perdices. Una noche compartió su cena con unos cabreros; otra vez, un labrador lo invitó a su choza. El resto del camino Teseo lo anduvo a solas. Era parte de la prueba. El joven que buscaba su destino como guerrero debía ir y volver solo. Allí, en Delfos, se consagraría al dios.

Sus ojos contemplaron los olivares, los sembrados que

encañaban, salpicados de amapolas, y los oteros donde pacían los rebaños. Vio aldeas de campesinos y aldeas de pescadores. Escuchó palabras con otros acentos. Todos hablaban la misma lengua, pero en cada lugar sonaba diferente, como una misma canción interpretada por voces diversas.

El sol lo acompañaba de día, las estrellas lo guiaban de noche. Le gustaba caminar bajo el parpadeo de los mil luceros prendidos en el firmamento. Y se preguntó si allí, en las alturas, algún dios o diosa se detendría a mirarlo.

¿Están allí los dioses, en las alturas? ¿Están en las profundidades de la tierra? ¿En el mar? En todas partes, le decía su madre, pero Teseo abrigaba dudas desde muy joven. Durante aquel periplo, a solas en medio del mundo, tan solo descubrió el silencio. El silencio y la fuerza inquebrantable de su voluntad.

Cuando se acercaba a Delfos, una rústica aldea encaramada en la ladera del monte, comenzó a cruzarse con otros caminantes: pastores, mercaderes y peregrinos. Muchos eran los que iban a Delfos a consultar el oráculo. Una mañana alcanzó a un grupo de seis jóvenes, armados con espadas, que avanzaban charlando ruidosamente.

Iba a pasar de largo cuando uno de ellos lo llamó.

—¡Eh! ¿A qué tanta prisa? ¿Vas a Delfos?

Él se detuvo.

—Sí. ¿Y vosotros?

—Nosotros también. Vamos a ofrecer nuestro voto al dios.

Teseo los observó. Todos lucían la cabellera trenzada o recogida, el rostro afeitado y túnicas de lino bien tejido. Deseó formar parte de aquel grupo y los envidió. Ellos también lo miraban con curiosidad.

—Deberíais viajar solos —dijo Teseo.

—¿Por qué? Somos amigos, de la misma edad, y el día que tengamos que luchar lo haremos juntos. ¿Para qué ir

separados?

—¿De dónde venís?

—De Atenas —respondió el muchacho que lo había llamado. Era un joven esbelto de piernas largas y nervudas que le recordó un poco a Yolao.

—¿Y tú? —le preguntó otro.

—Yo vengo de Trecén.

Los atenienses se echaron a reír.

—¡De Trecén! Allí solo hay cabreros y pescadores.

Teseo se irguió.

—¡Falso! Trecén es la sede de los tres tronos. Mi abuelo es el sabio Piteo, y allí también hay guerreros. Yo seré uno de ellos.

Los otros se miraron con gestos de burla. Pero el primero en hablar los acalló.

—Hemos oído hablar del sabio Piteo. ¿Tú eres su nieto?

—Sí. Mi nombre es Teseo. ¿Cuál es el tuyo?

—Soy Leo. Del clan de los Agni.

Le tendió la mano y ambos encajaron con energía. Entonces los otros cinco muchachos se presentaron. Todos ellos procedían de algún clan del Ática y dieron el nombre de sus padres. Teseo enrojeció cuando uno le preguntó:

—Y tu padre, ¿quién es?

—Murió hace mucho tiempo. En una guerra.

Continuaron el camino juntos y aquella noche pernoctaron en Delfos, en el huerto de un labrador que les ofreció albergue. La aldea estaba abarrotada de viajeros y la única posada se encontraba llena. Los muchachos comieron queso con pan moreno, regado con vino añejo muy aguado, y se burlaron de los labriegos de los montes mientras elogiaban el buen vino que bebían en Atenas y la comodidad de sus casas de piedra con camas de madera de olivo y reposacabezas de marfil. Teseo los

escuchaba guardándose sus impresiones para sí.

—¿Qué piensa el cabrero de Trecén? —lo provocó uno de los jóvenes de Atenas.

—Pienso que deberíamos dar algo en agradecimiento a este hombre que nos ha dejado dormir en su casa.

—¡Agradecimiento! Somos los futuros guerreros que vamos a defender su casa el día que vengan los beocios o los argivos a saquear estas tierras. Agradecido debe estar él.

Al día siguiente descendieron por el monte y se bañaron en una poza de aguas cristalinas y gélidas, alimentada por la fuente Castalia. Allí, se decía, acudían las ninfas a seducir a los incautos viajeros.

—¡Ojalá vinieran unas cuantas ahora!

—¿Por qué no aparecéis, oh, ninfas? ¡Os estamos esperando!

Teseo sacudió su cabello mojado y les espetó:

—Ni las diosas ni los dioses se dignan pisar esta tierra. ¡Ya podéis esperar!

—¿No crees que los dioses vienen de tanto en tanto a la tierra? —preguntó Leo, acercándose.

—Quizá vengan a veces. Pero nadie los ve.

No menos de cien jóvenes, llegados de toda la Hélade, se reunieron en la plaza ante el santuario del dios solar. Un sacerdote, ataviado con una túnica que arrastraba su orla por el suelo, alzó la voz:

—¡Que se acerquen los que se consagran al dios!

Los muchachos dieron un paso al frente.

—¡Hincad la rodilla!

Un par de robustos barberos, armados con navajas afiladas, se acercaron a los mozos. Sin contemplaciones, agarrándolos por la cabellera, fueron cortándoles mechones de la frente. Teseo sintió el frío del metal rapando su sien y vio caer los

bucles oscuros sobre el pavimento de la plaza.

Los jóvenes traían cintas para recogerse el cabello y ocultar el tupé trasquilado, pero Teseo se limitó a frotarse la cabeza y ahuecarse el pelo con un mohín.

—Eres bien raro —comentó Leo mientras se anudaba la diadema.

—No quiero ocultar ante nadie la marca que me consagra.

Sus compañeros lo invitaron a beber. En una mesa improvisada sobre caballetes el sacerdote obsequiaba a los muchachos recién consagrados al dios con una mezcla de vino e hidromiel.

—Mi madre siempre dice que el cabello crece —dijo Teseo—. Cuando las cosas crecen, todo tiene remedio.

—Sabias palabras.

—No conocí a mi padre en vida, pero he tenido los mejores maestros.

—¿Quiénes son?

—Mi abuelo Piteo, mi madre, que es sacerdotisa de las Tres Diosas, el mayordomo Conidas… Y el mejor maestro de lucha, mi tío Heracles.

—¿Heracles? ¿El héroe de Argos?

—¡El mismo!

Los jóvenes se agolparon alrededor de Teseo.

—¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Es cierto que Heracles es tu tío?

Él asintió.

—¡El hombre más fuerte de la Hélade! ¡El que ha matado bestias y monstruos!

Ahora lo miraban con celos y admiración.

—¡Lo tenías bien callado!

Teseo replicó casi con desdén:

—No me gusta presumir de méritos ajenos. Si algún día he de gloriarme, ha de ser de mis propias hazañas.

Leo palmeó su hombro.

—Eres orgulloso. Te costará emular a tu tío.

—No quiero parecerme a él. Quiero ser mejor.

Pero horas más tarde, cuando volvió a estar solo y un acólito vestido de blanco lo llamó con un gesto, Teseo vaciló. Adiós a su orgullo y a su autoconfianza. Ante él se abría la boca negra de la gruta, donde la pitia recibía el oráculo.

Había esperado largo tiempo después de entregar su jabalina como ofrenda. Los jóvenes de Atenas se habían marchado de regreso a su ciudad. Señores, viajantes y nobles habían desfilado ante él. A la caída de la tarde, el custodio de la gruta le dijo:

—Descálzate y entra. La pitia emitirá su último oráculo para ti.

Adentro sintió la humedad, olor de hierbas quemadas y azufre. Una nube de humo envolvía a la mujer, sentada en un trípode tras la hoguera que ardía en el suelo. Teseo no pudo verla y no supo si era joven o vieja, hermosa o repugnante. Tan solo adivinó un velo oscuro, un agitarse de brazos y el crepitar de la leña cuando el custodio añadió un manojo de tomillos, hojas de laurel y romero.

La oscuridad lo envolvió y nubló su mente. Oyó una voz, ronca y profunda, repitiendo un ensalmo. Después, la sangre se le heló en las venas. Sentía el cuerpo encogerse mientras la cueva se dilataba, por encima y por debajo de él. Perdió el contacto con la tierra y la salmodia de la pitia le penetró hasta los huesos. El monte temblaba y la tierra latía como un gigantesco tambor. Cayendo de rodillas, se postró y cerró los ojos.

Cuando volvió en sí, el acólito lo agarraba por el brazo para sacarlo afuera. El sol ya se había puesto tras los montes y los

grillos cantaban bajo el cielo sereno de la tarde. Teseo respiró hondo.

—¿Qué dice el oráculo?

El custodio le dirigió una mirada indescifrable.

—Tu padre es un rey y tu destino está a su lado. Pero deberás pagar un precio. Ganarás un trono, perderás una vida.

El laberinto

Marchaban en hilera, la reina delante, flanqueados por doce guardianes armados hasta los dientes. Ariadna y Fedra quisieron ir, venciendo la oposición de su madre.

—¡Queremos verlo! —insistió Fedra.

—Es nuestro hermano —murmuró Ariadna. Pasífae dirigió una mirada incisiva a su hija mayor.

También los acompañaba Glauco, el menor de los hermanos. Era un niño rollizo, de piel blanca y ojos verdes, con el cabello peinado en bucles recogidos tras las orejas. Rara vez deseaba salir de palacio, pero aquel día lo venció la curiosidad.

Dédalo caminaba entre el escriba y el mayordomo, observando con atención. Abandonaron el palacio tras cruzar el gran patio, por la salida del norte, y se encaminaron por una vía pavimentada hacia los establos, donde el rey guardaba sus perros y caballos y donde se guarecían los carros de la familia real.

Al estar Minos ausente, la mitad de los recintos permanecían desiertos, pero los caballerizos trabajaban limpiando el lugar y atropando pilas de heno. Un par de hermosas yeguas se acercaron a mordisquear la hierba.

—Tenéis buenos establos —comentó Dédalo—. Y aún mejores animales.

—Los crían en el interior de la isla, a los pies de las Montañas Blancas —explicó el mayordomo—. Pero la raza viene traída de muy lejos.

—Son altos y esbeltos. En el Ática no tenemos caballos así.

—Están cruzados con caballos niseos. Los trajeron desde Ugarit, hace más de veinte años, y ahora contamos con cientos de ellos.

—¿Los usáis para tirar de los carros?

—Y para nuestros mensajeros, que recorren la isla.

—¿Nunca para la guerra?

El escriba intervino.

—Aquí nunca tenemos guerras.

—¿No luchan unas ciudades con otras?

—¿Por qué iban a hacerlo? Cada ciudad es el nudo de una red; si uno se rompe, toda la red se resiente. Nos interesa mantenerla unida. Y nadie mejor para ello que nuestra reina.

—Una gran mujer.

—Es la hija predilecta de la Diosa —puntualizó el escriba—. Y aquí, en Creta, todos veneramos a la Madre que nos da la vida.

Dédalo contempló a Pasífae, que caminaba a buen paso ante ellos, la falda de volantes ondeando bajo su cintura firme.

Se alejaron un trecho de los establos para detenerse ante un muro circular, con base de piedra y coronado por una empalizada de troncos afilados.

Pasífae se paró ante la puerta. Era de bronce y estaba barrada con un gran cerrojo, atado con cadenas. El jefe de la guardia se acercó con una gruesa llave. Sus dos hombres más fornidos lo secundaban. A un lado, Ariadna y sus hermanos contenían el aliento. Glauco echó a temblar.

—¿Tienes miedo? —susurró Fedra.

—No. Solo me duele la tripa.

—Glotón. ¿Has vuelto a robar obleas con miel de la

despensa?

Ariadna los hizo callar.

—Yo no tengo miedo.

El jefe de la guardia soltó las cadenas y desplazó la balda del cerrojo con precaución. Lentamente empujó una hoja de la puerta hasta dejarla entornada.

Todos guardaban silencio. Dentro del muro circular nada se oía.

Pasífae empujó ambas hojas de la puerta con decisión y Ariadna la siguió de inmediato.

Madre e hija avanzaron sobre la arena, seguidas de un grupo cauteloso. La sombra de un cobertizo cubría una sección del recinto. Y allí, en la sombra, acechaba alguien.

—Tal vez duerme —dijo la reina.

Los guardianes se desplegaron, lanzas en ristre, armados con sus escudos en forma de ocho. Uno de ellos sostenía una red.

—Dejad que lo vea —pidió Dédalo.

Ariadna caminó junto a él y lo adelantó, acercándose al cobertizo.

—No duerme. —Su voz sonó cristalina en medio de la arena —. Nos está mirando.

De pronto la criatura saltó afuera. Sus pies, acabados en enormes pezuñas negras, arañaron la tierra. Tomando carrerilla, se abalanzó sobre Ariadna. Ella cayó, lanzando un grito, mientras él la agarraba por la cintura, apresándole el cuello entre dos astas afiladas.

—¡No! ¡No! ¡Ayudadme! —aullaba Ariadna, sin dejar de forcejear bajo el peso de la bestia.

Los guardianes rodearon a la criatura, un cuerpo colosal de humano, cubierto de vello negro, con la cabeza de toro que se hundía en el pecho de Ariadna.

—¡Echad la red! —gritó el jefe.

Uno de los guardianes avanzó con su lanza, dispuesto a

atravesar el costado de la fiera. Pasífae lo detuvo con voz imperiosa.

—¡Aparta! ¡Apartaos todos! ¡Basta!

Ariadna se retorcía desesperada bajo el cuerpo del hombre toro mientras la reina lo increpaba.

—¡Mírame a los ojos! ¡Mírame!

La testa animal se alzó, con el hocico destilando saliva, y un par de ojos sanguinolentos se clavaron en el rostro de la reina.

—¡Suéltala! ¡Haz lo que te digo! ¡Suéltala!

Apresada entre los muslos de la bestia, Ariadna gemía.

Pasífae masculló algo a media voz. Nadie pudo entenderla, pero Dédalo se estremeció cuando escuchó lo que parecían, más que palabras, gruñidos.

Con la tez arrebolada y ojos húmedos, Pasífae se irguió y el hombre toro, dócilmente, soltó a su presa y permaneció de bruces, la cabeza gacha y los cuernos apuntando a tierra.

Ariadna se puso en pie con la ayuda de un guardián y corrió hacia sus hermanos. Temblaba.

—Es nuestro hermano —musitó Fedra con malicia.

Ella movió la cabeza, estrechándose con los brazos arañados y cubiertos de arena.

—Es un monstruo. ¡Y lo odio!

La reina permaneció un tiempo ante el hombre toro, con las manos en alto. Él seguía de rodillas. Después se levantó y, dando media vuelta, regresó al cobertizo arrastrando la cola. El penacho de pelo negro dejaba un rastro sinuoso en la arena.

Pasífae se volvió hacia Dédalo.

—Ya lo has visto.

—Mi señora, decís la verdad. Jamás he visto nada igual.

—¿Crees que podrás hacer una casa para él?

—Este recinto es apropiado para un toro. Pero si queréis

mantenerlo sereno, no es bueno que vea a mucha gente.

—Solo obedece a la reina —dijo el escriba—. Es la única que puede amansarlo.

—Normalmente, los toros se amansan cuando están entre hembras —comentó Dédalo—. A menos que una de ellas esté en celo…

Pasífae lo interrumpió.

—Él no es un toro.

—Tampoco es humano.

—Es más que humano: es un dios.

—¿Cómo lo sabéis, mi señora?

Pasífae le dirigió una mirada fría.

—Porque es hijo de un dios y de una reina.

Dédalo volvió a sentir un estremecimiento.

—Quiero que le hagas una casa. Más que una casa: un santuario. Un lugar donde pueda estar seguro, él y los demás.

De noche, en sus aposentos, Ariadna y Fedra se abandonaban a las manos hábiles de las doncellas que las peinaban, les ungían los pies y les masajeaban la espalda antes de acostarse.

Kitane y las sirvientas atendían a Ariadna con especial esmero. Se había negado a cenar, apenas hablaba y en su rostro aún pálido se cernía una sombra.

—Mi princesa, no estés triste. ¿Qué más podemos hacer? ¿Quieres que llame al arpista?

Ariadna movió la cabeza.

—No estoy triste.

Fedra lanzó una mirada inquisitiva a su hermana.

—¿Estás enojada?

Ariadna no respondió. Pero luego dijo:

—Quiero que venga el aya.

La llamaron y el aya se presentó de inmediato. Ya estaba

acostada, pero se cubrió con un chal y entró en la alcoba, atusándose la melena canosa.

—Mi niña. —Se sentó junto a Ariadna y la rodeó con el brazo —. Ahora vuelves a ser una pequeña asustada.

Ella se revolvió.

—¡No estoy asustada!

—¿Entonces…?

Ariadna miró a las sirvientas.

—Marchad todas.

Se fueron todas y la princesa se quedó con el aya y con Fedra, que se agazapó a los pies de la nodriza reclinando la cabeza en su falda.

—Aya, quiero que nos cuentes cómo nació el Toro.

—Niña, ¡os lo he contado tantas veces!

—No. Solo nos has dicho que nació y que su padre es el Señor del Mar. Pero no nos has contado *cómo* lo concibió madre. ¿Dónde fue? ¿Cuándo? ¿Por qué?

El aya suspiró.

—Ah, demasiadas preguntas… Preguntas que no tienen respuesta.

—Si nuestro hermano existe, sí la tienen —dijo Fedra—. ¿Acaso no la sabes?

El aya volvió a respirar hondo y acarició el cabello denso y oscuro de Fedra.

—Eres demasiado inteligente. Pero la inteligencia no puede nada contra el misterio, mi pequeña. Vuestra madre fue a adorar a la Diosa a la cueva de Ilitía. Y hasta allí llegó el Señor del Mar, celoso de su devoción. Allí la poseyó y ella quedó encinta.

Ariadna y Fedra tenían los ojos clavados en el aya. Ella bajó la mirada y abrió las manos sobre el regazo.

—¿Cómo explicar lo inefable? No hay palabras, niñas. Fue en la cueva sagrada… Nada más puedo decir.

Ariadna no replicó, pero Fedra tomó una mano del aya y preguntó:

—Aya, ¿cómo es un dios cuando viene a la tierra? ¿Cómo es el Señor del Mar? ¿Cómo pudo poseer a madre?

—Eres demasiado curiosa… ¿Crees que estuve allí para verlo? ¡Nadie lo sabe, y tu madre jamás lo revelará!

Ante el silencio de las dos princesas, la nodriza continuó, con voz ronca y tenue, como repitiendo un ensalmo:

—El Señor del Mar es poderoso y bravo como un toro salvaje. Nada se resiste a su abrazo. Ni siquiera una reina, favorita de la Diosa. Pero cuando ella fue poseída contuvo en su cuerpo toda la fuerza del mar… Y no fue destruida, sino que engendró un hijo.

El inventor se puso manos a la obra. Pidió papiro y lápiz de carbón, y pasó días dibujando planos y alzados, trazando diseños diversos que despertaron la curiosidad del escriba y también de los príncipes. Glauco y Fedra lo miraban trabajar, sentado en la galería soleada que daba al gran patio, y le hacían preguntas. Él respondía con paciencia y, a su vez, los interrogaba para averiguar más sobre la bestia.

—¿Por qué decís que es vuestro hermano?

—Porque es hijo de nuestra madre.

—¿Y su padre?

—Era un toro sagrado —dijo Glauco.

—Madre dice que era un dios —añadió Fedra.

Dédalo calló, asimilando la respuesta.

—Y… ¿qué come vuestro hermano?

Los dos se miraron antes de responder.

—Come carne.

—Y bebe vino.

—Oh, un toro no come carne.

—Olvidas que *no* es un toro —replicó Fedra.

El cálamo cayó de la mano del inventor.

—A veces come carne humana —dijo Glauco.

Ariadna no quería saber nada de los planes de Dédalo ni del hombre toro y evitaba hablar del tema. Fedra, a veces, la provocaba.

—Antes lo querías… Decías que te daba lástima. ¿Por qué ahora lo odias tanto?

—Porque he sentido su violencia y su maldad. He respirado lo que hay dentro de él. ¡Su aliento es veneno!

—¿No exageras?

—¿Qué habrías sentido tú si hubiera saltado sobre ti y te aplastara con el cuerpo, apuntándote con los cuernos? ¡No tienes ni idea!

Fedra movió la cabeza y se agachó para tomar a su gata preferida, Isis, que se frotaba contra sus pies. Acarició al minino y murmuró.

—No. No tengo ni idea… Solo pienso.

Al cabo de quince días, Dédalo pidió audiencia con la reina. Tenía la solución. Ante Pasífae y su consejo, reunidos en la sala de trono, les expuso el plan.

—Será un palacio semienterrado; no habrá techo, así podrá disfrutar de la luz del sol. Los animales terrestres, como los humanos, necesitamos saber cuándo es de noche y cuándo es de día.

—No es un preso —le recordó Pasífae.

—Oh, mi señora, no lo será. No he diseñado un calabozo estrecho, sino un santuario lleno de caminos. Podrá recorrerlos todos, una y otra vez, en un sentido y otro. Podrá moverse y

trotar. Cuando se canse, siempre regresará a su lugar.

—¿Y cómo será ese lugar?

—Será una sala amplia, abierta al sol. Tendiendo una pasarela sobre los muros, los guardianes podrán bajar desde lo alto odres de bebida y su alimento… Lo que sea que coma la bestia. Así estarán a salvo.

Dédalo les mostró el plano de un curioso edificio circular, con pasadizos que iban y volvían como el hilo de una madeja formando dos espirales.

—¿Qué es esto?

—Es un laberinto —explicó Dédalo—. Con un solo camino de entrada y uno solo de salida. Habrá una única puerta. Si permanece cerrada, nadie correrá peligro.

Espada y un par de sandalias

Cuando Teseo regresó a su hogar, en Trecén, no perdió el tiempo. Después de saludar a Conidas y a los criados, apenas entró en el patio del hogar, se encaró con su madre y su abuelo.

—¡Mi padre es un rey! ¿Por qué nunca me lo dijisteis?

Aetra y el anciano Piteo cruzaron miradas.

—Hijo, el oráculo te ha revelado tu origen. Ahora tu madre te contará una historia. Pero antes quiero que me acompañes.

Teseo la siguió. Abandonaron la mansión y descendieron por un sendero entre matorrales hasta el santuario de la Triple Diosa. Era un edificio pequeño, con un pórtico de tres columnas, en medio de un campo de encinas. Allí, durante las fiestas, danzaban las doncellas, cantaban las ancianas y las mujeres casadas traían sus ofrendas para pedir un buen parto, una crianza sana o la salud de un hijo enfermo.

Caía la tarde y Aetra rodeó el templo hasta llegar a la gran peña. Era un cono de roca caliza, alta como dos hombres, que emergía de la tierra a pocos pasos del santuario. La llamaban el Seno de la Diosa y muchos peregrinos acudían a tocarla, esperando obtener el favor de la deidad.

Aetra posó una mano sobre la peña y habló a su hijo:

—Aquí, bajo la roca, hay algo enterrado. Excava y

encuéntralo.

Teseo sacó su daga, la clavó en la tierra allí donde le indicaba su madre y comenzó a escarbar. Acabó valiéndose de las manos, hurgando furiosamente hasta que le sangraron las uñas. Cuando abrió un hoyo profundo de un par de codos, encontró algo.

—¡Aquí! ¿Qué es esto?

Extrajo unas tiras de cuero medio podrido, eran los restos de unas sandalias. Pero más abajo vio lo que parecía una vaina. Siguió excavando y desenterró un objeto largo que de inmediato identificó.

—¡Una espada!

La extrajo de la vaina y contempló el filo de bronce. Aunque estaba oxidada, pudo distinguir grabado el perfil de una serpiente.

Más tarde, en la casa, junto al fuego, Aetra desveló el secreto que guardaba desde hacía largos años. Teseo tenía la espada sobre las rodillas y la iba puliendo con un trapo untado en aceite.

—Tu padre es Egeo, rey de Atenas. Esta es su espada, con el emblema de los erecteidas, y esas eran sus sandalias.

—¿Por qué no me lo dijiste, madre? ¿Por qué he tenido que vivir todos estos años como un… un bastardo?

—¿Un bastardo? ¡Eres el hijo de la sacerdotisa de las Tres Diosas! ¡Nieto de Piteo, el sabio de Trecén! ¡Jamás te ha faltado nada y vives en la mejor casa de esta tierra! Todos te respetan.

—No es cierto, madre. ¡Tú lo sabes! He sido el hijo sin padre y sin linaje. He vivido entre campesinos y pescadores. ¿Qué es Trecén al lado de Micenas, Argos o… Atenas? ¡Ni siquiera sé si tengo hermanos! ¡Y soy el hijo de un rey!

Aetra soportó en silencio la cólera de su hijo.

—¿Por qué nunca me lo contaste? ¿Por qué me lo has ocultado? ¿Por qué?

Padre e hija se miraron, él asintió.

—Yo no era la esposa de tu padre.

—Entonces, ¡es verdad que soy un bastardo!

—No. No lo eres. Tu padre tampoco tenía hijos. De sus dos primeras esposas no obtuvo fruto alguno. Entonces vino a consultar a tu abuelo, pues ambos habían sido compañeros de armas en la juventud. Se alojó en nuestra casa y estuvo sentado aquí, en este banco que ahora tú ocupas. Cenamos, en una noche como hoy. Tu padre y tu abuelo bebieron juntos, después de la cena. Yo les servía. Escancié para tu padre vino nuevo, endulzado con miel y sin aguar.

»Después de la cena conversaron largamente y, a medida que iba bebiendo, él se fijaba más en mí. Poco después las palabras le resbalaron de la boca y cayó, vencido por el vino y el sueño. Tu abuelo y yo lo llevamos a una alcoba… Era mi alcoba y lo tendimos en mi lecho. Después me desnudé y me acosté a su lado.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Teseo.

—Yo había estado prometida. Iba a casarme con Belerofonte, un joven de renombre y valiente guerrero. Pero cayó en desgracia y tuvo que huir a la tierra de los carios. De modo que tu abuelo pensó: «Si no puede ser la esposa de un noble, será la amante de un rey».

—¿Creíste que te haría su esposa?

—Lo creí, durante una noche. Hasta que, al día siguiente, cuando él despertó y me vio a su lado, comprendió lo ocurrido y tomó una decisión.

»No podía desposarse conmigo, pues aún vivía su segunda esposa. Tampoco podía dejarme deshonrada. De modo que nos pidió que, si yo engendraba un hijo de su sangre, lo cuidáramos sin revelarle su identidad hasta que fuera adulto. Luego fue al

santuario y enterró su espada y sus sandalias, y me dijo: “El día que mi hijo sea hombre, muéstrale este lugar y pídele que encuentre los emblemas de su realeza. Si da con ellos, dile que regrese a mi lado, si es que aún sigo con vida. Lo reconoceré como príncipe y, si no tengo otros hijos, él será mi heredero y sucesor”.

Teseo blandió la espada y contempló el filo de bronce, girándolo hacia la lumbre.

—Iré a Atenas. Me presentaré ante el rey Egeo. ¡Y reclamaré mi lugar!

Teseo partió de su hogar en la primavera siguiente, cargado de consejos y ligero de equipaje. Su madre le había tejido una túnica y una capa de lana. Conidas le confeccionó un par de sandalias nuevas. Llevaba su espada erecteida, la daga, un bastón y el morral con provisiones y agua. Rechazó viajar en barco, en carro o en compañía alguna.

—Fui a Delfos solo y regresé. Ahora, quiero ir a Atenas recorriendo paso a paso el camino. Debo conocer mi tierra.

—Nunca olvides tus raíces —dijo su madre—. Recuerda que aquí naciste y aquí fuiste criado. Trecén siempre será tu cuna.

—No lo olvidaré, madre.

—Y, sobre todo, ten cuidado con las mujeres.

Su abuelo emitió una profecía.

—Siete pruebas has de pasar antes de llegar a tu destino. Siete desafíos y siete muertes. Usa la cabeza y el corazón. Pero no corras hacia el peligro porque será él quien te salga al camino.

—Nada me echará atrás —repuso Teseo—. Así lo prometí al dios del Sol.

Un rey y un príncipe

Los obreros habían empezado a cavar los cimientos del laberinto cuando el rey llegó a Cnosos acompañado de su cortejo de amigos cazadores. Con él venía su hijo mayor, Androgeo. La llegada de Minos agitó todo el palacio. Sus hijos menores salieron a recibirlo con alborozo. La única que permaneció serena, en su trono, fue la reina.

Minos saltó de su carro; era un hombre alto, de cuerpo robusto y de carácter expansivo. Vestía un rico faldón con flecos de oro y calzaba sandalias de cuero atadas hasta media pierna. Tomó en brazos a Ariadna y la alzó.

—¡Luz de tu padre! En cuanto me alejo un tiempo, regreso y te veo más hermosa.

—Padre, ¡te echábamos de menos! ¿Cuándo me llevarás a cazar contigo?

—Ah, más adelante… Los montes y las aldeas no son lugares para una princesa.

—¿Por qué no? Yo también quiero ir —replicó Fedra.

Minos acarició levemente el rostro de su hija menor.

—Tiempo tendréis. Es a él a quien me gustaría llevar —señaló al pequeño Glauco, que se encogió ante su padre—. ¡Pero él no quiere!

Glauco hizo acopio de dignidad y se irguió.

—Los montes y las aldeas tampoco son lugar para un príncipe —replicó—. Me gusta vivir en palacio.

Minos soltó una carcajada.

—¡He aquí a un hijo de su madre! ¡Ama el lujo y el poder!

Androgeo abrazaba a sus hermanas, que ahora rivalizaban por estar junto a él.

—¿Nos has traído algo? —preguntó Fedra.

—Hermosas pieles de ciervo y de lince. ¡Podréis haceros buenas alfombras!

—Qué delicia para nuestros pies —exclamó Ariadna.

—Yo me haré una capa de invierno para acompañarte en tus próximas cacerías —dijo Fedra.

Androgeo se dirigió a su hermano menor.

—Tú me acompañarás en la próxima salida. ¡Ya no te escaparás más!

Glauco hizo un mohín para rechazar la mano de Androgeo, que le removía los bucles.

—¡No me despeines!

—Te despeinaré cuanto quiera. ¡Mañana vendrás conmigo al patio a luchar!

—No me gusta luchar, ¡y menos contigo!

Androgeo reía como su padre. Era la imagen del rey en forma de bello efebo. Lucía una larga cabellera ondulada sobre el torso desnudo. Alto, de músculos recios y cintura estrecha, hombres y mujeres volvían la mirada hacia él con admiración.

Tras recibir los saludos del intendente, el escriba y el gran eunuco, el rey se acercó a dos hombres que aguardaban, observando la escena con atención. Eran Dédalo y el joven Menesteo.

—Un heraldo me ha hablado de ti. ¿Eres el hombre de Atenas?

—Sí, mi señor. Soy Dédalo, de la casa erecteida.

—Me han dicho que eres un inventor. ¿Qué demonios

inventas?

—Mi señor, si os complace verlo, os enseñaré el bosquejo de una obra que me ha encargado mi señora, la reina.

—¿De qué se trata?

—De… un santuario especial, mi señor.

—¿Otro santuario? ¿No tenemos bastantes?

—Este es diferente. Lo habitará un dios vivo que camina entre nosotros.

Al oír estas últimas palabras, el gesto de Minos cambió.

—¿De qué dios hablas?

—De… vuestro hijo, señor.

—¿Mi hijo? ¿Androgeo? ¿Glauco? ¿Catreo, el que está en Festo?

Palideciendo, Dédalo respondió con cautela.

—Del otro, mi rey.

Minos clavó en el ateniense una mirada gélida.

—No tengo más hijos que estos tres.

Intervino Fedra con voz suave.

—Padre, Dédalo está construyendo una casa para el Toro.

El silencio cayó sobre todos ellos. Minos tronó:

—¡Una mazmorra! ¡Eso es lo que deberías construir para él!

—Mi señor —dijo Dédalo—. Cuando lo veáis, creo que estaréis satisfecho.

Mientras tanto, Androgeo se dirigió al joven aqueo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Menesteo. También pertenezco al clan erecteida, la familia del rey.

Los dos jóvenes se miraron largamente. Después se estrecharon las manos.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Pronto regresaré a Atenas, con la nave que nos trajo.

—Entretanto, eres mi invitado. Desde hoy, quiero que te alojes en mis aposentos. ¿Sabes luchar?

—En Atenas solemos pelear mucho.

Androgeo sonrió abiertamente.

—Quiero que luches conmigo. ¡Quizá puedas enseñarme algo!

Menesteo le devolvió la sonrisa.

Aquella noche, la reina ordenó preparar un banquete en el patio de las dobles hachas, un recinto porticado junto al santuario del palacio. Agasajó al rey, a sus compañeros y a su hijo mayor. Minos, por su parte, invitó al capitán y a los marinos de las naves aqueas.

Mientras bebían, reclinados en sus divanes, Minos, el príncipe Androgeo y los atenienses se enzarzaron en una animada conversación sobre la caza y la guerra. Menesteo les habló de los juegos atléticos que se celebraban en la Hélade y Androgeo sintió que la sangre hervía en sus venas.

—Tenemos a un campeón en carreras. Puede correr la distancia de una jornada en menos de tres horas.

—Eso también puedo hacerlo yo —replicó Androgeo—y cualquiera de nuestros mensajeros.

—¡Y nuestros luchadores! —dijo el capitán aqueo, encendido por el vino—. No pelean con guantes, como vosotros, sino con todo el cuerpo. Los más ágiles derriban a sus oponentes sin apenas tocarlos.

Androgeo replicó:

—Aquí, en Creta, entrenamos a diario y peleamos con arte. Desde hace años nadie puede vencerme en lucha cuerpo a cuerpo. Me gustará competir con vuestros campeones.

Menesteo lo incitó.

—¿Por qué no vienes conmigo a Atenas? Te alojarías en el palacio, con el mismo rey, y podrías competir con todos los jóvenes de la flor y nata de nuestra tierra.

—Me gusta la idea. ¿Por qué no?

Minos los miró con el ceño fruncido.

—Hijo, ¿qué se te ha perdido entre esas gentes? ¡Cabreros y pescadores!

—Y navegantes y guerreros, padre. ¿Te has olvidado de Jasón?

Minos gruñó y apuró de un trago su copa para pedir más vino a un criado.

Ariadna y Fedra seguían con interés la conversación de su hermano y los aqueos.

—Menesteo es tan apuesto —comentó Ariadna.

—Huele mal, como todos los aqueos, y es un bocazas —dijo Fedra, con malicia.

—A Androgeo le resulta simpático.

—Y tú te enamoras del primero que te mira.

—¡Calla!

—Estoy segura de que mienten. Madre también lo cree.

Pasífae presidía el banquete en su diván. Ella también observaba, callaba y mantenía un porte digno, pero las cejas se le enarcaban en un gesto de velado hastío e indignación.

—Madre siempre se enfada cuando papá invita a sus amigos —comentó Ariadna.

—¿Te has preguntado por qué?

—Me gustaría saberlo… Igual que quisiera saber por qué no se aman como antes.

—¿Cómo *antes*, Ariadna? ¿Antes de qué?

La joven bajó la mirada con tristeza y bebió de su cáliz de cerámica hasta apurarlo. En el fondo, bajo el poso del vino, saltaban dos pequeños delfines pintados en azul.

—Antes de que naciera *él*.

Seis días después las naves atenienses zarpaban de regreso a su

tierra. Llevaban a bordo bronce y cerámicas, varios toneles de vino y un pasajero de honor: el príncipe Androgeo de Creta. En la playa de Amnisos, la reina Pasífae y las dos princesas contemplaron cómo los barcos se alejaban dejando tras de sí dos estelas de espuma. Pasífae tenía la mirada fija en el mar. Fedra agitaba las manos. Ariadna lloraba.

La sombra en cadenas

Un día entraron a traerme el alimento. Eran las odiosas Púas, siempre en grupo, cobardes y agrupados como los insectos. Lo dejaron en medio del recinto: una marmita con requesón y otra con gachas de trigo. Y la jarra de vino.

Me acerqué y, sin darles tiempo a reaccionar, embestí a uno de ellos. Tenía las manos y los pies encadenados, pero aún me quedaban los cuernos.

Lo derribé y le clavé las astas en el abdomen. De inmediato gruñí asqueado ante el hedor pestilente de sus entrañas. El desgraciado se retorcía y lo corneé de nuevo en el pecho. Debí reventarle el corazón, porque escuché un crujir de costillas y la sangre salía a borbotones, formando un charco en el suelo. Entonces le mordí con fuerza el cuello y mastiqué sus tendones hasta que las vértebras rechinaron bajo mis muelas. El hombre dejó de agitarse y la sangre me llenó la boca. Paladeé el gusto ferroso, ataqué su brazo y se lo mordí con fuerza.

Carne cruda. Gelatinosa y a la vez firme, sabía salada y la masqué con fruición, alzando la cabeza. Las Púas no sabían cómo reaccionar. Vi a uno temblando, otro encorvándose para vomitar y los demás agarrando sus escudos y sus lanzas para rodearme, pero sin atreverse a dar un paso. Me contemplaban con horror y me regodeé ante ellos arrancando un pedazo de

muslo de su compañero.

No me tocaban porque Ella se lo había prohibido. No debían hacerme daño.

De pronto me puse en pie, agitando las cadenas. Las Púas gritaron y echaron a correr. Los perseguí y alcancé a dos de ellos. A uno lo hice volar entre mis cuernos, al otro lo embestí por la espalda. Los demás alcanzaron la puerta y cerraron de golpe, gritando. Oí el cerrojo y su frenético giro de llaves. Se alejaron dando voces.

Yo regresé, sediento de sangre. Ya no sentía apetito, pero me devoraban la ira y la sed. Rematé a mis víctimas. Clavé mis astas en su blanda carne y mordí donde quise.

Ahíto, me recosté en el suelo, a la sombra del cobertizo. Caí en un pesado sopor y dormí, creo que durante días.

Cuando desperté, no había rastro de hombres, ni de sangre siquiera. Habían barrido el recinto, habían retirado todos los restos y el pozo donde se acumulaban mis heces estaba vacío. Tan solo vi un ánfora con agua y un montón de heno fresco. Me puse en pie y vi que habían acortado mis cadenas. No podía abrir los brazos ni dar zancadas largas.

Ella vino a verme al cabo de un tiempo; entró rodeada por una docena de Púas. Olí el miedo de los hombres desde la distancia, pero ella no me temía. Avanzó hacia mí, bella e imperiosa, con las manos tendidas al frente y mirándome con aquellos ojos que me obligaban a rendirme.

Me fijé en sus senos, erguidos sobre el jubón de color azul, y por unos instantes me pregunté qué ocurriría si decidía embestirla a ella y perforarle el cuerpo con las astas.

No podía. No podía y lo supe en cuanto se acercó. Mi cola bajó hasta barrer el suelo y me arrodillé ante Ella.

No llegó a tocarme, pero me habló.

—Te gusta la carne.

Giré la cabeza a un lado.

—Tendrás carne. A fin de cuentas, no eres un toro.

El sol caía sobre nosotros y me contemplé los brazos y las manos, tan humanos como los suyos, aunque cubiertos de vello negro, y encadenados.

—Eres un dios y tendrás lo que deseas.

¿Lo que deseaba? ¿Acaso no sabía lo que deseaba? Lo único que ansiaba era salir de allí, deshacerme de las cadenas y alejarme. Lejos de Ella, lejos de palacio, lejos de las odiosas Púas, lejos de todos.

Menos de una.

Desde aquel día me trajeron carne junto con las hierbas y el queso. Pero la detesté. No era como la de las Púas. Era carne de oveja, de cabra, de conejo. Tenía mal sabor y los huesos pequeños se astillaban y se metían entre mis dientes. Nunca me dieron carne de vaca o de toro. Además, cuando la comía, me invadía el sopor y perdía la noción del tiempo. Aquella carne era veneno.

Ella comprendió. Dejaron de servirme carne de animales y volví a comer hierba y cebada. Pero llegó el frío y la fiesta de invierno. Después de oír músicas y tambores lejanos, las Púas me trajeron carne de nuevo.

No venían ellos solos. Venía Ella, con los hombres blancos vestidos de largo, imberbes como mujeres. Y traían unas parihuelas cubiertas con un lienzo.

Ella dio una orden. Un hombre blanco tocó el tambor, otro la flauta. Ella pronunció una plegaria. Entiendo todo lo que dicen los hombres, pero jamás he podido comprender sus rezos. Solo capté el final.

—… Su muerte nos da la vida.

Levantaron el velo que cubría las angarillas y vi a un muchacho. Estaba muerto, lo supe por su lividez y por la

hendidura sangrienta que le rajaba el cuello. Lo depositaron en tierra, ante mí.

Ella se acercó y me llamó con un gesto.

—Es tuyo. Lo hemos sacrificado para ti.

Hubo un silencio largo y prolongado, interrumpido por el graznido de un cuervo que se posó sobre un poste de la empalizada.

Lo miré unos instantes.

Después me incliné sobre el muchacho. Era un niño, apenas mayor que el Pequeño. Flaco y de cabello negro, tenía una pierna torcida y pensé que en aquel cuerpo había poca carne. Pero sería tierna. Todos salieron del recinto y esperé a que se fueran para abalanzarme sobre mi ofrenda.

Gigantes y bestias

Teseo emprendió la ruta hacia Epidauro. Quería visitar el santuario de aquel lugar y preguntó por el camino a un par de campesinos que conducían un carro tirado por bueyes.

—¿Por dónde se llega a Epidauro?

—Debes tomar el próximo sendero a tu izquierda, unos cien pasos más adelante. ¿Llevas algo para el peaje?

—¿Qué peaje? ¡El camino es de todos!

—Ese camino es de Perifetes, el gigante.

—¿Quién es Perifetes?

—El hombre maza. Hijo del Señor del Mar.

—¿Ah, sí? Yo también lo soy.

Se encogieron de hombros y uno de ellos agregó:

—Veo que llevas un bastón, muchacho. De poco te servirá ante Perifetes. O pagas con tus bienes, o pagarás con tu vida.

Se alejaron y Teseo continuó andando a buen paso. Llegó al desvío y tomó un sendero pedregoso entre montes, asegurándose de tener la daga a mano y empuñando el bastón con mano firme.

De pronto la maleza junto al camino se agitó y las ramas de las encinas crujieron como cediendo al paso de un animal enorme. Teseo se detuvo y aguardó, el cuerpo tenso y agarrando el bastón con ambas manos.

El ramaje se abrió y ante él emergió un gigante, alto como dos hombres, de cuerpo musculoso y rostro barbudo. Vestía un faldón de piel y sandalias, y en la diestra llevaba un garrote de bronce de al menos cinco codos de largo. Teseo se quedó sin aliento, asombrado ante aquella mole sobrehumana que se cernía ante él.

—¿Quién eres? —bramó.

—Mi nombre es Teseo, hijo de Aetra y nieto de Piteo, de Trecén. ¿Con quién hablo?

—Con Perifetes, hijo del Señor del Mar. ¡Y dueño de esta tierra que pisas! ¿Dices de Trecén? ¡Forastero! Luego debes pagar por tu paso.

—¿Qué debo pagar y por qué?

—Dame esa espada y el saco. Eso, o la vida.

Teseo dejó caer el zurrón al suelo y se descolgó la espada, pero no la entregó, sino que alzó el bastón con una mano.

—¡Con gusto te daré mi porra a cambio de la tuya!

Perifetes soltó una carcajada y se acercó con torpeza, pues cojeaba de un pie. Teseo se percató de inmediato y retrocedió unos pasos.

—¡No llegarás muy lejos! —rugió el gigante.

Se abalanzó contra él enarbolando la maza, pero Teseo saltó hacia adelante y se arrojó entre sus piernas, metiéndole la zancadilla. Perifetes cayó a tierra tan largo como era. Maldiciendo, se giró para incorporarse, pero Teseo fue más rápido. Le arrebató la maza, la agarró con ambas manos y la descargó sobre su cráneo. El gigante vaciló, escupiendo sangre, y Teseo volvió a golpearlo sin piedad, hasta destrozarle la nariz y la boca. Perifetes cayó de espaldas, entre rugidos y convulsiones. Después de otro golpe, sus costillas crujieron bajo la piel velluda.

Jadeante, Teseo tomó aliento. Sobre su cabeza volaba en círculos un cuervo.

—Que el Señor del Mar se apiade de ti y te acompañe a los infiernos.

Echó un puñado de tierra sobre el rostro ensangrentado de Perifetes. Después recogió el saco y las armas y se llevó la maza del gigante.

Dos días después Teseo cruzaba el istmo de Corinto por un camino que serpenteaba entre sembrados y olivares. Una familia de labradores, que le ofreció pan y queso a cambio de ayuda para cortar leña, le habló de Sinis.

—Vive ahí, en las colinas. Lo llaman el Tuercepinos. Acecha en un arbolado junto al sendero. Cuando pilla a algún viajero desprevenido, agarra una rama de pino, la dobla hasta el suelo y ata al desgraciado. Luego lo suelta y ¡zas!, sale despedido como un dardo.

—No puedo creer esa historia.

—Otras veces es peor —dijo el hijo del granjero—. Agarra las ramas de dos pinos separados y al que pilla le ata una pierna a cada rama. Cuando las suelta, el hombre queda descuartizado.

—¿Nadie le ha parado los pies a ese botarate?

—No hay nadie más fuerte que él en toda la región —repuso la mujer—. Y tiene riquezas. Un tesoro oculto en su guarida, en medio del bosque.

—Y una hija —agregó el labrador—. Bella como una ninfa e igual de tramposa. Algunos viajeros van tras ella, se adentran en el bosque y entonces el padre los captura.

Al deseo de lucha se sumó la curiosidad.

—Quiero verme las caras con él.

—Pareces fuerte, muchacho, pero a su lado eres un chiquillo. Ni esa maza que llevas te servirá.

Teseo reemprendió el camino y al atardecer llegó a un altozano. Estaba en el lugar más estrecho del istmo y desde allí

podía divisar, a su derecha, el golfo de Sarónica, y a su izquierda, el de Corinto. El mar azuleaba a oriente y resplandecía como el oro a poniente mientras el sol se ocultaba.

En el silencio de la tarde, Teseo meditó sobre su destino. Los dioses siempre lo habían protegido hasta entonces. Pero ahora ansiaba el peligro, tanto como acostarse con una mujer. Su cuerpo hervía de vitalidad y le pedía violencia y placer. Había matado a un gigante que se decía hijo de un dios. Con la porra de Perifetes se sentía invencible como Heracles.

Pasó la noche bajo una encina, durmiendo a pierna suelta, y al día siguiente se adentró en el oscuro pinar. El camino discurría entre matojos y comenzó a silbar.

Entonces vio a la doncella.

Salió del bosque, entre dos pinos. Y, sí, era hermosa como una ninfa y vestía una túnica ligera que revelaba las formas de su cuerpo. Miró a Teseo unos instantes y dio media vuelta para desaparecer entre los árboles. Él no lo pensó dos veces y la siguió.

De pronto sintió un golpe seco en la espalda. El impacto lo hizo tambalearse y se tuvo que apoyar en la maza. Cuando fue a girarse, un hombre lo embistió.

No era un gigante, pero tenía el cuerpo pesado como una roca y su cabeza se hundió en el pecho de Teseo. Lo hizo caer, pero cuando quiso atacarlo con los puños, él balanceó el torso y alzó las piernas, deteniendo el golpe con las rodillas. Se puso en pie de un salto, dispuesto a contraatacar.

Sinis resoplaba con los ojos inyectados en sangre. Los músculos de sus brazos, tensos, parecían a punto de reventar mientras avanzaba hacia Teseo. Lanzó un puñetazo, él lo esquivó, y durante un rato ambos se acosaron, uno amagando y el otro desviando golpes. Hasta que Teseo se dejó caer, junto a la piedra que Sinis le había arrojado a la espalda. Cuando el hombretón se abalanzó contra él, agarró la piedra y lo golpeó

en el rostro.

Varios dientes saltaron y Sinis lanzó un alarido, maldiciendo. Teseo, piedra en mano, volvió a golpearlo en el pecho. Tosiendo, el forzudo se desplomó como un trapo. Teseo lo arrastró por las piernas.

De un salto agarró la rama de un pino joven y la dobló hasta el suelo. Pisando un extremo, ató a Sinis a la rama con su propio cinturón. Tras cerciorarse de que estaba bien amarrado, lo soltó. Sinis no salió proyectado como una flecha, pero la rama golpeó el tronco y su cuerpo rebotó como un pelele. Se escucharon los graznidos de una corneja revoloteando entre los árboles.

—¡Ahí te quedas, Tuercepinos! —gritó Teseo, y su carcajada resonó en todo el bosque.

Algo se agitó entre las ramas de un matorral. Al acercarse, vislumbró una forma blanca y agazapada. ¡La doncella!

Echó a correr como una corza, y él detrás. La persiguió durante mucho tiempo, adentrándose en la espesura y sin poder darle alcance, hasta que se detuvo en medio de un claro.

Conidas le había enseñado cuando iban a cazar juntos en los montes de Trecén. *Los animales se esconden, muchacho. Si quieres sorprenderlos, sé sigiloso como ellos*.

Sin mover una ceja, Teseo observó a su alrededor: cada piedra, cada brizna de hierba, cada rama. Nada se movía, hasta los pájaros parecían haber callado. Ni una ráfaga de viento.

Posó la vista en cierto lugar, una mancha de verde más pálido que el resto del bosque. Dio un paso tras otro, despacio, hasta pincharse con las esparragueras que crecían en el soto.

Estaba allí. Dando un grito, se puso en pie e intentó huir de nuevo. Pero él le echó las manos a la cintura y la arrastró al centro del claro. Ella se resistía hasta que sus ojos se encontraron. Entonces cedió.

Oprimiendo su cuerpo, Teseo le apartó los cabellos del rostro

a mordiscos. La besó y, tendiéndola en el suelo, rasgó aquella túnica que parecía de hilo de araña y la poseyó.

—¿Cómo te llamas?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Te he poseído. ¿No puedo tener tu nombre?

—Quieres mi nombre… Quizá pueda ofrecerte algo más.

Perigune le susurró algo al oído y lo enlazó, encendiéndolo con sus caricias.

—Ven a mi casa.

El sol se ponía y sus rayos oblicuos cruzaron el claro del bosque. A la luz del ocaso, los ojos de Perigune eran verdes como las hojas del matorral donde se había ocultado.

—Quédate conmigo y serás rico. Mi padre posee una fortuna y es hijo de un dios.

—Yo también soy hijo de un dios y no quiero ser rico.

—¿Qué quieres ser, entonces?

—Quiero ser rey.

—Oh, ser rey puede ser peligroso.

—Tengo que seguir mi camino.

—Quédate una sola noche, te lo ruego.

—No.

Teseo se levantó, se ciñó el cinturón y fue a buscar el saco y la porra. Ella lo seguía por el bosque.

—Voy a tener un hijo tuyo. ¿Qué será de él?

—Si tienes un hijo mío, el día que sea rey, tráelo a mi palacio.

La besó una última vez y la dejó allí, en el lindero del bosque, atándose los tirantes de la túnica desgarrada. En lo alto sobrevolaban los cuervos y el cadáver de Sinis, el Tuercepinos, se mecía atado en la rama, que rechinaba con un crujido siniestro.

Tomó el camino costero de levante, hacia Megara. Las tierras del istmo eran llanas en aquel lugar y los campos de labor ganaban terreno a los bosques. Pero en las inmediaciones de Cromio los sembrados crecían llenos de malas hierbas. Las zarzas y la maleza invadían los viñedos. Teseo se encontró con unos labriegos que iban camino de la ciudad. Avanzaban en grupo, armados con bastones y flanqueando un carro cargado de leña y sacos de bellota.

Los saludó y preguntó si vivían allí.

—Así es, muchacho —respondió uno de ellos, mirándolo con desconfianza. Los otros también se detuvieron y fijaron la vista en la clava de bronce.

—¿Por qué los campos están abandonados?

Los hombres menearon la cabeza, murmurando.

—Para alimentar a esa bestia, más vale dejarlos así. Aquí ya no vale la pena hincar el arado en la tierra.

—¿De qué estáis hablando?

—De la gran cerda. ¿No sabes nada? Claro, ¡eres forastero!

—Vengo de Trecén e ignoro lo que ocurre en esta comarca. ¿Una cerda?

—No es una cerda, muchacho, ¡es un monstruo! Tiene un par de colmillos como dos azadas. Cuando arquea el lomo, mide seis codos de alto… ¡o más!

—Devora ovejas, cabras, niños y hombres —continuó un anciano que iba subido al carro—. ¡Otra maldición que nos han enviado los dioses! Después del ataque de los cretenses, la bestia. No salimos de la miseria.

—¿No habéis intentado cazarla? —preguntó Teseo.

Los campesinos cruzaron miradas temerosas.

—No podemos. Esa cerda no es un animal cualquiera. Obedece a su dueña. Y ella le transmite toda la maldad y la venganza que hay en su corazón.

—¿Quién es su dueña?

—Su nombre es Faya. Años atrás era sacerdotisa de la Diosa madre, la mujer más venerada de nuestra ciudad y esposa del hombre más valiente de Cromio. Él murió pirateando en el mar, dicen algunos; otros afirman que lo mataron a traición para robar sus riquezas.

»También murieron sus hijos, aunque hay quienes aseguran que ella los asesinó, loca por el dolor. Luego abandonó la ciudad, maldiciendo a todos sus habitantes, y se fue a vivir a esa cabaña en el bosque. Crio a la cerda dándole de comer carne cruda y luego la soltó. ¡Se está vengando de todos nosotros, inocentes!

—¿Por qué no os juntáis unos cuantos para matarla? —propuso Teseo—. Cincuenta, cien hombres armados. ¡Podríais acosarla!

—¿Crees que no lo hemos intentado? Se esconde y ataca a traición. Y tiene la piel tan dura que las lanzas le rebotan contra el lomo. Cuando se enfurece, carga contra todo lo que se le pone por delante, ¡hasta derriba árboles!

Teseo sintió indignación y a la vez lástima de aquellos campesinos.

—Tal vez no resistiría un golpe de mi porra.

—Muchacho, ¿has visto morir a un hombre devorado por una fiera?

—No, no lo he visto. Quizá por eso no tengo miedo.

El viejo del carro exclamó:

—¡Joven insensato! Si pretendes afrontar a la cerda, cometes una gran imprudencia.

—Soy joven. Pero no quiero confundir la cobardía con la prudencia.

Otro hombre del grupo intervino.

—Ven con nosotros hasta la ciudad. Quizá puedas persuadir a alguien para que vaya contigo, si es eso lo que deseas.

Teseo decidió acompañarlos.

—¿De dónde sacaste esa maza de bronce, muchacho?

—Se la gané a un gigante. Competimos luchando y vencí.

Cuatro pares de ojos lo miraron con incredulidad.

—Se llamaba Perifetes. Por desgracia, murió tras la pelea y no podrá contarlo jamás.

—Perifetes, ¿el hombre maza de Epidauro?

Teseo sonrió asintiendo. Al llegar a Cromio, los labriegos lo miraban con respeto.

Llegados a la plaza de la ciudad, no tardaron en correr la voz. Pronto se reunió una multitud alrededor de los recién llegados. Los habitantes de Cromio estaban flacos y ofrecían un aspecto depauperado. Teseo, en cambio, descollaba por su cuerpo lozano y la tez bronceada.

—Vengo de lejos y me indigna ver a toda una ciudad atemorizada por una bestia salvaje —dijo alzando la voz—. Me ofrezco voluntario para ir en su busca y matarla. ¿Quién quiere acompañarme?

Las gentes murmuraban y algunos jóvenes se movieron con inquietud, pero nadie dio un paso al frente. Ni siquiera el rumor de que había matado a Perifetes les infundió confianza. Algunos no lo creyeron. Otros decían:

—Si es tan valiente, que vaya él solo a enfrentarse a la cerda.

Teseo echó una mirada en derredor y golpeó el suelo con el garrote.

—No os fiais de mí. Me veis joven y extranjero. ¡Pero los dioses me acompañan! No me iré de esta ciudad sin matar a la bestia.

Aquella noche, la familia de campesinos lo albergó en su hogar. La mujer le sirvió pan amasado con harina de bellota, queso y unas pocas aceitunas.

—Se nos ha acabado el trigo —se excusaba—. Pero hemos pasado épocas peores. Solo nos queda resistir.

—Los cerdos tendrían que comer bellotas y no humanos —

dijo el viejo—. Y, en cambio, en Cromio los hombres comemos bellotas, y esa cerda se alimenta de nuestros niños.

Al amanecer, la multitud se agolpó a la salida de Cromio para ver a Teseo. Iba armado con su porra, y llevaba la espada al cinturón y un puñado de bellotas en el bolsillo.

Cruzó un sembrado salpicado de amapolas y avena salvaje y se adentró en un viñedo, donde esparció las bellotas. Las vides trepaban enlazadas a los troncos de varios olmos y la maleza crecía espesa. Notó un hedor extraño y se detuvo a olfatear el aire, situándose a favor de la brisa. Al poco, oyó el crujido de la tierra bajo unas pezuñas.

La cerda apareció ante él. Jamás había visto una de tales dimensiones y, por unos instantes, la admiración pudo más que el temor.

Se plantó ante ella, sujetando la porra, y la miró a los ojos. En sus pupilas negras latía una violencia sobrehumana, carente de astucia, pero rebosante de poder. Su dueña había sido una sacerdotisa; había algo divino en aquella bestia.

La cerda escarbó la tierra con las pezuñas, levantando una polvareda, y rugió. Abrió las fauces mostrando los colmillos alzados, dos hoces de marfil. Teseo se agazapó esperando el ataque. Y la fiera embistió.

Enarbolando la porra con ambos brazos, la descargó sobre la cabeza, con tal impulso que cayó a un lado. La cerda se tambaleó sin dejar de revolverse. Haciendo acopio de fuerzas, Teseo la detuvo estrellándole la maza contra los colmillos. Uno se quebró. El animal soltó un berrido que helaba la sangre.

Enfurecida, cargó de nuevo, pero Teseo la esperaba. Los huesos de su cráneo crepitaron bajo el mazazo. Cuando la cerda se ladeó y cayó, descargó furiosos golpes contra ella hasta que sus patas se agitaron mientras un charco de sangre le

crecía bajo el hocico, tiñendo los colmillos rotos.

De pronto se oyó otro alarido, no de la cerda, sino de una mujer que corría enloquecida por el viñedo. Vestía un raído vellón y su cabello se encrespaba como una maraña de zarzas. Teseo la miró a los ojos y no vio humanidad en ellos, sino la violencia divina de la bestia.

—¡No! ¡No! ¡No! —vociferaba, alargando las manos como garras.

Se arrojó sobre el cadáver, aullando y arrancándose los cabellos.

—¡Maldito seas! —lo acusaba con el dedo, apuntándolo con una uña afilada como la zarpa de un águila—. ¡Maldito seas, hijo del mar! Morirás a traición, ¡y nadie vengará tu muerte!

Teseo sostuvo con fuerza la maza. Un estremecimiento le recorrió la espalda y se echó a temblar. Podía haberla matado, pero algo lo detuvo.

Cuando Faya volvió a sollozar, doliéndose por su cerda muerta, se alejó del viñedo y regresó a Cromio. Durante mucho tiempo intentó olvidar aquella maldición.

Radamante

Un año había pasado desde la partida de las naves aqueas. Un año sin ver a su hermano. Ariadna se retocó los bucles sobre el escote, mirándose al espejo. Su doncella, Kitane, sonrió.

—Estás bella, mi princesa.

Los mechones negros lucían como dos serpientes sobre el seno ungido con óleo fragante. Bajo las pestañas maquilladas brillaban sus ojos oscuros.

Fedra se acercó al espejo. Su tez era más pálida que la de su hermana, pero dos sombras de rubor le embellecían los pómulos. A la luz de las candelas, sus ojos verdes adquirían un fulgor singular.

—Madre escucha a Dédalo —dijo la joven princesa—. Quizá demasiado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nunca le discute nada. Con el intendente discute, al escriba le ordena lo que quiere y la guardia en todo momento la obedece. Pero cuando Dédalo habla, siempre le parece bien lo que dice.

—¿Cómo lo sabes? ¿Escuchas todas sus conversaciones?

Fedra se apartó, reprimiendo una sonrisa.

—Fisgona —dijo Ariadna—. Sé que te gusta espiar. No disimules.

El aya las interrumpió.

—Vamos, niñas. ¿Estáis preparadas para la danza?

—¡Lo estamos!

—Bebed esto.

Les ofreció dos copas con vino endulzado. Ellas sabían qué contenía el brebaje.

—Dentro de poco volaremos —suspiró Ariadna, cerrando los ojos.

Fedra bebió despacio, deteniéndose a cada sorbo.

—¿Qué ves mientras danzas?

—Es un secreto.

—¿Por qué nunca me lo quieres contar?

—Y tú, ¿qué ves?

—No veo nada.

Ariadna dejó la copa vacía sobre el tocador y volvió a mirarse al espejo.

—Desearía que Androgeo ya hubiera regresado.

—Hoy llegarán tío Radamante y Catreo —dijo Fedra con voz animada.

—No es lo mismo. Catreo es aburrido. Y tío Radamante…

—Es muy sabio.

—Todos lo dicen. A mí me da miedo.

—¿Lo dices porque adivina el futuro?

—Lo digo porque, cuando mira, parece que te desnude… Es como si leyera lo que hay dentro de cada cual.

Fedra se puso en pie.

—Pues a mí me gusta escucharlo. Y Catreo no es nada aburrido. ¡Lo prefiero a él que a Glauco!

La luna llena de primavera se alzaba sobre las colinas de Cnosos. A media tarde llegó el cortejo desde Festo, la otra gran ciudad de la isla. En los carros venía Radamante, el hermano

del rey Minos, y el hijo mediano de este, Catreo, que se había criado con su tío. Radamante era un hombre alto y delgado de rostro sereno y mirada incisiva. Catreo, de menor estatura que su hermano Androgeo, era un muchacho robusto, de ojos verdes y movimientos cautos.

Los reyes, las princesas y los cortesanos salieron a recibirlos en la rampa de palacio. Minos abrazó a su hermano, y este saludó besando la mano de la reina Pasífae. Ambos reyes acogieron con frialdad a su hijo. Minos se limitó a estrecharle los hombros y Pasífae le dio un beso fugaz en la frente. Glauco, en cambio, lo abrazó con afecto. Ariadna solo lo besó, pero Fedra se le echó al cuello.

—¡Hermano! ¡Te echábamos de menos!

Catreo esbozó su primera sonrisa.

—Creo que tú eras la única.

—¡No digas eso!

—Has crecido desde el año pasado. ¡Eres tan alta como yo!

Fedra sonrió, coqueta.

—Este año iremos a cazar juntos.

—¿Te gusta cazar?

—Sí. Tengo un arco y flechas, y dicen que mi puntería es infalible.

Ambos hermanos rieron.

—Competiremos con padre.

Minos los oyó y se acercó.

—¡Eso está por ver! Tendréis que ir lejos de Cnosos, si queréis encontrar un venado salvaje. Apenas queda uno.

Radamante, mientras tanto, había sido presentado a Dédalo. Ambos se escudriñaron con reparo, pero se mostraron corteses. Pasífae explicó a su cuñado.

—Ha construido un santuario único para *nuestro*…

—Me han llegado noticias. Quisiera verlo.

—Lo verás en su momento. Mañana, pasada la fiesta, te lo

mostraremos.

—¿Cómo es? —preguntó Radamante dirigiéndose a Dédalo.

—Un palacio con el cielo estrellado por techo y con cientos de pasadizos… Con una sola entrada y una sola salida. Es el mundo entero contenido entre muros de piedra.

—Y *él*… —preguntó Radamante.

—Él está bien —contestó la reina—. Es su reino y está protegido.

—Más bien estaremos nosotros protegidos de él —murmuró Radamante en voz baja. Dédalo lo oyó y asintió. Los dos cruzaron una mirada de inteligencia.

—Me han dicho que eres inventor. ¿Tienes algún otro proyecto en mente?

—Así es. Estoy trabajando con el rey en una nueva flota. Barcos con las velas giratorias para aprovechar todos los vientos.

—¡Velas giratorias! Jamás he oído nada igual.

—Lo verás muy pronto en los astilleros de Amnisos, si es tu deseo.

Minos intervino.

—Con esas velas nuestros barcos serán imbatibles. ¡Tendremos la mejor flota del mundo!

—Tu flota ya es la mejor del mundo, hermano.

—Pero otros compiten por alcanzarnos. Como esos aqueos que bordean todos los cabos y bahías, alargando los brazos como pulpos.

—También he oído hablar mucho de ellos.

—Hace un año se llevaron a mi hijo a Atenas. Maldita sea, y aún no hemos tenido noticias de él.

Radamante palideció y guardó silencio.

Aquella noche, el rey y su hermano se reunieron en el patio de

las dobles hachas. La claridad lunar caía sobre el enlosado y las hachas esculpidas arrojaban su sombra, como astas de gigantescos toros.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Minos.

—Es un hombre inteligente y astuto.

—Como buen aqueo. ¿Qué te ha parecido el laberinto?

—Es una obra ingeniosa. Y quizá sí sea el mejor lugar para él…

—Mi esposa le rinde culto como a un dios. Pero no es más que un engendro monstruoso, más peligroso que un hombre y una bestia juntos.

—¿Tú le temes, hermano? ¿Tú, que te has enfrentado a flotas enemigas y que vences a todos los valientes que te desafían a una pelea?

—Puedo vencer a los hombres. Pero eso…

—Lo temes como a un dios, hermano.

—¡No lo temo!

—En ese lugar estará a buen recaudo. Pero hay algo que me inquieta.

—¿Qué es?

—Dédalo. Lo habéis tratado con esplendidez, hasta le habéis dado una esposa entre las mujeres de palacio. Quizá fue un error acogerlo bajo vuestro techo. ¿Por qué no lo devolvéis a Atenas?

—¡Es un desterrado! No lo querrán. Mi mujer no puede pasar sin su consejo, y ahora soy yo quien lo quiere aquí. Es un hombre inteligente y me está ayudando a mejorar la flota.

—Con esas velas que giran… Ah, hermano.

—El mar es nuestra fuerza, bien lo sabes.

—También puede ser nuestra perdición.

Minos posó una mano férrea sobre el huesudo hombro de Radamante.

—¿De qué hablas? ¿Has tenido una visión?

—No necesito que me hable el oráculo… Tan solo presiento.

La fiesta de primavera celebraba el rejuvenecer de la tierra y los primeros frutos del campo. Los isleños danzaban en las aldeas y en las playas. Se ofrecían flores y espigas verdes a la gran Diosa y en el patio de Cnosos los jóvenes saltaban sobre los toros que se criaban en los campos del rey. Al anochecer, la reina y las princesas, como sacerdotisas de la Diosa, danzaban al son de la música. Las acompañaban siete danzarinas encabezadas por la bella Naucrate, a quien la reina había entregado como esposa a Dédalo. Cientos de miradas se posaban sobre ellas en el patio iluminado por las antorchas. Las bailarinas evolucionaban, sus faldas de volantes ondeando como alas, hasta llegar a los giros. Entonces se abría el corro y las faldas, púrpura, azul y azafrán, se expandían como rosas abiertas. Los cabellos flotaban alrededor de sus rostros y los dorados senos se erguían sobre sus gráciles cinturas. Cada una de ellas era flor y era paloma, imagen viva y encarnada de la Diosa sobre la tierra. El pueblo contemplaba extasiado, los músicos batían el tambor y las flautas trinaban mientras las arpas desgranaban sus acordes como agua de manantial.

Ariadna abrió los brazos. Su cuerpo perdía peso y su espíritu flotaba. Giró con más brío y comenzó a elevarse. Abajo quedaba la tierra, lejos, cada vez más lejos, mientras ella ascendía hasta las estrellas. La luna de primavera llenaba el cielo y se sumergía en ella, cálida y dorada como un sol que no quema. Envuelta en luz cerró los ojos… aunque sus ojos, su cuerpo, la seda que envolvía su piel, estaba allí abajo. Lejos, muy lejos. Ella ya no estaba allí. Era inmensa y se expandía por el firmamento infinito. Estaba en la luz. Era la luz.

Al día siguiente llegó una nave mercante. Pertenecía a la flota de Creta. Su capitán desembarcó en Amnisos y de inmediato avisó a los guardias del puerto, montó en un carro y se dirigió a Cnosos.

La reina lo recibió en el salón del trono a media mañana. La rodeaba todo su consejo, el rey Minos y el sabio Radamante, el joven Catreo y las princesas.

—Mi reina, mi rey. Traigo noticias de Atenas.

—¡Habla! —dijo Minos.

—¿Qué sabes de nuestro hijo Androgeo?

El capitán de la nave tardó unos instantes en responder y por fin habló con la mirada baja.

—Mi reina, vuestro hijo, el príncipe Androgeo, ha muerto.

La sombra en el santuario

Los odio a todos. Pero a él, más que a nadie. En cuanto lo vi, me percaté de que no era como los otros. Me miraba sin miedo. No quise sostener su mirada para que no pudiera leer mis pensamientos. En cierto modo, es como yo.

Ve lo que no se ve y lee el interior de las entrañas. No me somete con la voz, como Ella, pero hay un extraño poder en él. Y no quiero sentir ese dominio sobre mí.

Lo odio, y no solo porque no se asusta ante mí. Lo odio porque ahora sé lo que ha hecho. Ha cometido el peor de los crímenes y no lo sabe. Pero quizá algún día lo sepa. Yo voy gestando mis venganzas, algún día llegaré a cumplirlas todas. Lo haré, porque ya solo vivo para ello.

Una tarde me trajeron vino. Lo dejaron en un ánfora, junto a la cebada, y bebí con ansia, pues estaba dulce. Después caí dormido y pasé una noche larga e inconsciente, sin sueños. Cuando desperté al día siguiente, sentía el cuerpo pesado y la mente aletargada. Entonces oí las voces y los pasos. Venían a verme.

Entró Ella, y él la acompañaba. Los oí hablar y los celos me corroyeron por dentro. Eran cómplices y tramaban algo.

Las Púas venían con ellos. Me echaron un manto negro sobre la cabeza y así me redujeron. Escuché la voz de Ella.

—Calma, hijo. Déjate llevar. Estarás bien.

Mugí bajo el capuchón oscuro, agitando la cabeza, pero no tardé en sentir la presión de la soga alrededor del cuello. Otra vez tiraban de mí.

—Bueno. Sé bueno. —Ella hablaba de nuevo—. Ahora déjate conducir. Manso. Manso.

Y seguí dócilmente, sofocando la cólera en mi corazón.

Entonces me estremecí porque sentí la mano de Ella sobre mi hombro.

—Te llevaremos al mejor lugar. Tu palacio, tu santuario. Allí estarás bien y nadie te hará daño.

¿Daño? ¿Quién podía hacerme daño? ¿Acaso yo no era más peligroso que todos ellos?

Agaché la cabeza y caminé, golpeando el suelo con las pezuñas. Cada pisada era una protesta, pero no me resistí.

Salimos del corral de tierra y tomamos el camino. Después llegamos a un pavimento enlosado y supe que nos acercábamos a palacio. ¿Regresaría a mi primer hogar? Oí el piar de las golondrinas y aspiré una leve ráfaga de olor de espigas, flores y estiércol de caballo. Las lágrimas se me agolparon en los ojos y, durante unos instantes, quise morir.

¿Por qué no me soltaban en el campo, o en el lejano monte, y me dejaban en paz? Allí, en el mundo, lejos de las gentes y las casas, jamás haría daño a nadie, y nadie me haría daño a mí.

¡Ah, si alguien pudiera conocer mi deseo!

Ella no me engañaba. Un palacio, decía. Un santuario. ¿Habían construido un templo solo para mí?

Descendimos por una rampa y oí el chirriar de un cerrojo. Mi cuerpo se enervó y agité la cola, impaciente. La única respuesta fue un tirón de la soga.

Me acompañaron por un pasadizo. O quizá una calle, porque la luz del sol caía sobre nosotros. Veía la claridad alrededor de las pezuñas y sentía su calor.

Caminamos un trecho, giramos, me pareció que volvíamos atrás. Pero no nos deteníamos. Ciego y atado, no podía saber adónde íbamos.

Cuando por fin nos detuvimos, la mano de Ella me tocó de nuevo.

—No volveremos a atarte. Eres un dios y estás en tu lugar.

Alguien me liberó de las cadenas. Unas manos ásperas me quitaron los grilletes de las manos y de los pies. Después me alzaron el capote negro y parpadeé bajo el sol, deslumbrado. Cuando pude ver algo, los reconocí. A Ella y a él, a su lado. Los dos me miraban desde la distancia. Ambos sin miedo, pero alejándose de mí.

Estás en tu lugar. Dieron media vuelta y se marcharon, flanqueados por las Púas armadas hasta los dientes. Se fueron por un pasadizo y me dejaron solo, bajo un sol cegador. Tardé un tiempo en centrar la vista y observar qué lugar era aquel.

¿Un palacio? ¿Un santuario? Aquel lugar era un inmenso y extraño calabozo, urdido por una mente retorcida y siniestra.

Tu lugar. Las paredes de piedra, el suelo de tierra batida. Ni un fresco de flores, toros o delfines, ni un color más que el gris. Pero encima de mí se extiende la bóveda del cielo. Tengo al sol de día y de noche puedo contemplar miríadas de estrellas.

He aprendido a contar el tiempo observándolas, noche tras noche, salvo los días que hay nubes o llueve. También cuento el tiempo caminando. Mi santuario es una maraña de pasadizos. Puedo caminar, trotar o correr durante horas sin llegar a ninguna parte. Tardé días en conocer todos los caminos, pero al final comprendí la verdad.

Hay un único camino que da cien vueltas. Empieza en un lugar y termina en el mismo sitio. Todo termina en el centro.

Y en el centro estoy yo, solo, bajo el sol inclemente y las frías estrellas.

Los humanos creen que son dioses. Y la gran esfera de plata,

a la que llaman Luna, también. Pero no saben. No conocen la verdad. El verdadero dios está en la tierra. Y soy yo.

El hombre odioso se llama Dédalo. Es el único que me observa, desde la altura. Hay una pasarela en lo alto de los muros y a veces camina por allí. Me observa y yo lo miro de reojo, fingiendo no verlo. Pero él lo sabe y yo lo sé. Nos acechamos. No puedo averiguar qué piensa, y eso me inquieta. Pero él tampoco puede atisbar la venganza que voy gestando dentro de mí.

Dédalo ha querido aprisionar a un dios. Y lo pagará caro.

Reyezuelos y villanos

Megara era la primera ciudad del Ática antes de llegar a Atenas. Situada en medio de una llanura fértil, cercana al mar, su única defensa era una gruesa muralla de piedras ciclópeas. Teseo había estado en Argos años atrás y encontró cierta similitud en aquellos muros.

Un pastor de ovejas lo acompañó un trecho por el camino y le ofreció una corteza de pan negro con queso.

—Buenas murallas, sí, pero de poco le sirvieron al rey Niso cuando llegaron los cretenses y sitiaron la ciudad.

—¿Qué hicieron? —preguntó Teseo.

—Pensaban escalarlas y taladrar la puerta. Los que vivimos por aquí veíamos lo que hacían en su campamento. Además de expoliarnos a todos los pueblos de los alrededores, se pusieron a construir escalas y arietes. ¡No los necesitaron!

—¿Cómo lograron entrar?

—A traición. La hija del rey, Escila, se enamoró de Minos y le abrió las puertas de la ciudad. ¡El cretense entró a caballo y sus hombres arrasaron con todo! Mató al rey Niso, destruyó el templo y saqueó cuanto quiso. Después se embarcó rumbo a Atenas.

Teseo mostró su indignación.

—¿Cómo pudo esa mujer traicionar a los suyos? ¡Entregó a

su propia sangre!

—Ah, muchacho, el amor es una mala locura. Pero la princesa pagó bien cara su perfidia. ¡Los dioses la maldijeron!

—¿Qué fue de ella?

—Quiso huir con los cretenses, pero a Minos tampoco le gustan los traidores. Ella se arrojó al agua, siguiendo su nave, y dicen que el Señor del Mar se la tragó. ¡Bien merecido lo tenía!

—¿Quién rige ahora en Megara?

—Un señor guerrero, Esciro, se hizo con el poder. Él ha reconstruido la ciudad y ha armado una tropa de centinelas. Desde entonces, ningún forastero puede acercarse sin su permiso.

Teseo contempló las murallas cada vez más cercanas mientras caminaban junto al rebaño. De pronto un perro echó a ladrar: se acercaban hombres armados.

—Ahí los tienes, muchacho. Vienen a por ti. ¡Esciro tiene ojos y oídos en todas partes!

El pastor desvió el ganado hacia un campo mientras Teseo avanzaba resueltamente por el camino. Los centinelas eran siete e iban armados con lanzas y escudos.

—¿Quién eres? —preguntó el jefe.

—Soy Teseo, hijo de Piteo, de Trecén.

—Trecén está lejos. ¿Qué buscas aquí?

—Estoy de paso. Me dirijo a Atenas.

—¿A Atenas? —El rostro del guerrero se contrajo y sus compañeros murmuraron con desdén—. ¿Qué demonios tienes que hacer allí?

—Resolver un negocio familiar.

—¿Qué clase de negocio? ¿Llevas algo para vender?

Los hombres miraban con reticencia la clava y el exiguo bagaje del joven.

—Es un asunto privado.

—Nuestro señor decidirá si es privado o no. Tendrás que

presentarte ante él antes de proseguir tu camino.

—Ardo en deseos de conocer vuestra ciudad, de la que tanto me han hablado.

Flanqueado por los siete hombres, Teseo caminó a buen paso. Al cabo de un rato, movido por la curiosidad, el jefe se puso a su altura y lo interrogó.

—Si vienes de Trecén, quizá hayas oído noticias del istmo. ¿No has tenido contratiempos por el camino?

—Ninguno.

—¿Has oído hablar de Sinis, el Tuercepinos? ¿Y de la cerda de Cromio?

—Algo he oído.

—Dicen que los ha matado un viajero solitario. Hablan de un guerrero armado con una maza gigantesca. Otros dicen que es un dios disfrazado de hombre y que arroja un rayo contra sus enemigos.

—Yo llevo esta porra. ¡Pero no soy dios ni lanzo rayos!

—¿Quién demonios eres?

—Te he dado ya mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?

—No pienso dárselo a un desconocido. Y menos cuando está bajo mi autoridad.

—Tampoco yo tengo por qué darte más explicaciones.

—A mí puedes ocultármelo, pero ante Esciro tendrás que decir la verdad.

Entraron por el gran portón de piedra que se abría en las murallas. Las casas eran de adobe y madera, pero en el centro de la ciudad se levantaba un palacio de piedra con un gran pórtico. Ante él montaba guardia otra docena de hombres armados como los que custodiaban a Teseo.

Lo hicieron entrar en el patio y el jefe del pelotón le indicó un poyo de piedra adosado a la pared.

—Espera ahí hasta que te llamen.

Mucho más tarde, cuando Teseo se había cansado de ver

cómo entraban y salían arrieros, comerciantes y criados, el jefe de la guardia salió a buscarlo.

—Esciro te llama.

El señor de Megara lo recibió en un salón de paredes pintadas al fresco, sentado en un trono de piedra y rodeado de guerreros. Uno de ellos hizo un gesto, con la lanza, para que Teseo se arrodillara. Inclinó la cabeza, pero no quiso postrarse.

—Quitadle esa maza —ordenó Esciro.

Aferrándola con ambas manos, Teseo se plantó.

—No la soltaré.

—¿Acaso eres cojo y necesitas apoyarte en ella?

Esciro hablaba con voz estridente, erguido en su sitial, pero carecía de la dignidad y el aplomo de su abuelo Piteo, el único hombre que, hasta entonces, Teseo había visto entronizado.

—Su primer dueño era cojo y se apoyaba en ella. Yo la utilizo como bastón para el camino y arma en el combate.

—¡Combate! Eres un crío. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince, dieciséis? ¡Tú no sabes qué es un combate!

Esciro se puso en pie. Era alto y tenía el cuerpo recio de un soldado curtido en muchas batallas. Lucía una diadema de oro sobre la cabellera canosa y una toga escarlata le caía sobre el hombro, pero bajo la ropa Teseo distinguió la coraza y las grebas de un hombre de armas.

—¿Por qué te diriges a Atenas?

—Tengo asuntos que resolver allí.

—¿Tienes familia en Atenas?

—Sí.

—¿Quién es tu familia?

—Pertenece al clan de… los Agni.

—¡Dame su nombre!

—Debo mantenerlo en privado.

Esciro soltó una carcajada.

—Los Agni, ¡eres una oveja ateniense! Que tiene la boca

grande para enfrentarse a un rey y pequeña para hablar de su familia… ¡Bien, bien! Pues hoy, muchacho, serás mi invitado. Porque nadie que pase por Megara, con asuntos tan importantes entre manos, deja de hacer los honores a mi mesa. Mañana podrás seguir tu camino.

Teseo asintió e inclinó la cabeza de nuevo, pero se mantuvo alerta. Desconfiaba de la hospitalidad del rey guerrero.

El ágape fue simple pero abundante, y sirvieron buen vino. Teseo estaba hambriento. Sin embargo, contuvo sus ansias de comer y procuró ser parco en la bebida cuando vio que el criado de Esciro estaba presto a llenarle el vaso una y otra vez. Recordando cómo su madre había emborrachado a su padre, la noche que él fue engendrado, se preguntó qué pretendía Esciro incitándolo a beber. Aceptó las copas, derramando más de la mitad del vino. Al final fingió ebriedad, bromeó y se puso a cantar con los soldados que compartían la mesa con ellos. Al cabo de un rato, Esciro lo invitó a levantarse y lo acompañó fuera del salón, lejos de los comensales.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—¡Claro que sí! Y aún bebería otra copa de ese vino rabiosamente bueno…

Esciro le palmeó los hombros.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Teseo lo siguió, no sin antes recoger su porra y colgarse la espada del cinturón. Esciro lo condujo fuera del palacio y caminaron hacia la muralla.

—¡Buenos muros! —exclamó Teseo, fingiendo buscar apoyo.

Simulaba embriaguez, canturreando versos obscenos y describiendo eses mientras caminaba. Esciro no lo soltaba del brazo. Con el otro arrastraba la maza.

—Suelta ese garrote, chico. ¿Para qué lo necesitas?

—Para apoyarme. —Hipó riendo.

—Allí donde vamos no necesitarás apoyarte. Más bien te

molestará. Quiero que veas nuestros barcos.

—¡Me gusta el mar! Me gusta nadar… con los delfines… Soy hijo del Señor del Mar, ¿lo sabías?

Esciro lo miró con gesto avieso.

—¿No decías que tu padre era Piteo, de Trecén?

—También soy hijo del mar… Mi madre se acostó con dos hombres la noche que me concibió. ¡Y resultó que uno era un dios!

Esciro lo agarró fuerte del brazo.

—Entonces te gustará lo que vas a ver, muchacho.

Salieron de la ciudad y remontaron un acantilado rocoso con vistas a la playa. Abajo se mecían las naves de Megara, junto a los botes de los pescadores. En lo alto del promontorio se detuvieron. Las rocas caían en picado y el mar se agitaba, estrellándose en olas espumosas a sus pies.

—Qué hermosa vista, ¿verdad, muchacho?

Teseo asintió.

—¿Ves esa isla? Es Salamina. Más allá, mar adentro, está Egina. Y hacia oriente, Atenas. No se ve desde aquí.

Sopló una ráfaga de viento y Teseo se estremeció. Dio un paso atrás, sujetando la porra, pero Esciro también la había agarrado.

—Suelta eso, muchacho.

—No.

Su mirada cambió y ambos forcejearon con la maza.

—¡Suéltala!

—¿Por qué?

—Porque aquí no te servirá de nada.

Teseo tiró fuerte, Esciro lo soltó y lo hizo caer sentado. En ese momento perdió el arma, que Esciro apartó de una patada. Riendo, se inclinó y le tendió una mano.

—Levántate, muchacho. ¡Aún no has aprendido los viejos trucos de un guerrero!

Cuando Teseo le dio la mano, Esciro lo atrajo hacia sí, como si quisiera abrazarlo. Lo sujetó entre los brazos, le quitó la espada de una revolada y lo arrastró hasta el borde del precipicio.

—¡Vas a volar, muchacho!

En el último instante, Teseo le mordió un brazo con todas sus fuerzas. Esciro lo bajó, aullando, y se arrojó sobre él. Tendidos, agitando las piernas sobre el vacío, rodaron por la tierra; uno trataba de retroceder y el otro lo empujaba hacia el abismo.

Teseo dio un cabezazo contra el pecho de Esciro e intentó librarse de él para alcanzar la porra. Pero el megarense era buen luchador y se lo impidió; mientras el joven reptaba hacia el arma, él le pisó una mano y lo detuvo.

—¡No escaparás!

Desesperado, Teseo giró de lado, tomó impulso y lanzó un puntapié hacia la entrepierna de su oponente. Esciro se llevó las manos al miembro, encogiéndose de dolor. Entonces Teseo se puso en pie, lo agarró por la cintura y lo arrastró hasta el borde del acantilado.

—¡Vuela tú!

Esciro voló, abriendo brazos y piernas, y lanzó un alarido antes de caer en medio de las olas. Poco después Teseo vio cómo su cuerpo se estrellaba contra una roca y distinguió el rojo de la sangre.

Con el corazón golpeándole el pecho, retrocedió hasta llegar junto a la porra. Abrazándola, se dejó caer en tierra y rompió a llorar temblando como un niño.

Ganarás un trono, perderás una vida, había dicho la pitia. ¿Era aquella la vida que debía sacrificar? Iba a ver a un rey, su padre, y por el camino había matado a otro rey, un héroe de guerra.

Ese día, mientras se alejaba de Megara, Teseo decidió que jamás volvería a arrepentirse de sus actos. Mediría bien sus acciones, pero, una vez hecho, no perdería un instante lamentándolo. El remordimiento era peor que una derrota, le había enseñado Heracles, y no estaba dispuesto a rendirse.

Sin capa, sin zurrón, solo llevaba la clava de bronce y la espada. Teseo emprendió el camino hacia Atenas y la noche lo sorprendió junto a otra playa. Se desnudó y nadó en el mar hasta alejarse de la orilla. Recordó las bendiciones de su madre y la certeza que lo había acompañado durante los años de la infancia. El mar lo acogía en su seno y las aguas purificaban su espíritu. Cuando regresó, se puso la túnica y, tendido en la arena, dejó que el rumor de las olas arrullara su sueño.

Despertó a la mañana siguiente con los primeros rayos de sol y reanudó la marcha. Ardía en deseos de llegar a Atenas. La soledad le pesaba y recordó a los muchachos que había conocido en Delfos. Sentía hambre de camaradería y de amistad. Quería rodearse de otros iguales, entrenar con ellos, luchar con ellos, divertirse con ellos y, algún día, emprender una aventura juntos. Navegaría, conocería otras tierras y, ¿por qué no?, quizá tuviera ocasión de devolver el golpe al rey de Creta y saquear algunas de sus ciudades.

A mediodía llegó a un lugar donde un mojón de piedra marcaba la frontera entre dos territorios. Divisó una ciudad cercana a los pies de una colina. En la cima se levantaba un templo.

Unos arrieros que iban de camino le informaron.

—Es un templo dedicado a la Madre Tierra.

—Iré a rendirle mis respetos —dijo Teseo, recordando a su madre.

—Si quieres ir al templo, deberías purificarte antes. Mira,

siguiendo este sendero encontrarás una fuente.

La fuente vertía sus aguas en un estanque, donde varias mujeres estaban llenando sus cántaros de agua. Al ver llegar al joven con barba de varios días, el cabello alborotado y la clava de bronce, se apartaron de inmediato. Pero una de ellas tomó un bastón y se enfrentó a él.

—¡Lárgate! En Eleusis no queremos mendigos extranjeros.

—No soy un mendigo.

—Entonces ¿qué eres?

Las mujeres se agruparon y se echaron a reír. Teseo, indignado, descolgó la espada, se despojó de la túnica y se metió en la alberca, chapoteando y frotándose con vigor. Las mujeres seguían riendo. Ninguna se marchó de allí.

Cuando Teseo salió del agua, lo señalaban.

—¡Es un buen mozo!

Él se vistió sin prisa y, sentándose en una piedra, se desenredó el cabello. Otra mujer dijo:

—Parece un guerrero.

—Y va armado. ¿De dónde habrá sacado esa maza?

—No es un mendigo. No lleva saco ni bolsa… Y calza buenas sandalias.

Terminó de acicalarse y se acercó a ellas.

—Me dirijo al templo de la diosa. ¿Queréis indicarme el camino?

—Yo te acompañaré —dijo una joven de mejillas lozanas y cuerpo voluptuoso.

Teseo la siguió hasta la ciudad, andando a buen paso a pesar de que ella iba cargada con el cántaro de agua. A medida que cruzaban las calles, los vecinos los observaban con curiosidad. Por fin llegaron a una explanada; desde allí ascendía una rampa hacia el templo.

Era un edificio de piedra y madera, con un pórtico de columnas y una nave. Hombres y mujeres subían y bajaban tras

depositar sus ofrendas a la entrada, donde dos sacerdotisas vestidas de blanco los atendían.

La doncella del ánfora se detuvo en medio de la plaza.

—¿No llevas una ofrenda?

Teseo movió la cabeza.

—Deja tu espada o tu maza.

—¡Eso jamás! Son mis armas.

—Entonces tendrás que buscarla.

La joven señaló hacia un lado de la plaza. Un grupo de mozos formaba un círculo alrededor de lo que parecía una competición.

—Cerción suele retar a los muchachos. A quien le vence, le regala un aro de plata. A quien no, lo machaca vivo con su abrazo mortal.

—¿Quién es Cerción?

—El hombre más fuerte del Ática —dijo la joven, con orgullo —. Es mi tío.

—Voy a retarlo yo a él.

Ella se echó a reír y se alejó a paso saltarín con su ánfora. Teseo se acercó al círculo de muchachos y varios se apartaron, abriendo el corro.

Cerción era ancho como un buey y en aquel momento estaba estrujando a uno de los jóvenes entre sus brazos. Lo oprimió contra su pecho hasta que le hizo crujir los huesos y aullar.

—¡Suéltalo! —gritaron varios mozos.

Cerción apretó más y luego dejó caer al suelo a su víctima. El muchacho se desplomó como un trapo y dos compañeros corrieron a reanimarlo.

—¡Valiente bastardo! —exclamó Cerción—. ¡Mirad lo que queda de él! Lleváoslo, ¡apesta a meado! No vivirá mucho.

Los otros jóvenes se reagruparon con desazón.

—¿Quién es el próximo? —preguntó Cerción.

Hubo un silencio. El forzudo agitó la mano y exhibió un

brazalete de plata.

—¿Nadie quiere llevarse el premio?

—¡Yo! —dijo Teseo.

Veinte pares de ojos se posaron sobre él.

—¡Tú! ¿De dónde diablos has salido? ¿Vienes del infierno, con esas greñas?

—Me he escapado de allí, así es.

Teseo sonrió con una mueca y miró al hombre cara a cara. Reconoció en él aquella mirada entre humana, bestial y divina. Era otra prueba que le enviaban los dioses.

Uno de los jóvenes eleusinos se acercó a Teseo y murmuró.

—¡No te fíes! Yo de ti me largaría ahora mismo.

—¿Y quedarme sin mi premio? ¡Ni hablar!

Recordó las enseñanzas de Heracles. El arma de Cerción eran sus brazos. Cuerpo a cuerpo, Teseo no podía igualarse a él. Tenía que echar mano de la astucia.

Abriendo brazos y piernas, Cerción se plantó ante él.

—¡Vamos, muchacho! Te concedo el honor de empezar. ¡Lanza el primer golpe!

Teseo fingió un amago antes de apartarse de inmediato. Cerción se adelantó para agarrarlo, pero él lo esquivó y el forzudo cerró los brazos en el vacío.

Lanzó una maldición y volvieron a encararse. De nuevo Teseo fingió golpear y se retiró veloz. La extraña danza se prolongó, uno jurando y golpeando, el otro esquivándolo. Cuando Cerción se enfureció y se abalanzó contra él, Teseo echó a correr y dejó que lo persiguiera por la plaza. Dio tres vueltas hasta comprobar que la distancia entre ambos se alargaba. Por fin, Cerción se detuvo.

—¡Bribón! ¡Lucha como un hombre y no huyas!

Teseo se acercó brincando como un corzo. Luego se agachó y tomó su porra.

—¡Trampa! —rugió Cerción.

—Tú luchas con los brazos. ¡Y yo con el mío!

Se lanzó contra él y le asestó un golpe de maza a las rodillas. Cerción se tambaleó y cayó de bruces, toda su mole de músculos temblando. Teseo volvió a golpear, esta vez en la espalda. Mientras tanto, una multitud se había agolpado en la plaza y se oyó una voz femenina gritar:

—¡No! ¡No lo mates! ¡No!

Era la joven del ánfora. Pero Teseo no escuchó. Golpeó una vez más, en la cabeza. Cerción se dobló frente a tierra sobre un charco de su propia sangre.

Inclinándose sobre él, Teseo rebuscó en su bolsillo y sacó el aro de plata.

En el pórtico del templo, una sacerdotisa lo detuvo.

—No puedes entrar con armas.

Teseo dejó la maza y la espada en el suelo y le tendió el brazalete, aún manchado de sangre.

—Esta es mi ofrenda a la Madre Tierra.

La sacerdotisa tomó el aro y le limpió la sangre frotándolo con un pañuelo.

—La Madre acepta tu ofrenda. Pero debes alejarte, pues tienes las manos manchadas de sangre.

Teseo atisbó desde el pórtico la imagen de la diosa, blanca y serena en la penumbra del templo.

—Gracias —murmuró.

Dio media vuelta y descendió hasta la plaza. La multitud rodeaba el cadáver de Cerción y su joven sobrina profería aullidos de duelo.

Varios vecinos de Eleusis le ofrecieron alojamiento.

—Nos has librado de ese matón que vivía extorsionándonos a todos y retando a nuestros jóvenes.

—Necesitamos a más valientes como tú. Quédate.

Teseo agradeció los cumplidos, pero no olvidaba su meta.

—Puedo quedarme unos días. Pero mi destino es Atenas.

Apenas lo dijo, los eleusinos torcieron el gesto. Las sonrisas se convirtieron en hostilidad y pronto se quedó solo.

—¡Lárgate a Atenas, si tanto deseas ir allí!

Teseo abandonó Eleusis. Tal vez la diosa había aceptado su ofrenda, pero sus habitantes desdeñaban a quien los había librado de un facineroso. Rumiando la ingratitud de las gentes y la contradictoria naturaleza humana, continuó su trayecto por la llanura cubierta de olivares.

Al atardecer divisó una casa junto al camino. Una luz parpadeaba en una ventana y se oyó el relinchar de un caballo en el corral anexo al edificio. Teseo llamó a la puerta y, apenas se abrió, se encontró en una sala con varias mesas, donde una docena de hombres charlaban y jugaban con tabas al tiempo que bebían.

El mesonero lo recibió, mientras lo examinaba con mirada penetrante. Tenía aspecto de labrador y sus enormes manos se movían con presteza.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—Busco un lugar donde cenar y pasar la noche.

Todos en la sala se giraron para verlo. El joven forastero, con su maza descomunal y sin otro equipaje que una espada, llamaba su atención.

—¡Adelante! —El mesonero lo condujo a una mesa libre—. ¿Qué te apetece cenar?

—Lo que tengas.

Varios hombres se echaron a reír al oírlo.

—¡Oh, tengo de todo! ¿Lentejas? ¿Gachas de cebada? ¿O prefieres carne? ¡También puedo ofrecerte buen queso!

—Gachas y queso está bien.

—Y buen vino de mi bodega —añadió el mesonero, trayendo una jarra—. Pruébalo, muchacho, y pedirás más.

Recordando a Esciro, Teseo cató el vino con reserva. Era bueno. Si no se contenía, terminaría la jarra entera y pediría otra.

Dos hombres, sentados a la mesa contigua, se volvieron hacia él.

—Cuidado con Procusto.

—Si te ofrece dormir en la cama grande, dile que prefieres ir al pajar.

—¿Y eso por qué?

—Procusto tiene una idea peculiar sobre la hospitalidad.

Cenó en silencio y observado por los demás. Poco a poco la sala se fue vaciando. Teseo terminó de comer el queso bien regado con aquel vino que no estaba aguado.

Cargado de somnolencia, empezó a cabecear sobre la mesa cuando se desveló con un respingo. Procusto estaba de pie ante él y le sonreía.

—Hora de acostarse, muchacho. ¡Te he preparado mi mejor cama!

Se incorporó con pesadez.

—¿La cama grande?

—¡La misma! Es un lecho blando y confortable, ¡digno de un rey!

Teseo lo siguió, trastabillando, escaleras arriba. El mesonero abrió una puerta y lo hizo pasar a una alcoba iluminada por una candela de aceite. En medio estaba el lecho, amplio, con patas y colchón de lana.

—Tiéndete ahí, muchacho, que voy a buscar una manta.

Teseo apoyó su maza en la cabecera y escondió la espada bajo el vellón que servía de almohada. Dejándose caer en el lecho suspiró. Estaba agotado y hacía muchos días que no dormía sobre blando. Abrió los brazos y los estiró por encima

de la cabeza. El lecho era muy confortable, pero corto. Sus pies sobresalían de la madera.

Procusto regresó con una manta y algo más oculto entre las manos.

—Deja que te abrigue. Los muchachos sois así. Ardéis durante el día, pero de noche os entra frío en el cuerpo… Quizá debería buscar compañía para ti.

—No la necesito —murmuró con los ojos entrecerrados.

Procusto se inclinó sobre él y Teseo sintió sus manos moviéndose con rapidez. En su duermevela no fue consciente de nada hasta que notó un tirón y el tacto áspero de una soga de esparto.

Se incorporó de golpe.

—¿Qué es esto?

Procusto saltó al otro lado del lecho mientras le sujetaba una muñeca. La otra ya estaba atada a la cabecera.

—¡Déjame hacer, muchacho! ¡Así dormirás mejor!

—¡Suelta!

Procusto apretó la soga, amarrando la otra mano de Teseo.

—Ah, veo que eres demasiado largo para esta cama… ¡Y mira que es bien grande! Algo falla, muchacho. O falta cama o sobra cuerpo.

—¡Maldita sea! ¡Estás loco! ¡Suéltame!

El otro sonreía, abrió una alacena y extrajo un hacha leñera.

—Me inclino a pensar que sobra cuerpo… ¡Esta cama es perfecta! Y tú eres demasiado alto, demasiado atrevido, demasiado arrogante… ¿Dices que vas a Atenas? Si no te doy una lección, jamás aprenderás, muchacho. Allí no puedes hacer lo que haces por los caminos, atacar a los viajeros y matar a quienes te molestan. ¿No es cierto?

Teseo pataleó con furia intentando librarse de sus ataduras.

—¡Suéltame de una vez!

El hacha relumbró con brillo acerado en manos de Procusto.

—No me des órdenes. ¡Eres mi prisionero! Calla y estate quieto.

Pateando, Teseo se retorcía las manos desesperadamente. Procusto alzó el hacha y la descargó.

La madera de la cama crujió con estrépito mientras Teseo alzaba las dos piernas en el aire, a tiempo para esquivar el golpe. Enfurecido, Procusto lo agarró de una pierna al tiempo que sujetaba el hacha con la otra mano.

—¡Quieto, muchacho! ¡Cuanto más rápido, menos sufrirás!

Forcejearon sobre la cama, Teseo retorciéndose y lanzando patadas, Procusto dando mandobles y hundiendo el hacha en el colchón.

De pronto Teseo arrancó el poste derecho de la cabecera. Con la mano libre, aunque arrastrando la madera, agarró su porra. Haciendo acopio de fuerzas, contrajo el abdomen y proyectó el cuerpo hacia adelante. La porra, como una extensión de su brazo, cayó sobre Procusto, dándole en plena espalda. El golpe logró aturdirlo; encorvándose sobre el lecho, aflojó la mano sobre el hacha.

Se la arrebató. Con ella cortó la soga de su mano izquierda, saltó sobre la cama y la enarboló.

La descargó con ambas manos y lo decapitó de un tajo. El hacha atravesó su cuello, sus vértebras, el colchón de lana y el maderamen.

—¡Sobra cuerpo! ¡Ahí lo tienes!

Dándole un puntapié a la cabeza, la hizo rodar por el suelo.

Después se vistió, cogió la espada y la porra y se ató el hacha de Procusto al cinturón. Era medianoche cuando abandonó la posada. Cantaban los grillos y en el cielo brillaba un lucero de color fuego en medio de una miríada de estrellas. Teseo caminó hasta caer exhausto en mitad de un viñedo. Y allí, bajo un olmo de ramas protectoras, se quedó dormido.

Sangre sobre sangre

—Se acercan naves, mi reina. ¡Es la flota del rey!

Pasífae recibió la noticia en el patio mientras supervisaba con la mayordoma y el escriba una carga de aceite y vino que llegaba de las aldeas. El escriba iba anotando en su tablilla las tinajas que descargaban los porteadores de los carros y estuvo a punto de dejarla caer al oír al mensajero.

—¿Cuántos barcos? —preguntó la reina.

—Todos, mi señora. Y la nave de mi señor en cabeza, con su vela y su estandarte desplegado.

La reina contuvo una sonrisa.

—¡Buenas noticias! —exclamó la mayordoma—. Tan buenas como este vino que acaba de llegar. ¡Podremos celebrarlo!

Pasífae no perdió el tiempo, la mayordoma llamó a los criados para dar las órdenes y en las cocinas se encendieron los fuegos.

—¡Padre regresa! —Fedra fue la primera en saberlo y corrió al patio donde su hermana y sus amigas se distraían jugando con los monos que les había regalado el rey de Egipto.

Ariadna se puso en pie con el rostro iluminado.

—¡Vamos a recibirlo!

—¿Al puerto?

—Sí.

Las princesas salieron, seguidas de Iría y Selene, y descendieron hasta el patio con la intención de dirigirse a los establos. La mayordoma las detuvo.

—Mis princesas, ¿adónde vais?

—Vamos a salir. En carro.

—¡El rey está a punto de llegar! Vuestra madre os reclamará en el salón.

Ariadna sonrió con alborozo.

—¡Lo sabemos! ¡Vamos a recibirlo!

Nadie pudo detenerlas. Las órdenes de una princesa no eran discutidas por los sirvientes y los palafreneros aprestaron dos carruajes para llevar a las princesas y a sus compañeras hasta el puerto de Amnisos. Al poco rato, los carros rodaban por el camino a gran velocidad.

Las quillas de las naves hendían las olas. A medida que se acercaban, los remeros soltaron las palas y los barcos se deslizaron hasta el embarcadero. Tendieron las pasarelas y la tripulación se aprestó para bajar. El primero en descender fue el rey. Minos regresaba ataviado con su diadema, su faldellín de combate y su coraza repujada en oro. Detrás de él desfilaron sus compañeros de armas.

En tierra lo esperaban las princesas. Ariadna fue la primera en recibirlo. Abrió las manos, imitando el saludo ceremonioso de su madre, pero Minos la tomó en brazos.

—¡He vengado a tu hermano! ¿Dónde está tu madre?

Ariadna contuvo las lágrimas.

—Te espera en palacio.

—Pero tú, la luz de tu padre, has salido a recibirme. Mira, ¿ves a estos muchachos?

Ariadna alzó la mirada. Por la pasarela tendida avanzaban

siete jóvenes vestidos con túnicas cortas y sandalias, todos ellos lucían largas cabelleras y eran altos y bien parecidos, pero en su rostro se leía la hostilidad.

—Son el precio de tu hermano. ¡Siete vidas por una vida!

Ella se estremeció.

—Son muy apuestos.

Fedra se adelantó. Minos apenas la había mirado.

—¿Y quiénes son ellas? —preguntó la joven princesa.

Detrás de los muchachos descendieron, con timidez y vacilantes, siete doncellas vestidas de blanco. Algunas se daban la mano y, cuando bajaron a tierra, se agruparon, mirando atemorizadas a su alrededor.

—Ellas también son parte del tributo. Siete vírgenes atenienses. Una ofrenda para la Diosa.

Ariadna palideció al verlas, pero sus amigas sonrieron con desdén.

—Parecen ovejas medrosas. ¡Qué túnicas tan feas llevan!

Minos, entre tanto, dio varias órdenes. Los remeros y la tripulación habían comenzado a descargar pesados sacos y baúles.

—¡Llamad a la guardia, y que avisen a los porteadores de palacio! Traemos botín.

—¿Has saqueado Atenas? —preguntó Ariadna.

—He saqueado seis ciudades, hija. Y de Atenas me he llevado lo mejor de su simiente. Y algo más.

Cuatro marineros se abrieron paso llevando unas parihuelas. Ariadna rompió a llorar cuando vio el bulto alargado, cubierto con vendas, sobre las andas.

—Sí, hija. Es el cuerpo de tu hermano Androgeo. Lo hemos recuperado y le daremos un digno sepelio. Aquí, en su tierra, de donde nunca debió salir.

Pasífae y su corte recibieron a Minos con solemnidad, rodeados de músicos, en la escalinata del palacio de Cnosos. Una multitud de la ciudad y las aldeas se había congregado para aclamar a su rey. Minos se presentó victorioso y altivo como un dios, luciendo su corona adornada con plumas. Descendió del carro de Ariadna y avanzó hacia la reina. Ella le estrechó las manos, sin dejar de mirarlo a los ojos con frialdad.

—¿Traes a nuestro hijo?

—Lo traigo a él y el precio de su rescate.

Ante la corte y la multitud, Minos hizo descender de otros carruajes a los rehenes de Atenas. Los siete muchachos y las doncellas vestidas de blanco desfilaron ante la corte. Ellos se mostraron arrogantes, con la cara bien alta. Las jóvenes, en cambio, inclinaron la cabeza y doblaron la rodilla ante la reina.

Aquella noche, tras el banquete, los cónyuges discutieron en su lecho. Muy cerca, en la cámara del baño, agazapada en la bañera de alabastro vacía, Fedra escuchaba.

Pasífae estaba sentada en su tocador, peinándose la melena ante el espejo.

—¿Cómo murió nuestro hijo?

—Peleando como un valiente.

—¿Quiénes lo mataron?

—Una banda de traidores. Eran enemigos de los sobrinos del rey y les tendieron una emboscada de noche. Androgeo era su amigo y estaba con ellos.

—Una sucia pelea entre bandas… ¡No merecía morir así!

—Al menos el rey Egeo recogió su cadáver y nos lo ha devuelto. Si hubiera tenido un hijo, te juro que lo habría traído hasta aquí atado con grilletes. Pero ese hombre no tiene descendencia, ¡es yermo como un olivo viejo! Por eso le pedí los siete.

Pasífae no respondió. Él, tendido en el lecho, se impacientó.

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—Sangre por sangre. Vida por vida.

—Son siete. Fuertes y en edad de luchar. Quédate con uno y déjame los otros seis para mi guardia.

—¿Crees que la vida de Androgeo no vale más que la de siete aqueos?

—Soy práctico, mujer. ¿De qué te sirven siete hombres muertos?

—¡Siete! ¡Ni la sangre de setenta podría pagar la vida de nuestro hijo!

—¡He destruido seis ciudades por él!

—Mi hijo vale más que seis ciudades, más que un reino, ¡más que ese puñado de atenienses asustados!

Oculta en la bañera, Fedra se estremeció al oír a su madre. Mordiéndose los nudillos, siguió escuchando y su indignación se despertó al punto cuando Minos preguntó:

—¿Y las chicas?

Pasífae se echó a reír con sarcasmo. Desde su escondrijo, Fedra oyó la seda de su falda al levantarse. Se acercaba al lecho.

—Las chicas… Esas las querrías para ti, ¿no es cierto?

—Calla y ven a mi lado.

—No te basto yo.

Minos la atrajo hacia sí agarrando los senos blancos de su esposa.

—Tampoco a ti te basté yo.

Ella se apartó con ira.

—¡Calla! ¿Pretendes compararte a un dios?

—No soy un dios, ¡pero soy un rey! Y soy tu esposo. Si me veo privado de ti, ¿cómo no voy a desear siete doncellas? ¡Tú vales por todas ellas!

La reina volvió a reír.

—Necio. ¡Sé lo que quieres! Pero esas muchachas son parte del rescate. Tú lo has dicho. Ellas también morirán.

Minos se incorporó y la tomó de un brazo.

—¿Las sacrificarás tú?

Silencio. En la fría bañera, Fedra contuvo el aliento.

—No lo haré yo. Será mi *otro* hijo.

Minos no respondió. El silencio se prolongaba y Fedra, temblando, esperó a oír algún ruido, alguna señal de sueño, murmullo o lucha amorosa, para escabullirse y salir de allí.

Pero no hubo sueño, ni amor ni más palabras. Al cabo de un rato oyó los pasos vigorosos de su padre, golpeando el pavimento mientras abandonaba la alcoba. Un suspiro prolongado de su madre. Después, más silencio.

Ariadna lloraba en su lecho. Fedra entró sigilosamente en la habitación y le tocó un brazo.

—¿Qué te ocurre, hermana?

—Y tú, ¿de dónde vienes a estas horas?

—No tenía sueño. He ido a pasear.

—Estabas espiando —dijo Ariadna, enjugándose las lágrimas —. ¿A quién?

Fedra se sentó en el lecho, a su lado.

—A padre y a madre. Los he oído hablar.

—¿De qué?

—De lo que harán con los siete mozos y las siete doncellas de Atenas.

Ariadna se incorporó de golpe.

—Yo sé lo que harán.

—¿Lo sabes, hermana?

Ella volvió a sollozar.

—¿Estás llorando por ellos? Creí que llorabas por Androgeo.

—Lloro por él… ¡y por ellos! ¿Crees que su muerte nos lo

devolverá vivo?

—No, pero su sangre pagará…

—¡No pagará nada!

—La Diosa…

—La Diosa no recibirá su sangre —dijo Ariadna, tomando la mano de su hermana con violencia—. ¡Ella no recibirá nada! Será *él*… Será él quien beberá su sangre y destrozará sus cuerpos. ¡Será él!

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no espío como tú. Pero no soy estúpida. Lo sé desde el momento en que madre puso los ojos sobre ellos. Madre lo ama más a él que a Androgeo.

—¡No digas eso!

—Es *nuestro* hermano. ¿No es así como te gusta llamarlo? Un hermano vengará al otro. ¡Venganza sobre venganza! ¡Sangre sobre sangre! Por eso lloro.

Fedra se abrazó, sintiendo frío. Una sombra aterciopelada y gris se deslizó por la puerta para frotarse contra sus pies.

—Isis, preciosa.

Ariadna contrajo el ceño cuando vio a su hermana tomando en brazos a la gata.

—Te enternece el minino ¿y no tienes piedad de esos muchachos?

Fedra cerró los ojos, acariciando con la mejilla el lomo suave de la gata.

—Madre dice que las mujeres damos vida —dijo Ariadna—, y las diosas tienen poder para dar vida y quitarla. Ella actúa como la Diosa y decide quién vive y quién muere. ¡Ese es su poder! Pero yo detesto ese poder.

—Tú serás como ella —dijo Fedra—. Un día la sucederás como gran sacerdotisa. Y actuarás igual que ella.

Ariadna cerró los puños.

—¡Nunca seré como ella! Yo daré la vida y protegeré la vida

de todos. Mi labrys nunca derramará sangre.

—No lo harás, Ariadna. La sangre pide sangre. Siempre ha sido así.

—Pues un día eso tendrá que cambiar.

La sombra devoradora

La música resonaba en la cúpula celeste y sus ecos llegaron hasta mí. Los tambores y las cítaras eran una señal. Conocía la música de cada fiesta. Pero aquella era diferente.

Había música de triunfo y había música de duelo. También escuché el ulular de voces femeninas y las flautas que tocaban aquellos hombres imberbes y pálidos como mujeres enfermas.

Aquella noche no dormí, preguntándome qué sucedía en palacio.

Al día siguiente oí los pasos de las Púas resonando en los pasadizos. Me erguí, alerta. Las Púas nunca se acercaban a mí a menos que vinieran acompañándola a Ella. Y las visitas de Ella eran cada vez más raras.

No tardé en olfatear efluvios desconocidos. Venía gente, mucha gente. Gente extraña. Y venían mujeres. Me pregunté si Mía estaba con ellos. Deseé con avidez que así fuera. En mi mente comenzó a resonar una sola idea. Mía, Mía.

Salieron por un recodo y se presentaron ante mí. Ella iba delante, como siempre, ataviada con su falda y la corona de oro ceñida en la frente. Si Ella iba delante, los demás no corrían peligro.

Las Púas se desplegaron. Ella venía con el Alto, que se mostraba arrogante y con el ceño fruncido. Olí su rabia desde

lejos. Entonces mis ojos se posaron en los otros.

Salieron empujados por las Púas, uno tras otro. Eran siete muchachos parecidos al joven que saltaba los toros. Desnudos y desarmados. Después vi a siete vírgenes. Distinguí perfectamente su aroma de carne tierna e intacta. Pero, por encima de todo, podía oler su miedo. Estaban aterrorizadas.

Mía no venía con ellos.

Me agazapé. Todavía no sabía qué querían de mí. Pero algo se removió en mis entrañas y mi boca se llenó de saliva. Entreabrí la mandíbula y sentí cómo la sangre me bullía en las venas.

Ella se acercó a mí con los brazos tendidos, en un gesto a la vez imperioso y devoto. Me adoraba, pero me contenía. El odio mezclado con amor volvió a agitarse en mi pecho.

—Tu hermano murió a traición en tierra extranjera. Tu padre ha castigado a los culpables. Pero tú vengarás su muerte.

Se giró y con la mano señaló a los muchachos y a las doncellas temerosas.

—Son tuyos. Haz con ellos lo que quieras.

Las Púas los empujaron a golpe de escudo, pinchándolos con sus lanzas. Los jóvenes se negaban a avanzar. Pero, de pronto, uno de ellos cayó de bruces, gimiendo. Otro rompió a llorar y un tercero, lo vi, se orinó encima.

Las vírgenes se abrazaban. Eran blancas y tiernas como un rebaño de corderas. Mi boca destilaba saliva, sentí cómo se me endurecía el miembro viril y la tempestad rugía dentro de mí.

Son tuyos, había dicho ella. Acompañada del Alto y seguida de las Púas, dio media vuelta y desaparecieron por un corredor.

Eran míos. Las corderas balaban con desesperación. Los muchachos decidieron huir y echaron a correr dispersándose por los pasadizos. ¡Necios! No sabían que todos los caminos eran uno solo y todos terminaban en el mismo lugar. Pero me sentía excitado y ávido. Era un juego novedoso para mí, un

cambio estimulante que me permitía escapar del tedio y me hacía revivir. Tomé carrerilla y fui tras el primero.

Empezó la cacería.

Atenas

Siete pruebas.

Teseo despertó bajo el olmo dando vueltas a sus sueños. El sol caía sobre su rostro y parpadeó antes de ver una sombra humana ante él.

En la viña trabajaban varios mozos.

Uno de ellos se acercó con un odre de agua.

—¿Estás herido?

Observaba su ropa, manchada de sangre, y el hacha.

—La sangre no es mía. Pero, por favor, dame agua.

Bebió del odre que le ofrecía y se puso en pie mientras se sacudía la tierra de la túnica y se atusaba el cabello. Le fallaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en el olmo.

—¿Estás bien, muchacho?

—Tengo hambre.

—Ven conmigo.

Le dio un puñado de higos secos y pan. Entonces se acercó un hombre de edad madura, robusto y bien parecido. Era el amo de la finca y los demás eran sus hijos y dos esclavos.

—¿Quién eres y de dónde vienes?

—Me llamo Teseo y vengo de Trecén.

—¿Qué haces aquí, tan lejos de tu casa?

—Trecén ya no es mi casa. Voy a Atenas.

—Hum… Atenas. Viniendo de la Argólide, ¿por qué no ir a Argos o a Micenas? ¿O tal vez a Tirinto? ¿Qué se te ha perdido aquí?

—Pertenezco a la casa erecteida.

Al oírlo, el hombre y sus hijos lo miraron con respeto.

—Soy Fítalo. Mi clan siempre fue amigo de las *serpientes*. Así que hoy quédate aquí, conmigo y mis muchachos. Esta noche te alojarás en mi casa.

Se quedó con ellos y los ayudó con su trabajo en la viña, agradeciendo para sí las lecciones de Conidas sobre las faenas del campo. Al atardecer caminaron hasta el río Cefiso, que fluía entre los cañaverales. Fítalo se dirigió a Teseo.

—Debes purificarte y lavar la sangre que mancha tus manos.

Se desnudó para zambullirse en las aguas del río, buscando un lugar lo bastante profundo donde sumergirse. Braceó a contracorriente, y el frío del baño le vivificó el cuerpo y le renovó el ánimo.

Al regresar a la orilla, los hijos de Fítalo lo miraban.

—Tienes cuerpo de guerrero.

—He peleado mucho.

—¿Te has consagrado al dios del sol?

—En Delfos. Fui a hacer mi voto y espero tener ocasión de cumplirlo.

—Tendrás ocasión, y quizá más pronto que tarde —dijo Fítalo—. En esta tierra nos pasamos la vida guerreando, unas ciudades contra otras.

—¿También aquí?

—Más aún que en el sur. Porque aquí somos más pobres. Si alguien puede arañar un terruño o robar un par de bueyes a otro, mejor que mejor.

—Pero vosotros me parecéis gente honrada.

Fítalo posó una mano en su hombro.

—En tiempos de paz, todos podemos ser honrados. Pero en tiempos de guerra solo cuenta una cosa.

—¿Habéis sufrido guerras recientemente?

—Lo peor fue el expolio de Minos, el cretense. Hay familias que todavía no han levantado cabeza.

Fueron a la aldea y entraron en casa de Fítalo. Era un hogar modesto, pero en él se respiraba hospitalidad. Cenaron alrededor de la mesa, ante un hogar bien alimentado por leña de vid y encina. Comieron pan recién cocido por la esposa de Fítalo, queso de sus cabras y un buen guiso de lentejas, regado con vino de su cosecha del otoño anterior. Por primera vez en muchos días, Teseo durmió en un lecho confortable, cubierto con un vellón de oveja y sin miedo a despertar con la muerte pisándole los talones.

Al día siguiente, antes de partir, Teseo regaló el hacha de Procusto a Fítalo. La esposa le dio una túnica nueva de lana bien tejida e insistió en afeitarlo y peinarle el cabello. Cuando lo hubo acicalado, se quedó unos instantes mirándolo.

—Ten cuidado con las mujeres, hijo.

Amintas y Diocles, los hijos de Fítalo, decidieron acompañarlo hasta Atenas. De camino le mostraban los lugares por donde pasaban e iban nombrando las tribus que allí vivían. A medida que se acercaban a Atenas, las granjas menudeaban entre las fincas.

—No me extraña que haya tantos pobres —observó Teseo—. La tierra está muy repartida.

—Por eso siempre andamos enzarzados en disputas.

—Entre padres e hijos, entre hermanos y vecinos. Y, cuando nos aburrimos, vamos a meter brega a otra ciudad.

—¿Dónde vive el clan de los Agni?

Amintas señaló unas colinas donde los pastos alternaban con viñedos.

—Por ahí. Los Agni son ricos. ¿Los conoces?

—Conocí a uno de sus hijos en Delfos.

—Más ricos son los palántidas —repuso Diocles—. Su jefe es Palas, hermano del rey Egeo. Desde el Pentélico hasta Maratón, casi toda la tierra es suya.

De lejos divisaron Atenas, un amasijo de casas desparramadas a los pies de un promontorio rocoso que se alzaba como una muela en medio de la llanura.

—Allí arriba se refugian todos cuando hay guerra —comentó Amintas—. ¿Ves las murallas? No hay quien pueda tomar esa roca.

—Se puede rendir por hambre —dijo Teseo.

—Ni siquiera Minos, el cretense, pudo tomarla —continuó Diocles—. Tuvo que pactar con el rey.

El sol iluminaba las rocas del cerro, de un blanco casi cegador.

—Ahí está el templo de la Divina Doncella. Ella protege a Atenas, por eso nadie puede conquistarla.

Por el camino se cruzaron con varios campesinos que iban a vender grano y legumbres a la ciudad. También pasaron unos carros cargados con toneles de vino y aceite, y grupos de mujeres con cestas para comprar o vender. Algunos saludaron a los hijos de Fítalo; a Teseo lo miraban con curiosidad.

—Se nota que eres forastero. ¡Aquí todos nos conocemos! Si no por el nombre, por el aire. Tú caminas diferente.

Teseo se irguió con orgullo.

—Habladme de Egeo, el rey de Atenas.

—Un viejo —dijo Amintas—. Ni siquiera puede tener hijos.

—¡Eso no es verdad! —protestó su hermano—. Ha tenido uno con la esposa nueva.

—¿Tiene un hijo? —preguntó Teseo.

—Sí, con la bruja del Ponto —repuso Amintas.

—No la llames así —a Diocles le gustaba rebatir a su hermano—. Se llama Medea, y es hija y esposa de reyes.

—Bah. Dicen que ese niño no es hijo de Egeo, en realidad. A saber con qué malas artes lo concibió esa hechicera.

—¿Qué edad tiene el príncipe? —volvió a preguntar Teseo.

—Tendrá un año o dos. Es una criatura de pecho.

—¿Y la reina Medea quién es?

—Una bárbara, venida de las tierras del Ponto. Era esposa de Jasón, el pirata. ¿No has oído hablar de él?

—Claro que he oído.

—Él la dejó para casarse con la princesa de Corinto. ¡De pirata a rey! Pero la princesa murió al poco tiempo de casarse con Jasón. Dicen que la envenenó Medea. Luego mató a sus dos hijos y huyó de la ciudad.

—¡A sus propios hijos! ¿Qué madre haría eso?

—Una vengadora. ¿Qué futuro tenían esos niños siendo bastardos de un rey?

Teseo apretó los puños.

—Aunque tuviera sus motivos, esa mujer merece la muerte.

—Fue muy inteligente y resuelta. Pidió asilo a nuestro rey y se lo concedió. ¿Quién iba a negarse?

—¿Por qué iba a dárselo?

—Nuestro rey no pudo engendrar hijos, pero siempre sucumbió ante una cara bonita y un par de pechos bien puestos. Medea lo hechizó, lo convenció y se casó con él. Ahí la tienes, reina de Atenas. Ella manda, ella ordena y ella decide, dentro del palacio y fuera.

Teseo recordó el consejo de su madre y las palabras de la esposa de Fítalo. *Ten cuidado con las mujeres*. Su peor enemigo, en Atenas, resultaba ser una mujer.

—Nuestro rey es débil de carácter —dijo Amintas.

—Eso sí, más rico que nadie —añadió Diocles—. Ha sabido administrar la herencia de los erecteidas. Fleta barcos y exprime bien sus tierras, también dicen que es avaro. Por no gastar, hasta pasa hambre.

—¡Eso no puedo creerlo!

—Créelo o no, según dicen, se come mejor en la mesa de los Butades o los Laquiadas que en la del rey.

—Quizá con la bruja haya cambiado. A la reina le gustan los lujos, según me han dicho. Por eso está tan enojada desde que pagamos tributo a Creta.

—¿Es muy cuantioso el tributo?

Amintas torció el gesto.

—Bastante. Lo peor no es la lana ni el aceite. Lo peor son los siete.

—¿Los siete qué?

—Los siete jóvenes. Como tú, como nosotros. Cualquier día nos puede tocar. Cada año se celebra un sorteo para elegirlos. Nadie se libra, ni siquiera los hijos de los ricos. Los ancianos lo organizan, llevan cuenta de todas las familias y no perdonan a nadie.

Teseo se detuvo. Estaban llegando a Atenas. Donde terminaba el campo y convergían los caminos, allí empezaba la ciudad: casas agrupadas junto a los senderos de ganado, alternando con pequeños huertos donde crecían las higueras. El sol estaba en su cenit y los tres jóvenes sudaban bajo el calor.

—¿Qué clase de tributo es ese?

Amintas lo explicó.

—Hace años llegó a Atenas un príncipe, hijo de Minos. Venía a competir en nuestros juegos y parece que se hizo muy amigo de los sobrinos del rey. Una noche, nadie sabe cómo, hubo una pelea entre bandas y el príncipe de Creta resultó muerto. Su padre no tardó en llegar con sed de venganza.

Diocles continuó el relato:

—Desde entonces, el rey de Creta exige, cada año, siete mancebos y siete doncellas vírgenes para ser sacrificados ante su dios toro.

En la plaza del mercado los hijos de Fítalo se despidieron de él.

—Si algún día regresas al Cefiso, ven a casa —dijo Amintas —. Ya sabes que ahí tienes mesa y cama.

—Volveré un día —prometió Teseo.

Se alejó entre la multitud y divisó un edificio grande, con pórtico y columnata, donde trabajaban unos operarios restaurando el techo. Preguntó y le dijeron que estaba dedicado al Señor del Mar.

Vio a un hombre guiando a dos bueyes viejos en dirección al templo. Sin pensarlo dos veces, cortó con la espada la soga de uno de ellos y lo arrastró.

—¿Qué demonios haces? ¡Ladrón!

—Tú tienes dos, yo ninguno. Y quiero hacer mi ofrenda al dios.

El hombre se abalanzó contra él, pero Teseo esgrimió su porra de bronce y lo detuvo en seco.

—¿Vas a matarme con eso?

—A ti no, ¡a tu bestia!

Maldiciendo, el hombre se apartó y el buey, cansado y medio ciego, siguió a Teseo con mansedumbre. A la entrada del templo aguardaba un sacerdote ataviado con una larga túnica. Había contemplado la escena y se plantó ante el joven con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—¿Qué traes, muchacho?

—Este buey.

—¿Es tuyo?

—No. Es del Señor del Mar.

—¡He visto lo que has hecho! ¡Al ladrón!

Al instante, varios albañiles, transeúntes y dos guardianes del templo acudieron. Estos llevaban jabalinas y enseguida apuntaron hacia él.

—¡Me acojo a la protección del dios! —gritó Teseo.

Alzó el garrote y lo descargó con fuerza sobre el animal, que

trastabilló y cayó, doblando las patas delanteras.

Volvió a golpearlo en la testuz y lo hizo caer de costado. Mientras la sangre manchaba el pavimento, soltó la maza y se arrodilló ante el sacerdote.

—¡Esta es mi ofrenda! ¡Honor al protector de Atenas!

Unos cuantos hombres lo corearon.

—¡Honor!

—¡Honor al Señor del Mar!

—Buen golpe, muchacho.

Nadie lo detuvo. El sacerdote se apartó y le permitió entrar al templo. Allí permaneció largo tiempo, postrado ante la estatua del dios que durante muchos años había sido su único padre. Afuera retiraron al animal muerto y el labriego ofreció su otro buey. Llegaron más oferentes que se detenían ante el umbral del santuario, musitando plegarias tras dejar sus ofrendas.

Cuando Teseo salió, se vio rodeado por el gentío. Varios niños se aproximaron sin ocultar su admiración.

—¿Eres un dios?

—¿O el hijo de un dios?

Teseo sonrió.

—¡Sí! Soy un dios. He venido a visitar vuestra ciudad.

—¿Y te gusta Atenas?

—Mucho. Ahora quiero conocer al rey. ¿Sabéis dónde está su palacio?

Un tropel de hombres se ofreció a guiarlo. Los niños lo seguían, aunque los adultos intentaban apartarlos a patadas.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Teseo.

—¿Qué dios se llama Teseo?

Él se volvió hacia la multitud, erguido y rebosante de confianza en sí.

—¡Pronto lo sabréis! Un día tendré mi propio templo en esta

ciudad.

El palacio del rey estaba cerca del templo. Era un caserón de paredes encaladas, con su porche, dos pisos y un patio interior por donde entraban y salían criados, arrieros y sirvientas. En la puerta hacían guardia cuatro soldados armados. Apenas vieron venir a Teseo, lo rodearon.

—¿Quién eres?

—Soy Teseo. Vengo de Trecén a rendir visita al rey.

—Tenemos órdenes de la reina para conducirte a su presencia. Suelta las armas.

—Un guerrero jamás abandona sus armas. Pero prometo que no las usaré si no me atacáis. ¡Tenéis mi palabra!

El jefe de los guardias se impuso.

—Eres uno contra cuatro y en el patio hay una docena más como nosotros. Solo tienes dos brazos, muchacho. ¿Crees que puedes con todos?

Teseo negó con la cabeza.

—No deseo alzar mi mano contra esta casa.

—¡Síguenos!

Entraron en el patio. Las paredes estaban pintadas con frescos, el suelo pavimentado y limpio, y en el centro había un estanque de mármol, rodeado de macetas floridas y una estatua de la Divina Doncella. El lujo de la reina se exhibía dentro del edificio. Los criados iban vestidos con túnicas de hilo fino, ellos de color azafrán, ellas de azul pálido, todos iguales como acólitos de algún santuario.

Los guardias lo condujeron al salón del trono, pero el sitial estaba desierto. En el centro ardía un brasero donde se quemaban hierbas fragantes. A un lado, sentada en un sillón de ébano, Teseo vio a la reina.

Con las manos sobre los reposabrazos, erguida y coronada

por una diadema de plata, Medea le dedicó una mirada penetrante. Sin poder resistirla, Teseo se inclinó ante ella.

—Señora reina, os presento mis respetos.

—Levántate.

Él obedeció.

—Me han dicho que vienes de Trecén. También me han dicho que has ofrecido un generoso sacrificio al Señor del Mar en su santuario.

—Así es, señora.

—¿Vienes de la sede de las Tres Diosas para robar un buey y matarlo ante otro templo que no es el tuyo?

Teseo enrojeció, hizo acopio de fuerzas e intentó centrar sus pensamientos. *Ten cuidado con las mujeres*. De pronto una imagen pasó por su mente. Se vio nadando como un delfín, deslizándose entre las corrientes traicioneras de aquel mar donde se había zambullido. Recobró su aplomo de inmediato.

—Mi señora, he venido a visitar al rey de Atenas. Ese es el verdadero motivo de mi viaje.

—¡El rey de Atenas! Cada día llegan a esta ciudad decenas de mozos en busca de fortuna. ¿Por qué el rey iba a recibir a un forastero como tú?

—Porque no soy uno más entre ellos.

La sonrisa de Medea hizo estremecerse a Teseo.

—¿Qué hay de especial en ti?

—Soy hijo de un dios.

—¡Oh, hijo de un dios! Bienvenido a esta casa, entonces. Aquí, todos somos hijos de dioses. También yo lo soy.

Se levantó. Era casi tan alta como él. Escrutando su rostro, le rozó la mejilla con los dedos.

—Sé quién eres, Teseo —susurró.

—Quiero ver al rey.

—Lo verás, por supuesto que sí.

—¿Dónde está?

—En la Acrópolis, sacrificando a la diosa virgen. Y supervisando el refuerzo de nuestras murallas. No tardará en volver, tal vez entonces quiera recibirte.

—Entonces, mi señora, esperaré.

Ella volvió a sonreír con una mueca leonina.

—En el patio —dijo.

Y en el patio aguardó, durante largas horas, vigilado por los guardias.

De pronto se oyeron voces y un cortejo entró en el patio. Los custodios de Teseo se levantaron de golpe para alinearse, agarrando sus lanzas y escudos con firmeza. Entraba el rey.

Teseo vio a un anciano alto y enjuto, de cabellos y barba tan blancos como la túnica que vestía. En su rostro se veía la sombra de un hombre apuesto en su juventud, y su gesto era de serena dignidad.

En aquel momento la reina emergió del salón del trono, acompañada de dos doncellas.

Ceremoniosa, extendiendo los brazos hacia él, Medea tomó las manos del rey e, inclinándose, las besó.

—Esposo mío, ¿ha sido propicia tu ofrenda en el templo de la Divina?

El rey murmuró a media voz una respuesta que Teseo no pudo oír.

—Tienes una visita —añadió Medea.

Agarrándolo del brazo señaló a Teseo. Él se inclinó.

—Mi rey.

—¿Quién eres?

Fue Medea quien contestó.

—Es Teseo, nieto de tu amigo Piteo, de Trecén. ¡Ha venido expresamente a verte! Y a saludarte de parte del sabio juez de la Argólide. ¿No es motivo de alegría?

El rey asintió y esbozó una sonrisa.

—El nieto de Piteo… ¡Ah, mi buen amigo! Si eres hijo de su sangre, eres para mí como un hijo. Ven, deja que te abrace.

Lo estrechó y Teseo le devolvió el abrazo, conteniendo su emoción.

—Nieto de Piteo… ¿Quién es tu padre, hijo?

—Mi madre es Aetra, la sacerdotisa. Mi padre… murió hace tiempo.

Egeo lo miraba a los ojos con atención.

—Bienvenido a palacio, hijo.

Teseo comprendió que no había identificado al fruto de aquella noche olvidable, sumido en el sopor del vino y en brazos de la joven hija de su amigo.

—He ordenado preparar un pequeño banquete —dijo Medea sin dejar de sonreír—. ¡La ocasión lo merece!

Entonces llegó una criada vestida de azul con un bebé en brazos. Medea lo tomó y lo besó en la cabeza. Era un niño regordete, de piel blanca y bucles oscuros, y miraba a todos con un par de ojos penetrantes como los de su madre.

—Mi hijo, Medo. ¡El heredero al trono de Atenas! ¿No es hermoso?

El rey lo acarició con afecto. Teseo los miraba mientras resonaba en su mente la voz de Diocles. *Ha matado a sus dos hijos*.

—El primogénito del rey, futuro rey de Atenas —repitió Medea.

Dos criados llevaron a Teseo a una sala de baños, donde pudo lavarse. Pero no quiso desprenderse de la túnica de la esposa de Fítalo. Le sacudió el polvo, frotó una mancha de sangre y se la volvió a poner. Una criada joven de manos complacientes le trenzó el cabello sin prisa.

—Esta noche, si lo deseas, puedo acompañarte en el lecho.

Teseo la miró con cautela. No deseaba otra cosa, pero también recordó. *No te fíes*…

El salón de banquetes ocupaba un ala abierta al patio. Las paredes estaban pintadas con escenas de caza, árboles y flores de colores muy vivos. Los divanes, dispuestos en forma de medio arco, permitían que los comensales pudieran verse unos a otros. Los criados entraban y salían, depositando sobre unas mesas fuentes de verduras asadas, cuencos de legumbres, huevos, higos y almendras. Había pan tierno en abundancia y una jarra de vino por cada hombre, con otra de agua. Teseo pensó que Amintas se equivocaba respecto a la tacañería del rey. Aquella noche, las viandas eran sabrosas y abundantes.

Los músicos, una joven con lira y un flautista, empezaron a tocar una pieza alegre. Dos sirvientes encendieron los candelabros y una doncella aromatizaba el aire agitando un hisopo de tomillo y ajedrea que ardía. Se movía con pasos de danza y el humo describía volutas a su paso.

Medea, sentada en el diván regio, destacaba por encima de todos. Reclinado enfrente de ella, Egeo menguaba al lado de su esposa.

Teseo ocupó un asiento al lado del rey, como invitado de honor. Tras la libación a la Divina Doncella y una plegaria en honor de los antepasados erecteidas, empezó el ágape.

Teseo observó a los invitados. Había tres notables de la ciudad y Eutimio, mercader y armador de barcos. También Acamante, el jefe de la guardia, y otro hombre barbudo que se parecía al rey, pero era más joven y corpulento y su cabello apenas había encanecido. Vestía una túnica muy rica y los demás le mostraban tanto respeto como al mismo Egeo. Era Palas, hermano del rey. Apenas entró, lanzó una mirada escrutadora a Teseo.

Junto a él, la reina Medea había situado a un hombre de

unos treinta años que se ocupó de informarle acerca de los huéspedes. Se llamaba Clito y era mayordomo de palacio. Teseo pensó que debía de ser el hombre de confianza de la reina y se mostró cauteloso con él.

—¿Y quién dices que es tu padre, Teseo?

—Murió en una escaramuza. Un encuentro entre dos bandos armados… Yo era apenas un niño de pecho.

—Así que no tienes hermanos. ¿Y de dónde sacaste esa maza?

—Se la gané a un gigante.

—Vamos, de hombre a hombre, ¡cuéntame la verdad!

Le sirvió más vino sin aguar.

—El hombre guardaba el camino que va a Epidauro. Exigía peaje a todos los viandantes. Yo lo desafié y peleamos.

—¿Lo mataste?

Teseo bebió un sorbo de vino y posó el cáliz sobre la mesa.

—Sí.

—Según cuentan los viajeros, han muerto unos cuantos facinerosos últimamente. ¿Has oído hablar de Cerción de Eleusis?

—Algo he oído.

En aquel momento cesaron las músicas y Medea se irguió, batiendo palmas. Dos criados entraron portando una bandeja donde había un cabrito entero, asado y rodeado de una guarnición de cebollas, zanahorias y hierbas aromáticas.

Los criados la depositaron ante el rey y la reina, y dejaron un cuchillo afilado junto a las viandas para cortar la carne. Todos los comensales se irguieron mientras la reina tendía el cuchillo a su esposo.

—El primer corte, el rey.

Pero él se giró hacia Teseo.

—Hoy le cedo el honor a mi joven invitado, en recuerdo de mi buen amigo Piteo, de Trecén.

Teseo cogió su espada, que pendía del diván, la desenvainó y se inclinó sobre el cabrito. Extendiendo el brazo, dejó que todos pudieran ver la brillante hoja de bronce con la serpiente grabada. Medea dejó de sonreír.

Cortó limpiamente el lomo del cabrito, pinchó una tajada de carne y la tendió al rey.

Este tenía la vista clavada en el filo de la espada. Se puso en pie, despacio, y miró a Teseo.

—¿De dónde sacaste esa espada?

—La encontré debajo de una roca. Con un par de sandalias.

Temblando, el rey tomó la espada entre las manos y después la posó en la mesa. Entonces abrazó al joven con fuerza.

Permanecieron abrazados mientras a su alrededor se levantaba un coro de murmullos. Todos se preguntaban qué significaba aquel gesto. Todos menos la reina, que permanecía muda e inmóvil en su diván.

—¡Es una espada erecteida! —gritó Palas, alzándola con una mano—. ¡Una espada forjada en Atenas para un miembro de nuestro clan!

Entonces Egeo soltó a su hijo y se volvió a todos los presentes, con los ojos bañados en lágrimas.

—Era mi espada. ¡Y él es mi hijo! ¡Mi hijo, mi primer hijo, nacido de mi sangre! Creí haberlo perdido, hace muchos años… ¡Pero ha vuelto!

Medea, pálida, se puso en pie y tomó de un brazo a su marido, con una sonrisa que mostraba su blanca dentadura.

—Esposo, ¡debes contarnos esta historia! Aquí nos tienes a todos, perplejos y confundidos. ¿Qué significa esto?

—Sentaos, por favor, y os lo contaré.

Y no soltó a Teseo del brazo mientras narraba.

—Fue hace mucho tiempo, en Trecén. Venía de consultar ciertos asuntos con mi buen amigo Piteo. Dejé encinta a su hija, la sacerdotisa Aetra. Y le pedí que cuidara al niño hasta que

fuera mayor de edad y pudiera recuperar la espada y las sandalias… ¡Ese día ha llegado! Su madre cumplió la promesa y aquí lo tenemos. ¡Bendita sea la Diosa!

Nadie compartía el alborozo de Egeo. Teseo percibió curiosidad en algunos y recelo en otros, pero Palas y la reina no ocultaban su hostilidad.

—¡Bendita sea la Diosa! —coreó Medea tras un silencio gélido—. Tenemos, pues, doble motivo para celebrar este banquete. Vamos, queridos invitados. ¡Servíos! Comed y bebed, porque no todos los días tenemos la ocasión de conocer a un príncipe cuya existencia ignorábamos.

Todos aprovecharon la invitación para disimular el desconcierto comiendo, bebiendo y felicitando al rey.

Pero Clito, los notables de Atenas y Palas no tardaron en inquirir.

—¿Conocías tu linaje, muchacho? ¿Por qué has tardado tanto en venir?

—En Atenas hemos vivido años esperando que el rey engendrara un heredero… ¡Te has hecho esperar!

—El rey ya tiene un heredero —repuso Palas—. Y, si este muere, juró designar al mayor de sus sobrinos, ¡mi hijo Butes!

—Mi madre prometió guardar el secreto —replicó Teseo— hasta que tuviera dieciséis años y me consagrara al dios del sol.

—¿Estás consagrado en Delfos?

—Así es. Después desenterré la espada y las sandalias.

—Prenda de realeza —dijo Eutimio asintiendo—. ¡Esa es la prueba!

—¿Estaban enterradas en Trecén?

—Allí las dejé yo —intervino Egeo—. Mostré el lugar a Aetra para que lo pudiera recordar.

—¿Por qué no te desposaste con ella? —preguntó otro notable.

Egeo negó con tristeza.

—Aún vivía mi segunda esposa, que tampoco pudo darme hijos.

—Pero tu esposa murió —dijo Palas—. ¿Por qué no fuiste a buscar a Aetra entonces?

Egeo movió la cabeza sin contestar. Teseo pensó que aquella pregunta no tenía respuesta y esperó lo peor. A continuación, habló de nuevo Medea, que no perdía su sonrisa felina.

—Oh, mi querido Palas. Aetra no es de sangre real. ¿Cómo iba un rey, de la casa erecteida, a casarse con una simple sacerdotisa de… Trecén?

Teseo saltó de inmediato.

—Mi madre es descendiente de Pélope, rey y fundador de muchas casas reales. Su sangre es tan noble como la de mi padre.

—Oh, por supuesto que sí —dijo Medea—. ¿Qué importa que la unión fuera ilegítima? Lo importante es la sangre… Dos sangres nobles unidas. ¡Eso es lo que cuenta! ¿No lo creéis así?

Lanzó una mirada a los nobles de Atenas, que no supieron o no quisieron replicar.

—Vamos a brindar —añadió Medea, tras ponerse en pie de nuevo—. Llenad vuestras copas, amigos. ¡Brindemos por nuestro príncipe! ¡Brindemos por la sangre de los erecteidas y por la sangre de los pelópidas! ¡Brindemos por nuestro rey!

Los criados escanciaron más vino. Medea se acercó a Teseo y le tendió su copa.

—Bebe de la copa real, príncipe Teseo. Que este vino regio se mezcle con tu sangre regia. ¡A tu salud!

Él tomó la copa. *Ten cuidado con las mujeres*. La acercó despacio a sus labios y, de pronto, se detuvo. Todos los rostros estaban vueltos hacia él y una docena de manos alzadas con cálices aguardaba para beber. Medea contenía el aliento como una serpiente a punto de clavar un mordisco.

—¡Larga vida al rey Egeo! —exclamó Teseo, levantando la

copa una última vez.

Y, acto seguido, derramó el vino sobre el pavimento del salón.

El vino cayó, esparciéndose en una mancha oscura. La baldosa comenzó a rechinar, se formó una espuma y, a los pocos instantes, donde había caído el vino había un hueco de alabastro corroído.

Clito lanzó un juramento, Acamante se levantó de un salto y Palas se acercó a mirar mientras los notables se replegaban espantados en sus divanes. El rey, petrificado, observaba el suelo con horror.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Llamad a los criados! ¡Que alguien eche agua ahí!

—¡Veneno! —exclamó Eutimio, el mercader.

En medio del alboroto llegó un criado con un caldero lleno de agua y la vertió sobre la mancha de vino. Teseo sostenía a su padre, que parecía a punto de caer desplomado.

—¡La reina! —gritó alguien—. ¡La reina se lo dio!

Medea se había esfumado.

El Niño Divino

Una mañana, a finales de otoño, arribó un barco desconocido al puerto de Amnisos. Había terminado la temporada de navegación y la flota de Minos estaba anclada en los muelles y en la cercana isla de Día. El viento frío de la mañana se tornó cálido de pronto y las gaviotas revolotearon sobre la nave que se acercaba. Alguien a bordo tocaba el arpa y las aves danzaban en el cielo al son de la música.

El oficial del rey Minos salió con sus hombres armados a recibirlo. No era un pecio mercante ni un barco de guerra. El oficial quedó desconcertado al ver descender a los tripulantes de aquella extraña nave.

Las velas eran blancas con rayas de colores; el casco estaba lacado, como los yates de recreo de los príncipes cretenses, pintado con delfines, caracoles marinos y dos enormes ojos, uno a cada lado de la quilla. Cuando tendieron la pasarela, el primero en descender fue un hombre alto de piel tersa y blanca como el mármol. De rostro imberbe y larga cabellera oscura, iba vestido con una túnica de seda púrpura echada sobre un hombro que dejaba medio torso al descubierto. Lo seguía un cortejo de músicos, bailarinas con guirnaldas de flores y hombres de aspecto silvestre que no dejaban de cantar y reír. Todos ellos parecían sumidos en una jovial embriaguez.

Cuando el hombre de tez blanca pisó tierra, el oficial quedó abrumado ante su mirada y cayó de rodillas.

—¡Mi señor! ¡El Divino!

—¡Levántate! He venido a visitaros en vuestra fiesta de invierno. ¿Qué son todas esas armas y caras largas? ¡Uníos a mi séquito!

Un joven moreno que venía en el barco se acercó con un odre de vino y lo ofreció a los guardias. El oficial estaba desconcertado, pero sus hombres bebieron y, de pronto, soltaron las armas, echaron a reír y se sumaron al jolgorio. Las bailarinas los invitaban a danzar y no pudieron resistirse.

—¡Conducidnos hasta el palacio! Queremos honrar esta tierra, a vuestra reina y a vuestro rey.

El oficial, sudando bajo una insólita oleada de calor, volvió a inclinarse ante él.

—¡Así lo haremos! Mandaré un emisario a palacio de inmediato para avisar de vuestra llegada.

En palacio, los aposentos de la reina bullían de animación. Las criadas y el aya se prodigaban acicalando a las princesas y a sus compañeras, Iría y Selene. Aquel día, Ariadna y Fedra acompañarían a su madre en el sacrificio a la Diosa y al Niño Divino.

Ariadna, ceñida con un jubón de color granate sobre una falda de seda púrpura, ocultaba su palidez bajo el maquillaje y los polvos de azafrán. Kitane, su doncella, le rizaba con esmero los bucles.

—¿Por qué estás triste, mi princesa?

Ariadna suspiró y recitó, en un murmullo:

—Una mujer da la vida. Una diosa tiene poder para darla o quitarla.

Kitane asintió.

—Y la reina y las princesas son las favoritas de la Diosa. Ellas ocupan su lugar en la tierra.

Ariadna se sacudió los rizos.

—Hoy tengo que matar.

Y clavó su mirada en el espejo, colérica como la de un animal herido. Fedra se acercó para mirarse junto a ella.

—A mí no me asusta matar.

—Porque amas la sangre —repuso Ariadna—. Te gusta cazar por los montes y estás harta de tomar vidas. Eres como *él*.

Fedra sonrió sin ofenderse.

—Quizá sí. A fin de cuentas, es nuestro hermano.

—Es el hijo de madre. ¡Jamás ha sido mi hermano!

Fedra bajó las pestañas, densas y negras sobre sus ojos de color esmeralda.

—Lo es, aunque no quieras. Todos salimos del mismo vientre.

—Yo amo la vida —dijo Ariadna—. ¿Por qué no podéis matar tú y madre, y dejarme la danza para mí?

—Porque todas hemos de matar y todas hemos de danzar. Así ha sido siempre y así lo quiere la Diosa.

—¡Hablas igual que el aya!

El aya se acercó al oír su nombre.

—Oh, niñas, ¡ya estáis disputando de nuevo!

—¡Calla! —la amonestó Ariadna.

—No somos niñas —rio Fedra.

De pronto el parloteo de las criadas cesó. Pasífae había entrado en la habitación. Ariadna y Fedra se volvieron para encararse con su madre.

—Estáis hermosas, hijas.

—Estamos a punto, madre —dijo Fedra.

—A punto para el rito, a punto para la fiesta. En vosotras descenderá hoy la bendición de la Diosa. Y de vuestras manos la vida del Niño Divino regresará a la tierra para renacer en

primavera.

Ariadna se levantó.

—Madre, dispénsame del sacrificio. Yo iniciaré la danza.

Pasífae la tomó de un brazo.

—¿Qué dices?

—No quiero matar.

—Debes oficiar el rito conmigo, como lo hice yo cuando era más joven que tú, como lo hizo tu abuela, como lo hará tu hija, el día de mañana. El labrys está preparado y debes empuñarlo.

—No quiero hacerlo. Sacrificad tú y Fedra, ¿acaso no bastan una reina y una princesa? Y dejad que yo dance en honor a la Diosa y al Niño Divino.

Se hizo un silencio sepulcral alrededor; las mujeres contenían el aliento a medida que la tensión crecía.

—¿Quieres cambiar nuestro ritual y nuestra fiesta? —la increpó Pasífae—. ¿Quién eres tú para alterar el curso de la rueda eterna?

—Soy Ariadna, la hija de la reina y del rey. Amada de la Diosa, como tú. Si ella me inspira, ¿quién puede oponerse a mi deseo?

Pasífae movió la cabeza con gesto imperioso.

—Ahora no hablas como una princesa, sino como una niña díscola. ¡No menciones a la Diosa para justificar tus caprichos!

—No es un capricho. La Diosa me pide vida, belleza y devoción. Se las daré con mi danza. No mancharé mis manos de sangre, ¡jamás!

Habló con tal vehemencia que nadie respondió. La ira contrajo el rostro de Pasífae mientras cerraba los puños. Pero, en un instante, su rostro cambió. Se percató de la expectación de las doncellas y lanzó una mirada a Iría y a Selene, a Kitane, al aya.

—Solo esta vez, hija —su voz también se dulcificó—. Solo te pido que sacrifiques hoy, con tu labrys, la vida que nutrirá al

Niño Divino. En adelante nunca más volveré a pedírtelo.

Por el camino hacia Cnosos, desde el mar, un manto de primavera se extendió por la tierra. Al paso del Niño Divino los árboles se agitaban y brotaban las yemas de las ramas desnudas. La hierba agostada reverdecía y las margaritas sembraban los campos. En los setos trinaban las alondras y los lirios abrían sus pétalos al borde del camino. Las gentes salían de sus casas corriendo para unirse al cortejo y las niñas recogían flores lanzando gritos de alborozo. ¡Volvía la primavera! Regresaba en pleno invierno.

Minos y la reina encabezaron la procesión que descendió por la escalinata del palacio hacia el patio. Por la rampa exterior ascendía la multitud del pueblo, con sus ramas de olivos y guirnaldas con racimos, frutos de otoño y cestas repletas de flores de azafrán. La música impregnaba el aire y el aroma de los pebeteros, donde los eunucos quemaban incienso, se mezclaba con el olor inconfundible de los animales que iban a ser sacrificados.

El heraldo llegó ante los reyes apresuradamente, abriéndose paso entre el gentío.

—¡Mi reina! ¡Mi señor! ¡El Niño Divino en persona viene a visitarnos!

—¿El Niño Divino? —exclamó Minos, perplejo.

—¿Quién te envía? —preguntó Pasífae.

—El oficial del puerto. He cabalgado a toda prisa para informaros… Pero ellos vienen por el camino… ¡no tardarán en llegar!

El cortejo de danzarinas, músicos y alegres beodos se mezcló con la multitud que ascendía por la rampa. A su paso iban

esparciendo el regocijo y la danza. Varios muchachos repartían vino de sus odres, un vino dulce, especiado y embriagante, que no aturdía, pero llenaba de euforia. Hombres, mujeres y niños bebían, y al instante sus pies brincaban. El hombre de tez clara como el mármol y cabellera oscura tocaba una lira y los cánticos se multiplicaban a su paso.

—¡Es el Niño Divino! —gritaban las mujeres.

—¡Ha bajado del cielo para visitarnos!

—¡Ha venido a otorgarnos su favor!

—¡Niño Divino, bendícenos!

Y le acercaban los niños de pecho, y los pequeños saltarines, y las niñas que entraban en la pubertad.

Él sonreía, los miraba a todos con sus ojos de fuego y alargaba una mano en gesto benévolo. Pero no soltaba el arpa. Aquella era la música más hermosa que jamás nadie había escuchado.

Entraron en el gran patio rodeados del gentío. Entonces el Niño Divino se acercó a los tres altares donde los eunucos habían dispuesto a los animales: tres novillos atados sobre el mármol. Todos les abrieron paso y el rey y la reina avanzaron hacia él, inclinándose en reverencia. Al instante, toda la multitud los imitó. Las princesas, sus compañeras, los eunucos y la corte entera se postraron ante los recién llegados.

—¡Bien está que me honréis! ¡Pero no quiero rostros gachos ni cuerpos encorvados ni miedo en vuestros corazones! ¡Alzaos todos! Cantad, bebed, bailad. ¡Hoy celebramos la vida! ¡La vida que ni el invierno puede matar! La vida eterna, la que siempre renace. ¡Hoy quiero que cunda la alegría en esta tierra! ¡Alegría y deleite desbordantes! ¡Alzaos, pues hoy todos sois reyes, reinas y príncipes! ¡Alzaos y bebed de mi copa!

Minos fue el primero. Aceptó un cáliz que le ofrecía un

danzarín del Niño y lo apuró de un trago. De inmediato se echó a reír y la carcajada regia fue una señal. La multitud se fue levantando y la música resonó. Pasífae, entonces, avanzó hacia el visitante.

—Oh, Divino, nos honras con tu visita. ¡Nuestra tierra te añoraba!

—Han pasado muchos años, sí, desde la última vez que pisé Creta.

—Ven y ocupa el trono ante nuestros altares. El rito está a punto de comenzar.

El Niño se volvió hacia las princesas.

—Las recuerdo muy pequeñas. ¡Ahora son dos bellas mujeres!

Se acercó a Ariadna, que bajó el rostro, y le rozó una mejilla.

—Pero ella alberga una gran tristeza. Dime, ¿qué pesa en tu corazón?

Ariadna alzó la mirada con desesperada osadía.

—Oh, Divino. Pesa en mi corazón la sangre. Me pesa matar, y hoy debo sacrificar un novillo. Pero lo haré, para ti y para la Diosa. Lo haré, aunque eso me rompa el corazón.

—¡Mi hija no sabe lo que dice! —exclamó Pasífae, tomándola del brazo—. Te ruego la disculpes. Es una joven devota, pero en extremo sensible.

El Niño sonrió.

—También yo tengo el corazón sensible y no soporto ver lágrimas en el rostro de una doncella. —Tomó de una mano a Ariadna y añadió—: Hoy te concedo mi favor: no quiero que sacrifiques para mí. ¡Danzarás para mí!

El rostro de Ariadna se iluminó mientras Pasífae ocultaba su contrariedad.

—Y tú, bella de los ojos verdes —se volvió hacia Fedra—, tú, que amas la sangre, sacrificarás para mí, como tu madre, que también la ama. ¡Hoy quiero que todos cumplan el deseo de su

corazón!

Ariadna bailó, con fuego en el pecho y el cuerpo liberado, abriendo los brazos como alas y saltando con pies ligeros. Fedra sació su sed de sangre y poder, descargando el labrys con mano firme y rasgando el suave pelaje del novillo atado. Minos se embriagó, codo a codo con el dios, y se sintió inmortal. La multitud cantó, bebió y bailó hasta el frenesí.

Solo Dédalo permanecía sereno, observando, escrutando con sus ojos grises el derroche de belleza, sangre, cuerpos danzantes y pasiones arrebatadas por la música en el caos de la fiesta. Junto a él, la bella Naucrate amamantaba a su pequeño. Cuando el niño se adormeció, lo dejó en brazos de su padre y corrió junto a un grupo de bailarinas.

Pasífae, la reina madre de otro dios, bella como la Diosa que otorgaba su favor a la isla, ocupaba su trono, y nadie pudo adivinar qué amalgama de emociones y pensamientos anidaban en su interior.

Príncipe de Atenas

La procesión salió del templo del Señor del Mar, encabezada por el rey Egeo, el príncipe y su familia.

Flanqueados por Acamante y la guardia, y seguidos por músicos que tocaban el tambor y las trompetas, se encaminaron cruzando la ciudad hacia la rampa que ascendía a la mole rocosa, coronada por el templo de la Divina Doncella.

Egeo y su vástago lucían túnicas blancas y sandalias de cuero trenzado con hilo de oro. El rey llevaba su corona y Teseo una diadema de lino que le recogía los bucles. La multitud los aclamaba y las hazañas del joven príncipe corrían de boca en boca, a la par que los elogios que le dedicaban las mujeres.

—¡Fuerte y hermoso como un dios!

—Dicen que ha matado a gigantes y a bestias… ¡Nos defenderá del enemigo!

—¡Nuestro príncipe es un héroe!

Teseo escuchaba el vocerío y procuraba mantener la calma. Había hablado largamente con su padre y comenzaba a sentir el peso del trono. Otorgaba un poder grande, pero al mismo tiempo vacilante. La realeza descansaba sobre muchas columnas, como el dintel de un templo. Esas mismas columnas eran su fuerza, pero también su debilidad.

Y recordaba su última conversación, la noche anterior, antes

del gran día en que Egeo proclamaría a su hijo primogénito, Teseo, como heredero al trono de Atenas.

—Padre, ¿por qué no has mandado perseguir a Medea? ¡Quería matarme!

—Ha huido a su tierra, con su único hijo vivo. Claro que quería deshacerse de ti, pero ha comprendido que estás protegido por la Diosa. Quiso enfrentarse a ella y ha perdido. ¿Puedo censurarla por querer salvar su vida?

—Estuvo a punto de acabar con la mía.

—¿Crees que debería vengarte? Medea no es una mujer cualquiera. En su país de origen era una maga poderosa. Tiene poder y goza de la protección de sus dioses. No quiero enfrentarme a ellos.

—Temes que te suceda como a Jasón.

—Jasón la deshonró casándose con otra. Yo jamás la he ofendido.

—Lo has hecho reconociéndome como heredero.

Egeo posó las manos sobre los hombros de su hijo.

—Y nunca me arrepentiré de ello.

Ahora caminaban juntos, ascendiendo a paso lento y solemne la cuesta hacia el templo de la Doncella. Allí los esperaban la gran sacerdotisa y sus acólitas, todas ellas lucían hermosas túnicas blancas de mil pliegues que les caían sobre el cuerpo. Teseo observó a las jóvenes que portaban guirnaldas de olivo y laurel. A su paso alzaron las manos y entonaron un cántico en honor al príncipe heredero.

En la explanada, ante el templo de la diosa y rodeados por la multitud, Egeo se dirigió a los notables de Atenas, que formaban un semicírculo ante él, a los hombres de armas y a las damas que se agrupaban tras sus maridos.

—¡Hombres de Atenas! Hoy es un día grande. Imploramos la

protección de nuestra Divina Doncella para que traiga la paz y la bendición a nuestra tierra, y dé larga vida, sabiduría y valor a nuestro príncipe, mi hijo Teseo, mi heredero.

La suma sacerdotisa se acercó tendiéndole una corona de laurel entretejida sobre una diadema de oro. Egeo la alzó ante su hijo, que hincó la rodilla para que su padre le impusiera la corona sobre la cabeza.

Tras ponerse en pie, miró a su alrededor. Contempló a los notables, envueltos en sus túnicas bordadas, a las dignas señoras, a las jóvenes servidoras de la diosa y a la multitud hormigueante que agitaba las manos y lo aclamaba. Más allá, la ciudad se extendía por la llanura hasta el cercano mar. Aquella era su tierra, su verdadera patria, y aquellas eran las gentes por las que tenía que luchar y, si fuera necesario, morir. El clamor y la música penetraron en su piel y sintió un hondo estremecimiento. Alzando las manos dijo con voz potente:

—¡Prometo ser leal a mi diosa, a mi familia, a mi ciudad, y velar por vuestra paz y alegría hasta la muerte!

Después de la proclamación solemne del príncipe heredero, el rey sacrificó un novillo ante la diosa. Los doce notables de Atenas hicieron lo propio. Junto al altar de mármol, teñido en sangre, se amontonaron los cuerpos, que varios carniceros se dedicaron a descuartizar.

Tras el sacrificio vendría el banquete que se celebraría en la ciudad, en la plaza ante el templo del Señor del Mar. Pero, antes, el rey había decretado unos juegos en honor a su hijo. Teseo tuvo que abstenerse de participar y se resignó a sentarse en un podio, al lado de su padre, para ver cómo los jóvenes del Ática competían: lucha, carrera, salto, lanzamiento de disco y tiro al blanco con jabalina y arco.

—Observa bien, hijo, porque entre esos jóvenes podrás elegir

a tus compañeros de armas. Ellos te acompañarán adonde vayas.

—¡Padre, desearía estar yo en la pista! Entonces sabría bien a quién elegir.

—¿A quién, hijo?

—Solo elegiría a los que fueran mejores que yo, a quienes me derrotaran.

Egeo sonrió con afecto.

—Tal vez te quedarías solo.

—Déjame competir, padre. ¡Al menos en lucha!

—No. Un rey ordena y dirige, pero no participa en los juegos.

—En la guerra no es así —replicó Teseo—. En la guerra, un rey es el primero en luchar, a la vanguardia de su tropa.

—Pero no estamos en guerra, hijo. Y quieran los dioses que no tengamos que sufrir otra.

Mordiéndose la lengua, Teseo se concentró en los juegos. Los árbitros, acompañados de los tambores y trompeteros que daban la señal, iban distribuyendo a los participantes. Teseo reconoció a sus amigos de Delfos y a los hijos de Fítalo. Pero entre todos ellos destacaban los hijos de su tío Palas. De los veinticinco, doce iban a competir. Muy ufanos, se agrupaban en torno a su hermano Butes, un hombre todavía joven y robusto, pero entrado en carnes. Teseo pensó que lo vería competir en lucha, pero no corriendo.

En la carrera, diez vueltas alrededor de la plaza, venció Leo, el joven corredor de los Agni. Teseo lo coronó con regocijo cuando se acercó al podio y le palmeó la espalda.

—¡Veloz como un gamo! Hoy te sentarás a mi lado en el banquete.

Después se volvió a su padre.

—Él será el primero.

En lucha, Butes mantuvo en jaque a varios contrincantes, pero los jóvenes atenienses eran duchos en la pelea. Teseo

brincaba en su asiento, ávido de participar.

—¡Ese chico sabe! ¡Pelea casi como yo!

El vencedor fue Nikandro, un joven ágil, de mediana estatura, cuyo cuerpo era pura fibra muscular. Teseo le otorgó la corona mirándolo con aprecio.

—Padre, este será el segundo.

El tercer compañero que Teseo quiso elegir fue Licos. Era un muchacho fornido de cabellera negra y altura excepcional, que le recordó a Cerción por sus brazos y a Heracles por su corpulencia y gallardía. Licos arrojó el disco tan lejos que rebasó la línea que contenía a la multitud. La piedra cayó en medio del gentío e hirió gravemente a un incauto que no pudo apartarse a tiempo.

Dos hijos de Palas vencieron en tiro al arco y jabalina, pero Egeo advirtió a su hijo:

—No los elijas a ellos.

—¿Por qué, padre?

—En el Ática circula un dicho: no te fíes de las *serpientes*.

—¡Nosotros también somos serpientes!

Egeo sonrió, moviendo la cabeza. Y Teseo optó por elegir a otro joven, vencedor en salto.

—Es Menesteo. También es pariente nuestro. No, no lo elijas a él.

Teseo coronó al saltador y lo convidó al banquete. Aunque mayor que los demás, era atlético y bien parecido.

—Él es quien viajó a Creta, hace años, con Dédalo, el exiliado —murmuró Egeo mientras el joven se alejaba con la corona para recibir el aplauso del público—. Él es quien invitó al príncipe Androgeo y nos trajo la desgracia.

La sombra de los huesos

Huesos. Blancos huesos que se amontonan bajo el sol. Nadie viene a recogerlos. Al principio dejé que yacieran, secándose bajo los despojos de piel. Este lugar está aislado del mundo y creí que no había otras criaturas vivas, salvo yo, pero por el aire llegaron los insectos y las aves. Y un día, misteriosamente, aparecieron también los gusanos. Quizá los engendre la tierra, en el secreto de la noche. Pero los gusanos brotan y desaparecen cuando consumen su alimento. No sé adónde van a parar. Insectos, aves y gusanos devoran los restos. Al final solo quedan los huesos.

Paso muchos días contemplándolos. Después de un festín de carne duermo. Días, o quizá semanas. Lo ignoro. Cuando despierto, los cuerpos están a medio devorar. Deambulo por los pasadizos para no verlos siempre. Luego regreso al centro, al principio y al fin de todo. Y medito al contemplar los cráneos desnudos y las órbitas vacías de los ojos. Un cráneo es mudo. No puedo leer nada en él porque los huesos no albergan pensamientos.

Me pregunto adónde va a parar esa parte viva que no es carne ni piel ni huesos. ¿Asciende al cielo? ¿Desaparece bajo tierra como los gusanos? ¿Queda algo de ella en algún lugar?

Los dientes siempre sonríen. Un día me enfurecí con aquella

mueca sardónica y di un puntapié a un cráneo. No se inmutó, y continué pateando el esqueleto hasta que lo descompuse. Quebré algunos huesos y sentí cómo crujían bajo mis pezuñas. Entonces descubrí un juego diferente que me distrae mientras corren los días.

Nadie viene a recoger los huesos. Así que año tras año se van acumulando. Las Púas, que me arrojan el alimento, son tan cobardes que no se atreven a entrar si Ella no los acompaña. Y Ella hace tiempo que no viene. Ni siquiera se asoma a verme. Solo se asoman los otros dos, y a estos les guardo rencor.

Ojos Verdes me descubrió un día. Asomada a lo alto del pretil, vio cómo colocaba los huesos. Los agrupo por formas. Todos los cráneos forman una pirámide, que va creciendo con el paso de los años. A un lado dejo los largos, son mis lanzas y espadas; alguna vez me distraigo arrojándolos al aire o contra un enemigo imaginario. A otro lado dejo las costillas. También me gusta arrojarlas y ver cómo giran al vuelo. En otro montón dejo los pequeños, las vértebras y los huesecitos de pies y manos. Recuerdo que el Pequeño, el niño caprichoso, jugaba arrojando tabas con sus amigos.

Algunos días yo también juego con un contrincante que he creado. Es invisible, pero acude siempre que lo llamo y jugamos juntos. Como es mi adversario, le he dado un nombre, Mío.

Mío juega conmigo y a veces hablo con él. Al principio era estúpido y solo hacía preguntas o contestaba con un sí o un no. Con el paso del tiempo se ha vuelto más inteligente. Aprende de mí y a veces me da respuestas que me inquietan y no me agradan.

A Mío tampoco le gusta Ojos Verdes, aunque dice que es bonita. Yo le digo que mucho más hermosa es Mía.

Un día le pregunté: «¿Puedes salir y ver qué hace? ¿Por qué nunca viene, como su hermana?». Él me respondió: «Iré y veré

qué descubro».

Al día siguiente vi a Dédalo pasear por la baranda. Como siempre, me observaba con sus ojos grises. Después el corazón me dio un vuelco porque la vi a ella.

Pensé que Mío había cumplido mi encargo. La había hecho venir, aunque fuera acompañada por ese hombre cruel. Pero los celos hicieron presa en mí cuando los oí hablar. Él con su voz grave, serena; ella con su voz como el trinar de las alondras. Hablaban de una ciudad lejana. *Atenas*. He oído ese nombre más de una vez. Resuena en mí y presiento que está ligado al destino de esta isla, de su palacio, de los que, un día, fueron mi familia.

Dédalo viene de Atenas. Así que esa tierra, donde quiera que esté, es odiosa para mí. Pero Mía dijo: «Me gustaría ir algún día a conocer tu ciudad». Lo oí claramente y sus palabras cayeron como cuchilladas sobre mí. Tomé un cráneo entre las manos y lo estrujé con rabia.

No, Mía. Nunca irás a Atenas. Ese no es tu lugar.

Maratón

Atenas era su lugar. Sentado entre sus nuevos amigos, en el banquete celebrado en su honor, Teseo se prometió que no pasaría un solo día sin ofrecer algo de sí a su nueva patria. Atrás quedaban los años de la infancia y la adolescencia en Trecén. Atrás el aprendizaje con su abuelo, el culto a la Triple Diosa con su madre, las lecciones y el trabajo en el campo con Conidas. Atrás las horas de entrenamiento con Heracles. Él, Teseo, contaba ahora con siete hazañas en su haber, que habían corrido de boca en boca, y una vida por delante con su padre, Egeo, que lo amaba y le mostraba su afecto, y junto con sus compañeros en una ciudad floreciente bajo la protección de la Divina Doncella. Ella era, sin duda, quien le había guiado y lo había rescatado de morir envenenado. Con la fuga de Medea y su pequeño, el camino de Teseo al trono se había allanado.

Pero aún quedaba un obstáculo.

Durante la cena, Palas se levantó entre los notables de Atenas, imitado por sus hijos, y alzó su copa.

—Quiero brindar por nuestro príncipe, que ha demostrado su valor matando a gigantes y librando de canallas a nuestras tierras vecinas. ¡Por el príncipe!

Todos levantaron sus cálices y bebieron a la salud de Teseo. Entonces Palas prosiguió:

—Pero nuestro príncipe no nos ha librado de un azote que perjudica a nuestras gentes, en el Ática. Y hasta el día de hoy no ha habido hombre que le haya podido hacer frente.

Un silencio incómodo cayó como lluvia helada sobre los comensales. Los jóvenes se agitaron con inquietud mientras el rey Egeo palidecía.

—¿A qué peligro te refieres? —inquirió Teseo, irguiéndose.

—Al toro de Maratón. ¿Nadie te ha hablado de él? No es un toro común, sino una venganza de los dioses. Recorre nuestros campos, destroza los sembrados y devora a reses y a hombres por igual. Es tan violento y tiene tal corpulencia que nadie puede detenerlo.

—¿Y no habéis intentado cazarlo? ¿No hay brazos suficientes en Maratón que sean capaces de empuñar buenas jabalinas?

—Tiene la piel tan recia que es impenetrable a las lanzas. Y nadie puede acercarse lo bastante como para clavarle una pica.

Teseo se puso en pie.

—Tal vez una clava de bronce sea el arma más adecuada.

Sus amigos murmuraron, pero el rey alzó una mano.

—¡Hijo!

—Yo lo mataré —dijo Teseo—. Iré a Maratón y me enfrentaré a él.

Palas asintió con gesto aprobador.

—Y yo, sobrino, estaré complacido de alojarte bajo mi techo, con mi familia. Allí tienes un hogar y te esperamos con impaciencia.

Palas y sus hijos marcharon al día siguiente hacia Maratón, donde tenían su morada. Teseo se puso en camino una semana más tarde con sus amigos de armas, Acamante y la guardia de palacio.

Al despedirse, el rey aconsejó a su hijo.

—Sabes que no apruebo esta expedición, pero eres un hombre y has decidido con entera libertad. También sabes que tu tío Palas no desea otra cosa que tu muerte.

—Si espera que ese toro acabe conmigo, quizá le falle el plan. He matado a una bestia tan temible como él.

—Sé prudente, hijo. Y, si los dioses te conceden matar al toro, no regreses a casa de tu tío. Vuelve a Atenas de inmediato.

—Así lo haré, padre. Te traeré una hermosa piel de toro y unas astas para decorar tu trono.

Egeo también dio instrucciones a Acamante.

—No pierdas de vista a mi hijo en ningún momento. Y que tus hombres no se alejen de él.

Egeo no quiso enviar a su hijo sin una compañía de veinte guerreros armados. Entre hombres, provisiones y pertrechos, la comitiva estaba formada por no menos de diez carros tirados por mulas. Teseo y sus compañeros tomaron sus armas y marcharon a pie, alegres y bromeando, un trecho por delante de los guardias. La juventud hervía en sus venas y sentían deseos de conquistar el mundo.

Cruzaron la llanura del Ática y al anochecer llegaron a las faldas del Pentélico. Hicieron noche en una aldea y al día siguiente atravesaron la sierra para descender al atardecer a la llanura de Maratón. En una ciudad, junto al mar, Palas, hermano del rey, tenía su palacio y gobernaba aquella comarca. Teseo observó la abundancia de sembrados, olivares y viñas. Era una región feraz y se preguntó por dónde se ocultaba el toro que tantos estragos causaba. A su paso por las alquerías preguntaban a los labriegos, que se detenían en sus labores para ver pasar al cortejo. Al saber quién era Teseo, se inclinaban ante él y entonces proferían sus quejas.

—El toro pisa nuestras espigas y devora los brotes de las viñas. ¡Nunca sabemos si recogeremos cosecha!

—El otro día mató a un muchacho. ¡Lo destrozó vivo y lo dejó ensartado en un árbol!

—A un pastor le comió medio rebaño… Ya nadie lleva sus ovejas por ahí.

Pero otros campesinos se quejaban por motivos diferentes.

—¡Príncipe! Atiende mi queja. Palas nos oprime con sus impuestos. ¡Cada año viene con sus hijos armados y se lleva la mitad de nuestro grano y nuestro vino!

—Dile a tu padre que haga justicia. Palas es su hermano, ¡pero no es el rey! Se enriquece a nuestra costa y apenas nos deja qué comer.

Teseo pensó que el toro no era el único peligro que causaba estragos en Maratón, pero se guardó mucho de hacer comentarios. Sus compañeros, en cambio, no callaban.

—¿Qué harás, Teseo? —preguntó Nikandro—. ¿Hablarás con tu tío?

—¿No deberías decírselo a tu padre? —agregó Leo.

—Mi padre debe saberlo ya. Pero hablaré con él. Con mi tío, os aviso: ¡ni una palabra!

—Vamos a una guarida de *serpientes* —comentó Menesteo—. Cuidado.

Teseo sonrió a su medio primo.

—Nosotros también somos serpientes.

Llegaron a Maratón sin ver ni rastro del toro y se dirigieron a la mansión de Palas, que descollaba por encima de las modestas viviendas de piedra y adobe. Su hacienda sola ocupaba más espacio que el resto de la población.

Palas salió a recibir a su sobrino con ostentosa cordialidad. A su lado estaba su esposa, Febe, y dos concubinas. Entre las tres

habían parido a sus veinticinco hijos, que también se agolparon ante Teseo y lo rodearon.

Teseo se dejó abrazar por su tío, sin descolgar la espada del cinto. Besó la mano de su tía y saludó al resto de la familia.

—¡Bienvenidos a mi casa! El príncipe de Atenas nos honra con su visita. ¡Es la primera vez que celebramos una ocasión como esta!

Antes de entrar, Teseo habló con Acamante.

—Vosotros quedaos en el patio. ¡No bajéis la guardia! Ni soltéis las armas.

Adentro, en el salón, Palas les había preparado un opíparo banquete. Un novillo entero giraba en un espetón, asándose a fuego lento bajo la supervisión de un criado. Las viandas aderezadas en las bandejas, con abundante pan tierno y queso, desprendían un aroma irresistible. Otros sirvientes llenaban jarras de vino de dos enormes toneles. Teseo observó que no lo aguaban.

Febe, las concubinas y las criadas prepararon un baño para el príncipe y sus compañeros. Los llevaron a una sala con tres bañeras a rebosar de agua caliente, donde se desnudaron y las criadas los frotaron con aceite. Ellos se dejaron cuidar. Cuando se acomodaron en las tinas de agua, dos en cada una, Teseo los avisó.

—Cuidado, muchachos. Y cuando nos sentemos a la mesa, ¡no quiero a nadie atiborrarse ni hartarse de vino!

—¿Qué estás diciendo? —saltó Licos, salpicando desde su bañera—. ¿Después de tres días muertos de hambre, caminando por los montes, quieres que seamos comedidos como viejos?

—¡Ah, Teseo, déjanos disfrutar y disfruta tú! —exclamó Nikandro, estirándose en la tina.

—¿Crees que ese vino está envenenado? —preguntó Menesteo con malicia.

—No lo creo… ¡Todos beberemos de él! Pero no me fío.

—Déjanos descansar —dijo Leo.

Teseo se incorporó en la bañera.

—Quiere embriagarnos. Quiere que pasemos un día, dos o tres, atontados y durmiendo bajo su techo. ¡No olvidéis a qué hemos venido!

—¡A matar un toro! —exclamó Licos, braceando y derramando una ola de agua espumosa a su alrededor.

Todos rieron, también Teseo. Cuando salió de la bañera, la criada que le secó con un lienzo, la más bonita, le susurró algo al oído.

—Puedo acompañarte esta noche en el lecho.

Teseo pensó que era imposible negarse.

Palas sabía ofrecer buenos banquetes. Al vino y a la carne se sumó la música. Los jóvenes atenienses acabaron ebrios, cantando a voz en grito con los hijos del magnate. A Teseo le costó contener su apetito y su sed. Su tío Palas no dejaba de observarlo y él le devolvía las miradas. No permitió que Acamante y sus guardias se sumaran al ágape, pero Palas ordenó a los criados que les sacaran comida y vino. A los postres, Teseo tuvo un momento de lucidez y se encomendó a la Divina Doncella y a su primer padre, el Señor del Mar.

Dos días después, tras dormir la resaca y sacar a sus compañeros de la cama a patadas, Teseo se dispuso a partir hacia los pastos salvajes, donde le dijeron que campaba el toro. Acamante y los guardias, que se habían turnado para velar día y noche, acampados junto a los establos de Palas, los recibieron con caras largas y humor irascible.

—¡Larguémonos de aquí!

—No hables así a nuestro príncipe —lo recriminó Menesteo

—. ¡Más respeto!

Teseo sonrió palmeando el recio hombro de Acamante.

—No pierdas nunca tu mal genio. Quizá nos has salvado la vida.

Salieron de la ciudad seguidos por una multitud de curiosos, pues la voz había corrido. Sin embargo, nadie se ofreció a sumarse a la aventura. Solo un par de pastores, llamados por Palas, los guiaron por el camino. Ellos sabían dónde acechaba el toro.

Teseo trazó un plan con sus compañeros.

—En cuanto lo divisemos, nos repartiremos en dos grupos para rodearlo en semicírculo. Yo me quedaré en el centro con dos de vosotros.

—¡Conmigo! —exclamó Licos golpeándose el pecho.

—Muy bien. ¿Quién será el otro?

Los jóvenes dudaban. Menesteo bajó la mirada, Nikandro la desvió a un lado. Al final Leo murmuró.

—Yo estaré contigo.

No era el más fuerte, Teseo hubiera deseado tener a Nikandro, pero aceptó.

—Deja que lleve tu maza —pidió Licos.

—Ni hablar. ¿Quieres matar tú al toro?

—Soy más fuerte que tú.

—Eso lo veremos.

Leo se armó con dos lanzas. Y Acamante insistió en acompañar a Teseo para cubrirle las espaldas.

Los rastreadores avanzaban con cautela. Llegaron a un campo en barbecho, donde los hinojos crecían hasta superar la altura de un hombre. Las corolas amarillas se abrían bajo el sol impregnando el aire de un aroma dulce.

Uno de los pastores descubrió el rastro.

—Por ahí.

Se adentraron en el campo de hinojos escrutando a su alrededor. El rastreador se detuvo súbitamente.

—¿Qué ves?

—No veo nada, señor. Pero lo huelo.

—¿Dónde?

La expresión del pastor cambió. Su rostro se contrajo y el pánico asomó en sus ojos.

—Está ahí.

Ni Teseo ni sus compañeros veían nada hasta que, de pronto, un mugido rasgó el aire.

Resonó como un cuerno de guerra, grave y profundo, y a todos se les erizó la piel. Acamante dio órdenes a sus hombres, pero estaban petrificados. Teseo aguzó la vista y lo vio.

Era alto y hermoso, su lomo era una montaña cubierta de brillante pelaje negro y las astas, como dos lunas, se retorcían hacia el cielo. Mugió de nuevo y comenzó a escarbar el suelo con sus pezuñas.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó Leo. Y todos echaron a correr.

Todos menos Teseo. Agarrando la maza de bronce, fascinado por la visión del animal, plantó las piernas firmes en tierra, esperándolo.

El toro comenzó a trotar hacia él. En el último instante, Teseo se apartó a un lado y le asestó un golpe de maza en la testuz. Pero la fuerza del toro era tan grande que lo hizo caer al suelo mientras la maza rodaba lejos. El animal bramó enfurecido y dio media vuelta.

Teseo se incorporó como pudo. Su primer impulso fue echar a correr como sus compañeros. Pero aún conservaba la espada.

Cuando el toro se acercó, Teseo se lanzó hacia los cuernos, los agarró y saltó sobre él. El lomo se encorvaba como el mar tempestuoso y Teseo giró aferrándose al cuello del animal,

presionando manos y piernas contra aquel cuerpo rebosante de violencia y poder.

El toro corcoveaba queriendo lanzarlo por el aire y Teseo volaba como un pelele, pero sus brazos no soltaban la cerviz del animal. Abrazado a él, comenzó a apretar intentando asfixiarlo. Sintió que algo crujía bajo la piel y, un instante después, el toro dejó de saltar y su trote amainó. De una revolada, Teseo soltó la mano derecha, alcanzó la espada y la hendió en la yugular del toro. La sangre caliente salió despedida en un chorro.

Teseo clavó la espada, una y otra vez, los ojos cegados por la sangre, jadeando y mordiendo el aire, hasta que la dejó hundida en el cuerpo del animal y ya no pudo sacarla.

El toro cayó de bruces, lanzó un último mugido y, ladeándose, se derrumbó.

Cuando sus compañeros se acercaron, Teseo alzó los brazos con la espada goteando sangre y gritó con todas sus fuerzas. Sobre la negrura inerte que yacía tras él, un cuerno apuntaba al cielo, afilado como una luna de marfil.

Temblor de tierra

Una mañana, las golondrinas huyeron de sus nidos y Cnosos se despertó sin el trino de las aves ni el revoloteo de palomas sobre las cornisas. Fedra se incorporó en su cama apartando la sábana a un lado y echó en falta las caricias de Isis, que solía rozar sus pies cada mañana cuando se levantaba.

Un extraño silencio se cernía sobre el palacio. Pese a los sonidos habituales, pasos, voces, aguas vertidas y tintinear de cerámica, algo faltaba en el ambiente.

Entró la doncella que la vestía y Fedra le preguntó:

—¿Dónde está Isis?

—No la he visto, mi princesa.

Fedra se vistió deprisa con el atuendo que solía ponerse cuando salía a cazar: falda lisa y un jubón de lino ajustado. Pidió que la criada le recogiera el pelo y la despidió.

—No me maquillaré. Tampoco desayunaré con madre ni con mi hermana.

Salió aprisa de palacio y se dirigió a los establos. Los palafreneros discutían inquietos y se oía a los caballos relinchar y cocear el suelo. El mozo de cuadras que se ocupaba de sus yeguas la saludó.

—¿Qué ocurre?

—Los perros han escapado, mi señora. Y los caballos andan

inquietos desde la madrugada.

Fedra palideció mientras sentía que un escalofrío le recorría la piel.

—Quiero salir. Prepárame el carro.

Ella misma se dirigió hacia una de sus yeguas y le acarició la crin.

—Tranquila, hermosa… ¿Por qué estáis agitadas?

Cuando el montero aparejó los animales, Fedra saltó al carro y tomó los arreos.

—Mi princesa, quizá no sea el mejor momento para salir.

—¿Por qué?

—Algo se avecina.

Fedra alzó la mirada al sol, que se elevaba sobre las colinas. El cielo era claro y sin nubes. También el campo se veía apacible, y hasta ella llegaba el olor de la hierba y el rocío que se evaporaba.

Tensó las bridas jaleando a sus monturas, que partieron al trote. A medida que avanzaba por el camino aceleró, y los animales parecían agradecer la velocidad, como si desearan alejarse del palacio.

En medio de los campos, Fedra observó de nuevo. No había pájaros en el cielo, ni vio animal alguno huyendo hacia los sotos al paso del carro. Cuando cruzaba en medio de un manzanar, distinguió el tintineo de las muñecas de arcilla que las mujeres del campo colgaban de los árboles para implorar la lluvia benefactora. Detuvo el carro y escuchó. Las muñecas tintineaban, pero no soplaba la menor brisa.

Una yegua se encabritó y la otra lanzó un relincho. Se habían detenido, pero el carro bajo sus pies vibraba, como si aún estuvieran trotando. Las hojas de los manzanos se agitaron y Fedra ahogó un grito.

—¡Oh, gran Diosa!

La tierra temblaba, temblaba como el mar sacudido por la

tormenta. Fedra cruzó las riendas y, sin pensarlo dos veces, hizo virar a las yeguas y las obligó a ponerse al galope.

—¡Arre, arre! ¡Volvemos!

Las yeguas galopaban enloquecidas y las ruedas del carro saltaban sobre las piedras del camino. Fedra las azuzaba con un solo pensamiento en mente.

El palacio. Madre. Ariadna. Glauco.

¿Y si caían derrumbadas las columnas? ¿Y si el techo se desplomaba sobre ellos? No era el primer seísmo que conocía Fedra, recordaba otro en su infancia, cuando todavía vivía su abuela, en la villa donde se habían refugiado durante días. Pero aquel parecía más fuerte… Y estaba sola, sola en medio del campo. También Minos, su padre, se hallaba cazando en los montes. Ellos no corrían peligro, pero ¿y los otros?

Mientras guiaba el carro, los cabellos agitados por el roce veloz del aire, Fedra descubrió que el amor era más fuerte que los celos. Si Ariadna, su hermana querida y odiada, moría, se le partiría el alma.

No, no, no. ¡No pueden morir!

Llegó ante palacio cuando el temblor cesaba. Los edificios se mantenían en pie, aunque varias columnas se habían cuarteado y vio pedazos de dintel caídos. Saltó del carro, lo abandonó junto a la rampa y ascendió corriendo, cruzó los pasadizos, en medio de nubes de polvo y yeso desprendido de los muros, y salió al gran patio.

Allí estaban todos, sanos y salvos. Tal como se les había enseñado desde niños: si la tierra tiembla, hay que salir al patio. Al patio o al campo, son los únicos lugares seguros… a menos que se abran grietas hacia los abismos.

Una larga fisura, como el filo de una sierra, había resquebrajado el pavimento del atrio. Pero estaban todos allí, agazapados como un inmenso rebaño junto a su pastora, que permanecía en pie. Junto a ella vio a Ariadna y a Dédalo.

Arrodillada a sus pies, Naucrate oprimía contra el pecho a su pequeño, Ícaro.

Pasífae murmuraba, los brazos extendidos y las manos abiertas hacia el cielo. Entonaba un cántico a la Diosa. Su voz ronca se fue aclarando y se elevó sobre la multitud callada y sobrecogida por el pánico. Fedra amó y admiró a su madre, firme como una deidad. La tierra podía temblar, pero no su corazón.

—¡Madre!

Y Pasífae, sin dejar de cantar, volvió el rostro hacia su hija menor que se acercaba presurosa, sorteando los cuerpos postrados de sirvientes y cortesanos. Fedra se detuvo sin abrazarla y la reina esbozó una leve sonrisa.

Cesó el canto y su voz se tornó autoritaria.

—¡Levantaos!

Y comenzó a dar órdenes. Al intendente para que fuera con los criados a revisar los almacenes; al mayordomo y a los albañiles para que comprobaran los daños en techos, paredes y columnas. Al escriba lo envió con otros operarios a ver el estado de las cañerías de agua.

A Dédalo le dijo:

—El laberinto. Ve con los guardias.

—Ahora mismo, mi reina. Pero no debes sufrir. El santuario no tiene techo y las paredes forman curvas, no habrá sufrido daño alguno.

—¡Ve y compruébalo! Y mira cómo está *él*.

Ariadna abrazó a Fedra, llorando, y Glauco se les unió. Los tres hermanos permanecieron enlazados, estrechando sus cuerpos, hasta que oyeron la voz imperiosa de su madre.

—¡Hijos!

No había afecto en ella, sino reproche.

—Ariadna, ve con tus compañeras al patio de las dobles hachas. Llevaos a unas criadas que lo limpien todo y quemad una ofrenda a la Diosa.

Se volvió a Glauco:

—Ve con Dédalo y los guardias, ¡aprisa! Cuando el rey no está en su lugar, el príncipe es el rey. ¡Muestra tu autoridad!

Glauco se irguió, haciendo acopio de dignidad, y corrió junto al inventor mientras voceaba con enojo innecesario a los guardianes.

Pasífae se giró hacia Fedra y examinó su atuendo y su trenza medio deshecha.

—Madre, ¿qué debo hacer?

—Quédate a mi lado.

Se quedó y, aquel día de temblores, agitación y espanto, Fedra aprendió cómo actúa una reina cuando la tierra se enfurece y los ánimos flaquean ante la sombra de la muerte.

Ariadna llegó al patio de las dobles hachas con Iría y Selene, seguidas de un pelotón de criadas que se lamentaban. Ella les ordenó guardar silencio.

Los labrys que coronaban el altar habían caído. Ariadna contempló el cuerno de piedra resquebrajado y murmuró algo para sí.

—La Diosa no está contenta.

—¿Por qué? —inquirió Selene, que oyó sus palabras.

—Le ofrecemos sacrificios, a ella y al Toro —añadió Iría—. ¿Por qué está enojada?

Ariadna se arrodilló junto al labrys roto y levantó la vista hacia el cielo.

—Tal vez no es eso lo que quiere.

«O tal vez —se dijo para sí— eso es lo que la enfurece. La Diosa está ahíta de sangre».

Con el corazón frío, pero cuidando el menor de sus gestos, Ariadna enderezó un pebetero, recogió los restos de incienso y atropó espigas y flores desparramadas por el patio. Después de formar un ramo pidió fuego a las criadas y encendió la ofrenda.

Iría y Selene entonaron una plegaria. Ariadna permaneció muda, los brazos abiertos en adoración. Pero su mente volaba lejos y su mirada se perdió en el vacío.

* * *

Al atardecer, las golondrinas regresaron a sus nidos en las cornisas de palacio. El cielo se llenó de trinos y sus vuelos raudos cruzaban el firmamento opalino de la tarde.

Agotada y sedienta, tras haber recorrido todo el palacio con su madre una y otra vez, revisando desperfectos, organizando a los criados y a los cocineros, dando órdenes a los albañiles, Fedra se sentó en el lecho y dejó que su doncella la descalzara y le ungiera los pies. Otra sirvienta le llevó hidromiel con canela. En la habitación contigua, la de Ariadna, escuchó cómo su hermana conversaba con el aya y sus amigas.

El aya les explicaba, por enésima vez, la historia de los grandes temblores que ya conocían muy bien:

«No fueron temblores como estos, no: la tierra se levantó como un oleaje, se abrieron abismos bajo las raíces de los árboles y los nueve palacios de Creta se hundieron con estrépito, matando a miles. Después llegó la nube negra desde el volcán de Thera, que cubrió el cielo durante años. No hubo verano, sino un larguísimo invierno. Las cosechas perecieron, las gentes que habían sobrevivido murieron de hambre y de frío. La guerra se adueñó de los hombres y las mujeres no daban a luz. Pasaron largos años… hasta que la Diosa se apiadó y el Señor del Mar envió lluvia y vientos cálidos a la isla. La tierra volvió a florecer, a granar y a dar frutos. Los animales

criaron de nuevo y las gentes revivieron. Pero todo había cambiado.

»Teníamos nueve reinas, quedó una sola, con un rey. De aquella estirpe, mezcla de sacerdotisas y guerreros, descienden vuestros padres. La espada se cruzó con el labrys y la sangre tiñó la luna. Ya nada ha vuelto a ser igual», concluía el aya.

Y lo decía con voz quejumbrosa, como si ella hubiera vivido aquellos lúgubres años, siglos atrás. Y una añoranza dulce se apoderaba de las doncellas al escucharla. Siglos atrás todo había sido más bello, más próspero, más glorioso. Mucho tiempo atrás…

Fedra suspiró. No le apetecía escuchar más aquella historia. De pronto las lágrimas le llenaron los ojos. Una sombra cenicienta se deslizó hasta sus pies con un ronroneo.

—¡Isis!

Abrazó a la gata, que se arrebujó en su pecho. En la alcoba contigua, Ariadna se refugiaba, como una niña, en el regazo cálido y maternal del aya, que le acariciaba los hermosos bucles negros como la noche.

—Ahora —murmuró Fedra—. Todo está bien.

La sombra en la pared

Las paredes son duras y lisas. Ni siquiera el temblor de tierra ha podido conmoverlas. Ese día, el día que los pájaros huyeron y el viento callaba, ese día pensé que la tierra exhalaba toda su furia y me quería liberar.

Pero no fue así. El temblor cesó y llegaron el hombre odioso y las Púas, con el Pequeño que ha crecido y pretende ser grande. Querían comprobar si seguía en mi lugar. Cuando vi asomar sus cabezas por encima del parapeto, lancé un mugido rabioso y les di la espalda.

He intentado escalar estas paredes una y otra vez, pero mis manos no pueden arañar la piedra y mis pezuñas se agrietan contra ella. Tampoco puedo saltar afuera. Las paredes están hechas de piedras talladas y son muy altas. Dédalo pergeñó mi cárcel con malicia.

Tampoco puedo utilizar las astas. Son buenas para perforar la carne, pero contra la piedra nada pueden. Cuando he intentado golpearla con ellas, siento un dolor intenso en las sienes. Mis astas no sirven para luchar contra la piedra.

Miro al Sol, que cada día recorre su camino en el cielo. He descubierto que el Sol, como yo, es un dios. Recorre el firmamento cada día y de noche se adentra en el abismo y en las tierras de sombras, aquellas que nadie puede ver. A veces

hablo con él. Quizá pudiera rescatarme y sacarme de aquí. Pero cuando le digo esto, guarda silencio. Sus rayos enmudecen y caen sobre mí.

Miro mi sombra, que se acorta y se alarga durante el día. A veces también lucho con ella. Peleamos y nadie vence. Otras veces llamo a Mío y peleo con él. Mío es tramposo y cobarde, a menudo huye por los pasadizos para esconderse de mí. Pero lo sigo y lo atrapo. Cuando lucho con Mío, siempre venzo yo.

Soy un dios, me temen los hombres y por eso me han encerrado. Hablo con el Sol y con el viento que silba por encima del muro. De noche hablo con la Luna y con las estrellas. Leo los pensamientos de otros y nadie sabe qué pienso yo. Pero no puedo vencer a una pared.

Los veinticinco

Su padre le había advertido. Si logras matar al toro, no regreses a casa de tu tío. Pero Teseo tenía el corazón dividido: por un lado, ansiaba regresar a Maratón con el cadáver del animal para saborear la gloria, recibir las aclamaciones del pueblo y restregar ante las narices de Palas y sus hijos aquel nuevo triunfo.

Acamante le recordó el aviso paterno.

—Mi príncipe, corres más peligro en ese nido de víboras que ante el mismísimo toro.

Teseo sonrió.

—Quizá tengas razón. Aunque voy acompañado de mis mejores hombres de armas.

Y decidió no regresar a la ciudad. Ordenó a Acamante y a los guardias cortar la cabeza del toro, que se llevaría de regreso a Atenas en el carro de los pertrechos. Después dijo a los rastreadores:

—Avisad a todo el mundo y que vengan a recoger el cadáver de la bestia. Decidle a mi tío Palas que ase la carne y coman él y sus hijos.

Después envió a Leo, montado en una de sus yeguas, para que se adelantara hasta la aldea de su familia, al otro lado del Pentélico, y les preparasen alojamiento.

Se pusieron en camino hacia la montaña. Querían rebasar las cimas antes de que oscureciera, pero la noche cayó mientras cruzaban un angosto desfiladero entre montes.

A ambos lados del camino crecían espesos bosques. Salió el primer lucero, resplandeciente con un fulgor rojizo, como una brasa en medio del firmamento. Todos estaban cansados y hambrientos y los jóvenes comenzaron a canturrear para amenizar la marcha.

De pronto Acamante se detuvo y los alertó.

—¡Oigo algo!

—¿Qué?

—Un trote… ¿No escucháis?

Así era. Por el camino se acercaba un jinete. Galopaba a toda prisa y venía hacia ellos. Teseo lo reconoció de inmediato.

—¡Es Leo! ¿Cómo regresa tan pronto?

El joven saltó a tierra y corrió hacia Teseo.

—¡Vengo a avisaros! ¡Tomad las armas! Nos han tendido una emboscada.

—¿Dónde?

—Ahí delante, donde se estrecha el camino. Están apostados a ambos lados, en el bosque.

—¿Son muchos?

—Veinticinco por un lado… —contestó Leo—. Por el otro…

Teseo lo agarró de un brazo.

—¿Quiénes son? ¿Bandidos?

—Veinticinco —repitió Leo.

Se repartieron en dos grupos. Eran treinta y tenían que superar a cincuenta. Su única ventaja era la sorpresa.

—Les tenderemos un cebo —dijo Acamante—. El primer grupo avanzará por el camino, con el carro atrás. Como si fuera confiado, pero armas en mano y a punto. Mis hombres os

cubrirán con los escudos. Cuando os ataquen, ¡defendeos y resistid!

El segundo grupo se ocultaría en el bosque, a poca distancia. En medio de la refriega, caería por detrás de los asaltantes. Contaban con el ataque inesperado y su ímpetu.

Acamante sugirió que alguien vistiera la túnica blanca de Teseo para despistar al enemigo.

—Irán a por ti, príncipe.

Él replicó:

—Si van a por mí y otro lleva mi ropa, pondré en peligro a un compañero. Y eso es lo último que quiero hacer.

—¡Eres el príncipe heredero! —exclamó Acamante.

Licos avanzó un paso.

—¡Yo vestiré tu ropa, maldita sea!

—No.

Licos lo derribó al suelo de un puñetazo. Antes de que pudiera incorporarse, lo desnudó. Mientras Leo y Acamante lo sujetaban, Licos lo vistió con su ropaje y él se ciñó la túnica clara. Entonces le arrojó la espada.

—No la necesitaré —dijo.

Pero sí tomó la porra entre sus brazos. Esta vez, Teseo no se lo impidió.

Era de noche y cantaban los grillos cuando se oyó un silbido entre las encinas que crecían junto al sendero. Respondió otro y, al poco, se oyeron pisadas en la espesura. Las ramas crujieron y las sombras invadieron el paso, sin gritos de guerra, pero raudas como rapaces nocturnas.

Los asaltantes se toparon con un muro de escudos y armas preparadas para repeler su ataque. Teseo, apostado tras una roca junto a Acamante, escuchó los gruñidos, el sisear del metal y los golpes, con varios aullidos de dolor.

—¡Vamos ahora!

—Espera, príncipe. Espera un poco más.

—¡Están matando a mis compañeros!

—¡Aguarda!

Poco después Acamante dio la señal. Era de noche y no había luna, pero la claridad de las estrellas permitía una visión atenuada en medio de la fronda y podían distinguirse las siluetas humanas enzarzadas sobre la cinta blanca del sendero.

—¡A ellos! —gritó Teseo.

A su lado, Nikandro y Leo empuñaban sus espadas y golpeaban sin piedad. Él se abalanzó contra una figura grande, que imaginó sería su primo Butes. Sin darle tiempo a girarse, le golpeó el cuello con la espada erecteida. Cuando sintió la sangre y oyó su barboteo, golpeó de nuevo, clavándole el filo en el lado izquierdo de la espalda para horadarle el corazón.

No era un combate noble, limpio ni bello, como en las competiciones. Aquella noche Teseo aprendió que en una lucha real no había normas y lo único que contaba era vencer. Matar o morir. Y él no estaba dispuesto a morir. No de aquella manera. La voz de Faya, la bruja, resonó en su interior: *Morirás a traición y nadie vengará tu muerte*. Y se respondió, ciego de furor: ¡No! ¡No! ¡No!

Cuando hubo abatido a dos más, saltó al medio de la refriega y distinguió la silueta poderosa de Licos, blandiendo la porra y golpeando como un poseso. Tuvo que apartarse y arrojarse al suelo para eludir su mazazo. Al instante oyó un crujir de huesos y un gemido.

—¡Golpea, Licos! —gritó Teseo—. ¡Golpea!

Al oír su voz, los atacantes vacilaron. Algunos continuaron luchando, pero otros se dieron a la fuga. En pocos minutos habían desaparecido en el bosque, dejando varios cuerpos yaciendo en el camino.

Teseo se acercó a Licos y ambos se abrazaron, riendo con ferocidad, embriagados de sangre. Después contaron los hombres caídos. Doce eran hijos de Palas, sangre erecteida,

sangre de víbora. Cuatro eran guardias de Acamante.

Leo estaba herido, pero sonreía cuando Teseo fue a sostenerlo.

—Salimos de esta, Teseo. Salimos.

—¡Salimos! Gracias a ti.

Ícaro

La flota de Minos zarpó del puerto de Amnisos rumbo a Levante. Hasta que rebasaron la isla de Día la acompañó un yate de recreo, la cubierta pintada con delfines y la vela, a rayas blancas y azules. Había sido el barco del príncipe Androgeo, ahora era el barco de Ariadna.

A bordo, la princesa había invitado a Dédalo, a Naucrate y a su hijo, Ícaro. Con poco más de seis años, correteaba por la cubierta y se detenía ante todo lo que captaba su curiosidad. Iba descalzo, sin más ropa que un faldellín. Una mata de cabellos rizados flotaba alrededor de su cabeza. Formaba bucles de color broncíneo y su madre se resistía a cortárselos. Con sus vivos ojos negros y su sonrisa cautivaba a todos.

Los marinos, bajo las indicaciones de Dédalo, accionaron las drizas atadas a la verga y al travesaño de la vela. Mientras el piloto viraba la pala del timón, la vela fue girando. Se deshinchó con el cambio de viento y después volvió a combarse.

—Ahora navegamos a contraviento —dijo Dédalo—. Así podemos cambiar de dirección sin tener que usar los remos.

Ariadna asintió con gesto admirado.

—Todos los barcos del rey pueden navegar así. La flota de Minos es única en el mundo.

—¡La mejor de todas! —exclamó Ariadna.

—Así es. Ni los aqueos ni los fenicios, que son duchos navegantes, poseen este secreto.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Observando, querida princesa. Observando las aves marinas, que siempre vuelan jugando con el viento. Si sopla a favor, se dejan impulsar; si les es contrario, giran y planean con él. No pueden enfrentarse, pero lo aprovechan.

—Así sucede también en la vida —murmuró ella—. Cuando somos incapaces de cambiar ciertas cosas, podemos ladearnos y esquivarlas.

—Esquivar no es lo mismo que navegar a contraviento.

—¡Lo sé! Pero a veces es imposible hacerlo. Entonces es mejor huir.

—¿De qué quiere huir una princesa?

—De un palacio que se ha convertido en una cárcel. De una isla que se le hace pequeña. De un destino que asoma como una nube de tormenta, negra, muy negra.

—Tu palacio es hermoso, tu isla está bendecida por los dioses y tu destino es regio, ¿por qué huir de aquí?

—Oh, Dédalo, tú hablas así porque para ti Creta ha sido un refugio y una liberación. Pero para mí no lo es. Nací aquí, siempre he amado esta tierra. Pero ahora temo el porvenir. No quiero repetir la historia de mi madre.

—¿Qué hay de malo en ella?

—Es la predilecta de la Diosa, pero está sujeta a ella. Rige la isla, pero sobre ella pesa el destino de todos. Manda en palacio, pero el palacio la domina a ella. Lo sé porque estoy a su lado cada día. Miles de gentes la obedecen y la veneran, y ella tiene que velar por todos. Es reina, pero a la vez es esclava de todos. ¡Es terrible vivir así!

—¿Crees que es mejor la vida del campesino, que dobla su lomo bajo el sol? ¿O la de la tejedora, que pasa los días

gastando sus manos en el telar? ¿O la del pescador, que brega con las mareas, o la del guerrero, que arriesga su piel cada día?

Ariadna sonrió contemplando las olas espumosas que rompían contra la proa.

—No, no es mejor. Mi vida es regalada y ociosa. Pero me hastía. Y mi madre no es feliz. Lo tiene todo, pero le falta lo más importante.

Dédalo guardó silencio y desvió su mirada hacia Naucrate. Cuando percibió que su esposo la miraba, bajó el rostro ruborizado.

—Le falta amor —continuó Ariadna—. Ella y padre no se aman. Yo los quiero a ambos, pero mi corazón está dividido por ellos.

—¿Se amaron algún día? —preguntó Dédalo.

—Sí. Hace mucho tiempo, cuando mis hermanos y yo éramos tan pequeños que no guardamos memoria. Pero yo sé que entonces se amaban. Hasta que… nació *él*.

—El dios.

—El monstruo. Su padre fue un dios, eso nos ha dicho siempre madre.

—Por eso tu padre jamás ha podido hacerle daño.

—Él lo habría matado. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Ahora es tan terrible que nadie puede enfrentarse a él.

—Es vuestro hermano.

Ariadna movió la cabeza.

—Cuando era pequeño aún era gracioso. Pero se tornó violento y cruel. ¡Tú lo viste! Yo solo quería acercarme e intentó…

—¿Cuántos años llevaba encerrado cuando llegué a Creta?

—Quizá cinco o seis.

—Un toro necesita espacio y campo abierto. Tal vez solo añoraba la libertad.

—Pero *él* no es un toro. Recuerda.

En aquel momento Ícaro dio un grito y todos se volvieron a mirarlo. No gritaba de miedo, sino de alborozo. Se había encaramado al mástil y estaba trepando por él.

—¡Oh, gran Diosa! —exclamó Naucrate—. ¡Baja! ¡Baja de ahí!

Ícaro reía e hizo caso omiso de su madre. Siguió ascendiendo por el poste y toda la tripulación lo observaba. Los marinos bromeaban.

—¡Más ágil que un mono de Nubia!

—¡Pronto lo enrolaremos a bordo!

Dédalo se acercó al pie del mástil y posó una mano en él. Pero no dijo nada al niño, que continuaba su ascenso hasta que llegó a la verga.

—¡Ícaro! —gritó Naucrate.

Ariadna dio una orden a los marinos.

—¡Traed una red, aprisa! Y los demás estad atentos por si cae.

Pero Ícaro no cayó. Sus manos y sus pies se adherían a la madera. Alargó los brazos para alcanzar la verga y montó en ella. Sentado en la cruz, saludó desde las alturas. El viento agitaba sus cabellos rizados y su voz llegó como el chillido de una gaviota lejana.

—¡Quiero volar! ¡Quiero volaaar!

Ariadna abrazó a Naucrate.

—No sufras. Si cae, lo recogeremos.

Pero Dédalo respondió:

—No caerá.

Cuando Ícaro se cansó de gritar al viento y se abrazó al madero para descender, perdió pie. Buscaba el mástil, pero sus pies se balanceaban en el vacío. Se soltó de un brazo y cayó.

Naucrate lanzó un aullido de angustia mientras Ariadna gritaba:

—¡La red! ¡Tended la red!

La extendieron, pero era tarde. Dédalo saltó como un felino, abrió ambos brazos y cayó sobre la red, aferrando a su hijo contra el pecho.

—¡Salvado! —gritaban los marinos.

Ariadna sostenía a Naucrate, que sollozaba. Cuando Dédalo le tendió a su hijo en brazos, todavía temblaba. Ícaro, en cambio, reía.

—¡He volado! ¡He volado!

Aiglé

Habían pasado dos años y la primavera volvió al Ática, reverdeciendo los campos y salpicando de amapolas los sembrados que crecían. Los pescadores salían con sus barcas a faenar de nuevo y las naves del rey, cargadas de mercancía, zarparon hacia los mercados de oriente y del sur. Tan solo una quedó en el puerto; era la nave que debía llevar su tributo a Creta.

Durante los festejos de la primavera se celebraban carreras y competiciones en honor a la Madre Tierra. Llegaron a la ciudad doncellas púberes de toda el Ática para honrar a la diosa. Teseo y sus compañeros, con todos los mozos de Atenas, salieron a presenciar uno de los eventos más esperados de los festejos: la carrera de las niñas.

Se celebraba en las afueras de la ciudad, en un tramo de camino marcado con dos postes ornados con guirnaldas de olivo. Las muchachas debían salir, llegar al segundo poste y regresar al primero. Había tres carreras, por edades. La suma sacerdotisa de la Divina Doncella coronaba a las vencedoras, pero Teseo pidió, y le fue concedido aquel año, coronar a la campeona de las mayores.

Casi toda la ciudad se había agolpado a ambos lados del camino. El rey, su hijo y la suma sacerdotisa, sentados sobre un

podio, presidían el espectáculo. Teseo invitó a sus compañeros predilectos para que pudieran disfrutar con él de la carrera.

Un toque de trompeta daba la señal. Las niñas menores, de siete a diez años, corrían sin más ropa que un diminuto faldellín. Sus cuerpos ágiles no se distinguían de los de cualquier niño de su edad. Trotaban como cervatillos y las más robustas daban codazos a las flacas para dejarlas atrás. Pero la vencedora fue la más menuda de todas ellas, una chiquilla de piel tostada y cabello negro, perteneciente a una modesta familia de labradores. Cuando recibió la corona, la multitud la aclamó y su familia, rodeada de estridentes vecinos, la alzó en brazos volteándola en el aire, en medio del entusiasmo popular.

La segunda competición era de niñas entre diez y trece años. Las adolescentes competían también desnudas de torso y en ellas se apreciaban los signos de la pubertad. Los muchachos las jaleaban mientras corrían. Esta vez ganó una chica robusta y andrógina con el pelo trenzado. Lucía un tatuaje en el hombro y Teseo oyó los comentarios: sus padres eran sirvientes de la acaudalada familia de los Laquiadas.

Pero su atención se centró en las corredoras del grupo de mayor edad, vírgenes ya casaderas. Vestían túnicas cortas de un solo tirante que dejaba un seno al descubierto. Esto excitaba a los muchachos. Los amigos de Teseo señalaron a sus preferidas y se burlaron de las más hombrunas, que apenas tenían pecho.

—¡Mirad a esa! —decía Leo—. Parece una osa.

—No te fijes en ella, mira a esas tres de ahí… —replicó Licos —. Por los dioses, me acostaría con todas, una detrás de otra.

—A mí me gusta más aquella —señaló Nikandro—. ¡Fijaos en su trasero!

Pero Teseo solo tenía ojos para una. Era grácil de cuerpo y de cabellos rubios. A diferencia de las demás, que charlaban animadamente con otras compañeras, permanecía aparte,

solitaria y con gesto desconfiado. Apenas Teseo la distinguió, la muchacha alzó la mirada hacia el podio y los ojos de ambos se cruzaron durante unos instantes.

—¿A quién miras? —preguntó Leo.

—A aquella, la rubia. ¿Sabes quién es?

Leo movió la cabeza.

—Nunca la he visto. No es de Atenas, seguro. Debe de haber venido con los forasteros.

Habían llegado a Atenas arrieros, mercaderes y varios pastores de la Fócide, trayendo provisiones y ganado para las fiestas. Teseo llamó a Clito y le dijo:

—Averigua quién es aquella muchacha. La de pelo rubio.

Clito sonrió.

—Es la hija de Panopeo. Su padre ha traído un montón de cabras y acampa cerca del río. Un patán de la Fócide, pero rico y tacaño, como todos los de allí.

—¿Sabes cómo se llama ella?

—Lo averiguaré. Solo sé que es una gran corredora. Ha ganado varias competiciones desde que era niña. Al menos eso es lo que anda diciendo su padre por ahí.

Teseo se acomodó en su asiento para contemplar la carrera. El trompeta dio la señal y, en medio de redobles de tambor, las doncellas salieron en estampida. El pelotón se alargó y, tras los primeros forcejeos y codazos, pronto destacaron seis muchachas corriendo por delante de las demás. Entre ellas la joven rubia.

Alcanzaron el poste, tres en cabeza. La primera era morena y musculosa como un muchacho; la segunda, una niña flaca y desgarbada que corría a gran velocidad y durante unos instantes ganó ventaja sobre todas, pero tropezó con una piedra, cayó y, tras levantarse, no recuperó terreno. La forzuda iba en cabeza y tres más la seguían.

Entonces la multitud empezó a jalearlas. Teseo se puso en pie

sin ocultar su admiración.

La joven fócida corría saltando a zancadas, como una cierva entre las peñas del monte. Su cuerpo se alargaba en curvas armoniosas y su movimiento era constante, nunca apresurado. Rebasó a sus contrincantes, alcanzó a la fornida y, en los últimos treinta pasos, prolongó los saltos hasta llegar a la meta, venciendo limpiamente a las demás. Se detuvo a tomar aliento, sin perder la compostura, mientras su padre, el cabrero, salía de entre la multitud voceando como un poseso.

La fornida se dejó caer a tierra, llorando de rabia, mientras las demás muchachas iban llegando exhaustas.

Estallaron aplausos ensordecedores. Clito se deslizó hasta el podio y susurró algo al rey y al príncipe, que se habían puesto en pie.

—Se llama Aiglé.

Teseo cogió la corona de laurel que le tendía la suma sacerdotisa y descendió del podio. Acercándose a la joven, percibió el calor de su cuerpo y la fuerza que emanaba de ella. Su piel era suavemente bronceada, tenía arrebol en las mejillas. Muy erguida, lo miró sin sonreír con un par de ojos grises y transparentes. «Podrá ser hija de un cabrero, pero posee la dignidad y la elegancia de una princesa», pensó Teseo.

—Aiglé, yo te corono campeona de la carrera y favorita de la Diosa.

Posó la guirnalda en su cabeza y sus manos descendieron, acariciándole los bucles rubios y el cuello. El deseo lo dominaba y habló a media voz.

—Esta noche quiero que seas mi invitada en palacio. —Y, ante la mirada recelosa de la joven, añadió—: Tú y tu familia, por supuesto. Estáis convidados a la mesa del rey.

En el banquete, al que estaban invitadas las principales familias

de Atenas, Teseo llamó a Panopeo y a su familia para que ocuparan un diván a su lado. El cabrero era viudo y solo tenía dos hijos, Aiglé y un joven llamado Mikion, rubio y delgado como su hermana.

Panopeo era un hombre rústico y de cordialidad grosera. Pese a hallarse entre nobles y parientes de una familia regia, no se sintió en absoluto cohibido e hizo los honores a las viandas y al vino que le servían.

—¡Honor al príncipe que honra mi familia! —exclamó, alzando su copa.

Teseo lo interrogó.

—¿Cómo no has tomado esposa después de enviudar?

—¡Ah, no la necesito! Tengo una criada que me sirve en la mesa y en el lecho como ninguna, ¿para qué quiero más? Tampoco necesito más hijos. Así, los dos que tengo heredarán más tajada. Mikion se quedará con el patrimonio, Aiglé tendrá una buena dote.

Teseo observaba a los dos hermanos. Sentados muy juntos, hablaban entre sí a media voz y aquella complicidad despertó sus celos.

—¿Has buscado esposo para tu hija?

—Ah, ¡todavía no! Y no creas que le faltan pretendientes. Pero quiero elegir bien. Aiglé vale su peso en oro… ¡Aunque no pesa mucho!

Los dos rieron.

—Es hermosa y ágil como una gacela —comentó Teseo.

—¡Y fuerte! Se entrena con su hermano muchos días. Lo creerás o no, príncipe, pero lucha con él y, a veces, incluso lo vence.

—¿Es eso cierto? —preguntó Teseo mirándola a ella.

Aiglé asintió sin sonreír. Mikion le quitó importancia.

—¡Solo algunas veces! Cuando me pilla despistado. Hace trampas.

Teseo sonrió a la muchacha con malicia.

—Sé lo que es eso. Yo también hago trampas algunas veces. Me encantaría luchar contigo.

Aiglé enrojeció y giró el rostro para no encontrarse con su mirada. Su padre, encendido por la bebida, exclamó:

—¡Mi príncipe! Si lo deseas, mis hijos pasarán a tu servicio. Mikion es un buen jinete y puede empuñar armas como tus compañeros. En cuanto a Aiglé… bueno. Ella es mejor que se quede conmigo. La muchacha es un poco arisca, como ves.

—Tus hijos son libres y no quiero que sean mis servidores —replicó Teseo. Aiglé alzó la vista hacia él.

Mucho más tarde, cuando el rey despedía a sus huéspedes y Teseo hacía lo propio con Panopeo y sus dos hijos, llamó a Aiglé aparte y la tomó de una mano.

—Quiero que pases conmigo esta noche.

Aiglé se soltó con brusquedad.

—¡No!

—¿Por qué? Te lo pide el príncipe.

Ella se apartó, cruzándose de brazos. La túnica blanca de hilo se tensó sobre su pecho y Teseo no pudo evitar fijarse en los dos leves picos.

—No me acostaré con ningún hombre que no sea mi esposo.

Teseo sonrió.

—Quizá pudiera hablar con tu padre.

Aiglé tomó aliento, muy erguida.

—Soy la hija de un cabrero fócido. ¿Qué puedo esperar del hijo de un rey?

Dio media vuelta y se reunió con su padre y su hermano. Ambos la tomaron de los brazos y salieron.

Sentado en un banco del patio, con sus amigos, Teseo se lamentaba ante una última jarra de vino que compartían.

—¡Te ha rechazado! —exclamó Leo—. No lo puedo creer.

—Tienes a tus pies a todas las chicas de Atenas —reía Nikandro—. ¿Y te encaprichas con esa cabrera?

—¡Me gusta! ¡La quiero a ella!

—Tómala por la fuerza —dijo Licos—. ¿Quién te lo impide?

—No. A ella no puedo hacerle eso.

—¿Por qué? Eres el príncipe.

Teseo resopló, desalentado, y se volvió hacia Menesteo.

—Y tú, tan callado, ¿qué piensas?

Menesteo acariciaba su copa semivacía.

—La hija de un cabrero… No es digna para el hijo de un rey. Las doncellas de Atenas se considerarían muy ofendidas.

—¡Maldita sea! Me gusta ella y no quiero a otra.

—Habla con tu padre.

Aquella noche Melibea, la criada de voz dulce, lo consoló en el lecho. Al amanecer, ella se arrebujó entre las sábanas y murmuró a media voz.

—Esta noche me has amado diferente, mi señor.

Teseo estiró los brazos y bostezó.

—¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

Ella le acarició el pecho.

—Me has llamado con un nombre… ¿Cómo era? ¿Egilé?

—Ah, debía de estar medio dormido… ¡Olvídalo!

Teseo meditó que a aquella joven arisca de las montañas no podía conquistarla por la fuerza. Tenía que seducirla. Y sí, hablaría con su padre. Comenzaría pidiendo a Panopeo que suministrara ovejas, queso y lana a palacio. Sería un primer

paso para acercarse a ella.

Mientras se vestía para salir, recibió la visita de Leo. Era uno de los pocos que podía acceder a su habitación sin pedir permiso a nadie.

—Leo, si ahora viviera en Trecén, con mi madre y mi abuelo, labrando tierra y cazando jabalíes, podría pedirla en matrimonio y nadie tendría nada que objetar.

Su amigo le palmeó la espalda.

—¿Por qué no vas al templo a hacer una ofrenda a la diosa del amor? Quizá ella te ayude a encontrar la esposa perfecta.

Teseo gruñó.

—No sé si es buena idea. La quiero…

—¡La quieres a ella! —Leo terminó la frase con él, riendo—. ¿Por qué, si te rechaza?

—Justamente por eso.

—Te gustan los retos difíciles, ¿eh?

—Vámonos.

Salieron juntos al patio, donde desayunaron con Licos y Menesteo. Acamante entró y avisó al príncipe.

—Cuando termines, el rey te llama.

Egeo ocupaba el sitial con gesto preocupado. A su lado, de pie, Teseo vio a un anciano de aspecto severo, el augur del rey, a su tío Palas, el sacerdote del Señor del Mar, y a la suma sacerdotisa de la Divina Doncella.

—Hijo, nos acompañarás al templo del dios. Es el día señalado por el augurio.

—El día ¿para qué?

—Lo sabes bien, hijo. El día del sorteo.

Teseo no había presenciado jamás el fatídico sorteo. El primer año había estado en Maratón, matando al famoso toro, y los años siguientes Egeo lo había enviado de visita a

diferentes ciudades para evitar que estuviera en Atenas durante aquel evento.

—Padre, ¿hasta cuándo tendremos que pagar ese tributo a Creta?

—Hasta que los dioses lo decidan. El rey Minos nos lo hará saber.

—El rey Minos vino a nuestras tierras. Expolió cuanto quiso, destruyó Megara y mató a su rey, que era hermano tuyo. Le habéis estado entregando lo mejor de nuestra juventud durante siete años. ¿No tiene bastante?

Se hizo un silencio incómodo. Fue Palas quien lo interrumpió. Desde la muerte de sus doce hijos, era incapaz de mirar a los ojos a su sobrino y cada vez que le dirigía la palabra lo hacía con voz ronca y gesto iracundo.

—¿Qué es mejor? ¿Entregarle siete mozos cada año o rendirle nuestra ciudad?

—¡Atenas nunca se hubiera rendido! Ni el cretense hubiera podido tomar la roca de la Divina Doncella.

—¿Qué sabes, hijo, de guerras y rendiciones? —intervino Egeo—. Cuando ocupas un trono, no puedes pensar en la vida de uno, sino en la de todos. A veces es preciso que mueran unos pocos para salvar a muchos.

—¡Cada uno de ellos es la esperanza de sus padres! ¡El futuro de una familia! Minos nos está arrebatando nuestra semilla. ¡Todo para vengar a su hijo muerto! Ya hemos pagado lo suficiente.

—No eres tú quien debe decidirlo, príncipe —repuso el sacerdote del Señor del Mar.

Egeo se puso en pie.

—Amigos, perdonad la osadía de mi hijo. Es joven y habla impulsado por su corazón. Un día lo comprenderá.

Teseo cerró los puños con indignación.

—¡No! No lo comprenderé nunca. Entiendo que una vida

pague por otra vida; entiendo que un reino vencido pague tributo al vencedor. ¡Pero nunca entenderé este sacrificio! ¡Y voy a acabar con él!

—¿Cómo lo harás, hijo?

—Yendo yo mismo a Creta. ¿Vais a hacer un sorteo? Elegid a seis jóvenes. Yo seré el séptimo.

Egeo movió la cabeza.

—No, hijo.

—¡Iré! Iré y negociaré con Minos. Lo retaré a luchar conmigo. Y si no acepta, mataré a esa bestia que devora a sus víctimas. Regresaré vivo, con todos los mozos y las doncellas, o moriré. Pero no permitiré que Atenas pague un año más ese tributo.

Egeo agarró el brazo de su hijo. Los sacerdotes y el augur lo miraban con silenciosa admiración. Palas habló de nuevo:

—Hermano, tu hijo demuestra su gran generosidad y nobleza. ¡Este gesto lo honra!

—No —murmuró Egeo—. No lo permitiré.

Teseo se libró del brazo paterno y se plantó ante su tío y los demás.

—Iré a Creta. Si los dioses me otorgan su favor, jamás tendréis que sacrificar una sola vida por esa maldita isla.

El rey y su cortejo llegaron a la plaza, ante el templo del Señor del Mar. Sobre un podio había dos enormes vasijas llenas de pedacitos de cerámica; en ellos estaban inscritos los nombres de todos los jóvenes púberes presentes en Atenas durante las fiestas. Sonaron los tambores y siguió un largo toque de trompeta. El portavoz de los sacerdotes declamó, con voz estridente:

—Estos son los mancebos destinados al tributo. ¡Escuchad sus nombres! Padres, honradlos, porque son entregados a los

dioses. Madres, contened vuestro llanto, porque su sacrificio salva a Atenas.

En medio de un silencio sobrecogedor, mientras un sacerdote sacaba los óstraca, el portavoz empezó a recitar.

—Amintas, hijo de Fítalo, de Cefiso; Erato, hijo de Hermión, de los Laquiadas; Euneo y Zoas, hijos de Cadmo, de los Butades; Solón, hijo de Polidoro; Leo, hijo de Alcides, de los Agni…

Los jóvenes avanzaron saliendo de entre la multitud. Se oyeron los primeros ayes de las madres y hermanas de los designados.

El sacerdote no sacó el último óstracon, sino que alzó la mirada hacia el gentío y proclamó:

—¡El séptimo es Teseo, hijo de nuestro rey Egeo!

El murmullo se convirtió en clamor. Teseo avanzó a paso firme y se situó entre los seis muchachos.

Siguió la proclamación de los nombres de las muchachas.

—Peribea, hija de Alcátoo, de Megara…

De nuevo se alzó un vocerío, pues la joven era hija del rey de Megara. Alcátoo había ocupado el trono de la ciudad tras la muerte de Esciro.

Pero el portavoz seguía declamando.

—… Elpidia, hija de Creonte, de Colono; Sabina, hija de Hipias, de los Ciríadas; Melania, hija de Cimón, de los Laquiadas; Thais, hija de Lisias, de Gargetto; Danais, hija de Céfalo, del Pentélico, y Aiglé, hija de Panopeo, de la Fócide.

Mientras las doncellas se agrupaban en el centro de la plaza, el clamor se hizo ensordecedor. A los gritos de dolor de las madres, que no se resignaban, se sumaban los murmullos entre corros. Panopeo, el cabrero, llegó corriendo hasta Teseo y se postró a sus pies llorando como un niño.

—¡Mi príncipe! ¡Es mi única hija…! Mi gacela querida, ¡ella no puede ir! ¡Te pagaré lo que me pidas a cambio de librarla!

¡Todos mis rebaños, mi casa, mi hacienda! Me ofrezco yo mismo como esclavo, si es eso lo que pides. ¡Líbrala de su suerte!

Las familias más cercanas protestaron y un hombre se adelantó para propinar una patada a Panopeo.

—¡Calla, desgraciado! ¡La suerte toca a quien sea! ¡No intentes salvar a tu hija!

—Los otros padres entregan a sus hijos, ¿quién eres tú para zafarte?

—¡Por favor! ¡Te lo ruego, mi príncipe! Por el Señor del Mar, por la Madre Sagrada…

Teseo agarró a Panopeo por los hombros y lo hizo ponerse en pie.

—Escúchame bien, y después lárgate a la Fócide con tu hijo. Te prometo que volveré de Creta y te traeré a tu hija sana y salva.

Algunos oyeron al príncipe y esparcieron el rumor entre la muchedumbre. Pero Leo, muy pálido, se acercó a su amigo.

—Teseo, ¿qué significa esto?

—Vosotros habéis sido designados por la suerte. Yo he elegido mi destino.

La sombra sobre la flor

Siete inviernos. Han pasado siete inviernos desde que comenzaron a traerme la ofrenda. Los huesos se amontonan y la pirámide de cráneos crece poco a poco. Este año se están retrasando. El sol cabalga alto y todavía no escucho la música y los tambores de la fiesta.

Debo estar preparado. Cuando las Púas entran con los muchachos, la puerta queda abierta. Ese es el momento. Hace muchos días que lo planeo. Yo estaré escondido en el último recodo del pasadizo. No me verán. Cuando los jóvenes hayan pasado, saldré yo. Ellos se adentrarán en el laberinto mientras yo gano la libertad. Soy un dios. Y, esta vez, ni las paredes podrán detenerme.

Ayer vino Dédalo a pasear por el pretil. Y no venía solo. El corazón se me encendió cuando la vi a ella. ¿Por qué Mía se ha hecho tan amiga de ese hombre odioso? Pero Mía tampoco venía sola. La vi inclinarse, desapareció de mi vista y, cuando se volvió a erguir, sostenía a un niño en brazos. Se asomaron para verme y el niño me señaló.

Conozco a ese niño porque Dédalo lo ha traído alguna vez. Es su hijo y se llama Ícaro. Es inquieto y tampoco tiene miedo. Su

voz me recuerda al gorjeo de los jilgueros, su cabello rizado se agita cuando se mueve. Ícaro me señala y habla de mí sin respeto. Me observa como a un animal curioso y no se percata de que soy un dios. Quizá su padre no lo haya enseñado a respetar a los dioses.

Pero un día me vengaré de todos. No tendré piedad con Dédalo. Aunque Mía se ponga triste, no me importa. El niño, Ícaro, será lo primero que devore cuando sea libre.

La Diosa me favorece, lo sé. Esta primavera me ha enviado un aviso.

No sé de dónde vienen las semillas ni cómo crecen y se convierten en plantas. Pero en un rincón del suelo, junto a la pared, brotó un tallo verde con hojas dentadas. Después de crecer durante varios días vi un botón esférico que se iba hinchando. Lo toqué y era tierno.

Una mañana, el botón se abrió y se convirtió en una flor: amarilla y en forma de estrella.

Me acerqué a olisquear. Lamiéndola con cuidado, la rocé con las manos. Jamás había tocado nada tan frágil y tan hermoso.

«Es como Mía», pensé.

Pero al cabo de unos días se marchitó. Las hojas se arrugaron, perdieron su color brillante y acabó cayendo. Me enfurecí. Estaba a punto de arrancar la planta a dentelladas cuando vi que otro botón salía de un tallo tierno.

Esperé y se abrió otra flor. «Esta vez no me vas a defraudar. No te veré morir», pensé.

La nueva flor salió dos días antes de ver a Mía, con el niño y con Dédalo.

Cuando desaparecieron detrás del muro y oí sus voces alejándose, me acerqué a la flor.

Agachándome, abrí la boca y la devoré de un bocado.

Mastiqué las hojas, el tallo y los pétalos. Era amarga y fibrosa, pero no quise escupirla. La tragué y después me acerqué al odre de vino, ya agrio, que reposaba junto a los restos del último montón de trigo.

Hermosa pero amarga. Me pregunté si Mía también sería así.

Rumbo a Creta

Negra era la vela de la nave, como negros eran los velos de las mujeres que despedían a sus hijos en la playa de Falero, sin dejar de llorar ni de encomendarlos a los dioses.

El rey Egeo había ordenado izar en su nave la vela embreada, como cada año cuando zarpaba rumbo a Creta. Pero aquel año la partida fue distinta. La multitud de Atenas se agolpó en la playa para ver partir a su príncipe entre los jóvenes destinados a morir.

Al amanecer, ante una pira de leña seca, Teseo sacrificó una cabra a la diosa del amor. La noche anterior había soñado con su madre, Aetra, que le advertía. *Será con el amor, y no con las armas, como vencerás esta batalla*. Despertó con esas palabras dando vueltas en su mente y decidió que tenían sentido, pues era una diosa quien regía los destinos de la isla cretense.

Mientras se asaban los animales y las llamas se elevaban en el cielo, compitiendo con el rubor de la aurora, Egeo habló con su hijo:

—Lleváis dos velas a bordo. Si la diosa te favorece y regresas vivo, manda izar la vela blanca en la nave. Así, los vigías la verán llegar desde el cabo Sunion y podrán avisarme para celebrar tu regreso. Si divisan la negra… prepararemos tu funeral.

Teseo abrazó a su padre.

—Te prometo que esta nave regresará con la vela blanca.

El rey había elegido al mejor capitán de su flota, Nausiteo, y a un avezado timonel, Feax, para llevar la nave. Además, a bordo se embarcaron Acamante y treinta hombres armados. Licos, Nikandro y Menesteo despidieron al príncipe antes de embarcarse.

—Deberíamos ir contigo —dijo Licos.

Teseo rechazó por enésima vez a su amigo, que había insistido en acompañarlo.

—Volveré, y navegaremos juntos cuando regrese a Creta a vengarme del rey Minos.

La nave zarpó con buen viento y pronto dejó atrás la costa.

Teseo se asomó a la proa rodeado de los jóvenes y señaló la línea del horizonte, donde el azul del mar se perdía en el firmamento.

—Rumbo a Creta. Antes de la vendimia estaremos de regreso a casa.

—¿Crees que el rey de Creta nos perdonará la vida solo porque vienes tú? —inquirió Erato, el hijo de los Laquiadas.

Teseo se volvió para afrontar una docena de rostros inquisitivos.

—Juré que volvería con todos a salvo. Y me he encomendado a la protección divina. En su momento sabré qué debo hacer.

Los arrogantes jóvenes de Atenas tuvieron que soportar la humillación, poco después, cuando comenzaron a marearse. Salvo los marinos, nadie a bordo estaba acostumbrado a navegar y pronto todos se hallaban inclinados sobre la borda o echados en cubierta, intentando reprimir el malestar.

La única que parecía inmune al mareo era Aiglé. Apartándose de las otras doncellas, se agazapó en la proa con

el rostro vuelto hacia el mar. El viento azotaba su bello perfil y agitaba sus cabellos broncíneos como llamaradas.

Teseo apenas sufrió el mareo y, en cambio, quiso conversar con Nausiteo y Feax para aprender sobre el arte de la navegación. Nausiteo le habló de los vientos y las mareas, de cómo orientar la vela y de la importancia de mantener en buen estado todas las partes del navío, raspando el salitre y untando la madera con resinas. También le explicó cómo se organizaban los tripulantes, cuáles eran sus tareas y cómo debían maniobrar con la vela.

—En un barco hay dos partes que jamás se deben dañar —dijo Nausiteo—. En guerra o en tormenta puedes sufrir daños y perder incluso el mástil y la vela, pero no la quilla. Si se rompe y el agua empieza a entrar por abajo, teme lo peor. Cuando el agua te llega a la rodilla, la nave está perdida. Después de esto lo más importante es el timón.

Feax, el piloto, le mostró cómo manejaba la pala del timón, sujeta a un pivote articulado que giraba, accionado mediante un brazo de madera, y cómo debía empujarlo para virar hacia uno u otro lado, o para hacer retroceder el navío.

—El timón está a estribor. Por tanto, si quiero girar a la izquierda, a babor, debo tirar hacia atrás para que la pala barra el agua y empuje hacia esa dirección. Si quiero girar a la derecha, al revés. Debo empujar hacia adelante.

Teseo quiso probar y manejó el brazo de madera, primero a babor, luego a estribor. Cuando Nausiteo acabó de dar órdenes a los hombres de la vela, se acercó a ellos, complacido por la atención que mostraba el príncipe. Él le preguntó acerca de la ruta del viaje.

—Iremos bordeando las Cícladas occidentales —dijo el capitán—. En Milo haremos una parada para repostar agua y

víveres. Quizá podamos descansar un día o dos. Después enfilaremos hacia Creta. Serán tres días de navegación por alta mar, sin divisar costa.

—¿Conoces bien la ruta?

—La he recorrido muchas veces.

—Háblame de esa isla.

—Es grande como toda nuestra tierra. Muy rica en cereal y en ganado, en caza y en pesca. También en gentes. Hay en ella un palacio donde podría vivir toda la ciudad de Atenas. Es una ciudad de piedra que alcanza los siete pisos de altura.

—¿Toda Atenas? ¡Exageras!

—No exagero, mi príncipe. Cuando lo veas, me darás la razón.

—Un palacio con siete pisos… Toda una ciudad dentro. ¡Será como un termitero!

—No es un termitero, señor. Hay patios y hermosas columnas, y todas sus paredes están pintadas con tal maestría que los animales allí representados parecen vivos. Las mujeres llevan faldas con volantes, de muchos colores. Y lucen el pecho desnudo, con joyas. Es algo digno de verse.

Teseo hizo un gesto de incredulidad. Pero Feax, mano al timón, asintió.

—No miente, mi señor. También yo lo he visto. No hay pobres en Creta, tampoco hombres débiles y enfermos ni mujeres feas. Ah, esa isla es afortunada. Si no fuera por sus extrañas costumbres, quizá me iría a vivir allí.

—¿Habéis visto al rey Minos?

—Es un hombre alto y fuerte, coronado con una tiara de oro y un penacho de plumas —dijo Nausiteo—. Conduce un carro tirado por seis caballos y posee una flota de cien barcos. Tiene mal genio, dicen, pero sus hombres lo obedecen a ciegas.

—Es un buen jefe, entonces.

—Pero quien manda en Creta, tanto o más que el rey, es la

reina. El rey comanda la flota y sale a guerrear, pero es la reina quien gobierna en palacio.

Teseo se quedó pensativo.

—¿Y quién manda a nuestros jóvenes a la muerte?

—Es ella —dijo Nausiteo—. En Creta no son los hombres, sino las mujeres, quienes ofrecen sacrificios a su diosa.

Llevaban cuatro días navegando cuando, una noche, Teseo se desveló. La luna menguante iluminaba la cubierta. Además de Feax, que oteaba el mar, vio a alguien de pie, junto a la proa. Era Aiglé, que tampoco dormía con las otras doncellas.

Acodándose en la borda junto a ella, Teseo le rozó el brazo.

—¿No duermes?

—Cuando no estoy cansada no puedo dormir.

—Y aquí apenas puedes moverte… Te falta espacio.

Ella no respondió.

—¿En qué piensas?

—Intento no pensar. ¿De qué serviría? Solo quiero vivir, y sé que me queda poco tiempo.

Teseo pasó una mano por el hombro de la joven.

—No será así. Yo lo impediré.

—¿Tan seguro estás de que nos salvarás a todos?

—¿Por qué no crees en mí?

—Palabras bonitas… ¿Sabes qué dice mi padre de los que hablan como tú?

—¿Qué dice?

—«Que por la boca muere el pez y que mucho ruido, pocas nueces». ¡Eso dice! Aunque, claro, para ti no vale nada lo que piense un cabrero fócido, ¿verdad?

—No es cierto. Respeto a tu padre y la sabiduría de los hombres de montaña. Pero tu padre, Aiglé, confía en mí.

Su gesto pasó del enfado a la tristeza.

—¿Echas de menos a los tuyos?

—Echo de menos pisar el monte. Echo de menos la tierra y las piedras, lejos de la ciudad y del mar. Echo de menos pelear con Mikion y derribarlo a puntapiés.

—Si quieres, puedes pelear conmigo.

De nuevo la ira contrajo su rostro. Pero a Teseo le pareció más bella que nunca.

—Así te moverás, podrás cansarte y conciliar el sueño de noche.

Aiglé bufó como un gato y le dio la espalda.

—No quiero dormir de noche.

—¿Por qué?

Tardó en responder. Luego señaló al horizonte, al mar rizado y a los reflejos de la luna, mil hoces de plata temblando sobre las aguas.

—Esto no puedo verlo desde los montes. Y quizá nunca más lo vuelva a ver.

Será con el amor, y no con las armas, como vencerás esta batalla. Teseo la ciñó por la cintura y, sin darle tiempo a reaccionar, la besó.

El anillo de Minos

Ariadna emergió de una ola y, levantándose, posó los pies en la arena y caminó por la orilla de la playa. Fedra y sus amigas la esperaban; el agua aún estaba fría y remoloneaban, mojándose los pies y salpicándose entre risas. De pronto oyeron una voz masculina que las llamaba.

Había llegado un carro del rey con dos guardias armados de palacio. Ariadna se ciñó la falda antes de acercarse a ellos.

—Mi señora, la nave de Atenas está a punto de llegar. El rey quiere que regreséis a palacio.

La princesa se volvió hacia el mar y divisó la oscura vela sobre un navío que se acercaba al puerto. Las jóvenes se vistieron, dispuestas a regresar. Mientras Kitane le desenredaba los bucles untándolos con aceite, Ariadna tuvo una súbita inspiración.

—Fedra, ¿quieres que vayamos al puerto a recibirlos?

—¡Sí! Vamos con mi carro.

El guardián al mando las miró con preocupación.

—Mi ama, el rey ha ordenado…

—Vuelve con las otras a palacio —atajó Ariadna—. ¡Haz lo que te ordeno! Dile a la reina que regresaremos pronto.

Todos los carros emprendieron el regreso salvo uno. Fedra, que se había convertido en una hábil auriga, tiró de las riendas

de sus caballos y lanzó el carro a toda velocidad por el camino, levantando polvo bajo las ruedas. Las hermanas reían mientras escuchaban las protestas del aya y sus compañeras.

Minos vio llegar a sus hijas sonrientes y bronceadas por el sol. Saltaron a tierra, las faldas de volantes agitándose bajo sus cinturas. Llevaban los corpiños ceñidos, Ariadna uno azul, el de Fedra de color azafrán, y se habían puesto los brazaletes en forma de serpiente. Los marinos del puerto y la guardia del rey se inclinaron al reconocerlas.

—¡He aquí a dos futuras reinas! —exclamó Minos. Pero, cuando se acercaron, bajó la voz y continuó, en tono enojado —: ¡Os ordené regresar a palacio!

—Queremos recibir a nuestros rehenes —dijo Ariadna, irguiéndose ante él.

—Quedaos aquí.

Llamó a cuatro guardias y mandó custodiarlas mientras él avanzaba hacia el muelle para recibir a los atenienses. Tanto el rey como sus compañeros vestían atuendo de guerra, la espada ceñida al cinturón. Los guardias, además, llevaban lanza y escudo.

El barco se acercaba. Era una galera con remos y Minos comentó:

—Una nave de guerra.

Sobre el mástil de la vela ondeaba un estandarte con una serpiente bordada. Ariadna lo reconoció por sus conversaciones con Dédalo y dijo a su hermana:

—Es el emblema de los erecteidas, la dinastía que reina en Atenas.

Minos se llevó la mano al pomo de la espada. También los hombres de armas se pusieron a la defensiva, preparados para atacar si los recién llegados se mostraban hostiles.

De la nave descendieron Nausiteo, el capitán, y Teseo. Ariadna observó al curtido marino y su paso firme, pero sus

ojos se posaron de inmediato en el joven. El príncipe se había afeitado y el cabello, negro y ondulado, le caía por la espalda. Vestía un rico faldellín plisado con ribetes de oro y lucía el torso desnudo.

El capitán se inclinó ante Minos, pero no Teseo.

—Mi señor.

—¿Eres el capitán de la nave?

—Sí, señor. Mi nombre es Nausiteo.

—¿Y él? ¿Quién es?

—Yo soy Teseo, hijo de Egeo y príncipe heredero de Atenas.

Minos no ocultó su sorpresa.

—De modo que tú eres vástago del rey Egeo… ¡Sangre de la serpiente!

Encajaron las manos manteniendo un pulso durante breves instantes.

—Nos honra tu visita, príncipe. Creta es tierra hospitalaria: durante tu estancia serás nuestro huésped en palacio.

—Y a mí me honra tu hospitalidad, rey Minos. Pero debes saber que no estoy aquí por propia voluntad. La fortuna, o el destino, quiso que yo fuera elegido. Al igual que ellos.

Se volvió y señaló a los jóvenes que descendían por la pasarela. Seis muchachos y, detrás, las doncellas, vestidas de blanco y con el cabello pulcramente trenzado.

—¿Elegido? —preguntó Minos.

—Soy el séptimo mancebo del tributo.

—¿El rey de Atenas no preserva siquiera a su propio hijo?

—Hubiera querido —repuso Teseo—. Pero fui yo quien se lo impidió.

—¿No temes la muerte?

—Solo a la vergüenza y al deshonor.

Minos asintió con aprobación.

—Eres un digno hijo de tu padre.

Al ver que las princesas se acercaban, movidas por la

curiosidad, añadió:

—Quiero presentarte a mis hijas, las princesas Ariadna y Fedra.

Teseo deslizó su mirada sobre el cuerpo de Ariadna, lanzó un vistazo rápido a Fedra y después se volvió hacia el rey.

—Son muy hermosas. Dignas hijas de la gran Diosa.

Inclinándose ante ellas dobló una rodilla.

Minos entonces se dirigió a los jóvenes atenienses. Formaron una hilera y Teseo los fue presentando, uno por uno. Pero el rey apenas miraba a los mozos; le interesaban las doncellas. Teseo las presentó, nombrándolas. Cuando terminó, Minos señaló a Peribea de Megara y llamó al jefe de la guardia.

—Sepárame a esa y condúcela a la villa.

Teseo se interpuso.

—¡No, mi señor! Las jóvenes destinadas a la Diosa no deben pasar por otras manos.

El rey le lanzó una mirada colérica.

—¡Veo que el príncipe de Atenas defiende a sus mujeres! ¿Acaso la quieres para ti?

Teseo enrojeció sin ocultar su indignación.

—No la quiero para mí. Pero estas doncellas son sagradas, deben llegar puras ante el altar de la Diosa y defenderé su virginidad hasta la muerte, si fuera necesario.

Minos sonrió con una mueca.

—¿Vas a darme lecciones de divinidad y pureza, tú?

—Tengo dos padres, rey de Creta. Un padre de sangre, que me engendró, y un padre inmortal, que me protege desde mi nacimiento. Soy hijo del Señor del Mar, ese dios que también protege a tu isla y envía vientos favorables a tu flota. Por el honor de la Diosa y del Señor del Mar, no tocarás a ninguna de esas doncellas.

La mueca del rey derivó en carcajada.

—¡Hijo del Señor del Mar! ¡También yo lo soy, Teseo

erecteida! ¿Quién crees que me protegió y favoreció mi ascenso al trono en esta isla? ¡El mismo dios! Soy tan hijo de él como tú y tomo cuanto quiero y como quiero. ¿Vas a impedírmelo?

—Si está en mis manos, sí.

Minos alzó una mano y la tendió hacia Teseo.

—¿Ves este anillo? Es mi sello. Mira la efigie impresa. Es el Señor del Mar.

Se sacó el anillo y, arqueando el brazo, lo arrojó al agua. Ariadna contuvo un grito y varios guardias lanzaron juramentos. El anillo cayó muy lejos, formando un diminuto aro de espuma sobre las olas.

—¡Ve a buscarlo! Si eres hijo del Señor del Mar, lo encontrarás. ¡Tráemelo y te creeré!

Un silencio tenso cayó sobre los presentes. Algunas doncellas se echaron a llorar. Teseo sostenía la mirada del rey.

Despacio, se quitó el faldellín. Caminó desnudo hacia la orilla y, cuando una ola se alzó ante él, se zambulló. Nadaba como un delfín, rompiendo el oleaje, hasta que desapareció bajo las aguas. Durante largo tiempo todos aguardaron, la mirada clavada sobre el mar.

Ariadna murmuró una plegaria y Fedra, al escucharla, la tomó del brazo.

—Gran Diosa, ayúdalo.

—Calma, hermana. Recuerda que es un enemigo.

Entonces divisaron un chapoteo y una cabeza oscura emergiendo entre las olas. Teseo volvía nadando a brazadas, largas y vigorosas. Los atenienses lanzaron gritos de alivio cuando lo vieron acercarse.

Llegó a la orilla, caminó por la arena y se sacudió el agua de la cabeza, salpicando a todos los que estaban cerca. Sonriente, se irguió. Las gotas de agua resbalaban sobre su piel atezada desprendiéndose, como lágrimas, de sus bucles negros. Extendió un brazo antes de abrir el puño. En su palma,

goteando, relucía el sello real.

Prisioneros

Fedra sacudió las riendas con energía y puso al galope los caballos. Adelantó los carros del rey y los de la guardia, donde iban los jóvenes atenienses, dejándolos atrás en medio de una polvareda. Reía, y Ariadna, a su lado, le dio un codazo.

—¿A qué viene esa prisa?

—Quiero llegar antes que nadie a palacio… ¡Quiero ver la cara de madre cuando sepa quién viene entre los jóvenes del tributo!

Ariadna se sujetó fuerte al frontal del carruaje.

—Aminora, o llegaremos despeinadas.

Fedra seguía riendo.

—De acuerdo, mi señora-futura-reina.

—¡Oh, calla!

Mirando atrás, Fedra mantuvo las monturas a buen trote para asegurarse de que no perdían ventaja. Se alejaban de la costa y el valle de Cnosos se abría ante ellas. Tras una curva del camino divisaron el palacio.

—¿Qué te parece el príncipe de Atenas? —preguntó Fedra.

—Es muy apuesto.

—¿Te has enamorado de él?

—¿Y tú? ¡No le quitabas los ojos de encima!

—Debo admitir que está de muy buen ver. Qué lástima que

pronto se convierta en un despojo.

Ariadna respiró hondo.

—¿Sabes qué pienso? Que el príncipe Teseo no está aquí por azar. No ha sido designado, viene con un propósito.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Creo que viene a negociar su rescate y el de sus compañeros. Ningún rey enviaría a su hijo a la muerte.

—¿Negociar? ¡Pues me temo que lo tendrá difícil!

—Quizá va siendo hora de que estos sacrificios acaben. Ya llevamos siete años… Androgeo está sobradamente vengado.

—¿Crees que madre aceptará un trato?

—Yo, en su lugar, lo haría.

Fedra sonrió entre dientes.

—Pero madre no es como tú.

En el carro de Minos, junto a su auriga y su compañero de armas, iba Teseo. El joven ponderó la belleza del paisaje y la fertilidad de los campos a medida que rebasaban los viñedos y los sembrados salpicados de amapolas.

—¡Nuestra isla está bendecida! Por el Señor del Mar, que la protege, y por la Diosa celeste, que hace fructificar la tierra. Nada necesitamos y aún podemos ofrecer a otros. Por eso la riqueza de muchos pueblos afluye a nuestras costas.

—Rey Minos, si nada necesitáis y recibís riquezas de allende el mar, ¿por qué seguir cobrando tributos de una ciudad tan pobre como Atenas?

—¿Pobre? ¿Llamas pobre a tu propia ciudad?

—No es nada comparada con tu isla y con tus ciudades con casas de dos y tres pisos. Allí, si queremos enriquecernos, hemos de hacernos a la mar.

Minos sonrió con suficiencia.

—¿Vienes a negociar, príncipe Teseo?

—Vengo a pactar un nuevo tributo. Uno que no sea de sangre, sino de bienes.

—¿Y qué puede ofrecernos Atenas, si es tan pobre? ¿Acaso lo mejor que tiene no son sus hijos?

—Tenemos otros bienes, fruto de nuestro esfuerzo y nuestras manos.

Minos miró hacia el frente y señaló el palacio que se iba desplegando ante su vista. Teseo lo contempló con admiración.

—En mi isla gobierno yo. Pero en palacio rige mi esposa, la reina. Ella es la suma sacerdotisa de la Diosa, ella administra la riqueza y dirige los sacrificios. Si quieres negociar el tributo, será con ella con quien tendrás que hablar.

En el salón del trono la reina Pasífae, rodeada de sus consejeros, el rey y sus hijos, recibió a Teseo y a sus compañeros de Atenas. Ya estaba avisada, por un heraldo, de la llegada de la nave, pero ignoraba quién encabezaba la expedición. Cuando Teseo avanzó para saludarla, su rostro se contrajo y enarcó las cejas, delineadas con carboncillo sobre la tez blanca y los labios pintados con azafrán.

—Mi señora, soy Teseo, hijo de Egeo erecteida, príncipe de Atenas. Me honra saludarte.

Se inclinó ante ella en una reverencia profunda. Sus compañeros lo imitaron y las doncellas, a una, se arrodillaron ante la reina. Pasífae los miró a todos con detenimiento antes de responder.

—Sé bienvenido, Teseo erecteida. Nos honras trayendo el tributo de tu ciudad.

—No traigo el tributo, mi señora. Formo parte de él.

Los consejeros de la reina murmuraron entre sí; Ariadna y Fedra cruzaron miradas.

—Nuestra Diosa y nuestro toro divino quedarán complacidos

—dijo Pasífae sin pestañear.

—Pero permíteme, mi señora, que eleve mi voz ante ti en nombre de mi padre, el rey, y en nombre de mi ciudad. Ante ti, la reina de Creta, ante el rey Minos y ante las princesas, quiero hacer una petición.

—Habla.

—Vengo dispuesto a morir. Pero soy el heredero de un rey, que vela por sus gentes y que sufre cada año al ver cómo lo mejor de su semilla es enviado lejos de su patria y sacrificado ante un dios terrible. El dolor de mi padre es mi dolor, y siento el desgarro de las madres atenienses como si fuera mío.

Pasífae frunció el ceño irguiéndose en el trono. Viendo que lo escuchaban con atención, Teseo prosiguió.

—Siento el dolor de las madres y de los padres. Cada año, siete mozos y siete doncellas vírgenes. Todos ellos en la flor de la vida y muchos de ellos prometidos, a punto de casarse y formar un nuevo hogar. Por eso este año, en que yo he sido elegido, he querido ofrecer mi vida sin suplicar a mi padre que me librara del destino fatal.

Hizo una pausa, que la reina aprovechó para replicar.

—Los aqueos tenéis buenas palabras. Os gusta hablar y alargar los discursos. Pero ahora, príncipe, eres un rehén. Ve al grano y di lo que tengas que decir.

Teseo miró al rey y después a las princesas antes de continuar.

—Mi señora Pasífae, reina de Creta. Por el amor de la Diosa, benévola sobre tu isla, suplico que tomes mi vida, pero perdones la de mis compañeros y la de estas siete doncellas. Y que cese el tributo de sangre, una vez que vuestro dios toro haya bebido de la mía. A cambio, Atenas tributará, cada año, una nave cargada de las mejores mercancías y de la plata más fina de nuestros montes áticos.

Nuevos murmullos se alzaron. El rey Minos se movió

inquieto junto al trono y Ariadna, estremecida, se abrazaba sin apartar la mirada de Teseo.

Pasífae sonrió con frialdad.

—Hablas bien y eres osado, príncipe Teseo. Pero yo también conozco el dolor de perder un hijo, en la flor de la vida, a manos traicioneras de los jóvenes de tu ciudad. Vida con vida se paga. La sangre pide sangre.

La guardia de palacio los acompañó a sus celdas. Las doncellas fueron destinadas a un edificio de seis pisos que rodeaba un patio. Allí fueron acogidas por la mayordoma, quien las condujo a una larga habitación con siete lechos, ánforas de agua para asearse y un gran espejo. La luz entraba por pequeñas claraboyas junto al techo y había candelabros encendidos. Era un lugar austero, pero limpio y confortable. La mayordoma, aunque con gesto severo, las tranquilizó.

—Permaneceréis aquí hasta el día de la ceremonia. No temáis, recibiréis comida y bebida. Si precisáis de algo más, tan solo tenéis que golpear la puerta tres veces.

Las doncellas se sentaron en los lechos. Varias de ellas se abrazaron y rompieron a llorar.

—Llorad si queréis, ¡desdichadas! Pero no quiero oír gritos ni lamentos, y menos aún de noche. En este palacio viven muchas familias. Si estorbáis, sabremos cómo haceros callar.

Una criada robusta que acompañaba a la mayordoma agitó una vara. Las muchachas gimieron al verla.

Todas se lamentaban, menos Aiglé. Apartándose del resto, subió a un taburete bajo una ventana y, de puntillas, intentó atisbar el exterior. La luz del sol arrancó un destello dorado de su cabello.

El rey Minos en persona quiso conducir a Teseo y a sus compañeros a otra ala de palacio, alrededor de otro patio interior. Acamante, sus hombres armados y el capitán del barco tuvieron que quedarse en Amnisos, donde se alojarían hasta su regreso. Pero Teseo llevaba su espada colgada del hombro y Amintas le sostenía la clava de bronce.

—Son mis armas, rey Minos. Nada puedo hacer con ellas, solo y rodeado de tus guardias. Permíteme conservarlas, por mi dignidad.

—Aquí no vas a necesitarlas, y me gusta esa porra —replicó Minos.

Amintas la sostenía con empeño, pero el rey se la arrebató.

—¡Por todos los dioses! ¡Pesa lo suyo!

Sin embargo, la levantó sin esfuerzo y la hizo voltear sobre su cabeza. Teseo enrojeció de cólera.

—Rey Minos, tuya será a mi muerte. ¡Permite que la conserve hasta ese día!

El rey se echó a reír.

—Dame entonces tu espada.

—¡No puedo desprenderme de ella!

—Elige, muchacho. Eres el príncipe de Atenas, pero ahora eres nuestro rehén. Una de dos, la porra o la espada.

Teseo apretó los puños, enfrentándose a una decisión precipitada. No quería errar. Cerrando los ojos, una imagen llenó su mente. Una imagen y una voz. *Es la serpiente, el símbolo de los erecteidas*.

—Elijo la espada.

—¡Bien! Entonces, esta hermosa clava de bronce será mía.

—¡Aguarda! Será tuya, rey Minos. Pero no debes poseerla hasta mi muerte. Quiero avisarte antes.

—¿De qué demonios vas a avisarme?

—Esta clava no era mía, sino de un gigante. Se la gané en combate, matándolo. Es un arma sagrada. Solo puede pasar de

dueño si el anterior muere. De lo contrario, una desgracia caerá sobre quien la tome.

Minos arrugó la frente.

—¡No sé si creerte! Los aqueos mentís más que habláis.

—Pregunta, pues, al capitán Nausiteo. Pregunta a Acamante y a mis compañeros. Pregunta a los navegantes que lleguen de Argos o de Tirinto. ¡Ellos te dirán a quién pertenecía esta maza!

—¿A quién pertenecía?

—A Perifetes, otro hijo del Señor del Mar.

Minos calló y, de mala gana, devolvió la porra a Teseo.

—Quédatela durante tu encierro. Quédatela y duerme con ella, si tanto la quieres. No podrás disfrutarla mucho tiempo.

Cuando los guardianes de Cnosos pasaron el cerrojo de la puerta, Teseo se sentó en uno de los catres de la habitación. Era muy similar a la de las doncellas y estaba iluminada por varios tragaluces diminutos, abiertos junto al techo y por los que era imposible que pasara un hombre, ni siquiera un niño.

—¡Aquí estamos, encerrados miserablemente! —exclamó Erato, el laquiada—. Tu intento ha fracasado, Teseo. ¡La reina no te ha escuchado!

Él resopló. A su lado se sentaron Leo y Amintas.

—Al menos conservas tus armas —dijo el hijo de Fítalo.

Teseo sonrió, moviendo la cabeza sin responder.

—Estamos encerrados en este palacio —añadió Euneo, otro de los jóvenes—. ¿Habéis visto cómo es este lugar? Aunque pudiéramos salir de aquí, ¡nos perderíamos entre patios y pasadizos!

—Y hay guardias por todas partes —agregó Solón—. ¡Bien armados con escudos y lanzas!

—Maldita sea, ¡vamos a morir sin remedio! —se lamentó el hermano de Euneo, llamado Zoas. Eran los más jóvenes y

ambos se abrazaron con angustia, como si quisieran darse ánimo el uno al otro.

Leo habló entonces.

—Teseo, ¿qué haremos ahora? ¿Se te ocurre algo mejor?

—Dejad que lo piense. ¡Ah! Estoy cansado del viaje y tengo hambre.

Se tendió en el lecho y cerró los ojos mientras sus compañeros se acomodaban en el resto de las camas y murmuraban entre sí. Leo se quedó a su lado, sentado, mirando con tristeza hacia el rayo de sol que entraba por el tragaluz.

Más tarde se oyeron golpes en la puerta y el cerrojo se desplazó. Un par de criados les trajeron comida, servida en una marmita y dos bandejas. Era carne asada con cebollas y pan tierno. La bebida, agua clara.

Los jóvenes, hambrientos, saltaron sobre las viandas como lobos. Teseo los dejó comer, conteniendo su apetito. Fue Leo quien le llevó una rebanada de pan con una tajada de cordero.

—Come. ¿No tenías hambre?

—Gracias, Leo.

Comió con apetito ante su amigo, que lo observaba.

—Teseo, ¿saldremos de aquí?

—Lo prometí. Y yo no falto a mis promesas.

Cuando los criados retiraron las bandejas y la olla vacía, alguien más llamó a la puerta y entró sin esperar. Era un hombre a quien todos habían visto en el salón del trono, con barba y aire digno y silencioso. Vestía una túnica larga sin mangas y sus brazos eran robustos y morenos.

—Podéis marcharos —dijo a los criados—. Me envía la reina a hablar con él.

Teseo se levantó de inmediato y se acercó. Cuando los criados desaparecieron por la puerta, bajó la voz.

—Tú hablas como nosotros… ¡Eres un aqueo!

Dédalo asintió.

—Así es. Y miembro de tu familia, príncipe.

La conjura

—¿Quién eres?

Dédalo llevó aparte a Teseo y ambos se sentaron en un banco junto a la pared, en el extremo de la alcoba. Los otros jóvenes se agruparon, tres alrededor de Erato y los amigos de Teseo sentados en otro lecho, atentos a la conversación.

—Soy Dédalo. Quizá habrás oído hablar de mí.

—Así es. Mi padre me contó que te habías exiliado hace años.

—En cambio, yo no sabía nada de ti. Tu padre tuvo un hijo de Medea, la primera esposa de Jasón. Pero hasta hace poco nadie conocía tu existencia.

—Es una larga historia.

—Tendrás tiempo de contármela.

—No mucho. ¿Por qué estás aquí?

—Ya lo dije, me envía la reina.

—¿Qué quieres saber?

—Nada. Solo deseo comunicarte lo siguiente. La reina no ha cambiado de parecer sobre ti, pero en consideración a que eres un príncipe de sangre real, permitirá que salgas de tu celda y que te muevas libremente por palacio. Solo tú.

Teseo frunció el ceño con desconfianza.

—¿Por qué hace eso?

Dédalo bajó la voz.

—En realidad quiere espiarte. Hagas lo que hagas, todos tus movimientos estarán vigilados.

—¿Serás tú quien me espíe?

Dédalo sonrió, con un movimiento de cabeza.

—Oh, no. Yo estoy muy ocupado con otras tareas que me encarga. Pero… quizá algún día podamos encontrarnos en cierto lugar y tener una conversación tranquila.

—¿Para luego contársela a la reina?

—Teseo, escucha bien. Mi señora es Pasífae. Aquí en Creta he podido rehacer mi vida después del crimen que cometí en Atenas. Estoy casado, tengo un hijo al que amo con locura. Me debo a la reina, que me da techo y comida. Pero no olvido a los de mi sangre.

Ambos se miraron en silencio durante un largo instante.

—Quiero ayudarte, Teseo. El destino que os aguarda es atroz.

—Lo sé.

—No sabes nada. Crees que moriréis sacrificados, y así es. Pero no imaginas de qué manera.

Teseo palideció.

—Moriréis descuartizados… y devorados.

Leo se había acercado y los escuchaba. Cuando oyó la última palabra, echó a temblar y se sentó en el suelo, a los pies de Teseo.

—¿Es… es el toro quien nos va a devorar?

Dédalo miró al joven y asintió.

—¡Los toros no comen carne!

—Este toro no es como los demás.

Teseo repuso:

—He matado a un toro así. ¡En Maratón! Puedo matar a este, conservo mis armas.

Dédalo posó una mano en el hombro de Teseo.

—Este es diferente.

De noche, cuando el silencio reinó en la alcoba y oyó a Kitane abandonar la habitación contigua, que ocupaba su hermana, Fedra se deslizó del lecho. Cubriéndose con un velo caminó descalza y de puntillas, silenciosa como una sombra, y se dirigió hacia la escalera de servicio. Había recorrido tantas veces aquel camino que sus pies la guiaban en la penumbra. Entró en el baño de la reina y contuvo el aliento unos instantes. Una imagen ocupaba su mente, y un nombre.

Teseo.

Ariadna había quedado prendada al verlo, cómo no. Pero ella también había caído bajo su hechizo. Teseo tenía un plan en mente, lo ocultaba y no temía. Era bravo pero cauteloso, y sintió una honda afinidad con él. «Es el enemigo, pero es como yo —se dijo—, y su destino está en manos de madre».

Escondida en la bañera de alabastro, Fedra se agazapó para oír la conversación entre sus padres. Una noche más, discutían en el lecho.

—Esposa, ¡es el príncipe de Atenas! No podemos sacrificarlo sin más.

—¡Ellos mataron a nuestro hijo, tu heredero! Y él mismo lo ha dicho: es una víctima, elegida por el destino. Lo ha aceptado.

—Pero yo veo en él algo más. Él y sus compañeros. Necesitamos hombres fuertes para nuestra tropa. ¿Por qué no reclutarlos y hacer que luchen con nosotros?

—¿Acaso nos faltan jóvenes valientes en Creta? ¿Y en qué guerra vas a luchar? Estamos en paz con todos los pueblos.

—Quiero emprender una expedición a Sicilia desde hace tiempo, y lo sabes. Me llevaré a toda la flota y siempre me vendrán bien brazos nuevos.

—No te llevarás a toda la flota. ¡La mitad se quedará defendiendo Creta! ¿No se te ha ocurrido que detrás de ese príncipe de Atenas su padre puede haber enviado más naves de guerra?

Minos gruñó.

—Un cuarto de flota se quedará. El resto zarpará conmigo.

—¿Y piensas marchar este mismo verano?

—¡Sí! En cuanto acaben las fiestas.

—No te llevarás a los atenienses. Son para nuestro Toro.

—Deja, al menos, que rescate a Teseo.

—¿Por qué te cae tan bien?

—Es valiente, lo he retado y ha encontrado mi anillo en el mar.

—¡Valiente! Es engreído y falso, como todos los aqueos. Me fío menos de él que de nadie.

—Tú siempre desconfías.

—Te demostraré que no viene con buenas intenciones. Ni por un momento he creído que ha sido designado al azar. Ese muchacho tiene un plan, y lo descubriré.

—¿Vas a interrogarlo?

Pasífae sonrió, cruzándose de brazos.

—Oh, no. No quiero escuchar mentiras. Pero he enviado a alguien que se ocupará de averiguarlo. Alguien que se ganará su confianza y le sonsacará todo.

Minos le devolvió la sonrisa.

—¿Dédalo?

Ariadna danzaba. Sola, bajo el sol de mediodía, en el patio desierto donde días más tarde se celebraría una fiesta. Danzaba sin música, pero las notas de la lira y el ritmo del tambor resonaban en su mente al compás de sus pies.

De pronto se detuvo. Alguien la observaba desde las gradas,

y no era Dédalo, que solía sentarse allí a meditar. El corazón de Ariadna latió con fuerza cuando reconoció al joven príncipe ateniense. Ascendió la gradería y se acercó a él.

—¿Qué haces aquí?

Teseo se levantó y cayó de rodillas ante ella.

—Tu madre, la reina, me ha concedido caminar en libertad dentro de palacio… Pero tú me has hecho preso con tu danza.

Ariadna enrojeció. Seguía erguida, con gesto altivo, pero dentro de su cuerpo rugían las olas y quería sumergirse en ellas.

—Eres atrevido, príncipe de Atenas.

Teseo volvió a inclinarse ante ella. Y Ariadna, sintiendo que no era dueña de sí, le acarició los bucles negros, deslizando la mano hasta su cuello y el hombro desnudo. Lo sintió firme como el mármol, pero cálido y vivo. Un violento deseo la estremeció.

—Levántate.

Teseo se puso en pie despacio y ambos se miraron a los ojos.

—¿Qué deseas? —preguntó ella.

Él tardó unos instantes en responder.

—Ayúdame, princesa. Quiero salir de aquí.

Detrás de un ciprés se movió una silueta humana. Los observaba desde la distancia; no podía oírlos, pero los vio sentados en la grada, uno delante del otro. Observó cómo se tomaban de las manos. Teseo se inclinó hacia ella y se las besó. Fue un beso prolongado, mientras Ariadna abría las palmas y el rostro del príncipe reposaba en ellas.

Fedra se alejó corriendo de puntillas. Su gata Isis la seguía, sigilosa como una sombra de terciopelo gris.

El plan en la sombra

Faltan pocos días para la fiesta. Lo sé porque oigo cómo los músicos ensayan. Y lo sé porque lo huelo en el aire. El sol no me engaña, mi instinto tampoco.

Pero este año he olido algo diferente. Ha llegado algo a la isla. No sé lo que es. Algo, o alguien, ha pisado la tierra y huele distinto.

Y no me gusta.

Pero no debo distraerme. He de llevar a cabo mi plan. Los dioses urden planes y los ejecutan. Hasta ahora siempre he actuado llevado por mis impulsos. Pero he aprendido. Esta vez actuaré siguiendo un plan.

Se lo he explicado a Mío una y otra vez. Él pone objeciones y yo le respondo. Es impertinente, pero me ayuda, porque así perfecciono el plan.

No puede fallar. Siempre vienen de día y los oigo perfectamente. Mío pregunta: ¿y si llegan de noche mientras estás durmiendo?

No tengo respuesta. Solo sé que nunca vienen de noche. No hay otra opción. Pero Mío sonríe entre dientes y me aguijonea.

Bien, si llegan de noche y no los oigo cuando entren, tú me avisarás para despertarme. Ellos vendrán por un lado, yo saldré por el otro. Conozco el camino. Mientras ellos vienen, yo me

escabulliré.

¿Tendrás tiempo de llegar a la puerta?

¡Claro que lo tendré! Me he entrenado corriendo por los pasadizos. Soy fuerte y veloz. Nadie podrá detenerme.

¿Qué harás cuando salgas?

Sonrío. Sé perfectamente qué haré. Saldré del palacio. Cuando me trajeron iba con la cabeza tapada, pero he reconstruido el camino una y otra vez en mi mente. Además, le he pedido ayuda al Sol y me la ha dado. Me ha mostrado por dónde salir. Un camino, una rampa, una vuelta y estaré afuera.

¿Y si las Púas te esperan allí?

Las Púas estarán aquí, trayéndome a las víctimas. No pueden estar en dos lugares a la vez.

Puede haber más como ellos.

Saltaré por encima. Los sorprenderé. Como no me esperan, no tendrán tiempo de reaccionar.

¿Y si te arrojan las lanzas?

Vuelvo a sonreír. ¿Me has tocado la piel? ¿Cuántas veces has intentado herirme y no has podido? Sus lanzas pueden matar a los hombres. Pero, recuerda, yo soy un dios.

Soy un dios y mi plan triunfará. Saldré y seré libre.

Iré a los montes, allí donde crece la nieve. Y desde allí protegeré la tierra. Las gentes me traerán alimento y ofrendas, y yo las bendeciré. Pero nadie podrá acercarse a mí, solo quien yo quiera. Soy un dios y elijo dónde quiero estar y con quién.

Cuando lleve un tiempo en los montes y dejen de perseguirme, trazaré otro plan. Otro plan que no fallará. Volveré a palacio y me llevaré a Mía.

Combates y honor

Los jóvenes cretenses se entrenaban en el patio de palacio. Artesanos y sirvientes se distraían de sus quehaceres mirándolos desde las galerías. Los arrieros que traían provisiones del campo y los mercaderes que venían del puerto también se agrupaban para contemplar el espectáculo.

Luchaban semidesnudos, con sus faldellines ceñidos a la cintura y guantes de cuero recubriendo las manos. Golpeaban con energía, pero sus pies saltaban con la gracia de un danzarín.

Minos había llamado a entrenar a los jóvenes atenienses, que también participarían en los combates durante la fiesta. Quería medirlos contra sus campeones. Teseo, Erato y Amintas abatieron a sus rivales, cada cual a su manera. No seguían las normas de la lucha noble y hacían gala de fuerza y agilidad. Teseo revivía sus años mozos en Trecén, peleando con todos los muchachos de la comarca.

Entre los jóvenes cretenses estaba el príncipe Glauco. Ya no era un niño rollizo y remolón. Había adelgazado, era casi tan alto como su padre y disfrutaba entrenándose con sus amigos.

—Padre —pidió Glauco—. Déjame luchar a mí con él.

Señalaba a Teseo, que había derribado a su tercer oponente. Minos frunció el ceño.

—Si te vence, será una vergüenza para nuestra casa.

Glauco ignoró a su padre y se volvió hacia Teseo con sonrisa desafiante.

—Príncipe contra príncipe. ¡Un combate igualado!

—Será un honor —dijo Teseo, y ambos se estrecharon la mano.

Pero Minos se opuso.

—¡No lucharás con él! Te lo prohíbo.

Y el príncipe, enfurruñado, contuvo su indignación. Teseo esbozó una mueca maliciosa.

—Rey Minos, elige a tu campeón y lucharé con él.

Minos llamó a un joven cretense.

—¡Kikeru! ¡Tú lucharás con él! —Y, en voz baja, añadió—: Deja que te venza. Engáñalo. El día de la fiesta será diferente.

El luchador era un joven moreno de cuerpo musculado y armonioso. Tan alto como Teseo, de hombros poderosos y cintura estrecha, se plantó ante él con gesto desafiante.

—Toma mis guantes —dijo Glauco, ofreciéndoselos a Teseo —. Así golpearás mejor.

Era un gesto amistoso, pero Teseo lo declinó.

—Me honras de nuevo, Glauco. Pero nunca he peleado con guantes y no creo que me acostumbre jamás. Prefiero mis puños tal cual.

Comenzaron el combate. Al principio, Kikeru se mostró vacilante, siguiendo la orden del rey. Dejó que Teseo amagara varios golpes, limitándose a pararlo o a esquivar. Este comprendió el juego y abandonó su cautela.

—¡Lucha de verdad si sabes! —masculló—. Lucha, o no verás el día de la fiesta porque te mataré.

Se lanzó contra él y Kikeru respondió con una furiosa tanda de puñetazos. Teseo lo esquivó como pudo, soltó una carcajada y contraatacó. A medida que iban acosándose, ambos se fueron encendiendo y olvidaron toda mesura. Los demás jóvenes los

jaleaban con entusiasmo. Minos se unió a los cretenses y lanzó un juramento cuando oyó a su hijo Glauco animando a Teseo.

—¡Dale, Teseo! ¡Dale fuerte, no lo dejes!

Leo aullaba a voz en grito. Amintas pateaba la tierra y, al final, incluso Erato, Solón y los dos hermanos acabaron vociferando por su príncipe.

Terminaron con los cuerpos enzarzados, forcejeando en el suelo. Kikeru sujetaba a Teseo por la cintura, este lo aferraba e intentaba torcerle el cuello. Rodaron varias veces hasta que Teseo logró liberarse. Entonces se puso en pie de un salto y aguardó. Apenas Kikeru se levantó, se arrojó contra él, le hizo la zancadilla echándolo por tierra y lo redujo de un certero golpe en el pecho.

Los jóvenes cretenses gritaron consternados mientras Kikeru se incorporaba tosiendo, sin fuerzas. Teseo le tendió la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

Todos aplaudían, salvo Minos. Glauco pasó su brazo por los hombros de Teseo mientras lo felicitaba.

—Eres un tramposo —dijo el rey cuando Teseo se acercó.

—El combate es una guerra —replicó él—. Y en una guerra todo vale.

—Te equivocas. El combate noble no es una guerra y tiene sus normas.

Teseo asintió, con la mirada clavada en sus amigos.

—Tiene sus normas porque en él nadie debe morir. Pero yo y mis compañeros moriremos. Para nosotros es una guerra. Y prefiero morir con honor, peleando en la arena, antes que ser pasto de una bestia.

Los jóvenes luchadores no eran los únicos que se entrenaban para la fiesta. En una amplia era, a poca distancia de Cnosos, se ejercitaban los saltadores de toros. Mozos y doncellas por igual,

corrían, saltaban y hacían piruetas sobre un potro de madera. El entrenador, acompañado de un muchacho con un tambor, les iba marcando el ritmo y voceaba cuando debían cambiar de ejercicio.

Entre las doncellas había dos forasteras que no tardaron en trabar amistad con los saltadores cretenses. Llegaron acompañadas de dos guardianes desde palacio. Una se llamaba Elpidia, era una joven robusta de cabellos rizados y rostro pecoso, oriunda de Maratón. La otra era Aiglé.

Agradecidas por abandonar su encierro, y sabiendo que la muerte era su destino, las dos muchachas se entregaron al ejercicio con ganas. Era lo único que tenían y querían apurar los últimos días de vida que les quedaban.

Una mañana, el entrenador llegó acompañado de dos vaqueros que guiaban a un espléndido toro negro. El animal venía con la cabeza cubierta por un paño oscuro. Bajo la tela apuntaban sus astas.

—¡Hoy vais a entrenar sobre el toro! —exclamó el instructor —. Se terminaron las volteretas sobre un madero. ¡Empieza la danza de verdad!

Los muchachos aullaron con alborozo, estaban acostumbrados. Elpidia y Aiglé se acercaron la una a la otra instintivamente.

—No tengáis miedo —dijo una saltadora. Era atlética como un muchacho y tenía los senos casi planos. Tan solo la voz y el rostro delataban su sexo.

Aiglé tenía la vista clavada en el animal cuando le retiraron el paño de la cabeza.

—Es hermoso —murmuró.

—No debes correr nunca ante él, sino hacia él —dijo la saltadora—. Eso lo desconcierta porque su instinto es perseguirte. Entonces agárrate a las astas, toma impulso y salta. ¡Eso es todo!

—Parece fácil —dijo Elpidia, nada convencida.

La saltadora sonrió.

—No es fácil ni difícil. Estamos entrenadas para hacerlo. Lo único que tenemos que hacer es… ¡saltar!

—Sin pensarlo dos veces —agregó un muchacho, acercándose a ellas. Su mirada se cruzó con la de Aiglé.

—Es como lanzarse al mar. Si lo piensas, no lo harás nunca. Si te arrojas al agua, ¡nadas!

Ella esbozó una leve sonrisa.

—No sé nadar.

—Pero sabes volar —dijo el joven.

Y Aiglé saltó. Cuando llegó su turno, corrió brincando hacia el toro, que alzó la frente apuntando con las astas al cielo. Ella dio un salto más, alargó las manos y se impulsó hacia arriba, dando la vuelta.

Voló. Su cuerpo perdió peso, era fuerza pura, desplegada en el aire hacia las manos que se abrían y se clavaban, como raíces, en la piel brillante del lomo arqueado. Un lomo oscuro y enorme como una montaña sacudida por el seísmo. Pero Aiglé volaba. Su cuerpo giró de nuevo y saltó a tierra. Cayó de pie, balanceándose como una danzarina. Su amigo el saltador le tendió las manos y ella las aceptó, no para apoyarse, sino para girar de nuevo, dando un brinco. Detrás de ella, el toro trotaba en la pradera mientras otro joven se disponía a saltar.

La reina

—Madre, quiero hablar contigo.

—Habla, hija.

—No aquí, con todos ellos… —Ariadna lanzó un vistazo al escriba, sentado ante sus tablillas, y al intendente y a la mayordoma, que examinaban tejidos recién traídos de Tiro y un cofre de perlas del mar Rojo. Estaban en el pórtico que daba al gran patio, donde la reina solía recibir a los mercaderes del Levante.

—¿Quieres hablar en privado? Bien.

Se levantó de su silla de brazos y, recogiéndose la falda, caminó a buen paso hacia la escalinata. Ariadna la siguió hasta el salón del trono, que estaba desierto.

Pasífae se sentó y Ariadna se arrodilló a sus pies. Envueltas en silencio, lejos se oía el rumor del palacio.

—¿Qué quieres, hija?

—Madre, será la última cosa que te pida en esta vida. Pero quiero que me lo concedas.

La reina sonrió.

—¿Qué es?

Aún de rodillas, Ariadna se irguió y habló con voz firme; tanto que a Pasífae le resonó como un eco de su misma voz.

—Quiero que liberes a Teseo de la muerte. A él y a sus compañeros. Permíteles regresar a Atenas. Androgeo ya está sobradamente vengado. Acabemos con este tributo.

La reina contempló a su hija en silencio. Bella, audaz, rebosante de fuerza y juventud, pero ¡tan inocente! Ay, Ariadna, aún no conoces a los hombres.

—No, hija. No lo haré.

Ariadna se rebeló.

—¿Tan ávida estás de sangre? ¿Tan fuerte es tu odio, tu sed de venganza? ¿Cuántos jóvenes han perdido su vida por nuestro hermano? ¿No tiene suficiente su espíritu? ¿No ha bebido ya la sangre de bastantes víctimas?

Pasífae no perdió la calma.

—No entiendes nada, hija. El tributo es un signo de poder. Le recuerda a Atenas que nada puede contra nosotros. Y es una ofrenda, un sacrificio al dios potente que protege nuestra isla.

Los ojos de Ariadna se llenaron de lágrimas.

—¡Él no nos protege de nada! ¡No es un dios! ¡Es un monstruo!

Pasífae se puso de pie alzando un brazo.

—¡Calla!

La mano cayó, y abofeteó el rostro de su hija.

—¡No vuelvas a decir eso! ¡No quiero oírte más! Es un dios, hijo de otro dios, ¡hijo mío! Y, mientras él viva, nuestra isla estará bendecida. ¡Sacrificaré hasta el último muchacho ateniense, si es preciso, para saciar su hambre!

Ariadna gritó, conteniendo los sollozos.

—¡No es un dios! ¡No es un hombre, ni siquiera un toro! Si quieres darle carne, ¡tienes miles de ovejas que ofrecerle! ¿Por qué muchachos? ¿Por qué doncellas, jóvenes e inocentes? ¡Teseo podría ser tu hijo! ¡Y yo soy como cualquiera de ellas!

—¡Basta!

Pasífae alzó la otra mano para pegarla, pero Ariadna,

poniéndose en pie, la detuvo. Ambas forcejearon, hincándose las uñas en los brazos, hasta detenerse jadeantes, una frente a la otra. La madre clavó una mirada encendida en su hija.

—Tú no eres como ellas. Tú eres como yo, una sacerdotisa, predilecta de la Diosa. Y *él*, tu hermano, es el mismo dios del mar encarnado en la potencia de un toro y en la inteligencia de un hombre. ¿No lo entiendes todavía? Tú y él sois sagrados, mientras que ellos, esos desdichados, no son más que reses. Su destino más honroso es morir como víctimas.

Ariadna movió la cabeza, los ojos anegados en lágrimas.

—¡No! ¡No es así!

Pasífae la contuvo.

—Teseo será la mejor ofrenda para él. Sí, ¡tal vez aplaque su sed de sangre por siempre! Entonces se acabará el tributo humano. Pero él… Él debe ser sacrificado.

Ariadna abandonó la estancia a toda prisa. Pasífae ocupó de nuevo el trono, solitaria y hermosa como una deidad implacable. Allí permaneció inmóvil, con la mirada perdida en el vacío, durante horas.

La profecía

Llegó un mensajero a caballo precediendo un cortejo de carros que venían de Festo. Pasífae lo recibió en el patio de las dobles hachas cuando terminaba de despachar con el escriba.

—Mi señora, viene vuestro hijo, el príncipe Catreo, con su comitiva.

—¿Mi hijo? ¿No viene Radamante con él?

—No, señora. Esta vez ha preferido quedarse en Festo para las fiestas de verano.

Pasífae hizo un mohín. No profesaba estima hacia su segundo vástago. Su amor se había volcado en el mayor, a quien había perdido, y en el otro, el que no era humano ni era bestia, sino divino. Apenas le quedaban migajas de afecto para sus hijas y para el menor, Glauco.

—Está bien. Vamos a recibirlo.

Cuando Catreo, montado en su carro de cuatro yeguas, llegó ante la escalinata de palacio, la reina lo esperaba con sus hijos, su consejo y una veintena de sirvientes. Minos se había ausentado en una de sus frecuentes cacerías.

El príncipe descendió del carruaje. Vestía como un rey, salvo que no llevaba corona alguna, y se acercó a paso firme y pausado a su familia.

—Bienvenido, hijo. —La reina posó las manos en los

hombros fornidos del joven y le dio un beso frío en la mejilla.

En cambio, sus hermanas y Glauco lo abrazaron con calidez. Fedra susurró:

—¿Por qué no ha venido tío Radamante?

Catreo sonrió y le respondió también a media voz.

—Te lo contaré más tarde.

De noche, tras el banquete que sirvió la reina en honor a su hijo y cuando todos se iban retirando a sus habitaciones, Catreo y Fedra se encontraron en el patio de las dobles hachas. La luna ascendía en el cielo y su claridad proyectaba las nítidas sombras en forma de cuernos sobre el pavimento.

Fedra tomó de las manos a su hermano.

—Estoy contenta de que hayas venido.

—Y yo de verte. Me alegro de que hayamos cenado juntos en familia. Quizá sea una de las últimas veces que lo hagamos.

La princesa se estremeció.

—¿Por qué dices esto?

—Ven, sentémonos en este banco.

—¿Qué sucede, Catreo? ¿Por qué tío Radamante no está aquí?

—No ha venido porque ha recibido un aviso del cielo, pero me ha transmitido su última profecía.

—¿Y qué dice la profecía?

Catreo guardó silencio, posando la vista sobre la sombra de las hachas. Fedra aguardaba impaciente.

—Se avecinan cambios, hermana. El oráculo del monte Ida no ha dicho cómo ni cuándo, pero la llegada del príncipe de Atenas es una señal. Algo va a suceder en nuestra isla y nada será igual después.

—¿Qué sucederá? Teseo ha venido a morir, con los otros jóvenes del tributo. ¿Acaso Atenas querrá vengarse?

Catreo movió la cabeza.

—Ignoro qué sucederá. Pero tío Radamante me ha revelado algo sobre nuestro futuro.

—¿Qué?

—Tu futuro y el mío, Fedra.

—Oh, por favor, ¡dímelo!

—Yo gobernaré esta isla. Y tú serás reina.

Fedra se irguió, atónita.

—Tú eres el mayor. Pero Ariadna… Ella es la sucesora de madre, no yo. ¿Acaso va a morir?

—No sé cuál es su destino, pero ella nunca regirá en palacio, como lo hace madre y como un día lo harás tú.

Fedra respiró hondo. De pronto una sombra felina cruzó el patio y se arrebujó a sus pies.

—Oh, Isis… Ven, ven aquí. —Tomó a la gata en brazos y la acarició—. Ven con tu reina. ¿Sabes que seré reina?

Después Fedra se volvió hacia su hermano.

—Pero esto sucederá dentro de muchos años… ¿Y cómo será? ¿Acaso vamos a casarnos, tú y yo, como lo hacen los reyes de Egipto, hermano con hermana?

Catreo sonrió en la penumbra.

—No lo sé. Pero sí te diré algo más. No pasará mucho tiempo. Padre y madre tienen los días contados.

El frío erizó la piel de Fedra, que dejó de acariciar a la gata. El animal percibió algo y saltó de entre sus brazos para correr hacia una esquina del patio.

—¿Qué sucederá, Catreo? ¿Morirán? ¿Habrá una guerra?

—No lo sé. El oráculo nunca lo revela todo.

—Oh, gran Diosa, ¿por qué?

—Los dioses nunca lo revelan todo. Porque, si lo hicieran, ¿dónde estaría nuestra libertad? Nos mantienen en la ignorancia para que podamos decidir. Y en esos momentos, cuando no sabemos nada, es donde podemos mostrar nuestra

grandeza.

—Hablas como nuestro tío.

—Me he criado con él.

—¿Te quedarás ahora con nosotros?

Catreo dibujó una sonrisa enigmática.

—Aún no lo sé. Tengo que tomar una decisión. Y quiero elegir bien.

—Si no sabes nada, ¿cómo elegir lo mejor?

—Esperaré, atento a los acontecimientos. Antes de actuar hay que saber esperar. Tal vez me equivoque, pero al menos elegiré lo que creo justo.

Mucho más tarde, cuando la noche palidecía camino del alba, dos sombras humanas cruzaron el patio de las dobles hachas y se sentaron en el mismo banco que antes ocuparan Catreo y Fedra.

Dédalo habló primero.

—El rey quiere salvaros. Le habéis caído en gracia, tú y tus compañeros. Pero en especial le gustas al príncipe Glauco. Ha rogado a su padre que te dispense de morir.

—También Ariadna ha pedido a la reina que nos libere de la muerte —dijo Teseo—. He hablado con ella, tal como me aconsejaste, y ella ha intercedido por nosotros. Pero la reina se niega a escucharla.

Dédalo movió la cabeza con desaliento.

—La decisión final está en sus manos.

—¿Tanto poder tiene?

—Tú y yo venimos de la Hélade. Allí somos los hombres quienes regimos, aunque todos estamos sujetos al destino y a la voluntad de los dioses. Pero Creta venera a la Diosa y son las mujeres sus favoritas. Por eso, en materia sagrada, son ellas quienes deciden siempre. La suma sacerdotisa es la reina y

vuestra vida está en sus manos.

—Si no ha escuchado a su hija, ¿escuchará a su marido?

—No lo creo. Su corazón todavía está lleno de ira por la muerte de su hijo Androgeo. Tú eres la víctima perfecta.

—Príncipe por príncipe —murmuró Teseo—. Si a alguien quiere matar, es a mí.

—Y tal vez, Teseo, tu muerte sacie por fin su sed de venganza. Tal vez seas el último ateniense en morir y cierres la herida para siempre.

—Pero yo no quiero morir. ¡Y debo salvarlos a ellos! Hice una promesa ante sus padres y ante mí mismo.

—Entonces, Teseo, solo nos quedan dos salidas: huir o matar.

Teseo asintió, luego se puso en pie y se acercó al altar de las dobles hachas. Posando la mano sobre la piedra, dijo:

—Estoy dispuesto a matar. Después todos huiremos.

La llave y el secreto

Las jóvenes de palacio, hijas de los consejeros y de los notables de Cnosos, se reunían en las galerías a conversar, distraerse con los monos amaestrados que hacían cabriolas o trenzar cinturones y diademas con hilos de colores. Fedra era la más hábil; ideaba nudos y patrones y sus amigas la imitaban.

—¿Dónde está Ariadna? —preguntó Selene, de pronto.

Fedra hizo un gesto enigmático sin dejar su labor.

—Estará bailando.

—¿Bailando?

—Ya sabéis que le gusta bailar sola, cuando no hay nadie en el patio de danza. Aunque… quizá hoy no esté sola.

Iría y Selene inclinaron el oído hacia ella.

—¿Quién está con ella?

—¿Es un secreto?

Fedra sonrió con malicia.

—No lo sé. No sé nada. Pero tengo mis sospechas…

—¡Dínoslo!

—¿Tiene un amante?

—¿Quién es?

—Oh, quizá esté con Dédalo.

—¿Con Dédalo? ¿El inventor?

—¿Es él su amante?

Fedra se echó a reír y prosiguió trenzando hilos de color púrpura y azafrán.

En el patio de danza, Ariadna se encontró con Teseo. Tras cerciorarse de que nadie los observaba, se le echó al cuello y lo abrazó.

Teseo la sujetó con delicadeza por la cintura y la besó en los labios.

—Tengo un plan —dijo Ariadna—. He hablado con Dédalo.

—También yo he hablado con él. Tu madre no nos perdonará. Tampoco tu padre.

—No necesitamos el perdón de nadie. Actuaremos deprisa y escaparemos de aquí.

—¿Qué ha pensado mi hermosa princesa?

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Y pronto tu reina.

—Te lo prometo —dijo él—. Si logramos volver a Atenas, tú serás la reina de mi ciudad.

Ariadna se sentó en una grada invitando a Teseo.

—El día de la fiesta vais a combatir con nuestros campeones. De noche se celebrará un gran banquete en el patio. Mi madre os devolverá a vuestras celdas. Es entonces, durante la cena, cuando hay que actuar. Yo me excusaré, alegando estar indispuesta, y me encerraré en mi habitación. Cuando esté sola, saldré y liberaré a las doncellas. Las llevaré fuera de palacio por una salida que nadie utilizará esa noche: una puerta pequeña, en el ala este, por donde salen y entran los artesanos.

—Bien, ¿y nosotros? ¿Quién nos va a liberar?

Ariadna se llevó la mano al cinturón que le ceñía el talle y extrajo una llave.

—Dédalo ha hecho una copia idéntica de vuestra llave. Tú abrirás la puerta y saldréis por el mismo lugar que nosotras.

Tendió la llave a Teseo y él la tomó.

—Nos encontraremos en el sendero que cruza las colinas y desciende hasta el mar. Huiremos por allí hasta Amnisos. En el puerto buscaremos tu nave y zarparemos en plena noche. Todos estarán en el campo o en Cnosos, celebrando los festejos. ¡Nadie nos detendrá!

Dédalo acudió a la llamada de la reina y se sentó en un escabel, delante del trono.

—Cuéntame. He permitido que dieras libertad al príncipe ateniense y, por lo que me cuentan mis sirvientes, el muchacho circula por el palacio y anda fisgando por todos los rincones. ¿Qué has averiguado?

Dédalo sonrió y bajó la vista.

—Oh, este joven es muy curioso. Le gusta ver trabajar a los artesanos, observa a los porteadores que traen víveres y a veces incluso se acerca a la cocina a ver si pilla algo bueno de comer.

Pasífae rio con desdén.

—¡Aqueos muertos de hambre! Pero eso no me interesa. ¿De qué habla cuando está contigo?

Dédalo tardó un poco en responder.

—Teseo se ha interesado por el culto a la Diosa y me ha planteado muchas preguntas sobre nuestros ritos y fiestas. También me ha preguntado acerca del oráculo del monte Ida.

—¿No te ha hablado de Atenas? ¿De su padre? ¿De Androgeo?

—Poco. Mi señora, Teseo hace pocos años que vive con su padre. Pasó su infancia adoptado con otra familia, lejos de Atenas, en una aldea de cabreros y pescadores.

—Es extraño. ¿Por qué?

—Su madre no estaba casada con su padre cuando fue concebido el niño. Fue, por así decir, un hijo ilegítimo. Hasta la

muerte de la esposa del rey.

—De modo que Teseo es un bastardo. ¿Quién es su madre?

—Una sacerdotisa de la Triple Diosa, en Trecén.

Pasífae meditó unos instantes. Dédalo agregó:

—Teseo es su primogénito y Egeo lo ha reconocido.

—Los navegantes que acompañaron a mi esposo cuando regresó de Atenas contaban otra historia. Cuando Egeo enviudó por segunda vez, se casó con una princesa del Ponto y tuvo un hijo con ella. ¡Un hijo legítimo!

Dédalo asintió.

—Teseo me lo ha explicado también. Ella es Medea, hija del rey de la Cólquide. Nadie en Atenas la quería, por ser extranjera y por practicar oscuras artes de magia. En cuanto Teseo llegó a la ciudad, su padre lo reconoció al instante y repudió a la hechicera.

Pasífae entornó los ojos.

—No me parece una historia convincente. ¿Repudiar a una esposa y a un hijo legítimo para acoger a un bastardo? Teseo miente.

—Lo cierto es que no fue designado por sorteo, sino que él mismo se ofreció para venir con los otros muchachos y con las doncellas. Albergaba la esperanza de interceder ante ti para terminar con los sacrificios. Esta es su verdadera intención.

La reina sonrió con desdén.

—Dédalo, tú eres un hombre sagaz. ¿Cómo no te percatas de que todo lo que te cuenta es una sarta de mentiras?

—Si es mentira, mi señora, ¿cómo explicar que esté aquí? Legítimo o no, su padre es el rey. Podría haberlo salvado de un destino tan… cruel.

Pasífae clavó su mirada en el consejero; Dédalo la sostuvo con calma.

—Su padre se ha librado de un bastardo enviándolo aquí a morir —dijo la reina—. ¡Eso es lo que sucede! Pero Teseo tiene

un plan. Quiere matar, lo leo en sus ojos. Quiere aprovechar cualquier momento para vengarse o para escapar. ¡Insensato!

—Si es así, mi señora, solo hay una manera de saberlo, puesto que hablando con él y ofreciéndole toda mi confianza no he podido sonsacarle más hasta el día de hoy.

—¿Cómo piensas averiguarlo?

—Démosle un poco más de libertad y caerá en la trampa. La noche de la fiesta deja que lo libere de su celda y lo siga, con un par de guardianes que me protejan. Ese día sabremos la verdad.

Una semana más tarde, Fedra se presentó en la alcoba de su madre mientras las peinadoras le rizaban la cabellera y una esclava egipcia le esmaltaba las uñas de los pies. Era por la mañana, los rayos del sol atravesaban el patio y su luz se posaba sobre los frascos de vidrio azul, llenos de ungüento, emitiendo haces irisados sobre el tocador. El aire de la estancia estaba impregnado de la fragancia de mirra y canela.

—Madre, ¿puedo hablar contigo?

—Claro, hija. Siéntate a mi lado. ¿Quieres que te pinten las uñas?

—No, madre. Quisiera hablar a solas contigo.

—¿Ahora?

—Sí. Es importante.

Pasífae advirtió la premura en el rostro de Fedra y despidió a las peinadoras y a la esclava.

—Dime, hija. ¿Qué sucede?

—He ido al patio de danza a dar un paseo con Isis. Pensaba que no habría nadie allí, pero he visto algo…

—¿Qué has visto?

—He visto a Ariadna.

—Suele ir allí a bailar sola. ¡Ya lo sabemos!

—No estaba sola.

Pasífae, que se retocaba los bucles ante el espejo, se volvió hacia su hija.

—¿Estaba con Dédalo?

—No. Estaba con Teseo.

El rostro de Pasífae se contrajo. Cerrando las manos, una sobre la otra, miró a Fedra a través del espejo.

—Cuéntame, hija. No calles nada.

—No pude oír lo que hablaban. Pero… estaban juntos, muy juntos. Se tomaban de la mano. Y, al final, Teseo la estrechó entre sus brazos y la besó.

La reina guardó silencio; Fedra contenía el aliento.

—La besó.

—Sí, madre. No sé qué traman, pero…

—Basta, hija. Ya tengo suficiente.

—¿Qué harás, madre?

Pasífae se puso en pie y Fedra la imitó, dando un paso atrás con cierta timidez. Los ojos de su madre desprendían llamas.

—Sé muy bien lo que debo hacer.

La fiesta

La fiesta comenzaba temprano. Alrededor de palacio se había reunido una inmensa multitud. Los jóvenes traían al cuello corderos y cabritos; las mujeres venían con cestos repletos de espigas recién segadas, flores y jarras de miel. En las galerías de palacio se agolpaban los servidores y sus familias; en el salón del trono se reunieron los consejeros, sus esposas y los eunucos, esperando la llegada del rey y la reina. Mientras tanto, en el gran pórtico del sur, los músicos tañían sus instrumentos y las doncellas ensayaban las melodías sagradas con las flautas.

A media mañana la reina y las princesas abandonaron sus aposentos. Se reunieron con las jóvenes danzarinas en el patio de las dobles hachas, decorado con ramas y flores. Pasífae, con su tiara de oro y marfil, coronada con la paloma de la Diosa, avanzó erguida y con semblante severo. Ariadna, Fedra y sus compañeras la seguían, ataviadas con sus faldas de volantes y jubones bordados en oro. Se dirigieron al salón del trono, donde las saludaron los consejeros, los eunucos y Dédalo. Todos lucían trajes de gala. De allí, el cortejo descendió por la escalinata hasta el pórtico sur. Sonaron los tambores y la música acompañó el inicio a la procesión.

Los portadores de animales y las mujeres ascendieron por la

rampa, que recorría la parte occidental del palacio, girando al final para continuar hasta la escalinata. Desde allí, guiados por los eunucos, iban subiendo en orden y salían al gran patio interior. Los animales se disponían, atados, ante los altares. Las mujeres subían hasta el atrio de las dobles hachas y allí depositaban sus cestas. Los pebeteros con incienso y aromas ardían sin cesar, y sobre un altar humeaban las brasas. Dos eunucos iban echando granos y flores encima mientras los demás colocaban las ofrendas en hileras. La fragancia del cereal asado impregnaba el aire de un aroma tostado y dulce.

Mientras la reina y las princesas recibían los saludos y reverencias del pueblo, Ariadna se despidió en su interior de todos ellos. Sonrió con afecto a las madres que las bendecían regalándoles pan y tortas de higos; a los palafreneros que uncían sus carros; a los vaqueros que cuidaban sus rebaños, a los artesanos y tejedores; a los carpinteros que talaban la madera para construir los barcos del rey. Sonrió a las muchachas de manos hábiles, con las que había compartido danzas y juegos en el patio cuando era niña. Echaría de menos sus voces, su acento, sus risas. Añoraría su isla, aquella tierra rebosante de vida, ceñida por el mar; aquel palacio que había sido su único hogar, pero que ahora se había convertido en una prisión para ella y para el hombre que amaba más que a su propia vida. De pronto Ariadna pensó que, apenas zarpara en la nave de Teseo, se olvidaría de todo.

A mediodía, tras las ofrendas a la Diosa fecunda y los sacrificios de animales en el patio, la multitud se reunió en el campo, frente a la entrada occidental de palacio. Se había erigido una tribuna de madera con dos palios: el rey y sus compañeros ocupaban asientos bajo un dosel; la reina y las damas se acomodaron en el otro. La guardia de palacio condujo a los prisioneros de Atenas, con las manos atadas, hasta los pies del estrado para que todo el mundo los pudiera contemplar.

Los siete muchachos iban vestidos como los cretenses, torso desnudo y faldellín. Las doncellas lucían túnicas blancas y estaban peinadas y aseadas. Pero solo eran cinco, y la voz corrió entre los grupos. Dos de ellas iban a saltar el toro.

El campo fue acotado con vallas de madera y los vaqueros trajeron al animal, con la cabeza cubierta por un paño negro. Cuando se lo quitaron, el toro irguió con orgullo la testuz y sacudió la cola, un enorme penacho negro. Era blanco con pintas oscuras y paseó por la explanada entre los vítores del gentío. Los tambores comenzaron a resonar.

Llegaron los saltadores. Siete muchachos y siete doncellas. Entre ellas, las dos atenienses.

Teseo fijó su mirada en Aiglé y no la apartó de ella. Las saltadoras vestían igual que sus compañeros, desnudas de torso y con diminutas faldas ceñidas a la cintura. Sus cuerpos musculados por el ejercicio se veían sumamente frágiles al lado del voluminoso toro.

Los tambores marcaban el ritmo mientras los jóvenes corrían alrededor de la pista. El toro cabeceó agitando el rabo y se movió con lentitud. Dos muchachos se acercaron para encararse a él. Batieron palmas y el primero saltó. Desconcertado, el toro sacudió la cabeza intentando embestir, pero el saltador ya había descrito una cabriola en el aire, cayendo en cuclillas sobre la arena. Antes de que el toro pudiera reaccionar, otro joven se dispuso a saltarlo, pero lo hizo de lado, apoyando las manos sobre su lomo y girando el cuerpo. El gentío comenzó a aplaudir.

Los demás atletas formaron una hilera y se dirigieron al toro de frente, en busca de sus astas. La primera en agarrarlas fue la joven morena y robusta. La siguiente, Elpidia, que brincó con fuerza y decisión. Después saltó el muchacho que había trabado amistad con Aiglé, y ella fue detrás de él. Avanzó en tres saltos, apenas tocó los cuernos del toro y se elevó dando un doble giro

antes de caer de pie, con los brazos en alto como una bailarina.

Los aplausos eran ensordecedores. También los jóvenes atenienses aclamaron a sus compañeras mientras las doncellas se abrazaban, sobrecogidas y aliviadas al mismo tiempo. Teseo fue el único que no batió palmas ni gritó. Con los ojos puestos sobre Aiglé, guardaba silencio.

Cuando terminó el espectáculo, los vaqueros se llevaron al toro y la multitud se dispersó para comer y reponer fuerzas. Alrededor de palacio se habían dispuesto toda clase de tenderetes y puestos de comida y bebida. Los campesinos traían vino, cerveza y frutas; las mujeres del campo vendían pan, quesos y panales de miel troceados; los pescadores asaban sardinas sobre las brasas. La fiesta seguía.

Por la tarde dio comienzo la parte quizá más esperada de la fiesta: los combates. Había tres: pugilato, lucha libre y el combate del rey. En los dos primeros los jóvenes atenienses se enfrentarían con los campeones de Creta. En el último, Teseo lucharía contra los dos vencedores, en ambas modalidades. Los príncipes Catreo y Glauco entregarían los trofeos de pugilato y lucha. Minos coronaría con laurel al vencedor en el combate final.

Amintas estuvo a punto de vencer en pugilato; solo en el último momento un golpe rápido de su contrincante, Kikeru, lo pilló desprevenido, vaciló y un segundo puñetazo lo derribó. Sus compañeros lo aclamaron, pero el griterío de los cretenses ahogó sus voces.

En lucha libre destacó Erato. Tan ágil y fuerte como los cretenses, y ante el desconcierto del público, que dudaba entre aclamarlo o abuchearlo, acabó derribando a todos sus oponentes. Cuando Catreo le puso la corona de laurel sobre la frente, murmuró.

—Si ganas el próximo combate, ¿vas a pelear con tu príncipe?

Erato no respondió. Cuando regresó junto a sus compañeros, su mirada se cruzó con la de Teseo.

Las gentes comenzaron a discutir y a proponer apuestas con acalorado entusiasmo. Todos sabían qué se jugaban los luchadores en su próximo encuentro. Si vencía Kikeru, el favorito, el combate del rey sería digno de verse. Pero si vencía Erato, se enfrentaría nada menos que a su propio señor. El morbo de ver a dos víctimas, una contra la otra, acrecentaba la emoción.

A toque de tambor, Erato y Kikeru se encararon mientras el pueblo los aclamaba. No pocas mujeres y hombres de Cnosos animaban al ateniense, esperando verlo luchar contra su príncipe. Kikeru se puso en guardia y comenzó moviéndose a la defensiva, esquivando golpes y evitando que lo agarrase. Erato vaciló y durante un tiempo se sucedieron los amagos y las retiradas. Teseo tenía los ojos fijos en su compañero.

—Ríndete —masculló entre dientes—. Déjate golpear.

—¿Qué dices, Teseo? —preguntó Leo, a su lado.

—Maldita sea. No quiero matar a un compañero.

Erato lanzó un grito y se arrojó sobre Kikeru. Este saltó a un lado y, en el último instante, alargó una pierna para hacerlo tropezar. Era trampa, pero el gentío bramó enardecido al verlo. Erato trastabilló y cayó al suelo cuan largo era. Cuando se incorporó, maldiciendo, se llevó la mano a un tobillo.

—¡Basta! ¡Basta! Me retiro.

Los abucheos sonaron de inmediato. Kikeru se acercó a Erato y este le escupió en la cara, apartándolo de un manotazo.

El rey Minos se puso en pie.

—¿Qué manera es esa de acabar un combate? Mi campeón

juega sucio y el aqueo se tambalea como un borracho. ¡Pelead como hombres!

Pero la lucha había terminado. Un sirviente se acercó a Erato y vertió sobre él una jarra de agua fría mientras el curandero acudía a examinarle el tobillo. El pueblo vitoreaba al joven cretense.

Minos alzó un brazo reclamando silencio; el tambor comenzó a redoblar. Cuando la multitud se apaciguó, sonó un largo toque de cuerno seguido de la proclama del heraldo.

—¡Que empiece el combate del rey! ¡Kikeru, campeón de Cnosos, contra Teseo, príncipe de Atenas!

La multitud alzó su clamor de nuevo. Esta vez, todos animaban a Kikeru; los jóvenes atenienses guardaron silencio ante su príncipe. Leo murmuró:

—Machácalo.

Teseo se volvió hacia las doncellas. Todas tenían la mirada puesta en él. Peribea de Megara alzó la voz.

—Tú eres nuestra esperanza. ¡Vence, Teseo!

Y las palabras de su madre, en sueños, resonaron dentro de él. *Será con el amor, y no con las armas, como vencerás*. Entonces giró el rostro hacia el palio de la reina y sus ojos se encontraron con los de Ariadna.

Los luchadores cretenses peleaban siguiendo sus reglas: a golpes de puño, evitando las añagazas y los golpes bajos. Pero Teseo no seguía norma alguna. Después de intercambiar varios puñetazos con su rival, y de esquivarse mutuamente, comenzó a lanzarle patadas. Kikeru comprendió el juego de inmediato y replicó con un poderoso puntapié. Teseo lo esperaba, le agarró el tobillo y lo derribó al suelo. Abalanzándose sobre él, rodaron por tierra enzarzados en un furibundo abrazo, del que Teseo volvió a librarse usando las piernas. De un golpe de rodilla se

apartó de su contrincante, se puso en pie y se enfrentaron de nuevo.

El público se inflamaba. El tambor comenzó a redoblar otra vez y se reanudó la lucha. Kikeru estaba encolerizado y abandonó toda prudencia. Teseo se limitó a esquivarlo mientras recuperaba el aliento y ambos se acosaron en una extraña danza, en la que amagaban y retrocedían, hasta que lograron agarrarse. Mordiéndose y forcejeando, los pies clavados en tierra, Kikeru intentó zafarse mientras Teseo lo retorcía contra sí. De nuevo volvieron a separarse.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Minos enardecido—. ¡Esto es una lucha! ¡Seguid!

Ariadna, con una mano sobre el pecho, contenía el aliento. Fedra se acercó a ella.

—Teseo hace trampas. ¿Has visto cómo pelea?

—¡Como un salvaje! —exclamó Iría, a su lado—. Oh, jamás he visto un combate como este.

Ariadna asintió, muy pálida bajo el rubor del maquillaje, y musitó una plegaria para sí.

—Gran Diosa, protégelo.

Pasífae, que observaba a sus hijas, comentó con frialdad:

—De poco le servirá vencer. Mañana, a estas horas, estará muerto.

Dos sirvientes se acercaron a los luchadores para ofrecerles agua. Kikeru bebió con avidez y se echó por encima el resto del agua de la jarra. Teseo tan solo se remojó la cara y el cuello y apenas tomó un sorbo. Atusándose el cabello, volvió a encararse con su rival.

Y lo miró con fijeza, escrutando los ojos negros del cretense, hasta hacerle desviar la vista. Entonces sonrió para sí. Girándose hacia el podio, lanzó una última mirada a Ariadna. De pronto una fuerza insólita emergió dentro de él, llenándolo como una marea creciente.

El árbitro dio la señal, volvieron a batir los tambores y dio comienzo la tercera ronda. Esta vez, Kikeru mostraba señales de cansancio. Trastabilló varias veces, pero logró mantener el equilibrio. Durante un tiempo contuvo los amagos de su adversario; después contraatacó. Se enzarzaron, agarrándose por los hombros, hasta que Teseo logró derribarlo usando la pierna para meterle la zancadilla. Luego montó encima de él, lo sujetó por el cuello con ambos brazos y cerró los muslos contra sus piernas; atrapado, Kikeru intentó librarse sin éxito. Solo le quedaban los brazos libres, pero Teseo lo estaba asfixiando. Cuando lo vio jadear, alzó un puño y lo golpeó en el pecho hasta dejarlo sin aliento.

Minos se puso de pie. Teseo alzó el rostro hacia él.

—¡Di una palabra y lo salvo! ¡Di otra y lo mato!

La multitud comenzó a gritar. Unos coreaban el nombre de Kikeru, otros, el de Teseo. Pero el clamor que se impuso fue distinto.

—¡Sálvalo! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!

Ariadna también se puso en pie, ante el gesto contrariado de su madre.

—¡Sálvalos, padre! ¡Sálvalos a los dos!

Minos miró un instante a su hija, después se irguió ante la multitud y alzó los brazos.

—¡Que viva!

Teseo soltó a su rival y, tendiéndole una mano, lo ayudó a levantarse. Kikeru se incorporó, la cabeza gacha, y avanzó hacia el estrado para postrarse ante el rey.

Los atenienses no callaron. Entusiasmados, vitoreaban a Teseo. También las muchachas alzaron las manos y sus gritos esperanzados sonaban como el piar de las golondrinas en medio del vocerío.

Minos descendió del podio con la corona de laurel entretejido con hilo de oro. En medio del clamoreo coronó a

Teseo como vencedor. Él dio media vuelta y contempló a la multitud. Y era tan gallardo, tan sereno en su victoria, y desprendía tal vigor, que el pueblo entero que se había congregado lo aclamó como si fuera el mismo rey.

Ariadna respiró hondo, derramando lágrimas de alivio. El coraje la llenaba como un fuego de brasa que se reaviva con el viento. Pronunció para sí una réplica a la sentencia de su madre. «Mañana, a estas horas, estaremos lejos de aquí».

La noche

—Padre, Teseo merece vivir. Perdónale la vida —rogó Glauco, sentado junto al rey.

Minos alargó una mano hacia el brazo de su esposa.

—¿Oyes lo que pide tu hijo? Parece que el pueblo está pidiendo lo mismo a gritos.

Pasífae esbozó una sonrisa gélida.

—Madre, ¡ha peleado como nadie! Será un buen guerrero a nuestro lado.

—También Androgeo peleó como nadie entre los jóvenes de Atenas, y nadie le perdonó la vida.

Todos en el podio guardaron silencio. La reina, entonces, se volvió hacia Dédalo.

—¿Qué opinas? ¿Crees que debe vivir?

Dédalo bajó la mirada.

—Mi señora, tú eres la reina de Creta. Tú decides, lo que yo piense nada importa.

Pasífae contempló a la multitud que invadía el patio. Algunas mujeres, con guirnaldas de hojas y flores, se acercaron a los campeones para colgárselas al cuello. Muchas se agolparon alrededor de Teseo.

—Que disfrute de su momento de victoria. —Alzó la voz para

que todos a su alrededor pudieran oírla—. Mañana por la mañana, cuando se eleve el sol, tendrá lugar el sacrificio.

Los jóvenes atenienses fueron conducidos de regreso a su habitación. No participaron del banquete, pero unos sirvientes les llevaron cena, algo más abundante y sabrosa que en otras ocasiones.

—No toméis vino —les advirtió Teseo, viendo cómo sus compañeros se abalanzaban sobre las jarras—. ¡Y no os hartéis de comida! Hemos de estar preparados.

Agarrando el ánfora de vino, Teseo la vertió por la ventana ante las protestas de sus amigos.

—¡Estamos muertos de hambre y de sed! Todos hemos peleado en la arena.

—Y hemos tenido que soportar largas horas bajo el sol, exhibidos como trofeos de guerra.

—Todo esto ha terminado —dijo Teseo—. Aguantad un poco más, porque esta noche seremos libres.

Al anochecer, después de las danzas en el patio, Ariadna fingió un desmayo. Acompañada de su doncella Kitane se retiró a su alcoba, pero la reina ordenó que dos guardias fueran con ellas. Uno tomó en brazos a Ariadna, el otro seguía los pasos de la sirvienta y le habló al oído.

Mientras en el patio se disponían las mesas y los divanes para el banquete, Ariadna se tendió en su lecho, dejando que Kitane la desnudara y le masajeara los pies.

Más tarde, ya entrada la noche, Ariadna se incorporó y preguntó a la doncella:

—Kitane, ¿siguen los guardias ahí afuera?

—No, mi princesa. Se han ido.

—Estoy bien… Solo ha sido un sofoco. Ahora necesito dormir.

—Bien, mi señora. Me quedaré contigo.

—Puedes irte.

Kitane no se movió.

—Mi señora…

—¿Qué ocurre?

—La reina ha dicho que no me separe de ti.

Ariadna se giró de un lado, suspirando. Después se volvió hacia la doncella y sonrió con dulzura.

—Kitane.

—Sí, mi princesa.

—Quédate conmigo. Pero no puedo conciliar el sueño, siento inquietud dentro de mí. ¿Harás algo, si te lo pido?

—¡Claro, mi princesa!

—Tráeme vino de amapola. Una jarra y una copa. Así podré dormir.

Kitane asintió.

—Voy a buscarlo ahora mismo.

—Ve y regresa pronto. ¡Te espero!

La doncella salió de la alcoba. Desde las estancias de las princesas hasta la botica, donde se almacenaban los remedios y el vino especiado, tenía que descender dos pisos y cruzar medio palacio. Apenas Ariadna dejó de oír sus pasos al alejarse, se incorporó. Abrió su cofre de ébano, extrajo una falda oscura teñida en azul y un jubón púrpura. Se vistió a toda prisa y se recogió el cabello con una cinta. También se puso sus brazaletes de serpiente en los brazos y una diadema de oro. Después cogió una llave de entre los vestidos, tomó las sandalias, sin ponérselas, y salió al vestíbulo descalza.

En mitad del banquete, Dédalo y su esposa, Naucrate,

abandonaron el patio. Él la tomó de los hombros con delicadeza y el pequeño Ícaro dejó los juegos con otros niños para seguirlos. Pasífae, desde su diván, los observaba.

—¡Deberíamos hacer lo mismo que ellos, esposa! —exclamó Minos, riendo.

Ella le devolvió una sonrisa altiva.

—Dudo que en tu estado seas capaz de grandes proezas.

El rey y sus compañeros de armas estaban ebrios y soltaron una carcajada, protestando y sacando a colación una sarta de bromas obscenas.

La abundancia que crecía en los campos se derramaba sobre las mesas en aquella noche de verano. Los notables de Cnosos y sus familias bebían, devoraban las viandas y derramaban el vino. Las mesas cubiertas de fina vajilla, guarnecidas con flores y espigas, se iban llenando de despojos y cuencos vacíos. Los jóvenes gritaban, las muchachas bailaban en medio del patio y los niños se perseguían, arrojándose huesos roídos y frutas a medio comer. Los músicos no dejaban de tañer liras y flautas mientras el tambor acompañaba las danzas.

Pasífae se volvió hacia sus hijos. Catreo era el único que estaba sobrio en aquel banquete. Él y Fedra. Ambos ocupaban el mismo diván y hablaban a media voz, en medio de la música y el jolgorio.

«Tras la belleza, la degradación», pensó la reina, paladeando un sorbo de vino que le supo muy amargo. Una fiesta era un estallido: hermoso hasta su culmen, excesivo y estridente. Después el espectáculo resultaba desolador como las cenizas. Pero ¿acaso no era esto la vida? Una fiesta representa una vida entera en miniatura, breve como una ráfaga de viento, densa como el peso de muchas primaveras.

«Esta noche terminará todo», murmuró Pasífae.

Dédalo abandonó la alcoba, seguido de su hijo. Llevaba atado a la espalda un morral con provisiones para un día, una tablilla de barro, su cálamo y sus utensilios más preciados, más un ovillo de lana roja que usaba para medir espacios. Ícaro portaba un odre de cuero lleno de agua.

Ambos recorrieron aprisa la galería que daba al patio interior, bajaron por las escaleras y llegaron al ala donde se alojaban presos los jóvenes atenienses. El lugar estaba desierto y solo se oía el rumor lejano del banquete.

—No se oye nada —murmuró el niño cuando se acercaron a la puerta.

Dédalo introdujo la llave en la cerradura y abrió. La estancia estaba desierta, los lechos, vacíos, y una pequeña candela lanzaba sus últimos destellos en una taza de barro.

—¿Dónde están, padre?

Consternado, Dédalo recorrió con la mirada toda la habitación. Sobre las camas vio los cuencos vacíos con restos de la cena.

—Se los han llevado. No han esperado a mañana.

—¡Mira, padre!

En un rincón, apoyada contra la pared, reposaba la clava de bronce. Al lado, en el suelo, vieron la espada de Teseo.

Dédalo tomó la clava y se la cargó al hombro.

—¡Yo llevaré la espada! —dijo Ícaro, la tomó entre sus manos y la desenvainó.

—Métela en la vaina ahora mismo. ¡Vamos, hijo!

—¿Adónde?

—Vamos a buscarlos, si no es demasiado tarde.

—¿Adónde, padre?

Sin responder, Dédalo alargó hacia su hijo el brazo que le quedaba libre y le estrechó la mano. Abandonaron la estancia y se dirigieron hacia el ala de los artesanos, buscando la salida angosta y desierta que la guardia no vigilaba.

Ariadna llegó ante la puerta y giró la llave. Cuando entró, las doncellas atenienses se incorporaron en sus lechos, sobresaltadas. Varias se agruparon en torno a Peribea. Aiglé se puso en pie despacio y se deslizó hasta la pared, alerta.

—No temáis. He venido a sacaros de aquí. ¡Seguidme!

Peribea se acercó.

—¡Eres la princesa!

—Sí, soy Ariadna. Quiero ayudaros, he hablado con Teseo, vuestro príncipe. Él y vuestros compañeros también saldrán esta noche de aquí.

Las doncellas apenas salían de su estupor, algunas se echaron a llorar. Aiglé se acercó a Ariadna de un salto, dispuesta a salir.

—¿No nos engañas?

—Por la gran Diosa, que nos protege, os prometo que esta noche todas seréis libres. Ahora, ¡aprisa! Vestíos y seguidme, no hay tiempo que perder.

Salieron de puntillas y siguieron a la princesa por los pasadizos, iluminados por los haces de claridad que bañaban las galerías. En la puerta de salida se les unió Naucrate, con un morral al hombro y cubierta con un velo. Ariadna estrechó la mano de la bailarina.

—Dédalo ha ido a buscarlos. ¡No tardarán!

Cuando salieron, la luna brillaba en lo alto y en el campo cantaban los grillos. Una brisa templada les agitó los cabellos y las túnicas. Ariadna las condujo por un sendero hasta un bosquecillo de encinas.

—Aquí nos reuniremos con los demás. ¡Deben estar a punto de llegar!

Pero nadie venía. Ariadna miraba hacia el palacio con ansiedad. Las doncellas volvieron a abrazarse, temerosas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no vienen?

La princesa se giró hacia ellas.

—Esperad aquí con Naucrate. ¡No os mováis! Volveré pronto.

Calzándose las sandalias, Ariadna corrió hacia el palacio y justo ante la portezuela, por donde había salido, se encontró con Dédalo y el pequeño.

—¡Oh, gran Diosa! ¿Venís solos? ¿Dónde están ellos?

Dédalo tomó a Ariadna del brazo.

—Se los han llevado.

Ella se estremeció.

—Madre no ha esperado a mañana.

Ambos se miraron, los rostros pálidos bajo la luz lunar, la certeza cayendo sobre ambos como un hachazo.

—Tengo sus armas —dijo Dédalo, señalando la porra; Ícaro enarboló la espada envainada.

—Vamos, pues. ¡Aún podemos llegar a tiempo!

—Y ¿qué haremos? Irán atados, acompañados por la guardia.

—Soy la princesa, hija de la reina, favorita de la Diosa. Les daré una orden.

—¿Te obedecerán?

Ariadna lo ignoraba, pero la impelía una desesperada resolución.

—¡Lo harán! Tú sostén firme la clava. Ícaro, dame la espada.

El niño se resistía.

—¡Dásela! —dijo Dédalo, y el pequeño obedeció a regañadientes.

Emprendieron la marcha, más que andando, corriendo. Dédalo con la clava de bronce al hombro, Ariadna empuñando la espada erecteida, dispuesta a matar, dispuesta a morir, como la más implacable cazadora.

La luna llena iluminaba el camino hacia el laberinto como en pleno día. Sobre la tierra distinguieron las huellas. Dédalo las contó.

—Los guardias son siete.

—Uno por cada muchacho. ¡Ah, si tuviéramos siete espadas!

—Papá, ¿vamos a matar al Toro? —preguntó Ícaro, que correteaba siguiendo las zancadas de su padre.

—Calla, hijo.

Los vieron al descender la rampa final, ante el portón de madera de ciprés con gruesas bisagras de bronce. Estaba abierto y el último guardia acababa de entrar en el laberinto.

—¡Deteneos! —exclamó Ariadna desde el umbral.

En el vestíbulo del recinto los guardias se volvieron, perplejos, al ver a la mujer ataviada y enarbolando la espada, al hombre sabio y al niño. Teseo y sus compañeros también los miraban con asombro. Iban todos maniatados con sogas, en hilera.

El jefe se dirigió a la princesa.

—Mi señora la reina ha ordenado…

—Yo soy la voz de la reina —lo atajó Ariadna, irguiéndose ante él—. Ella me envía.

El jefe se inclinó con respeto y sus hombres lo imitaron, sin soltar sus jabalinas.

—No puede iniciarse un sacrificio sin presencia de la sacerdotisa y su acólito. Y estos hombres no son ejecutados, sino sacrificados.

El jefe de la guardia vacilaba en su desconcierto.

—Pero mi señora la reina ha dicho…

—Te repito que yo soy la voz de la reina. Soy su hija y actúo en su lugar. Llevo el arma del sacrificio —Alzó la espada erecteida—. Y él lleva la ofrenda al dios.

Señaló a Dédalo, que sostuvo la porra con las dos manos como una dádiva. El guardia enmudeció.

—Llevaos al niño a palacio —ordenó Ariadna—. Él no debe estar aquí.

Un guardia se adelantó a cogerlo, pero Ícaro protestó, revolviéndose. Dédalo habló con su hijo.

—Ve con ellos. Yo regresaré pronto.

—¡No quiero! ¡Quiero ver cómo matáis…!

Dédalo golpeó al pequeño en la mejilla y habló con voz severa.

—¡Vuelve con ellos! ¡Te lo ordeno!

Ícaro lloraba y, esta vez, no se resistió. Ariadna apretó los labios y se giró hacia el jefe.

—Id y decid a la reina que sus órdenes se han cumplido.

Apenas los guardias se alejaron, Ariadna desenvainó la espada y cortó la soga que ataba a Teseo; él, a su vez, tomó el arma para liberar a sus compañeros.

—¡Salgamos de aquí!

—¡Por fin libres!

—¡Silencio! —exclamó Teseo—. No podemos marchar ahora. Si los guardias nos ven salir, volverán a prendernos, y solo tenemos dos armas.

—Aguardemos aquí —dijo Ariadna, tomando del brazo a Teseo—. Quiera la Diosa que él esté dormido.

—¿Dónde están las muchachas? —preguntó Teseo.

—A salvo y libres —dijo Ariadna—. Nos esperan en el sendero hacia el mar.

Teseo respiró hondo y meditó unos instantes.

—Entonces, antes de salir de aquí, debo hacer algo.

Ariadna se estremeció al oírlo.

—Vine de Atenas para acabar con estos sacrificios.

Sus compañeros lo rodearon.

—¿Vas a enfrentarte al monstruo?

—Quiero verlo con mis propios ojos y matarlo con mis propias manos.

Dédalo le tendió la porra de bronce.

—No es un toro, pero tampoco es un hombre. Usa el arma de un dios para matar a un dios.

Teseo sopesó la clava, pero después la dejó en el suelo.

—Lo haré con la espada erecteida. Soy un hombre y usaré el arma de un hombre.

Ariadna posó las manos sobre el pecho de Teseo.

—La gran Diosa te protegerá. Pero escucha bien. Él tiene la piel muy dura y resiste las armas. Si quieres herirlo, tienes que clavarle la espada de punta, directa al corazón.

—Así lo haré.

—Aguarda —dijo Dédalo—. El camino es largo y sinuoso. Necesitarás algo para no perderte.

Sacó de su morral el ovillo de lana teñida en púrpura y azafrán y se lo tendió.

—Mide quinientos pasos. Deslíalo tras de ti. Para regresar solo necesitas seguirlo.

Teseo cogió el ovillo y empuñó la espada.

—Esperadme aquí. Si al amanecer no he vuelto, huid todos a Atenas. No me importará perder la vida si he podido salvaros al resto.

—Teseo, ¡no te dejaremos! —agregó Leo, echándole la mano al hombro.

—¡No! Si no lo venzo, vosotros tenéis que volver. ¡Juré a vuestros padres que regresaríais! Basta que uno muera.

Ariadna se le echó al cuello y le imprimió un beso ardiente en los labios; la voz resonó de nuevo en la memoria de Teseo. *Será con el amor, y no con las armas, como vencerás esta batalla*. Pero él se dijo que para vencer a su enemigo necesitaba ambos.

La sombra y la luna

Mañana es el gran día. Mañana seré libre.

Un pesado letargo ha caído sobre mí. He dormido profundamente, sin soñar. De pronto algo me ha despertado. Quizá ha sido Mío. No lo sé. No lo veo. La luna llena brilla sobre mi cabeza. Mi santuario resplandece como en pleno día. Me levanto y veo mi propia sombra muy corta, pegada a mí. Mis astas dibujan su silueta curva sobre la arena.

Alguien ha entrado. No lo oigo ni lo veo, pero lo sé. Quizá sea esto lo que me ha desvelado. Hay alguien dentro. Alguien se acerca.

No son las Púas, no huelo su hedor. Pero puedo percibir el aroma del metal. Alguien viene y lleva un arma.

Se acerca sin ruido y esto me alerta. Olfateo el aire. ¿Quién es? No puedo reconocer su olor. Pero me invade la misma impresión que sentí hace una luna, cuando supe que alguien había llegado a la isla.

Es él.

Llamo a Mío, pero no responde. Ha desaparecido. Quizá tenga miedo o juegue a esconderse.

Ahora oigo sus pasos. Avanza con cautela, pero sus zancadas son firmes. Me llega la ráfaga de olor a bronce, acre e intensa. Planto los pies firmes en el suelo y cierro los puños. La ira comienza a crecer dentro de mí.

Unos pasos más y lo veo aparecer ante mí, saliendo del último recodo del pasadizo. Es un hombre y está solo.

Solo con el torso desnudo y a rostro descubierto. La luna blanquea su cuerpo como el marfil. Es fuerte.

Es fuerte y no tiene miedo. Lo percibo desde el primer instante.

Y me enfurece más porque no vacila ante mí. Me observa como si fuera un animal extraño. No tiene miedo porque es ignorante. No sabe que soy un dios.

Avanza hacia mí y yo lo espero, de pie, con los brazos abiertos. Siento que la sangre corre hacia mi cráneo y me inyecta los cuernos con su vigor. Atravesaré ese cuerpo tan blanco, la musculatura nítida, ese pecho que se cree poderoso. Lo perforaré y le lameré la sangre caliente.

Pero él no tiene miedo. Se acerca apuntándome con su arma. El olor de bronce es agudo y me repugna. Apunta hacia mi abdomen. Quiere perforarme. ¡Necio! No sabe que puedo destrozarlo con las manos.

Se lanza dando un grito, pero yo soy rápido. Salto a un lado y, de un manotazo, lo hago caer. Rueda por el suelo, alejándose de mí mientras aferra desesperadamente la espada. Entonces se agazapa y se pone en pie de un brinco. Es ágil, y esto me encoleriza.

Ahora voy a por él.

Gruño y lanzo un bramido para asustarlo. Después me abalanzo contra él, pero me esquiva. Ya no quiere atacarme. Se cuelga la espada al hombro y corre a un lado y a otro. Entonces me hace

reír. ¿Quieres jugar? ¿Quieres esconderte, como Mío? ¿Pretendes esquivarme? ¡Bien, juguemos!

Saltamos, amagamos y yo intento atraparlo. Se escabulle, resbaladizo como una culebra. Miserable gusano blanco. Pero no huye por los pasadizos. Quiere estar aquí, en mi santuario, y eso me inquieta. Si huyera, lo acabaría alcanzando y lo destrozaría vivo. Pero no huye. Intento leer sus intenciones y lo que veo en él me enfurece cada vez más. En sus ojos solo veo la muerte.

Empiezo a cansarme de este juego. No es más fuerte que yo ni más inteligente. Es un hombre y yo soy un dios. Pero no me teme y se me escapa de las manos. Comienzo a preguntarme qué quiere, y la duda me corroe. Ahora estoy ávido de su sangre.

De pronto se coloca a mi espalda y salta sobre mí, cerrando sus brazos alrededor de mi cuello y pegándose a mis hombros. ¡Está cabalgando sobre mí! Salto, corcoveo e intento sacudirlo para lanzarlo a tierra. Agarro sus brazos, pero no puedo liberarme de él y me está oprimiendo la garganta. Rujo de rabia y giro la cabeza. Pero él sigue clavándose a mi espalda, ciñéndome la cintura con las piernas. No puedo perforarlo con las astas.

Me arrojo al suelo y lo arrastro por la arena. Él jadea y protesta, pero no me suelta. Intento aplastarlo con mi peso, cabeceando. Pero él sigue agarrándose, como si formara parte de mi cuerpo. Es una enorme garrapata y no sé cómo desprenderme de él.

De repente se me ocurre una idea.

El muro. El muro de piedra. Me golpearé contra él. Lo golpearé hasta machacarlo. Quiero oír el crujido de sus huesos.

Me lanzo contra la pared, corriendo de espaldas. Un primer golpe, y él lanza un alarido. Bien.

Me arrojo por segunda vez. Él sigue apretándose y encoge la

cabeza. Ha adivinado mi juego y me muerde en el cuello. Apenas me araña, sus dientes son minúsculas púas sobre mi cuero velludo. Pero… son púas.

Bramando, corro hacia el centro del santuario y vuelvo a retroceder hacia el muro. Esta vez le partiré el espinazo.

Y mientras voy trotando, siento que un brazo afloja mi cuello. ¡Me está soltando! ¡Caerá!

Después siento el mordisco frío del metal. Como una ráfaga de muerte me penetra el cuello. Un relámpago de hielo me está atravesando. La sangre cálida brota en un chorro. Me resbala por el torso. Mujo con furia, pero la fuerza me abandona, pierdo peso, mi cólera es arrastrada hacia las alturas y oigo mi propia voz lejana, muy lejana.

Me veo a mí mismo desde arriba, la Luna me ha llevado a su lado y dice: «¡Mira!».

Miro y me veo caer de bruces. Él golpea de nuevo, segándome el cuello. Las astas se inclinan hacia la tierra. Un hilo de sangre gotea por el blanco marfil.

Soy un dios. ¡No puedo morir! No estoy muerto. Lo veo, lo veo todo. Veo al hombre blanco enarbolando su hoja de metal. Brilla bajo la luna como una llamarada fría y cae sobre la testuz. El hombre blanco ha vencido, pero yo no estoy muerto.

He salido. ¡Por fin soy libre!

Y lo veo todo. Soy un dios.

La tempestad

Lo vieron salir, avanzando despacio. En una mano sostenía el ovillo enrollado; en la otra, la espada desenvainada y goteando sangre.

—¡Teseo!

Ariadna corrió hacia él y le echó los brazos al cuello, estrechándolo contra sí. Él la apartó con suavidad.

—Está muerto. No es un dios.

Dédalo intervino.

—Tenéis que huir, deprisa. No tardarán en volver con refuerzos.

—¿Vendrás con nosotros?

—No, me quedaré aquí. Intentaré despistarlos. Vosotros, ¡huid por el monte! Y decid a mi esposa que regrese a palacio.

Ariadna los guio. Calzada con sus sandalias de hilo de oro, brincaba como una gacela, la falda ondeando sobre sus piernas ágiles. Los guio por el sendero hasta el encinar sombrío donde aguardaban las doncellas. Cuando Naucrate vio que Dédalo no venía con ellos, profirió un gemido.

—¿Dónde están?

—Vuelve a palacio —dijo Ariadna—. La reina nos ha descubierto y va a perseguirnos. Regresa, sin que nadie te vea, y salvarás la vida.

—¿Y mi esposo? ¿Y mi hijo?

Ariadna estrechó las manos de la bailarina.

—Ellos están a salvo —mintió.

Sin poder contener el llanto, Naucrate se alejó corriendo. Ariadna entonces apremió al resto del grupo.

—¡Seguidme!

Remontaron las colinas que los separaban del mar. Era el camino de los pastores, agreste y sinuoso, pero más corto. Cuando llegaron a la cima, se detuvieron a tomar aliento. La luna estaba alta en el cielo y a lo lejos divisaron el puerto de Amnisos, las naves ancladas reposando sobre las aguas, como gaviotas dormidas.

Ariadna lanzó una última mirada atrás, hacia el valle donde se erigía el palacio, hacia la ciudad de Cnosos.

—Adiós —murmuró. Y tomando de la mano a Teseo, señaló hacia el mar.

—¡Vamos!

Descendieron al trote por la senda entre matorrales. Cuando las doncellas se rezagaban, los muchachos las apremiaban, animándolas a seguir. Amintas y Solón ayudaban a Erato, que avanzaba con dificultad a causa del tobillo lesionado. Aiglé corría tanto como sus compañeros y los adelantó a todos. Cuando llegaron a la playa, ella los esperaba impaciente. Teseo la miró de soslayo ocultando sus sentimientos.

Las gentes de Amnisos celebraban la fiesta en la playa, mientras que el muelle donde yacían las naves estaba desierto. Los fugitivos pasaron de largo, evitando acercarse a los festejos, y llegaron hasta el embarcadero. Nausiteo, el timonel, hacía guardia en la nave y los vio llegar.

—¡Voto al Señor del Mar! ¡El príncipe!

Teseo agitó la mano desde tierra.

—¡El mismo! ¿Estáis todos ahí?

—Solo una parte. Acamante y el resto se alojan en la ciudad.

—¡Bajad la pasarela! Vamos a subir. ¡Y que alguien vaya a avisar a los otros!

Poco después, Acamante y sus hombres se presentaron con sus armas y pertrechos. Las doncellas ya estaban a bordo y Nausiteo ordenó izar la vela. Justo en ese instante, un grupo de cretenses armados con escudos y lanzas llegó desde la caserna del puerto y les dio el alto.

—¡Deteneos! ¿Quién os permite zarpar?

Ariadna, de pie sobre la pasarela, les habló.

—¡La reina les permite zarpar! Vamos a la isla de Día a ofrecer un sacrificio.

Al ver a la princesa ataviada con su falda y su jubón, los rizados cabellos flotando alrededor del rostro y las serpientes de oro en los brazos, los guardias del puerto vacilaron. ¿Era la reina? ¿O una de las dos princesas? La voz de Ariadna sonó imperiosa.

—¡Marchad y honrad a la Diosa! ¡Uníos a los festejos!

Varios hombres dieron media vuelta, pero el capitán, que dudaba, se resolvió y los llamó de nuevo.

—¡Son los aqueos que huyen y se llevan a nuestra princesa! ¡A ellos!

Corrieron por la pasarela en tropel para subir al barco. Teseo entonces enarboló la clava de bronce.

—¡A ellos! —replicó como respuesta.

Bandeó la clava ante sí, arrojando a varios hombres al agua. Los guardias retrocedieron atemorizados ante los furiosos mandobles de aquella porra colosal.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Se lanzó contra los cretenses, y Acamante y sus hombres lo siguieron. Los filos de metal chocaron sobre la pasarela, entre gritos y gemidos.

Cuando el último cretense saltó a tierra, Feax ordenó levar anclas. Teseo y sus compañeros subieron a bordo y levantaron la pasarela.

Mientras la guardia del puerto, diezmada, los maldecía desde el muelle, la nave de Atenas se deslizó sobre las aguas, empujada por la brisa de la noche. Poco después navegaba ante las costas del islote Día, áridas y plateadas bajo la luz lunar. Nausiteo accionó el timón y viró hacia babor. Amanecía cuando pusieron rumbo al norte.

Asomados a popa, Teseo y Ariadna vieron desaparecer la isla de Creta, sus acantilados y el nítido perfil del monte Ida. Ariadna guardaba silencio. Entonces caminó hacia proa y posó la mirada en el mar.

—¿No lamentas nada? —preguntó él.

—Nada.

—Has abandonado tu tierra y a los tuyos.

—Ya no son más los míos. Ahora, tu tierra es mi tierra y los tuyos son los míos.

Teseo asintió, cerrando los puños con fuerza sobre la borda mientras ella se acercaba en busca del calor de su cuerpo.

Al amanecer salieron a mar abierto. Agotados, todos dormían salvo el piloto, Acamante y Feax. Teseo se apartó de Ariadna, que yacía bajo el castillete de popa, envuelta en una manta ligera, y caminó por la cubierta hasta el timón. El sol asomaba por oriente, una inmensa esfera de fuego encendiendo las aguas.

—Mi príncipe, el viento está cambiando —dijo Nausiteo—. Huelo tormenta.

—¿Tormenta? ¿Dónde? ¡Mira el sol, cómo reluce!

—Reluce, pero es rojo sangre. Olfateo un temporal.

Teseo olvidó sus palabras. Poco después despertó a sus

compañeros y desayunaron pan seco y vino aguado. Eran provisiones muy modestas, pero estaban tan hambrientos que comieron con avidez. La alegría de estar vivos y libres los animaba. Navegaban con buen viento, bajo un cielo despejado y rumbo a su hogar, tras haber escapado de la muerte. Cuando las doncellas fueron despertando, se reunieron con los muchachos y entonaron canciones de alabanza a la Divina Doncella. La única que no se unió a ellos fue Aiglé.

—Tendremos que repostar en alguna isla —dijo Acamante—. Nos quedan pocos víveres y apenas agua.

—¿Qué isla nos queda más cerca? —preguntó Teseo.

Feax respondió:

—Podríamos parar en Anafe, pero es una isla vasalla de Creta. Mejor continuar hasta Melos. Allí encontraremos a gente amiga.

A media tarde, Teseo recordó el vaticinio de Nausiteo. El cielo se cubrió de nubes, cayó una lluvia gruesa y las aguas del mar, grises y encrespadas, comenzaron a zarandear la nave.

Nausiteo ordenó arriar la vela y todos los tripulantes se ataron sogas a la cintura con garfios para sujetarse en medio del oleaje.

—¡Mi señor! ¡Bajad todos a la bodega! —gritó Feax—. Aquí corréis peligro.

Las doncellas fueron las primeras. Conteniendo el mareo, se agruparon bajo la proa, angustiadas. Teseo corrió al castillete para despertar a Ariadna, que asombrosamente aún dormía.

—¡Vamos abajo! ¡Ha estallado una tormenta!

Ariadna se incorporó soñolienta y Teseo la tomó en brazos.

—No temas —murmuró ella—. El Señor del Mar es nuestro protector.

«También era mi padre», pensó Teseo mientras descendía a

trompicones hacia la bodega, estrechando a Ariadna. Lo era antes de tener un padre de carne y hueso… Pero el Señor del Mar se había enfurecido y los truenos comenzaron a retumbar bajo la bóveda del cielo.

La tempestad seguía y las olas barrían la cubierta. Ora la nave se alzaba sobre una montaña de agua, ora caía desplomándose en medio de un abismo de espuma salada. En el cielo restallaban los relámpagos en súbitos latigazos de luz.

Ariadna, con insólita serenidad, se acercó a las doncellas y las tranquilizó.

—Confiad en vuestra buena diosa, como yo confío en la mía. Ella nos protege.

Y en voz muy baja entonó una salmodia de rara belleza. Apenas se oía en medio del oleaje y los gritos de los marinos, pero las muchachas, abrazándose unas a otras, dejaron de llorar. Aiglé, de pie y agarrada a un poste, alzaba la mirada hacia la escotilla que daba a la cubierta.

Teseo subió como pudo, resbaló sobre los tablones mojados y reptó hasta el timón. Feax, atado al poste que sujetaba la pala, se aferraba desesperadamente al madero intentando mantenerlo firme.

—¡Estás loco, príncipe! ¡Vuelve abajo!

—Si tú resistes, yo resisto contigo.

—¡Sujétate a mi lado!

El piloto agarró a Teseo y le pasó la cuerda por la cintura. Aferrados a la pala del timón, soportaron el envite de una ola gigantesca que se abatió sobre ellos. Teseo vio, cercana como nunca en su vida, las fauces de la muerte.

—Señor del Mar, te llamé padre tantas veces… ¡Sálvanos de esta!

Después recordó a la Diosa. *Será con el amor como vencerás*. Pero su corazón estaba dividido. Tal vez era ella la que había montado en cólera.

La sombra en el mar

Has querido matarme, pero soy un dios. Y ahora mi cólera se esparce entre las nubes y necesita volcarse sobre alguien.

El Señor del Mar ha recogido mi furia. Yo la llevaré, me ha dicho. La he descargado sobre las olas. Toda mi fuerza, mi aliento iracundo, mi venganza.

Ella quiso dominarme, pero ahora yo domino los cielos y el mar. El hombre astuto quiso encerrarme, pero ahora no tengo límites. El hombre blanco de la espada ha querido matarme, ahora le mataré yo a él. Porque se ha llevado a Mía, ¡a Mía!, en su barco, pero ahora me apoderaré de ella.

Mía no será de un hombre, sino de un dios.

Arrástralos lejos, Señor del Mar. Golpead su nave, olas furibundas. Soplad, todos los vientos, y alejadlos de su destino. Truena, Señor del Cielo, y arroja sobre ellos tus rayos.

Todos los dioses me obedecen. Todos han recogido mi cólera y yo la arrojo sobre ellos. Sobre los humanos miserables que quisieron atraparme en sus lazos de muerte.

Ahora serán ellos quienes morirán.

Todos menos ella. Mía será inmortal.

La isla

Teseo descendió a la bodega, empapado y aterido, para reunirse con los jóvenes. Leo le ofreció un manto para secarse y lo llamó aparte.

—Dicen que la culpa la tienes tú. El Señor del Mar está furioso porque te has llevado a la princesa de Creta.

Teseo sacudió los cabellos con enojo.

—¿Quién lo dice?

—Eh… al principio lo dijo Erato. Pero ahora casi todos piensan igual.

—¿Tú también?

Leo desvió la mirada hacia las doncellas, acurrucadas bajo la popa alrededor de Ariadna.

—No sé… No sé qué pensar. Quizá sí se deba a eso.

—¡Maldita sea! En el mar hay tormentas. ¡Siempre ocurre! Y gracias a *ella* hemos salido de Creta. Le prometí que me la llevaría.

—Quizá los dioses no piensen igual.

Teseo arrojó a un lado el manto y se acercó a los demás.

—¿Creéis que la tormenta es un castigo por llevarnos a Ariadna?

Erato respondió:

—Sí, lo creemos. Deberías hacer un voto y devolverla a sus

padres.

—Eso no lo haré nunca. ¿Queréis volver a Creta, después de haber escapado de la muerte?

Nadie contestó. Teseo miró a sus compañeros, uno tras otro, y todos bajaron la vista.

—¡Ingratos!

Pero la sospecha fue abriéndose paso en su interior. ¿Y si era Ariadna la causa de aquella tormenta?

Pasaron las horas, un día y una noche. La lluvia y los truenos cesaron, pero el oleaje continuaba zarandeando la nave. Perdidos en medio del mar, ignoraban dónde estaban y cuánto tiempo había transcurrido hasta que un viento del sur, cálido y seco, los empujó y barrió las nubes. Nausiteo gritó algo desde la cubierta y Teseo subió de inmediato.

—¡Por fin vemos la luz!

Un rayo de sol poniente se abría paso entre las nubes, rasgando el cielo como una herida luminosa. El mar seguía agitado, pero las olas eran menores. Teseo elevó una plegaria agradecida al Señor del Mar.

Feax se acercó.

—El viento nos empuja hacia el norte. ¡Buena noticia!

—Y otra aún mejor —señaló Nausiteo—. Mirad, ¡nos acercamos a una isla!

Todos salieron a cubierta para contemplar con alborozo la tierra cercana. También las doncellas subieron, llorando de gratitud.

—¿Qué isla es? ¿La reconocéis? —preguntó Teseo.

—Está oscureciendo y hemos flotado mucho tiempo a la deriva —respondió Nausiteo—. Podría ser Melos, o quizá Naxos.

Se acercaban a una bahía. El sol se había ocultado y en la

penumbra crepuscular distinguieron espesos encinares que crecían sobre los acantilados. Por encima de las copas de los árboles asomaba un edificio solitario de piedra caliza, quizá un santuario. El roquedal descendía hasta una playa arenosa, y hacia allí enfiló Feax accionando el timón.

Prendieron una fogata en la playa con matojos y ramas secas que pudieron atropar. Acamante y sus hombres bajaron un tonel de agua y otro de vino con los escasos víveres que les quedaban. Tostaron el pan humedecido sobre las brasas y mordieron con avidez el queso salado y las almendras. Después se acomodaron para pasar la noche, envueltos en mantas y capas.

Ariadna tomó de la mano a Teseo mirándolo a los ojos. Él se levantó, cogió un manto y ella se llevó una jarra con vino. Juntos se alejaron hacia el interior.

Caminaron entre matorrales de romero y mirtos hasta llegar a un bosquecillo donde crecía la hierba, cerca de aquel templo solitario. Bajo una encina de copa inmensa extendieron el manto.

Sopló una ráfaga de brisa templada y entre las nubes asomó la Luna en su esbelta redondez menguante.

Ariadna se desnudó despacio, moviéndose como en una danza. Teseo, inmóvil, contempló las curvas de sus senos, dos pequeñas lunas apuntando hacia él. La claridad le bañaba la piel tersa, los brazos sinuosos, las caderas gráciles. Cuando la falda se deslizó hasta el suelo, la pisó con la punta de los pies, blancos bajo los tobillos de cierva. Alzó las manos y se deshizo las trenzas, dejando que una cascada de bucles negros le cayera sobre los hombros.

Teseo se desciñó la túnica y quedó desnudo ante ella.

—Tómame. Soy tuya.

Él la tendió en tierra y le abrió el cuerpo para adentrarse en ella. Estaba fría, pero el contacto piel con piel la encendió. Lo envolvió con los brazos y comenzó a besarlo, en el rostro, en los labios y en el cuello, y los besos no eran fríos, sino ardientes como brasas. Cuando Teseo descargó en ella su virilidad, no supo quién estaba poseyendo a quién.

Ariadna se durmió entre sus brazos. Arropados bajo la manta, él la abrigaba contra su pecho, hundiendo el rostro en aquella mata de cabello negro que olía a flor, a tierra y a mujer. Pero no podía conciliar el sueño. Las palabras de Leo y Erato martilleaban su memoria. Y un rostro silencioso y hostil, de ojos grises que le habían robado el alma, lo acechaba en la oscuridad. *Es a ella a quien amo. ¿Qué estás haciendo, Teseo?*

Antes del amanecer, en la hora fría que precede al alba, ya había tomado su decisión.

La torre

Cuando Dédalo oyó las pisadas de los guardianes y la voz imperiosa del rey acercándose, supo que los días de libertad habían llegado a su fin.

El rey encabezaba el grupo, pero junto a él venía la reina, que avanzaba a paso enérgico; la falda púrpura ondeaba bajo su talle, ceñido con cinturón de oro. Entonces Dédalo temió por su vida.

Caminó hacia ellos, sereno y firme, pero el espanto le contrajo el rostro cuando vio que uno de los guardianes llevaba, atado y arrastrándolo junto a él, a su hijo. Ícaro aún se resistía forcejeando con las cuerdas, pero su guardián lo mantenía bien sujeto.

—¿Dónde están los aqueos? —tronó el rey con voz ronca.

La reina inquirió al mismo tiempo:

—¿Dónde está mi hija Ariadna?

Dédalo guardó silencio. Después se volvió hacia el portón entreabierto.

—Han entrado.

—¿Todos ellos? ¿También mi hija?

El rey dio una orden a los guardias.

—¡Todos adentro! ¡Aprestad las armas!

Eran una veintena y entraron en tropel, pero apenas

traspasaron el umbral se detuvieron, indecisos.

—¡Adentro! —repitió el rey, y él mismo le arrebató la lanza a uno de los guardias y se puso en cabeza, avanzando por el corredor. La luna estaba alta e iluminaba los pasadizos como en pleno día. Minos señaló las huellas en la arena.

—¡Han pasado por aquí!

—Mi señor, solo hay huellas de un hombre —observó uno de los guardias.

Minos gruñó y siguió adelante.

Ante la puerta, Pasífae encaró a su consejero. Con ella quedaron dos guardias, uno era el que custodiaba al pequeño Ícaro.

—¿Por qué nos has traicionado?

—Solo he servido a mi princesa.

—¡Yo soy tu señora! ¡No mi hija! ¿Qué te pidió?

—Ariadna solo quería salvarlos de la muerte.

—¿Y por eso ha entrado con ellos en el santuario? ¿También ella?

Dédalo bajó la mirada.

—Ella no ha entrado.

—¿Dónde está, pues? ¡Habla!

Dédalo movió la cabeza con desazón.

—Te lo ruego, mi reina, manda soltar a mi hijo. Me duele verlo así.

—No lo soltaré. Y lo mandaré desollar vivo delante de ti si no hablas.

El guardián zarandeó al pequeño, que se revolvió de nuevo intentando morderle el brazo. Entonces el hombre lo golpeó.

—¡Te lo suplico! No lo maltrates. ¡Hablaré!

Pasífae hizo un gesto al guardia, que aflojó la cuerda del niño. Ícaro, más que llorar, gruñía dolorido.

—Mi señora, cumplí con tu mandato. Acompañé a Teseo, conversé con él, averigüé sus intenciones. Te lo comuniqué todo. Todo salvo el secreto que tu hija, Ariadna, me pidió que guardase. ¿A quién obedecer? Tú sabes que te soy leal, pero no pude desoír la petición de una joven enamorada. Me rompió el corazón y pensé que podría ayudarla.

—¿Ayudando a escapar a los jóvenes del tributo? ¿Robando la ofrenda a nuestro dios? ¿Mintiéndome a mí, tu reina y señora, que te acogió cuando no eras más que un criminal, exiliado de tu tierra?

Dédalo no respondió.

—¡Te lo hemos dado todo! Casa, esposa, un lugar de privilegio a nuestro lado. Has sido honrado por toda la ciudad, en palacio los criados se inclinan ante ti. ¡Y tú correspondes con la traición!

El inventor continuó en silencio y soportó con rostro de piedra las acusaciones de la reina.

—La fuerza de la sangre ha podido más… Eres como ellos, como todos los reyes de la casa erecteida. ¡Serpientes tramposas! Víboras que muerden la mano que les da el pan.

Dédalo se postró ante Pasífae, inclinando la cabeza.

—¡Ahora te humillas ante mí! ¡Alza la mirada y dime! ¿Dónde está mi hija?

—Han huido, mi señora. Se han embarcado en la nave y regresan al Ática.

Pasífae esbozó una sonrisa cruel.

—¡No llegarán muy lejos! Mi esposo los perseguirá con su flota. No permitiré que un canalla aqueo rapte a mi hija. La futura reina cretense jamás pisará esa tierra miserable.

—Mi señora, os pido misericordia. No para mí, sino para mi esposa y para mi hijo. ¡Ellos son inocentes! Jamás han sabido de mis planes. Ícaro solo me siguió, y no pude hacerle volver a palacio…

—Los perdonaré a ellos. Pero tú no volverás a ver la luz del sol.

Dédalo contuvo el temblor.

—¿Qué harás de mí, señora?

—Tú construiste este santuario. En él morirás. ¡Devorado!

De pronto se oyeron voces y, al poco, salieron Minos y los guardias del laberinto. El rey avanzó sosteniendo algo en las manos. Pasífae lanzó un alarido desgarrador cuando lo contempló bajo la claridad de la luna.

Agarrándola por los cuernos, Minos alzó la enorme cabeza de toro, que goteaba sangre por el cuello segado a espada.

Al día siguiente la tormenta se abatió sobre la isla y el rey no pudo zarpar con su flota para perseguir a los fugitivos. En palacio resonaban ayes y murmullos. Los criados se afanaban en sus tareas, diligentes y temerosos. En el patio, bajo la lluvia, la mesas languidecían con los restos del banquete y las flores marchitas.

Pasífae se retiró a sus habitaciones. Minos, en el salón comedor, bebía y venteaba su rabia con sus compañeros de armas y los capitanes de la flota. En el atrio de las dobles hachas, bajo los pórticos, se reunieron Catreo y Fedra.

La lluvia goteaba de los dinteles y Fedra se abrigaba con un manto de lana ligera. Catreo observó el cielo gris y las ofrendas de la fiesta, empapadas. Los pebeteros del incienso se habían llenado de agua que ahora se vertía, negra como tinta, sobre el enlosado.

—El Señor del Cielo está enfurecido.

—También el Señor del Mar —dijo Fedra—. ¿Qué será de ellos, en medio de las aguas?

—La profecía se va cumpliendo. Ariadna ya no volverá a nuestra isla.

—¿Acaso morirá?

—No lo sé. Pero tú serás la reina.

—¿Y madre?

—Madre está desesperada. ¿La has visto? La muerte del Toro la ha hundido. Algo está muriendo en ella.

Fedra asintió con tristeza.

—Cuando cese la lluvia, celebraremos un funeral solemne.

—Era un dios, ¿te das cuenta, Fedra? Era el protector, el que recibía las ofrendas y los sacrificios. Los dioses no pueden morir.

—Pero ¿qué ocurre cuando mueren?

—Cuando los dioses mueren, todo es posible. El caos se desata y es preciso crear un nuevo orden.

—¿Quién lo creará?

Catreo miró las efigies de la doble hacha que coronaban el altar del patio.

—Otros dioses. O quizá los hombres.

En el salón del trono, Pasífae permaneció durante largas horas con la mirada perdida en el vacío mientras el día avanzaba y la lluvia se precipitaba sobre la isla. Vestida con su traje de ceremonias, coronada con la diadema de la serpiente, rechazó comer o beber y despedía a todos cuantos se presentaban ante ella. Ni siquiera aceptó al gran eunuco, que quiso acompañarla en su duelo. Al atardecer, Fedra se asomó tímidamente a la entrada. Por primera vez, Pasífae desvió la vista para fijarla en alguien.

—Madre.

—Ven, hija.

Fedra se sentó a sus pies y abrazó las rodillas de la reina. Reclinó la cabeza en su regazo y sintió la caricia de sus manos frías rozándole las mejillas.

Cuando la lluvia cesó, los guardianes golpearon la puerta de los aposentos donde vivían Dédalo y su familia. No se les permitía salir ni les habían dado agua ni alimento durante dos días.

Dédalo abrió la puerta con cautela y los guardias irrumpieron adentro. Vieron la habitación recogida y limpia, a Naucrate sentada en el lecho, junto a su hijo, y a Dédalo firme, vestido con su túnica y conservando la dignidad.

Sin contemplaciones, dos guardias sacaron una soga y lo maniataron.

—¿Adónde me lleváis?

—¡Calla!

Después se dirigieron a la mujer y al niño.

—¡Danos al crío!

—¡No! Os lo ruego, ¡él no!

Dédalo se volvió hacia los guardias.

—Tened piedad. ¡Es solo un niño!

—Son órdenes de la reina.

Ataron a Ícaro, que pataleó y mordió cuanto pudo. Dédalo gritó.

—¡No le hagáis daño! Hijo, ¡no te resistas! Déjalos, o te golpearán.

Llorando de rabia, Ícaro se dejó atar como su padre. Los guardias lo empujaron.

Naucrate se arrojó a sus pies sollozando.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Qué vais a hacer con ellos?

Un guardia la apartó de una patada.

—No te incumbe. Obedecemos a la reina. Tú, quédate aquí y no salgas.

Naucrate intentó salir, pero la golpearon y la arrojaron dentro de la habitación; luego atrancaron la puerta.

Dédalo se agitaba entre las sogas.

—¡Ella no es culpable! ¿Por qué le pegáis así?

El jefe de la guardia lo amenazó.

—Ella es la esposa de un traidor. ¡Calla o te cortaremos la lengua!

Los guiaron por el pasadizo hasta la escalera. Dédalo vivía en el ala de los artesanos, un edificio cuadrado de seis pisos alrededor de un patio. Allí moraban, trabajaban y convivían decenas de familias que formaban una pequeña ciudad dentro del palacio. Muchos se asomaron a las galerías para ver cómo se llevaban a Dédalo. Los murmullos de sorpresa y compasión se unían a las críticas menos amables.

—¡El niño no merece eso! ¡Ni tampoco su mujer!

—Es un traidor, ¡estaba vendido a los aqueos!

—Dicen que él ha matado al Toro…

—No, no, ¡lo mató el aqueo! Pero con su ayuda.

—Ese hombre nunca ha sido de fiar. ¡Su mente siempre trama malicias!

—La reina confiaba en él…

La reina lo esperaba en lo alto, en una terraza elevada que coronaba el edificio. Allí, flanqueada por el gran eunuco, el mayordomo y el escriba, Pasífae se dirigió al inventor, atado entre los guardias.

—Construiste un santuario para nuestro dios, sin techo para que pudiera ver la luz. Ahora, como ves, tendré misericordia de ti. Vivirás en un lugar alto, bajo el sol y bajo las estrellas. Podrás distraerte viendo volar a los pájaros. Pero tus pies jamás volverán a pisar la tierra. ¡Ni los de tu hijo!

Dédalo cayó de rodillas ante ella.

—¡Perdona a mi hijo!

—Encerrarte en una torre es un castigo cruel. ¿No pedías misericordia? Tu hijo te hará compañía hasta que mueras.

Dédalo calló. Ícaro aún intentaba resistirse, pero con menor fuerza. La reina lo llamó, mirándolo con ira, y el niño se quedó

inmóvil.

—Aprende bien esto, Ícaro. La lealtad tiene un premio. Pero las traiciones se pagan. Y los hijos heredan el crimen de sus padres.

Los guardias desataron al inventor y a su hijo. Cerraron la trampilla que daba al terrado y echaron un cerrojo. Ícaro corrió hasta el muro que circundaba la azotea y, de puntillas, se asomó.

—Papá, ¡se ve todo el palacio! ¡Y todo el campo, hasta el mar!

Conteniendo las lágrimas, Dédalo se acercó a su hijo. Su mirada de asombro lo enterneció. Ícaro solo veía los patios de palacio y sus columnatas, los trigales dorados salpicados de amapolas, el campo donde pastaban los toros, las colinas boscosas y, allá lejos, la blanca playa de Amnisos. El mar de nuevo estaba en calma y las golondrinas trazaban sus danzas vertiginosas bajo un cielo de nítido azul.

—¡Se ve todo! —repitió Ícaro.

Su padre lo tomó en brazos y lo estrechó. La vista hermosa le hacía olvidarse de su prisión. Al menos, meditó Dédalo, aún les quedaba esto.

Abandono

Ariadna despertó con frío y dolor en las entrañas. Echaba en falta el cuerpo que la había abrazado durante la noche, el cuerpo que la había cubierto y poseído. Cobijada al calor de su pecho había revivido una y otra vez aquel momento de dolor penetrante, el placer del deseo colmado y el gozo de sentir que, durante unas horas, habían formado un solo ser, bajo la encina de aquella isla sin nombre. Era el acto de adoración más sagrado.

Se incorporó, alargando el brazo, y vio la marca del cuerpo aún impresa en el manto, húmedo de rocío. A un lado vio su diadema sobre la hierba y la jarra de vino vacía. Se vistió aprisa y caminó hacia la playa.

Estaba desierta. En la arena distinguió las huellas de muchos pies; las cenizas de la hoguera estaban apagadas. Hacía tiempo que había amanecido y el sol ascendía en el cielo despejado, sobre el mar. El barco había desaparecido.

Atenazada por la angustia, removió las cenizas con el pie y llamó.

—¡Teseo!

Corrió hasta la orilla y volvió a gritar con desesperación. Nadie respondió, solo un par de gaviotas que cruzaron volando alto sobre su cabeza.

Una certeza aterradora cayó sobre ella, fría como un golpe de hacha. Ariadna se mesó los cabellos, cerrando los ojos e intentando contener el clamor de voces despiadadas que resonaban en su interior.

¡Engaño! ¡Engaño! ¡Traición! Te ha utilizado para salir de Creta y salvarse, él y sus compañeros. Te mintió. Nunca te amó, nunca quiso llevarte consigo. ¡Todo es mentira!

—¡No! ¡No! ¡No!

Ella lo amaba. Su amor era real. ¡No era mentira!

—¡Te amo! ¡Y tú te has entregado a mí!

Volvió a mirar al horizonte y divisó, en la lejanía, a punto de desaparecer, la oscura vela de la nave aquea.

—¡Teseo!

Aulló, rasgándose el jubón y arrojando los jirones lejos. Se arrancó mechones de cabello, cayó de bruces y restregó la cabeza en la arena. Tomando un puñado de cenizas, se las echó sobre la frente. Tras una noche de amor, ahora era peor que una viuda: sola, abandonada y rota. Un despojo olvidado en la playa. Apenas unas horas antes se había creído bella, amada, con un glorioso futuro por delante y rebosante de amor.

Entre sollozos, se mordió las manos y los brazos hasta sangrar.

—¡Lo di todo por ti! ¡Todo por ti! Y lo daría una y mil veces más. ¡Mataría por ti! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué me has abandonado?

La mente se le nublaba y el mundo, absurdo y cruel, giraba a su alrededor.

—Prometiste llevarme contigo… hacerme tu reina, en Atenas. ¿Qué te ha hecho cambiar?

Tambaleándose, retrocedió por aquel sendero que habían pisado apenas unas horas antes, de noche. Llegó junto a la encina y, cuando vio la diadema, la arrojó lejos de sí. Agarró el manto entre ambas manos y hundió en él el rostro. Las voces

seguían resonando en su mente.

Traicionada ¡y traidora! Engañada y mentirosa. Has fallado a los tuyos. ¡Has permitido que matara al Toro! Era un dios, y tú incitaste a Teseo al crimen. ¡Paga ahora por tu culpa!

—¡No, no, no! No puedo resistir tanto peso…

De pronto una idea se abrió paso en medio del vocerío turbulento que se agitaba en ella. Una idea nítida y tajante como el filo de un labrys. Era el relámpago en medio de la tempestad. Estaba perdida y necesitaba, desesperadamente, hacer algo. Y ahora sabía qué.

Rasgó el manto en largas tiras, con energía y precisión. Las ató por los extremos, uno con otro, formando dobles nudos, y comprobó su resistencia. Acercándose a la encina con la maroma improvisada, la echó a una rama fuerte que se cernía sobre ella. Después saltó para alcanzar el cabo más alto, lo unió con el resto y formó un lazo.

Terminaba de atarlo cuando alguien se plantó detrás de ella. Un brazo la detuvo y una mano grande se cerró sobre las suyas.

Alto, de piel blanca y rostro imberbe, con la hermosa cabellera cayendo sobre los hombros desnudos, su mirada desprendía fuego.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Forcejeó con él, pero fue en vano.

—¡Suéltame! ¡No resisto vivir! ¡Déjame!

Intentó librarse de sus brazos, pero era como luchar contra una roca de mármol. Entonces se dejó caer de bruces, rompiendo en llanto, y él la soltó. Arrodillándose a su lado, escuchó sus alaridos sin decir palabra.

—¡Quiero morir! ¿No lo entiendes? ¡Vivir un instante más es una tortura! ¡Deja que termine!

Alargó la mano hacia la soga, pero él se la arrebató.

—¿Por qué? ¡Déjame morir! ¡Déjame, o ayúdame a quitarme la vida!

Entonces él habló, con voz armoniosa y profunda.

—Soy incapaz de matar algo hermoso. ¿Por qué quiere morir una joven tan llena de vida?

Ariadna rugió con desesperación.

—¡Vida! No tengo vida, no tengo nada… ¡No soy nada! ¡Nada! Estoy vacía.

—No son los corazones vacíos los que desean la muerte… Más bien son los corazones rotos.

—¡Basta! Ten piedad de mí y déjame acabar… ¡Déjame!

Alargó las manos hacia él en busca de la soga. Pero no se la dio. Entonces se arrebujó contra el tronco de la encina y se echó a llorar sin consuelo.

Una ráfaga de calidez invadió el matorral. Oculto entre las ramas, un ruiseñor desgranaba su cántico; una mata de jaras comenzó a florecer, las corolas abrieron sus pétalos rosados, uno tras otro, y decenas de margaritas brotaron como estrellas alrededor de Ariadna.

Cuando levantó la vista, un grupo de hombres y mujeres rodeaban al hombre de ojos de fuego. Ellas vestían túnicas ligeras, ellos iban semidesnudos, con faldellines de piel de cabra. Todos eran delgados y morenos, y lucían guirnaldas de hiedra y flores en la cabeza. Algunos llevaban flautas, otros sistros, y un joven sostenía una lira.

—¡Eres el Niño Divino!

Entre lágrimas contempló su cuerpo y su rostro de extraña belleza. Vestía una túnica muy fina, como las mujeres, ajustada con un ceñidor y con un solo tirante, que le dejaba al descubierto el torso lampiño. Se inclinó hacia ella y le tendió una mano.

—Si eres un dios, sabes lo que he hecho y lo que merezco sufrir. Deja que me vaya.

Él, por toda respuesta, hizo un gesto a uno de sus acompañantes. Era el único que lucía barba y llevaba un odre a

la espalda. Llenó un vaso de bronce, se lo dio al Niño Divino y él se lo ofreció a Ariadna.

—Lo bebería si fuera veneno.

Él sonrió.

—Es veneno. El más dulce de todos, y el más letal. Bebe, hermosa, bebe, y te irás.

Tomó el vaso con ambas manos y lo apuró, sorbo tras sorbo. Era vino fuerte, sin aguar, endulzado con miel y especias.

—Dame más.

Le llenó el vaso de nuevo.

Y ella lo bebió entero y aún pidió otro. Cuando terminó de beber, vaciló y el mundo comenzó a borrarse ante sus ojos. Cayó, y solo notó que unos brazos fuertes la sostenían. Su cuerpo se volvió ingrávido y flotaba, sumida en la inconsciencia, entre voces, luces y sombras que se agitaban a su alrededor, hasta que la claridad del día se apagó.

El retorno

A bordo de la nave, Teseo caminó hacia proa, donde Aiglé se acodaba a la borda, escrutando el horizonte. Las olas coronadas de espuma se agitaban, pero el viento que hinchaba la vela los empujaba hacia el norte, hacia el hogar.

Rodeándola por la cintura, la atrajo hacia sí. Aiglé lo apartó de un codazo.

—¡Suéltame!

—Te amo, Aiglé.

—¿También le dijiste esto a la princesa cretense anoche?

—No lo entiendes. Todo lo que he hecho ha sido para salvaros la vida. Pero si lo he hecho por alguien, ha sido por ti.

Ella giró la cara, mirando hacia el mar.

—Te amo, Aiglé. Y quiero hacerte mi esposa.

—¿Y si yo no quiero?

—Eso lo decidiremos entre tu padre y yo.

—¿Crees que mi padre aceptará, si me niego?

—Aiglé, ¡mírame! ¿Cómo puedes negarte? Ninguna mujer en su sano juicio lo haría. ¿Negarse a ser la esposa del rey? ¡Serás la reina del Ática!

—¿Y si no es eso lo que quiero?

—¿Qué quieres, entonces?

Ella no respondió y se encerró en su mutismo. Teseo la besó

suavemente en el hombro desnudo y regresó junto al piloto.

—Tierra a la vista —dijo Nausiteo—. Allá, a oriente.

—Acerquémonos. Necesitamos repostar agua y provisiones.

La isla era pequeña y estaba deshabitada. Acamante y los muchachos la recorrieron y encontraron un pequeño manantial de agua, donde pudieron llenar los odres. También vieron un rebaño de cabras salvajes correteando por una colina boscosa. Teseo y sus compañeros tomaron lanzas y cazaron dos. En la playa decidió ofrecerlas al Señor del Mar y a la diosa del amor, en gratitud por haberlos librado de morir.

Recogieron leña seca del carrascal y prendieron dos hogueras. Teseo tomó vino de una jarra y lo vertió sobre las dos cabras, invocando a las deidades. Después las asaron sobre el fuego, las despedazaron y comieron con buen apetito. Saciados y más alegres, las muchachas entonaron un cántico de su tierra y danzaron en círculo. Los jóvenes no tardaron en unírseles.

Al atardecer, aprovechando una brisa favorable, decidieron embarcarse de nuevo.

Tres días más tarde divisaron los acantilados blancos que de inmediato reconocieron.

—¡El cabo Sunion! —exclamó Leo.

Y todos lanzaron gritos alborozados.

—¡Ya estamos en casa!

—En un día llegaremos a Atenas —declaró Feax.

Las muchachas volvieron a cantar, batiendo palmas. La única que no las acompañaba era Aiglé.

—¿No te alegra volver a tu casa? —preguntó Teseo—. ¿No añoras a los tuyos?

Aiglé, por toda respuesta, alzó la mirada hacia la vela oscura.

—¿No teníais que cambiar la vela por la otra blanca?

Teseo tragó saliva.

—¡Nos hemos olvidado! Pero no importa. Cuando mi padre

vea que llegamos sanos y salvos, su alegría será mucho mayor.

Apenas se acercaron al cabo Sunion, los vientos se volvieron contrarios y tuvieron que navegar a sotavento. Solo después de tres días avistaron la playa de Falero, el puerto de Atenas.

Los pescadores los vieron llegar y las gentes de Falero se agolparon en la arena. Algunas mujeres comenzaron a ulular sus cánticos de duelo, esperando oír del capitán el aciago fin del príncipe y sus compañeros, la flor del Ática.

Pero los aullidos cesaron pronto, apenas vieron descender de la pasarela al capitán, seguido de Teseo, los seis mozos y las siete doncellas, vestidas de blanco y agitando los brazos.

—¡Hemos vuelto! —Teseo alzó la voz—. Todos vivos, ¡hemos acabado con la maldición de Creta!

La multitud pasó del lamento al clamor de victoria. Las mujeres arrojaron sus velos negros y todos los rodearon, vitoreando al príncipe. Bañado en el amor y la gratitud de sus gentes, Teseo vio llegar varios carros procedentes de Atenas. Eran los notables que, avisados por los vigías del puerto, se acercaban a recibir la nave.

El gentío, al verlos, les cedió paso. De los carros descendieron los patriarcas de los Laquiadas y los Butades, el rey Alcátoo de Megara y el padre de Leo, acompañado de Fítalo.

Teseo avanzó hacia ellos, sonriendo ante su incrédulo asombro.

—¡Os saludo, señores del Ática! Los dioses me han concedido cumplir mi promesa. ¡Aquí tenéis a vuestros hijos!

Peribea corrió hacia su padre mientras los demás se acercaban a abrazar a sus vástagos. Pero pronto los jefes de familia se volvieron a reunir, inclinándose con respeto ante Teseo. Sus rostros eran graves.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Mi príncipe, tu llegada es causa de sorpresa y alegría a la

vez. Los vigías nos avisaron de que la nave llegaba con la vela negra izada.

—¡Fue un olvido! Algún dios o genio adverso nubló nuestra memoria.

El patriarca de los Laquiadas asintió con pesar.

—Tenemos una mala noticia para ti, príncipe. Tu padre, el rey, ha muerto.

La sombra sin cuerpo

Ah, la reina Pasífae. La luminosa, la resplandeciente, la que hacía brillar el palacio con su presencia. Has perdido tu luz y te apagas día a día, como las cenizas de un fuego que se consume. Has perdido la claridad de tus ojos y tu estrella declina. Lo sabes bien, como yo lo sé.

Permitiste que mataran a tu hijo, a tu dios. Querías ofrecerme catorce vidas, pero el hombre perverso e intrigante pudo más que tú. Él y la pasión desmedida de la que tenía que ser mía.

Ahora que estoy libre de mi cuerpo, lo entiendo todo. Porque lo veo todo y leo en vuestras mentes. Ahora que ya no arrojo mi sombra en la tierra puedo estar en todas partes y lo sé todo.

Te equivocaste, madre. Creíste que podías adorarme sacrificando vidas. Creíste que amaba devorar carne, beber sangre y masticar sus huesos. Yo solo quería ser libre.

Me engendraste en tu vientre, pero no me conocías. Nunca supiste descifrar mi corazón, como yo he sabido descifrar el tuyo. Ahora pagas el precio de tu ignorancia.

Todos lo están pagando.

Tu esposo, el rey, quiere zarpar con su flota. Quiere conquistar Atenas, se cree invencible y fracasará. Ese es el error de los hombres arrogantes como él. Creen ser como dioses y no

lo son.

Tus hijos intrigan contra ti. Ven tu declive y aguardan el momento, agazapados como cachorros de león. Quieren sentarse en el trono, él y ella. Ella es la peor. Engaña a todos porque es hermosa y de voz suave. Pero yo sé lo que hay bajo sus ojos verdes. Sabe esperar y actuará cuando llegue el momento.

Y tú te consumes entregándote a tus tareas, gobernando ese palacio que es como una bestia que traga y expulsa, devora y echa. Joyas, tejidos, cerámica, trigo y vino, aceite y miel. Consume bronce de la isla lejana y expulsa espadas y lanzas como las que esgrimen las Púas.

Odiosas Púas. Ellas siguen ahí, obedientes y serviles. Inútiles. Tenían que protegerme y no lo hicieron. Tenían que detener a los muchachos extranjeros y abandonaron su lugar. Se dejaron engañar vilmente por el hombre perverso.

El hombre perverso. Dédalo. ¡Cómo me regocija verte castigado! Reí, entre las nubes, mientras llorabas con tu hijo en brazos, ese niño que todavía tiene el corazón puro. Demasiado puro y despierto. Tu hijo no vivirá mucho, porque la tierra no soporta espíritus como el suyo.

Quieres salvar a tu hijo, lo sé. Urdes planes en tu mente retorcida y tramas la huida. ¿Qué estás haciendo, en tus largas horas de encierro, en esa azotea inaccesible? Te veo meditar y contemplar el vuelo de las aves. Tu cabello ha encanecido y ya no puedes cortártelo ni afeitarte la barba. Estás envejeciendo.

Sonrío mirándote porque ahora estás como yo, prisionero bajo el Sol. El único lugar abierto es el cielo, y por el cielo no puedes huir. Cuando llueve y sopla el viento pasáis frío, apenas tenéis una manta para cubriros y os arrebujáis como las crías de lobo bajo el cuerpo de su madre. Y tú le cuentas historias a tu hijo para que se distraiga y no tenga miedo.

Pero tu hijo, Ícaro, no tiene miedo. Solo quiere salir.

Veo que un criado te sube la comida y te trae plumas del palomar, metidas en la cesta de las provisiones. Has confeccionado un colchón mullido bajo la manta. Pero este hombre te trae más y más plumas. ¿Para qué quieres tantas? ¿Quieres tejer un cobertor para pasar el invierno?

No, no las quieres para eso. Estás construyendo uno de tus artilugios. El criado que te sube la comida te ha traído también unas cañas cortadas, ocultas entre las plumas, y un cuchillo. Las encajas unas con otras para hacerlas más largas y ensartas en ellas las plumas. El criado te trae cera, resina y más plumas.

Ese hombre es un traidor. Quizá lo hayas seducido con tu palabra. ¿Qué estás haciendo, Dédalo? Ahora lo sé, y me asombra la pérfida inteligencia que anida en tu mente. Tú no quieres ser divino, pero desafías a los reyes y a los dioses. Quieres superar a la misma naturaleza.

Te estás haciendo unas alas.

Dioniso

Despertó con el canto de una alondra posada en el alféizar de la ventana. Parpadeando ante la luz, entreabrió los ojos bajo la suavidad de una sábana que cubría su cuerpo desnudo.

Yacía sobre un lecho mullido, en una habitación con vigas de cedro y paredes pintadas al fresco: lirios y palomas sobre un cielo del color del alba. El aire olía a espliego recién cortado.

Él estaba allí, sentado a los pies del lecho, mirándola.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces?

—Eres un dios y te pedí que me quitaras la vida. ¿Por qué no lo has hecho?

—¿Cómo podría matar una belleza como la tuya?

Ariadna se incorporó, cubriéndose el seno con la sábana.

—¡Belleza! Apenas soy más que un despojo.

—Para mí no eres un despojo; eres un tesoro, una joya de valor incalculable que alguien dejó olvidada en la arena.

—Soy una traidora a los míos y una mujer repudiada por el hombre que amaba. Si no quieres matarme tú, deja que lo haga yo.

—¿Por qué quieres morir?

Ariadna guardó silencio. Él se inclinó y le acarició el rostro, enredando los dedos entre sus bucles.

—Quiero que vivas, y te quiero a ti.

Ella giró la cara.

—Hagamos un pacto. Veintiocho días. Acepta ser mi huésped durante una luna, y después te ayudaré a morir.

Ariadna se volvió, sosteniendo aquella mirada de fuego que la penetraba. Su rostro imberbe y terso, orlado por la ondulada melena negra, era de una belleza femenina, pero al mismo tiempo desprendía virilidad.

—Acepto.

—Trato hecho, pues. Mientras tanto, deja que te obsequiemos.

Al instante llegaron dos mujeres, una joven risueña de cuerpo armonioso, la otra madura, con una hermosa cabellera recogida en trenzas.

—Mimalo, Basari, preparadle un baño. Y, después, peinadla y vestidla con seda.

Ariadna se dejó agasajar. La llevaron a una cámara de baño con ventanas veladas por delicados cortinajes blancos que dejaban pasar la luz. En el centro vio una enorme bañera de alabastro llena de agua caliente. Basari vertió aceite perfumado, Mimalo tomó un cestillo lleno de pétalos de rosa y los esparció. Apenas Ariadna se sumergió en la bañera, la calidez del agua la envolvió, el dolor comenzó a desaparecer y su memoria lo olvidó todo.

Con manos hábiles, Basari y Mimalo le lavaron los cabellos y le frotaron el cuerpo. Cuando el agua empezó a enfriarse, salió de la bañera y la cubrieron con una túnica de seda blanca, suave como el roce de una pluma. Sentada ante un tocador con espejo, Ariadna contempló su rostro y se estremeció.

—Estás hermosa, mi princesa —dijo Mimalo—. Mira, te ha vuelto el color a las mejillas. ¡Antes estabas tan pálida!

«Mi rostro no dice la verdad», pensó Ariadna. Su corazón estaba roto, pero su tez volvía a recuperar la lozanía de una joven rebosante de vida.

—Quiero morir —susurró.

—¿Qué dices, princesa? —preguntó Basari mientras se acercaba con un peine de marfil.

—No os molestéis en acicalarme. Voy a morir dentro de veintiocho días.

Basari movió la cabeza, luego le tomó un mechón de cabello y lo peinó con destreza.

—Pero en estos veintiocho días, mi querida, vas a vivir. Y, durante tu estancia en esta casa, serás bella y te vestirás como una reina. Aquí no hay lugar para la fealdad ni la muerte.

Ariadna sintió curiosidad.

—¿Dónde estamos?

—En la isla de Naxos.

—¿Es aquí donde vive el Niño Divino?

—Aquí es. Aunque él viaja en su nave y durante el año visita otros lugares.

—Y vosotras ¿quiénes sois?

Mimalo y Basari cruzaron una mirada cómplice y callaron con una sonrisa.

—¿Sois sus criadas? ¿Sus esposas? ¿Sus amantes?

Las dos movieron la cabeza. Mimalo dijo:

—Desde que llegaste a la isla, mi señor solo ha tenido ojos para ti. Le has robado el corazón.

A mediodía, Ariadna salió del baño, peinada y vestida de seda. Basari la condujo al salón comedor. Pisaban suelo de mármol y, a su paso por las galerías de aquel palacio, el aire se llenaba de fragancias y los ruiseñores trinaban desde el jardín. Se cruzaron con otras mujeres, ataviadas con vaporosas túnicas, con jóvenes

criados y algunos niños que correteaban tras ellas, cuchicheando. Todos se inclinaban ante Ariadna como si fuera una reina.

Contempló con asombro cómo las velas de un candelabro se encendían solas apenas entraron en la estancia. Allí las esperaba una mesa servida con viandas sencillas pero dispuestas con sumo gusto en platos de cerámica, entre guirnaldas de hojas de parra y florecillas silvestres. Había un cuenco de ensalada, miel, queso fresco y pan tierno, un plato de almendras tostadas y otro de aceitunas en sazón. En medio vio una jarra de vino y dos copas.

Muy a su pesar, en ella se despertó un apetito voraz.

—¿Voy a comer sola? ¿Todo esto para mí?

—Oh, no. Él vendrá pronto a acompañarte.

La dejaron sola en una silla de brazos, ante la mesa, y Ariadna no pudo contenerse. Era descortés comer sin esperar a que el anfitrión iniciara el ágape, pero no resistió probar una aceituna. Después devoró varias almendras y terminó envolviendo un pedazo de queso en el pan, que mordió con fruición.

—Veo que te agradan nuestras viandas. ¡Celebro que hagas honores a mi mesa!

Ella dejó caer el bocado, sobresaltada.

—¡Oh! Lo siento, debí esperar.

—Estabas hambrienta —dijo, acercando otro sillón y sentándose a su lado—. Come sin temor. No me molestas.

Él se sirvió una copa de vino y contempló cómo Ariadna comía, ahora con mayor mesura.

—¿Tú no vas a comer?

—Ya he desayunado.

—¿Siempre bebes vino?

—Siempre, no bebo otra cosa.

—¿Y no te embriagas nunca?

—Nunca.

Ariadna lo observó unos instantes. Recostado en el sillón, él levantó la copa sonriendo. Sonaron los trinos de un jilguero en la ventana, las velas centellearon sobre el candelabro y de una taza vacía comenzaron a brotar hojas verdes y cinco crisantemos de vivo color.

—¿Cómo haces esto?

—No hago nada, ¡solo ocurre! Allí donde yo voy, siempre es primavera.

—¿No hay invierno en esta isla?

—Lo hay, porque la tierra debe reposar. Pero mi cortejo es de música y flores. Aunque solo duren un día, se abren para mí.

—¿Por qué eres el único dios que podemos ver los humanos?

—Porque estoy enamorado. Amo la tierra, amo las plantas, amo los animales y la belleza del mundo. Por eso habito entre vosotros.

—Pero somos mortales. Frágiles, efímeros, perecederos. Toda esta belleza… un día se volverá polvo.

—Mientras ha existido, ha sido gloriosa. ¡Y yo amo la gloria de la carne!

—Eres bien extraño.

—¿Por qué lo dices?

—Los dioses no aman a los mortales. Juegan con ellos y piden sacrificios para aplacar su ira. La única benévola es nuestra Diosa. Ella nos da la vida y el alimento. Pero también puede quitárnosla.

—Una diosa puede dar la vida y quitarla —recitó él.

—Así nos lo han enseñado. Una simple mujer mortal solo puede darla.

—Por eso, Ariadna, te amo. Porque la vida rebosa en ti y sé que puedes darla.

Ariadna apartó el plato mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No. No hay nada en mí… Nada.

Tomó una copa vacía y él la llenó de vino. Ariadna la apuró, despacio, hasta el final.

Al atardecer, después de una larga siesta, él fue a buscarla a la alcoba. Traía una lira entre manos y calzaba sandalias de oro.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Ven y lo verás.

Salieron del palacio cruzando un jardín donde hombres, mujeres y niños se divertían. Unos tocaban, otros cantaban y los niños bailaban. Dejaron atrás los arriates floridos, los mirtos y los laureles para adentrarse en la isla por una senda que subía hacia el cercano monte.

Deseosa de moverse, Ariadna caminó a buen paso tras él, la seda de la túnica crujiendo sobre su piel. Iba descalza, pero ni las piedras ni los abrojos la herían. La tibieza de la tierra era placentera bajo sus pies. La sangre le corría por las venas y la respiración se le aceleraba, pero mantuvo el ritmo. Él no se detenía; más que caminar, parecía danzar sobre el sendero.

Subieron hasta aquel templo solitario entre encinas. Era una pequeña celda de piedra, con un pórtico de cuatro columnas pintadas de rojo oscuro. Apenas llegaron, él se detuvo y señaló al frente.

—Mira.

Ariadna miró. La isla se desplegaba a sus pies. Pequeñas aldeas salpicaban el verdor de los viñedos que se extendían por doquier, entre las encinas oscuras y el terciopelo ceniciento de los olivares. Los roquedales que caían sobre el mar ceñían playas de arena blanca, medias lunas abiertas al intenso azul.

Respirando hondo, Ariadna dejó que la belleza la impregnara. Cantó un mirlo en la espesura, cerca del santuario,

y una mata de anémonas rojas brotó a sus pies.

—¿Lo has hecho por mí?

Por toda respuesta él se sentó en un poyo de piedra, bajo el pórtico, y comenzó a tocar la lira. Las notas cristalinas tejían una melodía alegre y nostálgica a la vez. Después cantó. Y Ariadna quiso huir, porque pensó que aquella voz la cautivaría si seguía escuchando. Pero su cuerpo no la obedecía; se acercó y, sentándose a sus pies, escuchó. Quería llorar, pero las lágrimas que brotaron de sus ojos no eran de tristeza, sino de otra emoción, profunda y estremecedora, a la que no supo dar nombre.

Cuando terminó, posó la lira en su regazo.

—Ariadna.

—¿Qué deseas, mi señor?

—Llámame Dioniso.

El rey

Teseo cayó de rodillas ante las brasas donde habían sacrificado las cabras. Agarrando un puñado de cenizas lo echó sobre su cabeza. No ocultó el sollozo y dejó que un par de lágrimas rodaran por su rostro, pero su mente volaba. *Ganarás un trono, perderás una vida*. Había perdido a su padre, pero no podía permitirse llorar. Su vida, en aquel momento, peligraba tanto como su trono.

Los nobles de Atenas y sus compañeros lo rodeaban en respetuoso silencio, también agitados por la noticia. Teseo se levantó y se dirigió a los patriarcas con voz firme.

—¿Quién está al mando en palacio?

—Tu tío Palas. Ha venido de Maratón con sus hijos. Él se sienta en el trono y recibe a los visitantes. Ha organizado el funeral, que se celebrará mañana.

Teseo llamó a Acamante.

—Vamos a Atenas. Tomad las armas.

Después ordenó a los nobles:

—Prestadme vuestros carros, los devolveré pronto.

Los carruajes rodaron a gran velocidad levantando polvareda. Cuando llegaron a Atenas, la multitud se apartaba a su paso. Varios reconocieron a Teseo y la voz corrió.

—¡El príncipe! ¡Está vivo y regresa!

—¡Ha vuelto el príncipe! ¡Teseo está vivo!

—¿Habrán regresado todos los jóvenes de Creta?

Frente al palacio, una hilera de ciudadanos y gentes venidas de toda el Ática se agolpaba para rendir homenaje al difunto rey, expuesto en un féretro en el patio interior. Teseo observó que la puerta estaba custodiada por hombres armados a quienes no conocía, quizá al servicio de su tío en Maratón.

Al ver llegar los carruajes, la fila se abrió y no pocos lanzaron exclamaciones de asombro. Teseo descendió de su carro y, seguido de Acamante y sus hombres, caminó resueltamente hacia la entrada.

—¡Soy Teseo, hijo de Egeo y heredero al trono! ¡Dejadme pasar!

Los guardias de Maratón, desconcertados, se hicieron a un lado. Teseo irrumpió en el palacio seguido de una treintena de guerreros lanzas en ristre.

En el atrio vio a Palas, vestido con túnica oscura y una diadema en la frente, rodeado por los hijos que le quedaban y algunos nobles de la ciudad. Cuando Teseo llegó ante el féretro, todos enmudecieron y muchos rostros se tornaron lívidos de asombro.

Palas fue el primero en reponerse.

—¡Sobrino! ¿Eres tú en persona, o eres una aparición del mundo de los muertos?

—Soy yo, tío. Vivo, sano y salvo. Acabo de desembarcar para encontrarme con esta terrible noticia.

Se inclinó ante el difunto. Egeo yacía, el rostro sin color y consumido, la afilada nariz apuntando al vacío, los párpados cerrados bajo dos conchas. Su escasa barba había encanecido por completo y sobre el pecho reposaban dos manos huesudas, de piel casi transparente sobre las venas azuladas.

—Padre —murmuró Teseo.

Esta vez no contuvo la emoción. A la tristeza se sumaba la

culpa. La vela negra, el olvido fatal. Por un instante se preguntó si no sería un castigo de los dioses por haber abandonado a Ariadna o por haber matado al toro humano de Creta. Pero de inmediato se obligó a apartar los sentimientos. Debía actuar pronto.

—Yo presidiré el funeral de mi padre como legítimo sucesor —dijo, alzando el rostro y clavando una mirada fría en Palas.

Su tío asintió.

—Mi príncipe, es tu deber. Tu llegada ha cambiado las cosas.

—Así es.

Lo primero que hizo Teseo fue recorrer todo el palacio seguido de su guardia armada. Pidió cuentas a Clito del abastecimiento y preguntó quiénes se alojaban como huéspedes. Ocupó la alcoba real, tras desalojar a su tío y a sus servidores, a quienes envió a las estancias que habían sido de Medea. Sus primos tuvieron que hacinarse en una habitación de huéspedes del primer piso, junto a los cuartos de los criados. Después ordenó que los guerreros de Maratón salieran de palacio y acamparan fuera de la ciudad. En cambio, Acamante y sus guardias ocuparon el patio y la entrada.

—Os quiero cerca, armados hasta los dientes, noche y día —dijo Teseo—. Hasta que me siente en el trono.

Haciendo caso omiso de las protestas de unos y otros, Teseo pisó firme. Revestido con una túnica regia, que había sido de su padre, encabezó la procesión fúnebre hasta el túmulo en las afueras de la ciudad, donde el rey fue sepultado en medio de cánticos, lamentos de plañideras y música de flautas y tambor.

A continuación, se celebraron unos juegos atléticos en honor del rey difunto. Teseo presidió sobre un estrado, donde quiso sentar a sus seis compañeros y a las siete doncellas salvadas de Creta, ataviadas como jóvenes sacerdotisas. La ciudad en pleno

llenó la explanada para aclamar a su nuevo rey. Teseo recibió vítores y honores de su pueblo como si fuera un dios.

—¡Ha salvado a nuestros hijos! ¡Larga vida al rey Teseo! —gritaban las mujeres.

—¡Ha matado al toro de Creta!

—¡Nos ha librado del yugo de Minos!

—¡La Divina Doncella le otorga su favor!

—¡El Señor del Mar lo protege!

A los juegos acudieron sus amigos, Licos, Nikandro y Menesteo. Los tres participaron en las competiciones de lucha y fuerza y recibieron sus coronas de manos del nuevo rey.

—¡Bribón! ¡No nos dejaste venir contigo! —protestó Licos.

—Sabía que vencerías —dijo Nikandro.

Menesteo fue más prudente.

—Nadie esperaba tu llegada. Ha sido una sorpresa mayúscula. Teseo, vas a necesitar ayuda.

Él asintió.

—La he tenido en Creta y la tendré aquí. Cuento con vosotros.

Una semana más tarde, Teseo reunió al consejo de Atenas. Ocho de los doce notables lo apoyaban, pues pertenecían o estaban emparentados con las familias cuyos hijos había salvado. Pero también había críticos. Querían saber con detalle cómo Teseo se había librado de la muerte y en qué términos quedaba su trato con el rey de Creta. Como Erato y sus compañeros lo explicaron todo, Teseo sabía que no podía mentir.

—¡Creta se tomará su revancha! —exclamó Eutimio, el mercader.

—Has salvado a trece de nuestros jóvenes, pero has puesto en peligro a toda una ciudad —agregó Palas.

Teseo miró con rencor a su tío y se prometió que pagaría bien caras sus palabras.

En la reunión expuso sus tres decisiones. En primer lugar, ampliaría las murallas de Atenas, previendo futuros ataques. En segundo lugar, construiría una nueva flota para reforzar su poder en el mar. Aunque suponían un esfuerzo en mano de obra y recursos, nadie pudo oponerse a estas medidas.

La tercera decisión era de índole privada. Teseo buscaría esposa, y ya tenía hecha su elección.

Llamó a Clito, el mayordomo, y le encargó:

—Envía un mensajero y llama a Panopeo, el fócido. Dile que se presente en Atenas, él y su hija.

Clito no perdió el tiempo.

Días más tarde, Teseo se reunió con sus amigos y, montando a caballo, se dirigió hacia Falero, donde los carpinteros ya descargaban la madera para construir los nuevos barcos. Habían llegado cargas de troncos de olivo y roble y en los bosques del Ática cientos de leñadores cortaban pinos para las naves del rey.

Al atardecer, cuando regresó a palacio, Clito lo esperaba con una noticia.

—Mi rey, alguien ha venido a verte.

Teseo dejó las riendas del caballo en manos de Acamante y entró con él.

—¿Quién es?

—No ha querido dar su nombre. Es una mujer… Muy hermosa, por cierto. Viene con un niño.

Apremiado por la intriga, ocupó su asiento en el salón de trono mientras Clito iba a buscar a la mujer. Apenas la vio entrar, el corazón le dio un vuelco. Ella sonrió, mirándolo con sus centelleantes ojos verdes.

—Perigune.

—¿Aún te acuerdas de mí, rey Teseo?

—¡Largaos! —ordenó a Clito y los criados—. Esta conversación será privada.

Perigune se acercó con el niño en brazos. Apenas llegaba a los cinco años, tenía los ojos claros como su madre y el cabello oscuro y rizado. Teseo se estremeció al comprobar que aquel niño se parecía a él.

—Es tu hijo, Teseo.

—¿Cómo se llama?

—Melanipo.

—¿Por qué has venido?

Ella movió la cabeza con aquel mohín seductor que recordaba bien, durante aquella tarde tumultuosa y sangrienta en la que había matado a su padre, Sinis el Tuercepinos, antes de poseerla.

—Un día fui tu amante, pero no quisiste llevarme contigo. Ahora soy la madre de tu hijo. Lo he criado con amor y quiero que disfrute del destino que merece. Es hijo de un rey y vengo a entregarlo a su padre.

El niño miraba con fijeza a Teseo y ella se lo tendía. Si lo tomaba en brazos, ya no podría decir que no.

—Hablemos de ello —dijo, y la invitó a sentarse a sus pies.

—No hay mucho de qué hablar.

—¿Qué quieres de mí?

Perigune se sentó y dejó al niño. Este comenzó a corretear por el salón y se detuvo ante un gran escudo apoyado en la pared, que empezó a golpear como si fuera un tambor.

—Quiero que me reconozcas como tu legítima esposa. Y a Melanipo como a tu hijo.

—Pides mucho.

—Te he dado mucho, ¿no crees?

—Un hijo que no he pedido y una tarde que quisiera olvidar.

Perigune achicó los ojos.

—Recuerda, Teseo, que yo no te busqué, fuiste tú quien me persiguió por todo el bosque. Fuiste tú quien me tomaste. ¿Alguien te obligó?

Irritado, cerró el puño y golpeó el brazo del trono.

—Era un muchacho y no un rey, como ahora. Han pasado cinco años y las cosas han cambiado. Hoy ocupo un trono, estoy prometido y voy a casarme en pocos días. Tengo que cumplir con mi deber y este no es tu lugar.

Perigune se irguió, sacando pecho.

—Si eres rey, tienes un deber hacia tus súbditos. ¿No es el rey el juez supremo de su pueblo? ¡Pues esta madre sin esposo pide justicia! Para ella y para su hijo.

—Está bien. Deliberaré. Mañana te daré mi respuesta.

—Y, mientras tanto…, ¿qué debo hacer?

—Esperar. Serás alojada en palacio y no te faltará nada, te lo prometo.

Llamó al mayordomo, que se presentó de inmediato. Quizá había estado escuchando tras la puerta.

—Llévala a nuestra mejor habitación de huéspedes. Encarga a dos criadas que se ocupen de ellos y les den todo cuanto pidan. Órdenes del rey.

Clito condujo fuera del salón a Perigune y al niño. El pequeño se resistía, le llamaba la atención todo cuanto veía y tenía ganas de explorar. Perigune lanzó a Teseo una última mirada, verde y venenosa, y se fue.

Aquella noche consultó el asunto con Acamante, Clito y sus amigos.

—¿Qué puedo hacer? Esta mujer posee una gran fortuna, heredada de su padre. Y es capaz de seducir a quien se proponga. Si quiere hacerme daño, puede armar una banda de mercenarios y alborotar a media ciudad.

—¿No la quieres como concubina? —preguntó Leo.

—¡Dámela a mí! —exclamó Licos.

Los demás rieron, pero Teseo no estaba para bromas.

—No quiero concubinas. Con una esposa me basta. Y tampoco os la daré a ninguno de vosotros. La quiero bien lejos de mí.

Clito sugirió otra opción.

—Mi señor, cásala con algún hombre noble, de confianza. Algún viejo solterón o un viudo que añore carne joven. Si es rico, ella quedará satisfecha, al menos por esa parte. Podrá educar bien al niño y darle un porvenir.

Teseo meditó mientras sus compañeros discutían. Al final decidió seguir el consejo de Clito. A la boda estaban acudiendo invitados de diversas ciudades. Uno de ellos era Deyoneo, rey de Ecalia, en la isla de Eubea. Había desembarcado en Maratón días atrás y se alojaba con su séquito en un campamento a los pies de la Acrópolis. Era viudo, padre de cinco hijos y un buen aliado de Atenas. Teseo fue a verlo de noche, en secreto y acompañado solo por Acamante y Leo, y conversó con él.

—Hace tiempo tuve un encuentro con una mujer y me ha dado un hijo. Es un hijo ilegítimo, pero sigue siendo de mi sangre y me gustaría protegerlo.

Deyoneo sonrió comprensivo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Tú eres un hombre de bien y ya tienes cinco hijos, algunos todavía niños. He pensado que tu casa podría ser un buen lugar para educar al hijo de un rey. Me honrarías acogiéndolo bajo tu techo hasta que se haga adulto.

—El honor será mío, Teseo. ¿Qué edad tiene el crío?

—Cinco años. Es sano y muy espabilado. Creo que podrás educarlo bien.

—¿Y se llama?

—Melanipo.

—Bien, Teseo. Melanipo tendrá cinco hermanos a partir de

ahora. Tráelo cuando quieras, más vale que se familiarice conmigo antes de subir a mi barco.

—Quisiera pedirte algo más.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—El niño vive con su madre y están muy unidos. No sé si querrá separarse de él.

Deyoneo frunció el ceño.

—¿Quién es ella?

—Quizá sea mejor que te la presente. Podrías acogerla como aya y así el pequeño no la extrañaría.

—Eso no es lo habitual —replicó el eubeo—. Si el niño tiene que criarse en mi casa, es mejor que se acostumbre a su nueva familia. A menos que…

—Ven a verme mañana a palacio y los conocerás. Una vez los veas, dejaré la decisión en tus manos.

Al día siguiente, Deyoneo se presentó en palacio y Teseo lo llevó al patio de las mujeres. Allí estaba Melanipo, correteando alrededor del estanque que había hecho construir Medea. Perigune, sentada en el borde, contemplaba a su hijo, le hacía carantoñas y reía cuando el niño metía la mano en el agua y la salpicaba. Vestía una túnica ligera y ceñida, que transparentaba sus formas, y se había peinado dejando caer la melena dorada sobre la espalda.

—Por todos los dioses —murmuró Deyoneo.

—¿Qué te parece el niño? —preguntó Teseo.

—Ella es hermosa.

—¿Querrás acogerlo en tu casa?

Deyoneo asintió y, cuando por fin apartó su mirada de Perigune, dijo:

—Me llevaré a los dos.

La mañana del gran día Panopeo y sus hijos se desplazaron

hasta el palacio real en un carro tirado por dos caballos. El padre y el hermano dieron la mano a la joven prometida cuando descendió del carruaje para presentarse ante el rey, vestida con una túnica larga, plisada y de color rojo. Lucía un collar y arracadas de oro que llamaban la atención. Solo más tarde Teseo supo que su suegro había contraído enormes deudas, muchas de las cuales tendría que pagar él para impedir que cayera en la ruina.

La recibió en compañía de sus amigos y de las doncellas que habían regresado de Creta mientras un grupo de músicos tocaba melodías nupciales. Las muchachas, vestidas de blanco y coronadas con guirnaldas de hiedra y laurel, rodearon a su compañera, la intrépida saltadora de toros. Tras abrazarla y agasajarla, danzaron con ella en círculo mientras Teseo danzaba en otro círculo con sus jóvenes compañeros. Cuando la música cesó, sonó un tambor. Los novios se tomaron de la mano y emprendieron juntos la procesión hacia el templo de la Divina Doncella, donde se oficiaría la ceremonia.

Teseo vestía de blanco, una túnica corta ceñida por un cinturón de bronce dorado. Llevaba la espada erecteida, las sandalias con cintas de hilo de oro y la diadema real que había llevado su padre. Precedido de sus compañeros y flanqueado por Acamante y la guardia real, contempló de reojo a su futura esposa, que en todo momento se mostró dócil y seguía paso a paso la ceremonia. Pero su gesto era frío y en su rostro asomaba la hostilidad. Apenas le había dirigido la palabra y, aunque los elogios llovían sobre ella, nadie logró arrancarle una sonrisa.

Pronunciaron los votos ante el templo, rodeados por las sacerdotisas de la Divina Doncella y los sacerdotes del Señor del Mar. En medio de las hileras de hombres y mujeres consagrados, viendo cómo los cuchillos se hendían en la cerviz del novillo y la cabra sacrificados, escuchando los cánticos y la

música, Teseo intentó olvidar que, apenas una luna atrás, había prometido hacer su esposa a otra mujer, en la lejana isla de Creta.

Volcó su atención en el ritual. Todo debía ser perfecto a fin de que los dioses se mostraran propicios y bendijeran la unión. Aiglé dejó que le atara la muñeca con la cinta roja y ella ató la de Teseo con suma habilidad. Estrechó el nudo apretando la carne más de lo necesario y solo entonces esbozó una sonrisa vengativa. Más tarde Teseo tuvo que aflojar el nudo, porque le dolía, y lo hizo con disimulo mientras la gran sacerdotisa, después de verter una libación sobre el altar de los animales sacrificados, ofrecía la copa a los novios.

Bebió el novio, seguido de la novia. Después ambos posaron las manos sobre el cáliz y derramaron el resto del vino sobre el cadáver del novillo. Dos acólitos prendieron el fuego.

El banquete se celebró en palacio, pero Teseo quiso obsequiar al resto de la ciudad, de manera que los sacerdotes y sus auxiliares tuvieron trabajo sacrificando más de cien reses, algunas aportadas por Panopeo y unas cuantas más que donaron los nobles de Atenas para saciar a la multitud. Fítalo, los Laquiadas y Palas regalaron decenas de toneles de vino. Miles de hogazas de pan fueron horneadas en todas las tahonas de la ciudad; el trigo salió de la despensa real y, aquel día, todo el mundo en Atenas pudo hartarse de carne asada y pan tierno, regado con el mejor vino, para celebrar el matrimonio de su rey.

Aiglé no se sumaba al jolgorio: permaneció distante y serena ante los cánticos, las danzas, las felicitaciones y los cuantiosos regalos que recibió de parte de las grandes familias. En el banquete, apenas probó los manjares. Teseo intentó refrenar su apetito y comer con frugalidad, bebiendo lo justo para brindar en los momentos cruciales. No quería empezar su vida de recién casado borracho y sin fuerzas para afrontar el encuentro

nupcial.

A medianoche, mientras el festín llegaba a su punto álgido, el rey brindó una última vez a la salud de todos y, tomando de la mano a su esposa, abandonó el salón. Como era la costumbre, los siguió un bullicioso cortejo acompañado de los músicos: los amigos del novio y las compañeras de Aiglé. Algunos tambaleándose y dando traspiés; las doncellas cantando a voz en grito, estridentes como gaviotas sobrevolando un banco de peces.

En la alcoba, iluminada por candelabros y decorada con ramos de lirios, romero y laurel, aguardaban dos sirvientas para ayudar a los cónyuges a desvestirse y ungirlos con aceite antes de yacer juntos.

Ante el lecho, amplio y cubierto por una fina sábana perfumada con espliego, Aiglé frunció el ceño y resopló. Teseo llamó a las sirvientas.

—Salid de aquí. No os necesitamos.

—Pero, mi señor…

—Hemos preparado un baño con aromas…

—¡Largaos de una vez! Salid por la puerta de servicio, ¡no quiero que entre nadie!

Obedecieron mientras detrás de la puerta principal se oían golpes, vocerío y alboroto.

—Odio todo esto —murmuró Aiglé.

El arrebol cubría sus mejillas, encendiéndolas como el color de su túnica. Ignorando sus palabras, Teseo se acercó a ella y le soltó el broche de uno de los tirantes.

—¿Qué haces?

La besó en el hombro desnudo.

—Soy tu marido.

Ella dio un salto atrás lanzándole una mirada de leona.

—Si tanto me quieres, tendrás que luchar.

Aiglé se despojó de su túnica de una revolada y se quedó

desnuda ante él, espléndida como una pantera y agazapada, arqueando las piernas y con los puños cerrados.

Él la imitó sin pensarlo dos veces. Quiso agarrarla por la cintura, pero ella no se dejó. Tras una lluvia de puñetazos, que esquivó como pudo, Aiglé comenzó a clavarle puntapiés. Él logró hacerle la zancadilla y cayó sobre ella. Rodaron por el suelo, aferrándose el uno al otro mientras intentaban dominarse.

Aiglé era mucho más liviana y no poseía el vigor de Teseo, pero sabía luchar. Pudo escabullirse de entre sus brazos en dos ocasiones. Sabía golpear y sus patadas eran vigorosas. Él acabó riendo, entre jadeos, pero ella se tomaba el combate en serio. Se persiguieron alrededor de la cama, Aiglé estiró la sábana y la arrojó sobre él para enredarlo entre sus pliegues. Teseo consiguió librarse y la asió por el talle; esta vez logró arrojarla sobre el lecho, cubriéndola con su cuerpo. Ella estaba de espaldas y él encima y la mordió en la nuca.

Aiglé lanzó un aullido estremecedor.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¡Nunca!

—¿Te hago daño?

No respondió y, de pronto, él comprendió. La volvió a morder, más suave, y ella se agitó con violencia.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Suéltame!

Le permitió girar hasta que la pudo mirar a los ojos.

—Eso será lo último que haga —susurró.

Y se lanzó otra vez a su cuello, mordiendo, lamiendo y succionando aquella piel tersa que lo enloquecía. Aiglé comenzó a rendirse. No temblaba de dolor, sino de placer. Poco a poco, su cuerpo se fue relajando. Él se tensaba, ella se humedecía como tierra blanda. Cuando, por fin, Teseo logró dominarla, Aiglé alzó las caderas, la última defensa, un escudo de carne vibrante contra la espada ávida de penetrarla. Las armas chocaron con violencia. Teseo gritó con todas sus fuerzas

y se entregó.

Danza

Ariadna se zambulló bajo una ola. Su cuerpo hendió las aguas cristalinas en busca de la profundidad azul, entre corales y peces, huyendo de la luz.

Cuando exhaló las últimas burbujas de aire, un único pensamiento llenó su mente.

«Abandónate. Déjate ir… Y todo terminará. Será el fin».

Y de pronto el mar se agitó, estremeciéndose desde las profundidades. Una fuerza inmensa la empujó y la hizo girar como en un remolino. Un brazo fuerte ciñó su cintura, elevándola hacia la superficie. Ariadna no pudo resistirse. Otro cuerpo, blanco como un delfín e infinitamente más poderoso que el suyo, la arrastraba, sacándola del agua, hacia la luz.

Los dos cuerpos emergieron abrazados, en medio de una erupción de espuma. Ariadna tosió, recobrando el aliento. Y él nadó hacia la orilla, su espalda surcando las olas, mientras avanzaba con un brazo y la sujetaba con el otro. Los pies de Ariadna flotaban en el agua dejando una estela tras de sí.

En la orilla él la soltó. Se quedó sentado, con los ojos fijos en ella, mientras Ariadna se ponía en pie. El agua salada goteaba de su cuerpo esbelto y de sus bucles negros como serpientes.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué quieres morir?

—Solo quería terminar.

—Hicimos un pacto.

—Quiero romperlo.

Dioniso se puso en pie, alto, hermoso como una efigie de mármol, penetrándola con sus ojos de fuego.

—Te estás enfrentando a un dios.

—Soy la favorita de la Diosa.

—Que tiene poder para dar la vida… y quitarla.

—¡Quitarla! Así es.

—Pero tú te rebelaste un día, ¿recuerdas? Tú no querías quitar la vida a nadie. ¡Ni siquiera a un novillo indefenso, criado en los campos de tu isla para ser sacrificado!

Ariadna guardó silencio, pero sus labios se contrajeron en una mueca airada.

—Tú solo querías dar vida. ¿Por qué quieres quitártela?

—Porque he cometido un error imperdonable.

—Si un dios quiere perdonártelo, ¿quién eres tú para condenarte?

—Es mi voluntad, es mi deseo.

—¿De verdad es eso lo que deseas?

—¡Sí! Y ni un dios ni un hombre me harán cambiar de parecer. ¡Ni ahora ni dentro de veinte días!

Dioniso comenzó a reír. Reía ante la joven desnuda y enfurecida, y su risa atrajo a una bandada de gaviotas que comenzaron a graznar sobre sus cabezas.

—¡Te estás burlando de mí!

—No me burlo. ¡Río de gozo viéndote, tan hermosa, tan rebosante de vida! Tu fuerza me vence.

—¡Sigues burlándote!

—No, amada mía. Ven, acércate.

Le tendió una mano, que Ariadna tomó con reticencia.

—Baila conmigo. ¿No amas la danza? Pues únete a mí en tu último baile, sobre las arenas de esta isla. Un día, ¿recuerdas?,

pediste bailar porque no querías matar. ¿Lo harás una última vez, conmigo?

Ariadna movió la cabeza. Pero algo más poderoso que su voluntad la empujaba. No soltó la mano de Dioniso. Dejó que la condujera, caminando por la arena, hasta el centro de la playa. Y, de pronto, sonó la música.

—¿Quién está tocando?

—¿Qué importa?

Trinaba una flauta y resonó un tambor. Después una lira desgranó sus notas. Ariadna no veía a los músicos, pero sus pies, de punta, comenzaron a saltar.

—¡Danza conmigo!

Enlazándose y soltándose, bailaron sobre la arena dibujando círculos y espirales, ora brincando, ora dando vueltas. Ariadna abrió los brazos y lanzó un grito de alborozo. Su espíritu desbordaba su cuerpo y sus miembros respondían, alados y ebrios de fuerza. Sus cabellos flotaban y, cerrando los ojos, comenzó a girar.

No supo cuándo, Dioniso la tomó de ambas manos. Seguía girando y ambos se unieron, como dos astros rodando en el mismo cielo, pisando la misma tierra, latiendo con el mismo pulso. La música llenaba el aire; lo llenaba todo. La voz sonora del Niño Divino repetía: «¡Danza! ¡Danza! ¡Danza!». Pero en el interior de Ariadna resonaba otra palabra: «¡Vive! ¡Vive! ¡Vive!».

Cuando se detuvieron, ella abrió los ojos.

—Quiero vivir.

Volar

Me vengaré de todos vosotros. De todos, salvo de Mía. Tú, rey Alto, te has librado por el momento de mi furia en el mar. Llegó tu hermano de Festo, ese hombre que se cree sabio solo porque de tanto en tanto oye ecos de la voz de los inmortales. Esta vez te aconsejó bien, impidiéndote embarcar. El Niño Divino le reveló dónde estaba tu hija y tú no has querido enfrentarte a un dios. Has sido prudente, por una vez. Y Ella lo ha acatado. Nadie puede tocar a Mía, está en manos de un inmortal.

Pero yo me vengaré del resto, sí. Comenzando por el artífice de mi prisión.

Dédalo, has fabricado unas alas. Quieres volar, cuando es algo antinatural. Los hombres no vuelan, solo caminan, y algunos, no todos, intentan emular a los peces en las aguas. Pero los humanos mortales no voláis. ¿Acaso quieres ser un dios?

No eres un ave, tampoco un dios. Tú y tu hijo volaréis, pero los dioses os castigaremos.

El Sol y yo os contemplamos desde lo alto mientras acabáis de confeccionar vuestro artilugio. Os miramos y nos reímos de vuestros planes. ¿Adónde queréis ir a parar?

Llega el gran día. Primero quieres probar; pese a tu

arrogancia, te queda un resto de precaución. Ícaro está impaciente. «Papá, ¡quiero probarlas yo!», grita, saltando por la azotea de vuestra prisión. Tú lo calmas. «No, hijo. Las probaré yo. Si fallan, no quiero que sufras daño».

Te colocas las alas. Has trenzado cordeles de esparto y jirones de tu propia túnica para atar las cañas emplumadas. Has fabricado un arnés para fijártelas a la espalda y a los brazos. Es un hermoso ingenio, hemos de reconocerlo. Abres los brazos y hay algo majestuoso y a la vez grotesco en tu figura.

Esperas al viento. Y el Señor del Viento, que también es un dios, se complace en jugar contigo. Siente curiosidad por ver el resultado de tu invento. Así que sopla una ráfaga sobre el edificio. Y otra, más fuerte. Enseguida lo percibes. Te encaramas al pretil y saltas, no hacia el vacío, sino hacia el centro del terrado.

El viento te sostiene las alas; las mueves con energía, imitando a las aves, y te elevas. Ícaro se hace pequeño bajo tus pies y grita: «¡Papá, papá! ¡Estás volando!».

Sí, vuelas. Asciendes y sobrevuelas la torre del palacio. Leo en tu rostro el asombro ante tu propia obra, el esfuerzo de tantos días, y un gozo inefable. ¡Estás volando!

Ícaro quiere probar. Desciendes, suave como una paloma, estirando las piernas, posando los pies en la terraza. Pliegas los brazos —las alas— y sonríes. Tu artefacto funciona.

Ahora le toca al pequeño, ese niño de bucles broncíneos y ojos negros que no tiene miedo. Lo miro con intención, pero el Sol me lanza un aviso. «No, todavía no. Todavía no, déjalo», me dice.

Colocas con sumo cuidado las alas de tu hijo. Te aseguras de que el arnés esté bien sujeto. Le das instrucciones. Leo en tu

rostro esos sentimientos que me hieren por dentro. Así me miraba Ella cuando era un recién nacido. Cuando todavía dormía en una cuna, me tocaba con suavidad y me cobijaba en su pecho. Siento celos de Ícaro; hubiera deseado tener un padre que me mirase como tú miras a tu hijo.

Pero los dioses no aman. No aman, al menos no como los mortales. Tampoco yo puedo amar así. Y ahora lo único que siento es deseos de venganza.

«Déjalo —me ha dicho el Sol—, aguarda el mejor momento». El Sol es sabio y más antiguo que yo, así que lo obedezco. Y contengo mi furor mientras el Señor del Viento sopla de nuevo, permitiendo que el pequeño se eleve.

Ícaro lanza un grito de alborozo y gira como una golondrina, sobrevolando el terrado. Cuando yo tenía un cuerpo hubiera deseado elevarme, como él, para huir del laberinto. Ahora que ya puedo ir adonde quiera, no puedo gritar, como él, ni siento el abrazo del viento contra mi piel. Porque no tengo piel, no tengo carne ni la sangre corre por mis venas.

Pero sí palpita mi deseo, y deseo vengarme, más que nunca.

Dédalo, ahora que tu plan está a punto de hacerse realidad, parece que tienes miedo. Lo preparas todo cuidadosamente. Has reservado parte del agua que os traía el criado de Ella, ese felón. Durante días has ido guardando mendrugos de pan, almendras, incluso un pedazo de queso. Has preparado un morral, que te atas a la cintura. También te anudas el manto a la espalda y envuelves a tu hijo en tu capa. Pero Ícaro se siente molesto con tanta ropa. Así que te pones también la capa, bajo el arnés.

El Señor del Viento se divierte y comienza a soplar hacia el mar. ¡Viento favorable para las velas! ¡Viento propicio para las alas! ¡Viento que os permitirá huir! ¡Adelante! ¡Subid! ¡Saltad!

Subís al muro de la terraza. Das los últimos consejos a tu hijo y dejas que él salte primero. Despliega los brazos, agita las alas,

aprovecha el viento, inspira… ¡Salta!

Ícaro se eleva de inmediato. Después saltas tú y pasas por encima de él. Tus brazos mueven las alas con vigor, bates el viento.

Sígueme, hijo. Sígueme siempre.

Voláis alejándoos del palacio, del valle de Cnosos, de la ciudad. No tardáis en sobrevolar la playa de Amnisos; abajo las naves se ven diminutas, como ánades posados en las aguas. Os alejáis de la isla que, durante años, fue vuestro único hogar.

El Señor del Viento se ríe. ¡Dos humanos volando! Veremos cuán lejos llegan. De momento os eleváis hasta que una bandada de gaviotas asombradas se despliega ante vosotros. Las gaviotas chillan y protestan, Ícaro responde con sus gritos de criatura humana. Tú, Dédalo, sigues volando recto, con el cuerpo inclinado y los pies de punta marcando la dirección. Tus pies son el timón, tus brazos los mástiles, las alas tus velas.

Os alejáis de Creta y sobrevoláis Día, allí donde se amarra la flota del rey. Voláis hacia el norte. Ah, Dédalo, ya sé adónde quieres llegar. Vas a Atenas, la ciudad maldita. Quieres regresar a tu tierra natal.

Pero necesitarás varios días de vuelo. Tendrás que reposar. Buscarás alguna isla y no quiero que pares en una de ellas. No quiero que vuelvas a ver a Mía.

Pasan las horas. Aunque para los dioses cada hora es un instante y cada día apenas un soplo. Aún no me acostumbro a vivir fuera del tiempo. Todavía siento impaciencia porque no puedo verlo todo, ni lo que fue ni lo que será. El Sol me dice que es porque no soy un dios como los otros. Aún queda un rastro de muerte en mí.

Ícaro se entusiasma. Ahora vuelco en él mi intención. Quiero infundirle mi fuego y mis ansias de libertad cuando vivía

cautivo. Quiero insuflarle mi rabia, mi deseo, mi locura, la ciega confianza en mi poder.

¡Vuela alto! ¡Vuela! Eres un dios.

Tú lo llamas. «¡Hijo! Recuerda, no vueles tan alto. ¡No tan alto! ¡Acuérdate del Sol!».

Pero yo he poseído a tu hijo: lo he embriagado de libertad. No recuerda, no oye, no obedece.

¡Vuela alto, Ícaro! ¡Vuela alto! ¡Eres un dios!

Me complacen tus gritos desesperados. «¡Baja! ¡Vuelve a mi lado! ¡Ícaro! ¡Ícaro!». No te oye y el Sol sonríe tras sus rayos. El Sol baña con su luz al pequeño humano que vuela como una golondrina, menudo y veloz; sus cabellos flotan como llamaradas de fuego. Lo envuelve de luz y de calor. El Sol me ayuda en mi venganza.

Sigue volando, Ícaro. La cera que une tus plumas se derrite. Pero tú no sientes el calor porque el viento te lleva. El mar se extiende, inmenso, bajo tu cuerpo minúsculo que ya no pesa. Las plumas comienzan a desprenderse y caen suavemente, balanceándose en el aire, hasta posarse en el mar. El Señor del Mar también está mirando y parece que sonríe. Las olas se expanden, oscuras y espumosas. El Señor del Mar tiene hambre.

Y yo tengo sed, sed de venganza. Pero mi sed pronto será saciada.

Dédalo, te oigo gritar. Gritas cada vez más fuerte, pero tu hijo no escucha. Las plumas se van soltando, pierde un ala. Pero él sigue agitando los brazos. Porque no oye, no siente. Es uno con el Señor del Viento, es uno con el Sol. Ha creído en mis palabras, ha creído ser un dios. Pero los dioses lo devorarán.

«¡Llegó mi hora!», bramo con todas mis fuerzas. Mi voz resuena como un trueno en las alturas. El Señor del Viento

forma un remolino invisible, el Señor del Mar abre sus fauces. Ícaro, desprovisto de alas, gira como una semilla de arce y comienza a caer.

Ahora su cuerpo pesa, ya no vuela, ya no es fuerte, y yo lanzo contra él mi furor. Cae como una piedra.

Ah, Dédalo. Te lanzas en picado, volando con tus alas, intentando atraparlo. ¡Quieres salvarlo! ¡Lo recogerás antes de que toque el agua! Eso quieres, pero no sabes que te enfrentas a los dioses. Tu batalla está perdida.

Ícaro, pequeño que no tenías miedo, mortal que te creíste un dios. Ya no tienes alas, ya no dominas tu cuerpo. No oyes, no sientes, ni siquiera puedes hablar. Caes como una piedra y te hundes en el fondo. Tus cabellos de fuego flotan en el agua y se van apagando.

El Señor del Mar cierra sus fauces y lanza un rugido de espuma.

Y el Señor del Viento, compadecido, sostiene en el aire al padre desesperado. Porque eso eres ahora, Dédalo, contemplando cómo tu hijo desaparece en las profundidades del abismo. No eres un sabio, no eres un genio, no eres un dios. Eres un padre que acaba de perder a su hijo.

Pero no te rindes. Quiero volcar sobre ti mi furor, pero el Sol, de nuevo, me lo impide. «Aguarda —dice—. Llegará su hora».

Te elevas otra vez. Quiero verte, quiero acercarme a ti y lo hago. Tú no me ves, no me sientes, pero yo me río ante tu rostro descompuesto, ante tus lágrimas que se lleva el viento. Río ante tus sollozos y tu gemido de protesta. Te estás maldiciendo a ti mismo y sé que no hay peor herida que esta. ¡Maldícete, sí! ¡Revuélcate en tu dolor! ¡Traga tu culpa, hasta apurarla!

Tú, solo tú, eres el culpable de la muerte de tu hijo. Querías salvarlo y lo has perdido. Querías su libertad, y solo has conseguido su muerte.

Aún tardarás tiempo en saber que la gran liberación se alcanza cuando mueres… En eso te aventajo.

Estoy embriagado en mi furiosa alegría y no sé qué plan tienes ahora. Pero veo que giras, tus pies señalan otra dirección. Volabas hacia el norte, ahora viras hacia poniente.

No sé adónde quieres ir ni me importa. Estás perdido porque has perdido lo que más amabas. Te arrepientes de todo, quisieras volver a tu prisión. El dolor te destruirá. Me río, y mi risa vuelve a resonar como un trueno.

El Señor del Mar se calma mientras acoge a Ícaro en su seno. Allá arriba el Sol sigue su camino, brillando implacable.

Ahora quiero saborear mi venganza.

Minos

El criado abrió la trampilla y ascendió a la azotea. Estaba desierta. Vio el jergón de plumas, deshecho, los cuencos vacíos, la manta doblada a un lado. No había rastro del inventor y su hijo.

La reina ordenó rastrear el perímetro del palacio. Esperaba encontrar dos cuerpos, pero nadie dio con ellos. No se habían arrojado desde lo alto. Tampoco había rastro de cuerdas por las que hubieran podido descender. ¿Cómo habían huido?

Naucrate lloraba. Pasífae quiso sonsacarla, pero pronto comprendió, por su llanto desesperado, que la danzarina ignoraba lo que había ocurrido. A nadie se le ocurrió interrogar al criado que había dado la noticia.

El personal de palacio vivía sumido en rumores. Algunos decían que Dédalo era un dios y que había logrado escapar por medios sobrenaturales. Otros replicaban que no era un dios, pero había recibido ayuda divina.

La guardia armada recorrió la isla. Dieron aviso a todas las ciudades. Nadie sabía nada del consejero ateniense ni de su hijo.

Hasta que Radamante, postrado ante la imagen de la Diosa, quemó incienso y cayó en trance. Tras largas horas de inmovilidad, se incorporó y abrió los ojos.

—Dédalo ha escapado volando.

—¿Cómo? —vociferó Minos—. ¿Acaso le han crecido alas?

—No le han crecido, hermano. Él mismo las fabricó.

Pasífae recordó, entonces, el montón de plumas que ella misma había visto en la azotea, cuando el criado la avisó de su desaparición.

—No es posible —murmuró.

—Lo es, hermana —dijo Radamante—. ¿Acaso no conocéis sus habilidades y su ingenio?

—Bien, y si es así, ¿adónde ha huido? —exclamó Minos, impaciente.

Radamante se encogió de hombros.

—Ha regresado a Atenas —dijo Pasífae—. Ha vuelto con los suyos, con su familia, con Teseo, con su rey. Es allí donde debes buscarlo.

Minos zarpó con su flota al cabo de tres días. Con él navegaba su hijo menor, Glauco. Diligente y de carácter afable, se hacía querer por todos a bordo.

Rebasaron el islote de Día y, al cabo de dos jornadas de navegación, se detuvieron en la isla de Anafe a repostar.

Arne, la reina de la isla, recibió a Minos, al joven Glauco y a los capitanes en la amplia terraza de su palacio, con vistas al mar. Sentada en su diván, la obesa dama se cubría con velos de seda y picoteaba dátiles de una bandeja. Sobre una mesilla se veían otros platos con dulces de miel, almendras y una jarra de vino.

—¿Vienes a pedirme barcos, rey Minos? Lamento decirte que mi pequeña flota ha salido hace tiempo, rumbo a Egipto. Apenas quedan cuatro botes de pescadores en la playa.

—No, ¡esta vez no! —replicó Minos—. Vengo a cargar provisiones y unos toneles de ese buen vino que tienes ahí.

Arne sonrió, llenó la copa y la tendió al rey.

—Oh, es de Naxos. ¡El mejor del mundo! Pruébalo.

Minos apuró la copa de un trago.

—Quiero vino y provisiones. ¡Y noticias! Estoy persiguiendo a un hombre.

—¿A un hombre solo?

—Y a su hijo. Están huyendo de Creta y quiero capturarlos.

—¿En qué barco viajan? Aquí hace muchos días que no atracan naves forasteras.

—No viajan en barco. Se desplazan… volando.

Arne abrió dos ojos como platos. Después se echó a reír.

—Oh, Minos, ¡no bromees conmigo! ¿Cómo pueden viajar volando?

El rey se sentó a su lado en el diván, haciendo crujir las patas con incrustaciones de nácar.

—Es un inventor. Construye barcos, torres, laberintos y toda clase de artilugios. Ha fabricado unas alas y ha escapado de palacio, donde lo teníamos encerrado. Si vuela hacia Atenas, su patria, tiene que haber pasado por aquí. Hasta las aves migratorias deben hacer un alto en su trayecto.

Arne se quedó pensativa mientras se llenaba de nuevo la copa y bebía con calma. Después se volvió hacia Minos.

—Está bien, querido. Sí, lo hemos visto. Ha pasado por aquí. Se posó en la playa, ocultó su… artilugio y vino a pedir comida y agua a palacio.

Minos frunció el ceño.

—¿Un hombre maduro, de pelo y barba canosa, y un niño?

—Un hombre canoso y harapiento, con las barbas cuajadas de sal y aspecto de buitre desplumado. Al niño no lo hemos visto.

—¿Hablaste con él?

—Le pregunté quién era y de dónde venía. Pero ese hombre es hábil con las palabras. Consiguió movernos a compasión sin

revelarnos nada sobre su nombre y origen. Le dimos de comer y se fue.

—¿No pudiste sonsacarle?

Arne sonrió.

—Algo sí. Le pregunté adónde se dirigía y me dijo: «Lejos de mi tierra. Nadie me quiere allí. Voy a Sicilia».

—¿A Sicilia? ¿Eso dijo?

—Sí. A la isla de los sículos, para ser más precisos.

Minos se volvió hacia sus capitanes.

—¡Cambio de planes! Vamos a Sicilia.

Después se inclinó hacia Arne.

—Entonces nos queda un trecho más largo de lo previsto. Tendrás que darnos más provisiones.

Arne sonrió, enroscando uno de sus bucles aceitados entre los dedos.

—Con gusto, rey Minos. Sabes que soy tu fiel aliada.

La flota cretense navegó hasta la isla de Sicilia. La travesía les llevó siete días, con vientos favorables y adversos. Cuando avistaron las costas, pusieron rumbo hacia la ciudad de Siracusa.

En el puerto vieron ancladas las naves del rey Cócalo, soberano de la isla. Los guerreros del rey habían avistado la flota de Minos y salieron a recibirlo en la playa, armados y en tropel. Poco después se presentó el monarca en su carruaje, acompañado de más guardias con escudo y lanza.

Los reyes no se conocían, pero todos los pueblos del mar sabían que Minos poseía la mejor flota y sus naves eran inconfundibles.

—Rey Minos, si vienes en son de paz, nos honra tu visita.

—Vengo en son de paz, rey Cócalo, aunque me veas llegar con mis naves repletas de hombres armados.

—¿Cuál es, entonces, el motivo de tu llegada?

—Vengo buscando a un hombre y sé que está aquí, refugiado en tu isla.

—¿Por un solo hombre vale la pena armar tantas naves?

Minos sonrió.

—No es un hombre cualquiera.

—No necesitas usar la fuerza. Dime quién es, lo buscaremos y te lo entregaré.

—Se llama Dédalo. Es inventor y ha llegado por el aire, provisto de unas alas.

El rostro de Cócalo palideció y contrajo las cejas.

—Rey Minos, eso no puede ser cierto.

—Lo es, y sospecho que sabes algo más de lo que dices, por el desconcierto que leo en tu rostro.

—¡No, en absoluto! Me desconciertan tus palabras. ¿Cómo es posible que un hombre se desplace volando? ¡Las alas son para las aves, no para los humanos! Solo los dioses pueden volar, con o sin alas, pero no los mortales.

—Este hombre es diferente. Hay quienes dicen que es un semidiós. ¡Quién sabe! Es un mortal, pero su inteligencia es sobrehumana.

Cócalo bajó la mirada, abriendo las manos en un gesto ambiguo.

—Rey Minos, a ese hombre que dices nadie lo ha visto jamás en esta isla. Si ha llegado hasta aquí, ha debido aterrizar en otras costas, quizá a occidente.

Minos clavó su mirada más torva en el rostro del rey sículo; este levantó la cara, pero casi de inmediato desvió la vista.

—Eres mi huésped, rey Minos, si vienes en son de paz. Acepta mi hospitalidad y ven a mi palacio. Tus hombres podrán alojarse en la ciudad. Tenemos hospederías para los capitanes, y campos de higueras y granados donde pueden acampar los demás. Nada os faltará.

Minos aceptó la invitación de Cócalo, esperando que, a media cena y con los vapores del vino, bajara la guardia y se le desatara la lengua. Pero llamó aparte a su hijo.

—No me fío de él. Tú y la mitad de los hombres os quedaréis aquí, en la playa. Armados y vigilantes. Haré que os traigan provisiones, pero quiero que estéis bien alerta. Yo iré con el resto a palacio.

Glauco obedeció y de inmediato dio órdenes a los capitanes.

El palacio de Cócalo se alzaba en la parte más alta de la ciudad, rodeado de jardines y huertos. En el patio, el rey sirvió vino a sus invitados; después ordenó al mayordomo y al cocinero que matasen unos cabritos y preparasen una buena cena.

—Rey Minos, ¿no te apetecería tomar un baño?

Animado por el vino sin aguar que le habían ofrecido, Minos se sentía jovial y relajado.

—Nada me apetecería más.

Varios criados lo acompañaron a la sala del baño. Aunque el palacio de Cócalo era mucho más modesto que Cnosos, el baño no dejaba nada que desear: los criados llenaron de agua caliente una enorme tina de alabastro; unas doncellas esparcieron aceites fragantes en el agua y quemaron incienso en un pebetero. Minos las observó con atención, pero las jóvenes se fueron de puntillas, tras correr los velos que rodeaban el baño, no sin lanzarle miradas furtivas.

Cuando se quedó solo, bebió más vino de una jarra que le habían dejado. Después se estiró en la bañera, disfrutando de la muelle calidez del agua. Estaba a punto de adormecerse cuando oyó unos pasos ligeros. Se incorporó y vio que los velos se apartaban para dar paso a una joven semidesnuda, de gran belleza. De inmediato se irguió en la bañera.

—¿Quién eres?

Ella sonreía.

—Soy la hija mayor de Cócalo. Mi padre me ha enviado. Dice que una esclava no es digna para servir a un rey como tú.

Minos no cabía en sí de asombro cuando, por el otro lado de la bañera, el velo se levantó y apareció otra joven, muy parecida a la primera. Esta iba cubierta con una túnica tan fina que transparentaba todas las curvas de su cuerpo.

—Soy su hermana. Mis manos son expertas en masajes.

Colocándose a su espalda, hundió los brazos en la bañera y comenzó a amasar los músculos del rey. Minos dejó escapar un gemido de placer.

La primera joven se desnudó totalmente, se metió en la bañera y se arrodilló a sus pies. Las manos se deslizaron bajo el agua para masajearle las piernas.

—Oh, dioses. ¿Estoy vivo o muerto ya, en las moradas divinas?

Ellas rieron.

—Espera y verás.

Entonces apareció una tercera joven. Era más alta y hermosa que las otras dos, y más joven, casi una niña. Lucía un vestido con un único tirante que dejaba al descubierto un seno.

—Y tú, ¿quién eres?

—Soy la hija menor de Cócalo —repuso, sonriendo.

—Y ¿qué sabes hacer tú?

Ella se acercó, inclinándose sobre Minos en la bañera. Él tomó su seno desnudo y lo estrujó.

—Yo sé… besar.

Y lo besó en los labios, recreándose en profundidad. Minos se recostó en la tina y la hermana mayor retiró las manos con presteza de su espalda mientras la segunda seguía ungiéndole las piernas bajo el agua.

Apenas podía creerlo. Fuera de sí, perdió la memoria y la cordura y dejó que aquel trío de manos, labios y senos dulces lo envolviera en medio del agua cálida. Hasta que, de pronto, una

arista de hielo, agudo y doloroso, se le clavó en el cuello.

Apenas pudo gruñir. La princesa descargó el puñal de nuevo y lo hundió en la yugular. La segunda, tomando una navaja que le tendía su hermana menor, se la clavó en el vientre. Minos abrió los ojos, aterrorizado, y vio la enorme mancha oscura esparciéndose en el agua. Antes de sentir dolor, supo que estaba muriendo. La benjamina, que lo miraba fijamente, sin dejar de sonreír, volvió a inclinarse sobre él para besarlo en la boca al tiempo que le clavaba un estilete en el corazón.

Pasífae

Madre, ahora me vengaré de ti.

Esperas día tras día. Noticias, un mensajero, velas en el horizonte. Y esta mañana Ojos Verdes ha ido al puerto, veloz y arrogante en su carro de cuatro yeguas. La acompañaba tu otro hijo, el que se cree tan inteligente; ese a quien también detesto.

Ojos Verdes ha sido la primera en ver llegar a las naves. El otro las ha contado. Apenas llegan la mitad. La mitad de naves, la mitad de hombres. Con las velas ajadas y la derrota como estandarte. Regresa la flota del rey, pero no es el rey quien la comanda.

Los tres hermanos se han abrazado en la playa, tras el desembarco. El Pequeño ya no es pequeño, sino alto y fuerte, pero ha llegado con el ánimo devastado. «Padre ha muerto. Han destruido la mitad de nuestras naves. En Sicilia nos atacaron a traición y tuvimos que huir a toda prisa. Hemos pasado el invierno en tierras extrañas, hostiles, en aquel país que llaman de los ítalos. Hemos quemado la madera de una nave para calentarnos y hemos tenido que cazar en los bosques para no morir de hambre».

Esa es la historia. La historia que Glauco, que ya no es pequeño, sino un hombre curtido por el dolor, ha contado a sus

hermanos. A sus hermanos, que fueron mis hermanos. Y a su madre, que fue mi madre.

Ella. Radiante y fría como la luna; todo gira a su alrededor, humanos, bestias, naves, toros y palomas. En el centro del palacio, en el centro de la isla. Ella es el centro de todo. Pero ese astro luminoso va a caer, ¡y el mundo se derrumbará a su alrededor! Me regocijo pensándolo. Paladeo por anticipado mi venganza.

La isla está en duelo, la voz ha corrido como el viento. El rey ha muerto. ¡Ha muerto! El ulular de las plañideras asciende desde la tierra, los tambores resuenan, las flautas gimen entre los dedos pálidos de los músicos.

La isla está en duelo y las gentes acuden a palacio a mostrar sus condolencias ante la reina. Hay llantos, gemidos y ofrendas quemadas en su honor. Pero no hay funeral, no hay sepelio.

El Pequeño lo ha contado, y sonrío para mí. Su amargura, su vergüenza y sus lágrimas son vino dulce para mi etéreo paladar.

El rey de Sicilia devolvió su cadáver. Lo dejó sobre la playa, envuelto en un sudario ensangrentado, como un despojo. No pudieron embalsamarlo y el cadáver se corrompió. Tuvieron que arrojarlo al mar.

El Señor del Mar, de fauces hambrientas, se ha tragado con gusto el cuerpo de ese hombre altivo, que se decía hijo suyo. ¡Cuántos mortales yacen en su seno arenoso y frío! Tantos, me dijo en una ocasión, como los que yacen bajo tierra, en el reino del Señor de los Muertos.

Y ahora, madre, sin esposo, sin tu hijo preferido, sin tu dios a quien encarcelaste, sin tu primogénita amada, ¿qué te queda? Reinar y seguir, con solo tu voluntad, sin alma, sin deseo, sin nada que te haga vivir. Eres una muerta en vida. ¡Estás muerta!

Estás muerta y lo sabes. Pero no eres la única. Ojos Verdes te ha contemplado en tu dolor. Tu otro hijo espera su momento. Las gentes del pueblo aguardan, en silenciosa espera, sumidas en sus labores. Saben que va a ocurrir algo, pero no saben qué.

Ha venido a verte el hermano de tu esposo, ese hombre iluminado que también se cree sabio solo porque el Señor del Cielo juega con él y le envía mensajes desconcertantes. Quería consolarte, pero únicamente ha aumentado tu dolor. Porque te ha aconsejado, por primera vez, sin escuchar el oráculo del cielo. Y lo que ha dicho ha sido sensato, pero te ha herido.

Estás muerta y ha llegado tu hora. Te contemplo desde lo alto porque no quiero perder ni un instante de tu sufrimiento. Cada uno de tus pensamientos, esos que te torturan y ahuyentan el sueño, es miel para mí.

Se acerca la fiesta de primavera y no quieres perder más tiempo. De madrugada, te pones en pie. Aún es de noche y en los patios de palacio canta un mirlo, llamando a su amada. Sus trinos te guían. Si llamar a tus sirvientas, te vistes y te peinas sola, ante el espejo. No te molestas en maquillarte, no lo necesitas. Tan solo te pones tu diadema. La que luce una serpiente de oro. Quieres marchar con dignidad.

Tus pies descalzos caminan sobre el pavimento, este suelo tan duro y frío que llegué a detestar en mi infancia. Cruzas los pasillos, desciendes la escalinata, sales de palacio. Nadie te ve.

¿Dónde están las Púas? ¿Dónde los criados? Te deslizas silenciosa como una sombra y caminas hacia el monte, siguiendo el sendero de los pastores por las colinas. El sol te ve coronar la cima de un cerro y, cuando contemplas el mar, bañado en luz de oro, una lágrima resbala por tu mejilla pálida, surcada por una profunda arruga.

Miras atrás y contemplas, por última vez, el valle de Cnosos;

los campos, la ciudad, el palacio. Allá lejos está el mundo hermoso que quise explorar y que me negaste. Allí, más lejos, asoma la cima nevada del monte Ida. Ahora que no tengo cuerpo, puedo ir adonde quiera, pero no puedo sentir el frío de la nieve ni morder la hierba que cubre los prados. No puedo pisar la tierra tibia ni dejarme acariciar por las espigas que crecen. No puedo sentir los latidos de mi corazón porque ya no tengo corazón ni venas ni sangre.

Solo me queda mi deseo y mi voluntad. Lo único que te queda a ti.

Sigues caminando, la mirada al frente, hasta llegar al acantilado, allí donde el monte se quiebra y la roca cae, en abrupto precipicio, hasta el mar. Abajo las olas espumosas juegan a cubrir y descubrir las rocas.

Abres los brazos. Inhalas con fuerza, por última vez. ¿Estás adorando a tu Diosa? ¿Al Sol? ¿Al Señor del Mar?

No. Estás lanzando tu último aliento. No es una palabra. No es un beso. No es una bendición. Ni siquiera una maldición. Es una ofrenda.

Te has rendido y te entregas. Tú eres la ofrenda.

Te encontrarán más tarde. De nuevo será Ojos Verdes quien, llevada por su intuición maligna, te descubra. Recogerán tu cadáver y desde lo alto presenciarás, como yo, el funeral más fastuoso y solemne que se recuerde en la isla. Lo presidirán tus hijos mayores, los que quedan: el nuevo rey, al que llaman Catreo, y la nueva gran sacerdotisa, a quien llaman Fedra.

Glauco se irá. Su destino está en el mar. Zarpará con su flotilla de naves a explorar otras tierras y no regresará a su hogar. El rey gobernará con mano firme y la sacerdotisa competirá por el poder con su hermano. Antes de morir tú, eran cómplices. Ahora serán rivales.

Ah, joven rey y joven princesa. Hoy os sentáis confiados en vuestros tronos. Saboread vuestro apogeo mientras podáis porque no será eterno.

Un día también me vengaré de vosotros.

Fedra

Las llamas de fuego lamieron las espigas con voracidad. En unos instantes, las aristas y el grano se tornaron incandescentes y resplandecieron con efímero fulgor antes de menguar y disolverse en grises cenizas. Fedra echó un manojo de amapolas sobre el pebetero. Los pétalos rojos se replegaron, convertidos en negras mariposas con las alas festoneadas de oro.

Y al terminar, solo cenizas. Pero en el patio de las dobles hachas flotaba, invisible y densa, la fragancia del incienso y los tallos quemados. «Tal vez nuestra alma, cuando todo termina, se convierta en perfume», se dijo Fedra, pensativa. Apenas hacía dos lunas era su madre quien había quemado ofrendas ante la Diosa. Y apenas hacía tres, Minos era todavía el rey de Creta, al mando de su flota imbatible ante las costas de Sicilia. Ahora todo había cambiado.

La acompañaban Iría, Selene y el gran eunuco, que entonó con su voz atiplada el cántico de la fertilidad para honrar a la Diosa. Terminado el himno, el eunuco se inclinó ante ella.

—Mi señora, debo marchar. El rey requiere mi presencia en el consejo.

Fedra contuvo un gesto airado.

—¿El consejo? ¿Ha convocado al consejo?

El eunuco asintió.

—¿Y no me ha avisado a mí?

—Mi princesa…

—¡Vete! No hagas esperar al rey.

El eunuco salió del atrio recogiéndose la túnica y a paso apresurado. Fedra se volvió hacia sus compañeras.

—Quedaos aquí y terminad las plegarias. Yo iré al consejo.

Y atravesó el patio y los pasadizos como una flecha, sin detenerse a dar explicaciones. Usó la escalera de servicio para llegar antes al salón del trono mientras se atusaba los cabellos y se oprimía los brazaletes en torno a los brazos; dos cabezas de serpiente de oro se le hincaron en la piel tersa.

En el salón estaban Catreo, sentado en el trono y conversando con el gran escriba, el jefe de la guardia y el intendente. La mayordoma y el eunuco todavía no habían llegado.

Catreo, vestido con el faldellín regio que había sido de su padre, alzó la vista al ver entrar a su hermana, ataviada con el corpiño azul y la falda vaporosa que usaba durante el culto.

—Fedra, qué grata sorpresa.

—¿Sorpresa? ¿Por qué no me has avisado?

—No creí que fuera necesario. Vamos a tratar cosas prácticas, de poca importancia.

—Madre siempre nos llamaba, a Ariadna y a mí, al consejo.

Catreo sonrió entre dientes.

—Yo no soy madre.

Fedra ocupó el asiento de piedra junto al trono, muy erguida; el escriba le hizo lugar de inmediato y los otros dos hombres se inclinaron en una reverencia ante ella.

Llegaron el gran eunuco y la mayordoma. Catreo ocultó mal su contrariedad y comenzó a exponer los temas que traía entre manos. Mercancías, barcos que habían llegado de Egipto, el refuerzo de patrullas armadas en la costa… Fedra tuvo la impresión de que su hermano se contenía y se preguntó qué

quería ocultarle.

Catreo dejó para el final la noticia.

—He tomado una decisión, que ya hace tiempo tenía en mente. A final de verano, antes de los festejos de la vendimia, voy a casarme.

Fedra clavó la mirada en él sin esconder su enojo. Y más indignación sintió cuando intuyó que el resto ya conocía la noticia; el eunuco fingió asombro con un exagerado ademán.

—¿Con quién vas a casarte? —preguntó Fedra en tono áspero.

—Con Dicte, princesa de Gortina. Su padre está avisado, en media luna espero la comitiva nupcial.

—Mi rey, es una sabia y acertada decisión —comentó el escriba—. Un rey joven necesita una esposa, y unirte con los señores de Gortina es una elección inmejorable.

Los demás asintieron, aprobando el matrimonio. La reunión no duró mucho más. Fedra guardó silencio y esperó a que su hermano despidiera a los miembros del consejo para quedarse a solas con él.

—¡Vas a casarte, y no me habías dicho nada! ¿Ya no confías en mí?

—No creí necesario hablarte de ello antes de tiempo.

—¡Catreo! —Fedra le agarró el brazo con violencia—. Antes me lo contabas todo… ¡todo! ¿Qué te ha ocurrido?

—Temí que te pusieras celosa.

—¿Celosa? ¿De… de esa niña estúpida de Gortina?

Catreo se acomodó en el trono y estrechó la mano de su hermana.

—Fedra, tú eres la reina y seguirás siéndolo. Te lo prometí, y así será. Eres la gran sacerdotisa y no perderás tu lugar. Dicte solo será mi consorte y la madre de mis hijos. Nada más.

Fedra sonrió con desdén.

—Dicte… Su madre fue amante de nuestro padre. ¿No te has

parado a pensar que podría ser tu hermana?

Él movió la cabeza sin responder. Después se puso en pie.

—Ella jamás te hará sombra. Solo te pido una cosa.

—¿Qué?

—Que no le hagas daño.

Fedra soltó una carcajada.

—¿Daño? Oh, hermano, ¿cómo piensas esto de mí? Si es tu esposa, la querré como a una hermana.

Esta vez fue Catreo quien rio.

—¿Como querías a Ariadna?

Fedra se puso en pie, encarándose a su hermano.

—Yo *quería* a Ariadna. Las peleas entre hermanas son lo más natural del mundo… ¿Qué sabes tú de mujeres? La quería y la quiero.

—Estoy pensando que enviaré un barco a Naxos. La invitaré a la boda.

Aquel mediodía, Fedra comió con poco apetito en el patio de las damas, junto a sus aposentos. Ocupaba las estancias que habían sido de su madre y había cedido las suyas y las de Ariadna a sus amigas. Aunque en aquel momento deseaba estar sola, se dijo que más le valía desahogarse con ellas. Necesitaba aliadas incondicionales en palacio y ya había percibido que una parte del personal obedecía ciegamente a su hermano antes que a ella.

Iría y Selene la escuchaban con simpatía y compartían su enojo, riendo ante la ácida ironía que Fedra gastaba contra la futura esposa de su hermano.

Después las despidió a dormir la siesta. Pero ella se sentía incapaz de conciliar el sueño. Isis, que hubiera podido tranquilizarla, había desaparecido. La gata husmeaba su temperamento y la evitaba cuando estaba enfurecida. Se asomó

al patio para respirar la brisa cálida que soplaba entre las columnas. El sol estaba muy alto, eran los días alrededor del solsticio y aún quedaban muchas horas de luz. Fedra volvió a su tocador, se vistió con su falda de caza y un jubón de seda casi transparente y se recogió el cabello en una larga trenza.

Decidió salir, como tenía por costumbre, en su carro tirado por yeguas. Las cigarras cantaban en la sombra de las encinas mientras caminaba hacia las caballerizas. Todo el mundo reposaba en palacio y apenas vio a nadie en los establos, solo a un muchacho que cepillaba a un hermoso semental bajo la sombra del cobertizo.

Lo reconoció, su padre había sido el auriga de Minos durante años. Recordaba su nombre y lo llamó.

—Didikase.

El mozo acudió al instante. Era bello y musculoso, de cintura delgada y rizada cabellera negra; su piel morena relucía bajo el sol.

—Mi señora.

—Prepárame el carro con mis yeguas y los arreos. Quiero salir ahora.

Él asintió y pronto tuvo aparejado el vehículo. Fedra estaba a punto de subir cuando cambió de idea.

—Vendrás conmigo. Quiero que lo lleves tú.

Sin ocultar su desconcierto, el muchacho no rechistó. Cogió la fusta, cerró el establo y subió de un salto al carro. Entonces tendió la mano a Fedra para ayudarla. Ella lo sujetó con firmeza y sintió el pulso vigoroso de su sangre, corriendo bajo la piel en el brazo fornido.

—¿Adónde vamos, mi señora?

—A la cueva de Ilitía.

Didikase tensó las riendas y puso las yeguas al trote. Cuando Fedra le ordenó acelerar, obedeció, y pronto el aire tórrido agitó los cabellos de ambos mientras las ruedas del carro

levantaban una polvareda en el camino.

Ilitía estaba a cierta distancia, pero la tarde era prolongada y luminosa, y Fedra no tenía prisa. Quería alejarse, quería ventear su rabia y pensar en algún lugar oscuro, silencioso y fresco. Un lugar sagrado donde lanzar sus diatribas ante la Diosa, ante el Señor del Mar o ante el lúgubre Señor del Inframundo. Sobre todo quería alejarse de palacio. Y quería tener cerca a un hombre.

Llegaron a las inmediaciones de la cueva y se detuvieron.

—Quédate aquí. Seguiré a pie.

Él la miró interrogante. «Tiene los ojos grandes y oscuros como los de un corzo», pensó Fedra.

—No temas. Estoy acostumbrada a caminar por el monte. Espérame.

Se adentró en el bosque de robles y llegó junto a la cueva, una grieta oscura abierta en el roquedal. Antes de entrar, respiró hondo. Allí, les había contado el aya, su madre se había unido al Señor del Mar.

Se desató las sandalias y entró descalza en la gruta, sintiendo cómo la tierra y las piedrecitas se le clavaban en los pies. Y era placentero sentir la tibieza del suelo y el roce de las piedras. Pisaba despacio, un paso tras otro, dejando atrás la luz del día. La penumbra la envolvió con un velo de frescor. Fedra se adentró hasta llegar al santuario, una oquedad profunda donde las columnas de roca blanca emitían una tenue claridad.

Arrodillándose, intentó elevar una plegaria. Pero no pudo. Apenas cerró los ojos, los recuerdos tomaron al asalto su memoria y se abalanzaron sobre ella como aves de presa.

Minos, el padre arrogante y bravo, asesinado en la isla que soñaba conquistar; su madre, gloriosa y terrible, trasunto de la Diosa, convertida en una muñeca ensangrentada a merced de

las olas; Ariadna, ¡querida y odiada, sí! Envidiada y amada, ahora que conocía su destino junto al Niño Divino su recuerdo le despertaba una dulce nostalgia. Ya no te odio, hermana, estamos en paz.

En cambio, había declarado una guerra soterrada con Catreo. Algo se había roto entre ellos y le dolía.

¿Por qué los dioses eran tan vengativos? ¿O acaso eran ellos, los mortales, quienes fallaban a la hora de conocer la voluntad divina? Sus padres siempre fueron devotos honrando a la Diosa y al Señor del Mar. Sacrificaron vidas innumerables, jamás flaquearon en su devoción. ¿Por qué habían merecido aquella muerte cruel? En cambio, Ariadna, la que rechazaba los sacrificios, la que rendía culto a su capricho y quería subvertir el orden del mundo, había sido acogida, ¡se había desposado con un dios!

Un dios. En Creta hemos perdido a un dios. Una sospecha alarmante la estremeció. *Muerto*. El extranjero lo ha matado. ¿Acaso no era divino? ¿Era tan solo un monstruo, como aseguraba Ariadna? ¿Era tan solo una bestia?

Fedra derramó lágrimas pensando en aquel ser, concebido en el mismo vientre que ella, a quien había contemplado desde niño en la cuna; aquel cuerpo que era humano, con su soberbia cabeza de toro. ¿Qué pensamientos había albergado su corazón? ¿Qué palabras ocultaban sus mugidos y su silencio? La última vez que lo había espiado admiró su bella cornamenta y la entristeció ver su rostro poderoso e inexpresivo. Era hermoso, pero no era un dios.

Quizá el Señor del Mar se haya vengado por la muerte de su hijo. ¿Por qué no se ha vengado de Dédalo? ¿Por qué no ha descargado su furia contra el príncipe de Atenas?

Teseo ocupó su mente entonces. «¿Se puede desear y odiar a alguien a la vez?», se preguntó Fedra.

La cueva de Ilitía era fresca y oscura. Las estalactitas

destilaban gotas de agua que caían en rítmica cadencia. Tac, tac, tac. Escuchando el goteo en la tiniebla, Fedra vació la mente y se meció en la fría paz.

Cuando salió al bosque, el aire era cálido y se le erizó la piel. Didikase la esperaba junto al carro. Había soltado a las yeguas y se distraía mordiendo el tallo de una espiga salvaje, apoyado en el pescante. ¿En qué pensaba? Fedra sintió que su corazón latía con fuerza, los senos le tensaban la fina seda del jubón. Aquellos ojos de ciervo salvaje la contemplaban con una mezcla de fervor y avidez.

—Volvemos a palacio.

Regresaron al trote por el camino. El sol se ocultó tras las colinas y en el firmamento púrpura se elevó un lucero enorme y solitario. Cuando llegaron a Cnosos, Didikase la ayudó a bajar del carro y soltó los arreos de las yeguas. Fedra le posó una mano sobre el hombro desnudo y húmedo, deslizando los dedos por el brazo.

—Dile al caballerizo que se ocupe de las yeguas. Tú, ven conmigo.

Teseo

—¡El rey vuelve! ¡Regresa el rey!

Las gentes de Atenas salían al paso del cortejo siguiendo los carros y los caballos, aclamando al rey y a sus gallardos compañeros de armas. Regresaban de Delfos, donde el monarca había ido a consultar el oráculo con la reina, su esposa, que estaba encinta.

El rey cabalgaba en su montura, pero nadie veía a la reina. ¿Dónde estaba? Las gentes del Ática se habían acostumbrado a verla cabalgar, yendo de caza con su esposo y sus amigos, armada con su jabalina, bella y arisca como una amazona. Pero aquella reina que parecía una encarnación de la Divina Doncella era una sombra de sí misma. Venía enferma, yaciendo en el carruaje.

Cuando llegaron a palacio, Teseo desmontó para dirigirse al carro y tomar a su esposa en brazos. Aiglé se desvaneció, agotada. Su rostro estaba lívido y sus manos se cruzaban sobre el abultado vientre, como intentando sostener aquel peso excesivo e innatural para su delgado cuerpo.

Apenas escuchó los saludos de Clito, los nobles que habían acudido a palacio y los servidores. Teseo entró a grandes zancadas, gritando.

—¡Llamad al médico, aprisa! ¡Y a la comadrona!

Depositó a Aiglé sobre su lecho, con delicadeza. Ella entreabrió los ojos.

—Ya estamos en casa. Descansa. Pronto te pondrás bien.

Ella movió la cabeza y murmuró algo ininteligible.

—No temas. Pronto llegará el médico. Te cuidaremos.

Le acarició la frente, apartando unos bucles que habían perdido su brillo dorado. Y se preguntó, por enésima vez, cómo una joven tan fuerte y sana había soportado tan mal su embarazo. ¿Acaso los dioses maldecían su unión? El oráculo de Delfos había emitido apenas unas palabras, oscuras y ambiguas. Nada sobre su hijo. Nada sobre Aiglé. La pitia había mencionado tribus, caballos y el mar. Nada aportaba a lo que Teseo ya sabía: su poder sobre el Ática se fundaba en la lealtad de las tribus; el mar era su camino para expandirse. ¿Caballos? Tal vez emprendería una expedición al norte, hacia Tesalia o el Epiro, para adquirir caballería. Aún no lo sabía.

Había pasado un año desde su llegada de Creta cuando Aiglé se puso de parto. Teseo llamó de inmediato a la comadrona cuando vio cómo se encogía sobre el lecho, gimiendo y arrugando las sábanas empapadas de líquido y sangre. Acudieron también una curandera, el médico de palacio y varias sirvientas. La sacerdotisa de la Divina Doncella envió a unas cantadoras de ensalmos para ahuyentar a los malos espíritus e implorar un buen alumbramiento.

La madre parturienta no dejaba de aullar y retorcerse, ora levantándose del lecho, ora arrojándose al suelo, o agazapándose contra la pared. Teseo se encerró con sus amigos en el salón y mandó traer vino, dados y un tablero de juego para distraerse. Pero no lograba apartar de su cabeza a Aiglé.

Por fin, harto de bromas, de vino y de sus compañeros, Teseo

salió e irrumpió como una tromba en la alcoba. La comadrona le ordenó marchar.

—¿A tu rey le mandas salir? ¿Quién crees que eres?

—Soy la comadrona y estoy asistiendo a la reina.

—¡La reina! ¡Es mi mujer!

—Tu mujer está a punto de dar a luz y necesita calma.

Él la empujó a un lado y se acercó al lecho. Aiglé se encorvaba, con los labios azulados y sangrantes por habérselos mordido. Su enorme vientre parecía estallar.

—¿Por qué no sale ya el niño?

El médico movió la cabeza.

—Es demasiado grande y el cuerpo de la madre es estrecho.

—¿No podéis hacer nada?

—Cortar —dijo la comadrona, esgrimiendo un cuchillo afilado.

—¿No hay otra manera?

—Ella puede morir, pero salvaremos al niño. Si no cortamos, morirán ambos.

Lanzando una maldición, Teseo golpeó la pared y quiso arrebatar el cuchillo a la mujer, pero ella se resistió con energía y llamó a una de las sirvientas.

—Dale vino.

Aiglé no podía tragar una gota y le aplicaron un paño empapado de vinagre sobre la boca. Tosió como si se asfixiara, pero siguió agitándose entre convulsiones.

Sin poderlo soportar, Teseo abandonó la estancia y no volvió a entrar hasta que escuchó un alarido estremecedor.

Aiglé yacía en medio de un charco de sangre. La comadrona agitaba una criatura violácea, enredada en un largo cordón. Las criadas intentaban limpiar a la parturienta mientras las cantoras ululaban a media voz; el médico observaba.

Inclinándose sobre su esposa, Teseo le acarició el rostro y le susurró al oído.

—Aiglé… no temas. Estoy contigo.

La besó en el cuello y ella se volvió, murmurando algo indescifrable. Sus ojos se perdían en el vacío. Después exhaló con fuerza y se quedó inmóvil.

El vástago de Teseo, fruto de la única mujer que había amado, era una niña. Murió al poco de nacer.

Ganarás un trono, perderás una vida. Pero no era una vida, sino tres las que se habían cobrado los dioses vengativos. Su padre, su esposa, su hija. ¿Era ese el precio del trono? Teseo enloqueció de dolor. Durante siete días no comió ni bebió; tampoco podía dormir. Deambulaba por el palacio gritando, lamentándose o llorando por los rincones. Con su clava de bronce destrozó los muebles de la alcoba nupcial. Sus amigos intentaron tranquilizarlo, brindándole compañía, vino y consuelo. Los rechazó a todos y maldijo a los cielos y a la tierra. Ordenó apalear al médico y a la comadrona, insultó a las sacerdotisas y expulsó a las criadas que habían atendido a su esposa.

Al cabo de una semana, ofició el funeral con toda la dignidad que pudo y arrojó el primer puñado de tierra sobre la fosa donde yacían Aiglé y la niña, envueltas en un lienzo y abrazadas, con las joyas que aquella había lucido el día de su boda. Las enterró junto al túmulo de los erecteidas y, después de la ceremonia y el sacrificio, permaneció allí durante horas, arrancando hierba y echándose ceniza por encima, hasta que atardeció y Acamante fue a buscarlo. Teseo le propinó un puñetazo, pero él no se fue. Más tarde lo obligó a ponerse en pie y lo acompañó de regreso a palacio.

El palacio se había convertido en un lugar hostil. Cada sala, cada lugar, le recordaba momentos pasados con Aiglé. Jamás podría volver a dormir en aquella alcoba que había presenciado

tantas horas de disputas y amor. Se acostumbró a vagar por la noche, recorriendo las calles solitarias como alma en pena, y más de un amanecer lo sorprendió dormitando, empapado de rocío y soledad, en las laderas de la Acrópolis.

Los nobles de Atenas se reunieron y fueron a buscarlo.

—No es honorable que el rey de Atenas alargue de madera desmedida su duelo. Entendemos que eres joven y que la muerte de tu esposa ha sido una gran pérdida. Pero la ciudad necesita a su rey.

—Si no ocupas tu puesto en el consejo, tu tío Palas se ha ofrecido gustoso para presidirlo.

Teseo reaccionó ante sus palabras. Sobreponiéndose, les prometió que el rey de Atenas no fallaría a su ciudad.

Al día siguiente volvió a tomar las riendas. Aunque el duelo seguía desgarrándolo por dentro, se vistió con sus mejores galas, ofreció sacrificios a la Divina Doncella y al Señor del Mar y presidió los festejos del verano.

Decidió continuar con sus planes de construir un nuevo palacio y encargó mármol a los canteros del Pentélico y a la isla de Melos. Fletó barcos hacia Chipre y hacia el Levante. Llamó a sus amigos y les pidió que reclutaran a trescientos mozos de toda el Ática y los entrenaran para formar una tropa selecta. Él mismo participaba de algunos entrenamientos. A todos los alentaba con promesas: Atenas sería grande. Algún día regresarían a Creta, con una flota poderosa, y tomarían la revancha. Más adelante viajarían al norte, al país de los domadores de caballos.

Pasada la cosecha de verano, decidió volver a Trecén. Partió con Acamante, la guardia y sus mejores amigos. Hicieron noche en Megara, donde el rey Alcátoo los recibió y Teseo pudo conocer al esposo de Peribea, un joven aguerrido con el que acordó un pacto de amistad y mutua ayuda. También se detuvieron en Cromio. Las gentes reconocieron, con asombro,

al joven que había matado a la cerda convertido en rey.

En apenas un día recorrieron el istmo, donde Teseo no quiso detenerse, rememorando a Sinis el Tuercepinos y a su hija Perigune. De allí tomaron la ruta hacia Argos, bordeando la costa. Dos días más tarde llegaban a su pueblo natal.

Teseo pensó que el tiempo se había detenido cuando vio salir de la casa a su abuelo seguido de Conidas. Lo abrazaron con afecto y acogieron a sus acompañantes. El anciano Piteo mandó a los criados que sacaran una mesa al patio y sirvieran vino a todos.

Poco después salió Aetra de sus aposentos. Con la dignidad y elegancia que él recordaba, se acercó a su hijo y lo estrechó, besándole la frente. Pensando en Aiglé, y en cómo había deseado presentarle a su esposa y al retoño que llevaba, Teseo rompió a llorar. Cuando ella se percató, lo apartó con suavidad, inclinándose con respeto.

—Contén tus lágrimas, hijo. Esta noche hablaremos.

Mucho más tarde, después de la cena, cuando ya todos se habían acostado y el silencio reinaba en la casa, Teseo entró en la habitación de su madre. Ella lo esperaba, sentada en su lecho, a la luz de una candela de aceite. Arrodillándose a sus pies y dejando que le acariciara el cabello, se inclinó en su regazo y le contó.

Las palabras fluían de su boca como las aguas de un torrente. Hazañas, temores, dudas, fueron trenzándose en la memoria de Teseo hasta componer un relato con sentido, tan vívido o más que los momentos que lo inspiraban. Cuando terminó, sintió un desahogo íntimo, como si se hubiera sometido a un ritual de purificación.

Al amanecer, ella lo despertó y dijo:

—Vamos al templo.

Caminaron por el campo cubierto de rocío hasta llegar al santuario. Él se detuvo en el umbral, pero su madre lo invitó a

entrar. Arrodillados ante la imagen de la Triple Diosa, en la media penumbra, los recuerdos asaltaron a Teseo.

—Me dijiste que tuviera cuidado con las mujeres y estabas en lo cierto. Una joven intentó engañarme y dos reinas me han querido matar.

Aetra replicó con voz profunda:

—Pero una te dio a luz, otra te acogió en su casa y una princesa te ha salvado la vida, dándolo todo por ti.

Será con el amor, y no con la guerra, como vencerás. De pronto Teseo tembló, porque comprendió que nada sucedía por azar, sino que todo respondía a una justicia oculta, divina, que se regía por otras leyes diferentes a las de los humanos. Unas veces premiaban, otras castigaban, pero jamás permanecían indiferentes, aunque su respuesta tardase en llegar.

—Los dioses hacen justicia a su manera —musitó, inclinando la cabeza ante la Diosa. Su madre asintió.

Durante los días siguientes, Teseo fue a cazar con sus amigos, recorriendo los montes que había explorado en su niñez. Cazaron un jabalí y varias perdices y, al regreso a casa de Piteo, los aguardaba una visita inesperada.

Alborozado, Teseo soltó su lanza y corrió por el sendero hasta llegar ante la mansión. Allí, de pie junto a su abuelo y su madre, alto y corpulento como un titán, estaba Heracles.

Los jóvenes de Atenas se alegraron de conocer al héroe del que tanto habían oído hablar. Heracles tenía aventuras que contar y una propuesta que ofrecer. Mientras cenaban juntos, en la gran mesa del salón de Piteo, posó su manaza en el hombro de Teseo y dijo:

—Me voy a navegar con Jasón. Zarparé en menos de media luna desde el puerto de Argos, en Nauplia. Armaremos tres naves y aún nos quedan plazas. ¿Querrás venir conmigo?

Los amigos de Teseo se mostraron entusiasmados.

—¡Vayamos todos!

—¿Adónde navegaréis? —preguntó Teseo.

—Jasón quiere volver al norte. Nos vamos hacia el Ponto. Y más allá: a la tierra de las grandes llanuras, el país de las amazonas.

Jasón era un pirata aventurero y Heracles ansiaba cosechar proezas. Pero Teseo era un rey y se debía a su ciudad. Tenía obligaciones en Atenas, obras que supervisar y un consejo que presidir, pero también había duelo en su corazón y necesitaba alejarse un tiempo para aligerar su espíritu. La sed de aventura se despertó en él, alimentada por sus compañeros.

Por otra parte, navegar hacia el norte suponía abrir rutas, conocer a otros pueblos y comerciar con ellos. Más riqueza para Atenas, más poderío y más fama.

—Lo pensaré durante la noche.

Cuando logró conciliar el sueño tras dar muchas vueltas en el lecho, añorando a Aiglé y repasando los últimos siete años de su vida, ya se había decidido.

A la mañana siguiente fue a buscar a Heracles y le dijo que sí.

Ariadna

Dioniso colocó la corona sobre la frente de Ariadna. Era una guirnalda de tallos de oro entrelazados, con rubíes que semejaban pétalos de amapola.

—Eres la esposa de un dios.

—¿Qué debo hacer?

—Nada. Y todo: ¡haz lo que desees! Eres la reina. Las esposas de los humanos gozan y sufren. Tú solo vas a gozar.

Ariadna se llevó la mano al vientre acariciándolo con suavidad.

—Cuando dé a luz sufriré, como todas las mujeres.

Él le acarició el rostro, envolviéndola en su mirada de fuego.

—No sufrirás, ni siquiera el día que des a luz. Te lo prometo.

Tomándola en brazos, la llevó al trono. Después se sentó a su lado, en un sillón, y pulsando las cuerdas de su lira entonó una balada. Ella escuchaba mientras los ruiseñores se posaban en el alféizar y un ramo de lirios florecía en un jarrón.

Ariadna no podía creerlo, pero lo vivía a diario. Nunca había sido tan feliz y a menudo se despertaba preguntándose si todo era verdad o un sueño. Entonces veía a Dioniso a su lado, inclinado sobre ella, amándola con la mirada.

Sus manos pulsaban las cuerdas arrancando melodías. Con la misma destreza tocaban su cuerpo, recorriendo su piel para

extraer de ella un placer que jamás había soñado. Esas mismas manos desmenuzaban semillas, frotaban hierbas y mezclaban las especias y la resina con que aromatizaba los vinos. Sus dedos destilaban miel de romero, su aliento impregnaba de aroma el licor. Y el vino que se vertía de las jarras en el cáliz quedaba transmutado. Sus manos obraban el milagro. Su presencia lo cambiaba todo.

El palacio de Naxos era otro prodigio. Hombres y mujeres, niños de belleza inefable y niñas de risa contagiosa habitaban aquel lugar donde todo se hacía sin esfuerzo ni pesar. Las viandas llenaban las mesas y el vino las copas; la música brotaba de los instrumentos y los pies se movían arrastrados por la danza. Todos eran acólitos del culto del Niño Divino, un culto de danzas, vino, éxtasis y regocijo. Ariadna se hizo adepta a él. Olvidó su pacto, olvidó aquel mes de gracia antes de morir. La gracia era vivir sin contar los días, sin esperar la muerte.

La isla crecía y prosperaba bajo el blando cetro del señor del vino y la fiesta. Sus gentes vivían como lo habían hecho sus padres y sus ancestros durante miles de años, mirando al cielo, pescando en el mar, criando cabras y arrancando los frutos de la vid. El vino de Naxos era único y se vendía a un elevado precio. A los pequeños puertos de la isla arribaban naves de Chipre, Caria, Levante y Egipto en busca del preciado licor. A cambio dejaban bienes necesarios y bienes suntuosos, trigo y oro, aceite y perfume, lana y gemas preciosas. La isla era rica y bajo el techo de palacio, construido con vigas de cedro, nada faltaba.

Ariadna llenó la mansión de flores, ramas y guirnaldas. A veces impedía a su esposo que obrara milagros: necesitaba ver el fruto de su diligencia. Durante la vendimia, la decoró con racimos y doradas hojas de parra.

Un día se quejó porque cierta pared le parecía demasiado

desnuda. Dioniso extendió la mano sobre el estuco.

—¿Qué quieres ver?

—Delfines, palomas, un mar azul, un trigal, un campo de flores de azafrán, violeta como el ocaso.

El muro del salón se llenó de aves, peces, ondulados mares y campos floridos de vibrantes colores.

Ariadna no olvidó el culto. Cada día subía al santuario de las columnas rojas para llevar una pequeña ofrenda a la vieja y amada Diosa, y se reconcilió con ella.

Era hermoso vivir así, sin tener otra ocupación que buscar la belleza, en todo cuanto hacía y en cualquier lugar. ¡Era grato vivir sirviendo a la hermosura!

Los niños la seguían, y las niñas la ayudaban a cuidar el jardín, a decorar las mesas y a confeccionar guirnaldas y ornamentos con flores, ramas, hojas y lianas. Cantaban sin cesar, agitando panderos y sistros, bailando al son de la flauta y el tambor. La música llenaba su vida. A la caída de la tarde, se reunían en el salón para trenzarse el cabello unas a otras mientras la anciana madre de Basari contaba leyendas. Las niñas competían por peinar a Ariadna. Después acercaban las mejilla a su vientre y querían escuchar.

Aquel invierno en Naxos su cintura comenzó a abultarse, apuntando hacia el frente. El niño se movía, a veces con tanta furia que la obligaba a detenerse en su labor. Entonces se sentaba, meciéndose para sentir la vida oculta que se agitaba dentro de ella.

Una noche dijo a Dioniso:

—Creo que no tengo un niño, sino dos.

Él asintió, como si ya lo supiera desde hacía mucho tiempo. Y entonces Ariadna tuvo la certeza de que cada niño era de un padre distinto.

Llegaron a finales de primavera. Aquel día habían ido al mar. En el agua, su vientre se volvía ingrávido y podía moverse con la misma agilidad de siempre. Cuando regresaban a casa, Dioniso dijo que los delfines parían sin dolor.

Aquella noche, las mujeres prepararon un baño caliente. Ariadna gemía dando vueltas por la alcoba, las manos abrazando el abdomen, la túnica empapada de sudor. Su cuerpo había manado como una fuente y ahora se contraía. La vida que se agitaba en su interior ya no era suya y pugnaba por salir.

—Creo que los niños están peleando… —murmuró cuando Dioniso entró a verla.

Él la tomó de las manos con fuerza.

—Quieren salir y compiten por ser el primero.

Era una guerra, y el campo de batalla, su cuerpo. Un cuerpo que se volvía frágil y se encorvaba con violencia, doblegado por el dolor.

—Dijiste que no sufriría… ¡Ya no puedo más!

Mimalo y Basari la condujeron a la bañera; él se quedó en la alcoba, tocando el arpa. De pronto el dolor cesó. Ariadna reclinó la cabeza en el pretil de alabastro, exhalando con fuerza. ¿Era posible parir sin dolor? Se adormeció bajo las caricias sabias de Mimalo sobre su rostro.

Un latigazo la sacudió y lanzó un grito. Su cuerpo estallaba, se abría, ya no era suyo, sino de aquellas dos criaturas que combatían entre sí. Algo salió de sus entrañas y el agua se agitó, teñida en sangre. Basari hundió las manos en la tina y sacó al primero.

Goteaba, agitándose entre los nudos del cordón, y rompió a llorar.

El otro bebé asomaba ya. Sujetándose a ambos lados de la bañera, Ariadna aulló de nuevo; su cuerpo serpenteó y veloz, como persiguiendo a su hermano, salió el segundo.

Este lo recogió ella. Abrazándolo, lo puso sobre su pecho mientras se recostaba. El pequeño chapoteó en el agua púrpura. No lloraba, sino que alargó una diminuta mano para agarrarse al seno de su madre.

Cuando recuperó la consciencia estaba tendida en el lecho, Dioniso sentado junto a ella con los dos pequeños en su regazo. Ambos tenían el cabello negro y se movían como cachorrillos.

—Oh, gran Diosa… ¡dámelos!

Los depositó en su pecho, cada uno sobre un seno. Y una plenitud inefable la embriagó, como una ola placentera que emergía de su interior, abriéndose paso por los senos henchidos. Su cuerpo era una fuente de leche y miel, rebosando y vaciándose en las bocas de sus retoños. Cerrando los ojos, Ariadna deseó que aquel instante no terminara nunca.

Él la contemplaba, en silencio, con la veneración con que un devoto se postra ante su diosa.

Él la miraba, y ella pasaba horas contemplando a los pequeños. ¿Quién era hijo de quién? No tardó en saberlo. Uno era inquieto, nervioso y dormía poco. Succionaba el pezón con avidez y peleaba con su hermano. El otro, más tranquilo, miraba el mundo con sus grandes ojos y buscaba el cuerpo materno, explorándolo con firmeza y precisión.

Amamantando al pequeño inquieto, el último en salir, el primero en ser engendrado, Ariadna se reconcilió con su padre. La había abandonado, pero le había dejado algo suyo. Jamás podría odiarlo ni desear venganza alguna contra él. Naxos era un regalo de los dioses para ella y, sin saberlo, Teseo había sido su medio para llegar a la isla.

Llamó a los niños Zoas y Enopion. *Vivo* y *Divino*, los apodaron sus padres y todos en palacio. Durante semanas recibieron visitas y regalos, no solo de los isleños, sino de los

marinos que llegaban allende el mar. Cuando supieron que la esposa del Niño Divino era madre de dos gemelos, la noticia se esparció y los reyes de otras islas enviaron collares, ajorcas y perlas. Más tarde llegó un cofrecillo de joyas y un precioso juego de vasos de cerámica esmaltada: eran el regalo del nuevo rey cretense, Catreo, desde Cnosos.

Ariadna recibió al capitán de la nave cretense sentada en su sillón de brazos, en el jardín, con los dos niños en su regazo. Cuando escuchó el nombre de su hermano, palideció.

—¿Acaso ha muerto Minos, mi padre?

—Mi señora, el rey murió en Sicilia. Y vuestra madre, la reina Pasífae, también ha fallecido esta primavera… Lamento comunicaros estas noticias.

Ariadna derramó dos lágrimas, sin decir palabra, mientras estrechaba a los pequeños contra su vientre. El emisario respetó su silencio, pero después continuó. El rey Catreo la invitaba a su boda, que se celebraría en verano. Nada le honraría más que contar con la presencia del Niño Divino y su esposa.

Ariadna tomó una decisión. No esperó a consultar a Dioniso, pero sintió que volver a Creta era volver al pasado, a las ataduras de las que se había librado. Cnosos era una tumba para ella.

—Dile a tu señor que agradezco su invitación y sus regalos, y que imploro las bendiciones de los dioses para él y para su futura esposa. Pero no asistiré a la boda. Mi maternidad, por ahora, me lo impide.

Lo despidió desde su trono rodeado de flores, los pequeños en el regazo disputando por beber el néctar de su seno. Aún le esperaban largos y dichosos meses de crianza. No quería entregar a los niños a una nodriza, aunque era una reina y las madres de la isla se hubieran disputado el honor de amamantar a los hijos de un dios. Ser madre era otro culto sagrado y criar a sus hijos se convirtió para ella en su privilegio y en su placer.

Un día de verano Dioniso y Ariadna llevaron a sus hijos al mar. Sosteniéndolos en brazos, se sumergieron en el agua y los niños flotaron, agitándose como pequeños delfines. En el futuro lejano, uno de ellos navegaría, recorriendo las islas y llevando el néctar divino hasta los confines del mar. El otro, espejo de su padre, se convertiría en sacerdote, consagrado al culto de la alegría salvaje. Pero antes habrían de transcurrir muchos años. Años que pasaron efímeros y gozosos, como las estaciones de la vendimia; años que, en la memoria de Ariadna, quedarían impresos como gotas de eternidad.

La sombra eterna

Los dioses no somos todopoderosos. Si lo fuéramos, nos destruiríamos unos a otros y no quedaría uno solo. Eso es algo que he aprendido desde que no tengo cuerpo y soy inmortal.

También he aprendido que unos son más poderosos que otros. Yo llegué el último a este mundo de fuerzas invisibles y poderes sobrenaturales. El Sol siempre me recuerda: hay una huella de muerte en ti.

Esa huella es la sombra de mi cuerpo. Es el pulso de mi sangre, que todavía late en mí. Es un eslabón que aún me une a la tierra. Y a los mortales.

Yo quería a Mía para mí, pero otro dios me la arrebató. Supliqué al Niño Divino que me la devolviera. Él me respondió con palabras misteriosas: «El Destino así lo ha querido».

«¿Qué es el Destino?», pregunté.

Y el Niño Divino me explicó que el Destino era lo que era, lo que fue y lo que será. Nadie se sustrae a él, nadie puede dominarlo y él lo domina todo.

Todo, incluso a los dioses.

Hasta el Señor del Cielo, el Señor del Mar y el Señor del Inframundo se someten al Destino.

Esto es otra cosa que he aprendido.

Pero yo amo a Mía. El Niño Divino se compadeció de mí. Él

también lleva una huella de muerte, porque posee un cuerpo y habita en la tierra. Pero debe de ser muy poderoso porque vive inmerso en el mundo mortal y no muere ni envejece nunca. A veces pienso que el Niño Divino es el más poderoso de los dioses.

El Niño dijo que podía ofrecerme un trato. «Entra en mi cuerpo —me dijo— y la poseerás una noche. Pero el precio es muy grande», advirtió.

«Lo pagaré», respondí.

«¿No me preguntas cuál será el precio?», replicó él.

Y algo en su gesto me hizo temblar, aunque ya no poseo cuerpo que pueda estremecerse.

«¿Cuál es el precio?».

«Si te encarnas, aunque solo sea una noche, perderás tu inmortalidad. Cuando te separes de mi cuerpo, desaparecerás para siempre. Tu ser se extinguirá, como una gota de rocío que se evapora. Dejarás de existir».

Guardé silencio. Anhelaba poseer a Mía, más que nada en el mundo. Pero el vértigo me atenazó. ¿Dejar de existir?

¿Desaparecer en la nada?

Desde que soy inmortal y no tengo cuerpo, voy adonde quiero. Pero he descubierto que no quiero ir muy lejos. Sobrevuelo la isla que me vio nacer. Recorro los valles, me dejo mecer sobre los trigales y asciendo a los montes. Lloraría, si tuviera lágrimas, sobre los almendros floridos y los campos de azafrán. Volaría con las aves y posaría mis pies, si los tuviera, en la fría nieve que corona el monte Ida. Corro invisible con los ciervos, vuelo con las palomas torcaces y salto con los delfines que surcan las olas. Me conmueven los cánticos de los segadores y las danzas de las mujeres en la vendimia. Mi espíritu se ha prendado de esta tierra y no puedo abandonarla. Mi único goce es disfrutar la libertad que no pude disfrutar en la vida mortal.

Amo a Mía. Pero si la poseo, una sola noche, perderé todo cuanto me queda. Fui concebido en el seno de una mujer. ¿Voy a desaparecer en el seno de otra?

¿Vale la pena tenerlo todo para convertirme después en la nada?

No quiero extinguirme. No quiero desaparecer. Aunque viva una eternidad anhelando, sin esperanza, quiero ser. Aunque mi dolor y mi deseo sean eternos.

Tomé mi decisión y dije al Niño Divino: «No».

Mi espíritu seguirá posándose, invisible como el viento, sobre la tierra que me vio nacer.

Unas palabras finales

El mito de Teseo y el Minotauro es muy conocido y nos ha llegado en diversas versiones. A la hora de escribir esta novela me he inspirado en las más extendidas, principalmente las recogidas por Apolodoro, Plutarco y Diodoro de Sicilia, con matices. El tópico del héroe que se enfrenta a la bestia es un símbolo del hombre civilizado frente a la barbarie, pero también una expresión del llamado «camino del héroe», el viaje iniciático donde el joven inexperto debe afrontar un gran desafío para adquirir un conocimiento o un don valioso que compartirá con su comunidad. En este relato, Teseo comienza como un muchacho que busca su identidad y su destino; las sucesivas pruebas a las que se enfrenta lo convierten en un gobernante que consigue la liberación y el bienestar de su ciudad.

Tampoco hay que olvidar la dimensión política del mito: así como Heracles es el héroe de Esparta y del Peloponeso, Teseo es el campeón de Atenas y el Ática. Por eso sus hazañas son en cierto modo una mímesis de las de aquel. También por este motivo se dan ciertos anacronismos en la narración: en tiempos micénicos, el oráculo de Delfos no era como lo conocemos en el mundo clásico; quizá ni siquiera existía. En cuanto al enfrentamiento de Teseo con el toro, símbolo de la cultura minoica, es una forma de expresar cómo los micénicos llegaron a conquistar Creta, tomando el relevo de la hegemonía naval en el Mar Egeo a finales de la Edad de Bronce.

Paralelo a este, se trenza el mito de Ariadna abandonada y rescatada por Dioniso. A la amante y auxiliadora del héroe,

repudiada por este, la ensalza nada menos que un dios que la eleva a categoría divina. Es una versión femenina del camino de la heroína: a través del sufrimiento y el rechazo, Ariadna también madura, escapa del rígido sistema que la ataba y arroja las cadenas para encontrarse a sí misma en contacto con la deidad que le abre las puertas a una vida plena.

¿Por qué Teseo abandona a Ariadna? Existen diversas explicaciones y finales diferentes de la historia. Entre todas ellas, he elegido un motivo religioso y otro humano y más dramático, que apunta Plutarco: Teseo, antes de conocer a Ariadna, ya ama a otra mujer, Aiglé, hija de Panopeo. Como de este personaje apenas se conoce más que el nombre, me he permitido desarrollarlo a mi arbitrio, creando una figura femenina que sirve de contrapunto al personaje de Teseo y a otras mujeres del relato.

En contraste con Ariadna aparece Fedra, su hermana. Si Ariadna encarna a la mujer apasionada e ingenua, que debe aprender y encontrar su destino, Fedra es la mujer sagaz que sabe lo que quiere, pero debe esperar con paciencia a que llegue su momento valiéndose de la intriga y la observación. Ambas luchan por alcanzar sus anhelos, Ariadna desde la pasión y la entrega, y Fedra desde la inteligencia y la astucia.

En cuanto al Minotauro, permitidme dedicarle unas palabras. Las fuentes antiguas ofrecen diversas explicaciones sobre este personaje. Mi idea original fue escribir un relato de ficción histórica, desprovisto de elementos sobrenaturales y fantásticos y optando por una explicación humana del monstruo; sin embargo, mis editores me persuadieron para que incorporara la figura fabulosa del hombre toro. Así, decidí ofrecer una visión diferente del mito, introduciéndome en la mente y el corazón de la bestia y relatando parte de la historia desde su vivencia. No faltarán lectores que recuerden el cuento de Borges, *La casa de Asterión.* Aun conociendo el relato, debo ser sincera: nunca

lo tuve en mente al escribir esta novela.

A lo largo del libro he querido trazar algunas pinceladas históricas, inspiradas en lo que sabemos de las culturas minoica y micénica gracias a la arqueología y las fuentes antiguas. También hago un guiño a otros mitos del mundo helénico, donde héroes, dioses y villanos entrecruzan sus destinos. Por motivos literarios y para centrar el relato en su núcleo, he descartado muchos otros que podría haber introducido. Respecto al destino de personajes como Minos, Pasífae, Dédalo e Ícaro, he elegido, de entre las múltiples versiones que nos ofrece la mitología, las que me han parecido más oportunas. El resto, lo que no aparece en los mitos ni en los libros de historia, es invención de quien escribe estas palabras.

Agradecimientos

Esta novela no vería la luz sin la intervención de algunas personas a las que quiero expresar mi gratitud.

A Jimena Fer, por su tiempo, su sinceridad y sus valiosos consejos.

A Ana Vidal, mi agente, por confiar en mí y en mi obra, por su incansable trabajo y por estar siempre cercana y accesible.

A mi editor, Alberto Marcos, que decidió apostar por esta novela.

Al equipo editorial de Plaza & Janés, en especial a Aurora Mena, por su profesionalidad y paciencia, así como el tiempo y la dedicación que ha invertido en el proceso de edición del manuscrito original.

Finalmente, doy gracias a mis amigos y familiares, que siempre alientan mi creatividad literaria y me ofrecen su afecto y apoyo.

Androgeo, el joven príncipe de Creta, es asesinado durante los Juegos de Atenas, lo que provoca una crisis diplomática sin precedentes que amenaza con destruir el equilibrio de poder en el mar Egeo. Para impedirlo, Atenas acepta un tributo anual impuesto por los reyes de Creta: siete doncellas y siete mancebos serán condenados a entrar en el laberinto del temible Minutauro. Mientras tanto, la princesa Ariadna, a la que han educado para gobernar con mano de hierro, sueña con una vida más allá de los confines de la isla. Cuando el heroico Teseo, heredero al trono de Atenas, acude a Creta para poner fin al tributo de sangre, el éxito de su expedición dependerá de la enamoradiza Ariadna. ¿Aceptará ayudarle a vencer al Minutauro? ¿Se mantendrá fiel a su estirpe real o traicionará a su familia para huir en compañía del joven ateniense?

En la línea de las novelas mitológicas de Madeleine Miller, La sombra del laberinto reinventa la historia de Teseo, Ariadna y el Minotauro desde una nueva perspectiva atractiva y moderna. Montse de Paz da protagonismo a los personajes femeninos del mito y nos descubre su lado más humano y actual en una narración apasionante sobre el amor, la familia, la traición y el poder.

Montse de Paz nació en Lérida en 1970, hija de padre leonés y madre catalana. Se licenció en Filología Inglesa y desde los dieciocho años ha colaborado en varias organizaciones humanitarias; actualmente trabaja en la Fundación ARSIS. Su vocación literaria arranca desde la infancia y se ha nutrido de múltiples experiencias. Tras una época muy activa en algunos foros literarios, se unió a un grupo de amantes de las letras para fundar en 2009 la revista *Prosofagia*, publicación digital que se ha difundido ampliamente en el mundo hispano. Junto con el colectivo literario La Tribu ha publicado dos relatos en las antologías *Necroslogía* y *Del miedo y otras islas*. He escrito varias novelas, poesía, relatos y ensayos. En 2011 le otorgaron el Premio Minotauro de literatura fantástica por la distopía Ciudad sin estrellas. La sombra del laberinto es su primera novela en Plaza & Janés.

Primera edición: noviembre de 2023

© 2023, Montse de Paz
Autora representada por Ana Vidal, de la Agencia Literaria Infinia
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas: Jorge Penny

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Ignasi Font

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03092-5

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La sombra del laberinto

La sombra en la cuna

Trecén

Cnosos

La sombra del dios

Delfos

El laberinto

Espada y un par de sandalias

Un rey y un príncipe

La sombra en cadenas

Gigantes y bestias

Radamante

La sombra en el santuario

Reyezuelos y villanos

Sangre sobre sangre

La sombra devoradora

Atenas

El Niño Divino

Príncipe de Atenas

La sombra de los huesos

Maratón

Temblor de tierra

La sombra en la pared

Los veinticinco

Ícaro

Aiglé

La sombra sobre la flor

Rumbo a Creta

El anillo de Minos

Prisioneros

La conjura

El plan en la sombra

Combates y honor

La reina

La profecía

La llave y el secreto

La fiesta

La noche

La sombra y la luna

La tempestad

La sombra en el mar

La isla

La torre

Abandono

El retorno

La sombra sin cuerpo

Dioniso

El rey

Danza

Volar

Minos

Pasífae

Fedra

Teseo

Ariadna

La sombra eterna

Unas palabras finales

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Montse de Paz

Créditos